

TIEMPO DE MEMORIA

Géraldine Schwarz

LOS AMNÉSICOS

Historia de una familia europea

Epílogo de José Álvarez Junco



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

AGRADECIMIENTOS

No perderse en el laberinto de la memoria

1. Ser o no ser nazi
2. Alemania, «año cero»
3. El fantasma de los Löbmann
4. La negación de Karl Schwarz
5. La Oma o el encanto discreto del nazismo
6. Hijo de *Mitläufer*
7. De la amnesia a la obsesión
8. Dulce Francia...
9. ¿El Holocausto? No sé qué es
10. El pacto
11. Memorias de una francoalemana
12. El Muro ha muerto, viva el Muro

13. Austria-Italia: arreglillos con el pasado

14. Los nazis nunca mueren

Posfacio

Epílogo

El peso de un pasado sucio. *José Álvarez Junco*

Créditos

Sinopsis

En la ciudad alemana de Mannheim, de donde es originario su padre, Géraldine Schwarz descubre que su abuelo Karl compró en 1938, a muy bajo precio, una empresa a sus propietarios judíos, los Löbman, más tarde asesinados en Auschwitz. Tras la guerra, confrontado con un heredero que reclama una reparación, Karl Schwarz opta por la negación de sus responsabilidades como Mitläufer, es decir, aquellos que, como la mayoría de alemanes, «se dejaron llevar por la corriente». Así arranca una apasionante investigación que cubre tres generaciones de la historia reciente de Europa y que nos obliga a reflexionar sobre los riesgos de la desmemoria y el auge del neofascismo en nuestro continente.

GÉRALDINE SCHWARZ
LOS AMNÉSICOS
Historia de una familia europea

Traducción de Núria Viver Barri

TUSQUETS
EDITORES

A mis padres

AGRADECIMIENTOS

Este libro nunca habría visto la luz sin el formidable trabajo de numerosos historiadores que le han servido de columna vertebral. Quiero dar también las gracias a los escritores, cineastas e intelectuales cuyas obras y pensamiento me han permitido ver detrás de los hechos.

Rindo homenaje a la familia Löbmann y a todos los testigos de aquella época que he podido ver, oír y leer, y a los que he tenido la oportunidad de conocer: Moïse, Jacqueline, Claude, Lotte Kramer, Ruth Löbmann, Roland Jahn, Martha y Elizabeth, Papi, la Oma y el Opa.

Gracias a mi familia, a mi hermana Nathalie, a mis amigos y, especialmente, a mis padres y a mi tía «Ingrid». Gracias a Flavio, que siempre ha estado ahí para mí.

Esta edición revisada y corregida nunca habría existido sin el compromiso intenso y la paciencia heroica de mis editores franceses y alemanes, Patrice Hoffmann, Emma Saudin, Pauline Kipfer, Joachim von Zeppelin y Christian Ruzicska.

No perderse en el laberinto de la memoria, en sus olvidos y sus mentiras, sus recovecos y sus excesos.

Vencer a los violadores de memoria, a los falsificadores de la historia, a los fabricantes de falsas identidades y de falsos odios, a los cultivadores de fantasmas narcisistas.

Encontrar mi camino a través de las múltiples huellas del pasado, coger el hilo de la memoria, una familia alemana ordinaria, una familia francesa ordinaria, un Mitläufer de los nazis, un gendarme en el régimen de Vichy, y tirar de ese hilo, con sus grietas y sus lagunas, hasta la generación de mis padres, hasta mí, la hija de Europa, una niña que no ha conocido ninguna guerra.

Cruzarlo con otro hilo, el de la Historia, la grande, repetir, con la cabeza fría, los hechos históricos que algunos quieren hacer olvidar: el suicidio de la civilización europea y su consecuencia, esa superación milagrosa del ser humano sobre sus demonios, de la paz sobre la guerra, de la democracia sobre la dictadura.

Tejer los dos hilos juntos, dar amplitud al relato familiar sometiéndolo al juicio de la Historia, a la sabiduría de los historiadores, esos detectores de mentiras y de mitos. Ofrecer a cambio un alma a la ciencia, la carne y la sangre de una memoria

familiar, la impresión de la condición humana.

Quiero comprender lo que era para saber lo que es, devolver a Europa sus raíces, que los amnésicos intentan arrancarle.

Los nombres seguidos de un asterisco son seudónimos.

Ser o no ser nazi

No estaba especialmente predestinada a interesarme por los nazis. Los padres de mi padre no habían estado ni del lado de las víctimas, ni del lado de los verdugos. No se habían distinguido por actos de valentía, pero tampoco habían pecado por exceso de celo. Simplemente eran *Mitläufer*, personas «que siguen la corriente». Simplemente, en el sentido de que su actitud había sido la de la mayoría del pueblo alemán, una acumulación de pequeñas cegueras y de pequeñas cobardías que, sumadas unas a las otras, habían creado las condiciones necesarias para el desarrollo de los peores crímenes de Estado organizados que la humanidad haya conocido jamás. Después de la derrota y durante largos años, a mis abuelos les faltó perspectiva, como a la mayoría de los alemanes, para darse cuenta de que, sin la participación de los *Mitläufer*, incluso aunque hubiera sido ínfima a escala individual, Hitler no habría estado en condiciones de cometer crímenes de aquella magnitud.

El propio Führer lo presentía y tanteaba regularmente a su pueblo para ver hasta dónde podía llegar, lo que se toleraba y lo que no se toleraba, a la vez que lo inundaba de propaganda nazi y antisemita. La primera deportación masiva de judíos organizada en

Alemania que serviría para sondear el umbral de aceptabilidad de la población justamente tuvo lugar en la región donde vivían mis abuelos, en el sudoeste del país: en octubre de 1940, más de 6500 judíos fueron deportados de Baden, el Palatinado y Sarre hacia el campo francés de Gurs, situado al norte de los Pirineos. Para acostumbrar a los ciudadanos a este espectáculo, las fuerzas del orden habían procurado salvar un mínimo las apariencias, evitando la violencia y fletando vagones de pasajeros, en lugar de trenes de mercancías como harían más tarde. Pero los responsables nazis querían saber a ciencia cierta de lo que era capaz el pueblo. No vacilaron en actuar a la luz del día, obligando a cientos de judíos a recorrer el camino hasta la estación por el centro de la ciudad, con sus pesadas maletas, sus chiquillos llorosos y sus ancianos agotados, ante los ojos de ciudadanos apáticos, incapaces de dar muestras de humanidad. Al día siguiente, los *Gauleiter* (jefes de distrito) comunicaron con orgullo a Berlín que su región era la primera de Alemania que había sido *judenrein* (depurada de sus judíos). El Führer debió de alegrarse de ser tan bien comprendido por su pueblo: estaba maduro para «caminar con él».

Un episodio en particular había demostrado que la población no era tan impotente como quiso hacer creer después de la guerra. En 1941, la oposición de ciudadanos y obispos católicos y protestantes alemanes había conseguido interrumpir el programa de exterminio de las personas discapacitadas mentales y físicas o consideradas como tales, ordenado por Adolf Hitler con el objetivo de purgar la raza aria de estas «vidas sin valor». Cuando esta operación secreta llamada Aktion T4 estaba en su apogeo y ya había causado 70.000 muertos, gaseados en centros especiales en Alemania y Austria, Hitler cedió ante la indignación popular y puso fin a su proyecto. El Führer había comprendido el riesgo que corría ante la población al mostrarse demasiado abiertamente cruel. Por otra parte, también es una de las razones por las que el Tercer Reich desplegó una energía absurda en organizar la logística extremadamente compleja

y costosa del transporte de los judíos de Europa y de la Unión Soviética para exterminarlos lejos de la vista de sus compatriotas, en campos aislados en Polonia.

Pero, después de la guerra, nadie o casi nadie en Alemania se planteaba la cuestión de saber lo que habría ocurrido si la mayoría no hubiera ido *a favor de* la corriente, sino *contra* una política que había revelado bastante temprano su intención de pisotear la dignidad humana como se aplasta una cucaracha. Haber *ido a favor de la corriente* como el Opa, mi abuelo, estaba tan extendido que la banalidad se había convertido en una circunstancia atenuante de este mal, incluso a los ojos de las fuerzas aliadas que se habían empeñado en desnazificar Alemania. Después de su victoria, americanos, franceses, británicos y soviéticos habían dividido el país y Berlín en cuatro zonas de ocupación, en las que cada uno se había comprometido a erradicar los elementos nazis de la sociedad, con la colaboración de cámaras arbitrales alemanas. Habían fijado cuatro grados de implicación en los crímenes nazis; los tres primeros justificaban teóricamente la apertura de una investigación judicial: los «incurrimados mayores», los «incurrimados», los «incurrimados menores» (*Hauptschuldige, Belastete, Minderbelastete*), y luego estaban los *Mitläufer*. Según la definición oficial, este último designaba «a quien solo ha participado nominalmente en el nacionalsocialismo», en especial «los miembros del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) [...] que se contentaban con pagar las cuotas y participar en las reuniones obligatorias». En realidad, en el Reich, que contaba con 69 millones de habitantes en sus fronteras de 1937, el número de *Mitläufer* superaba el marco de los ocho millones de miembros del NSDAP. Unos millones más se habían unido a organizaciones afiliadas y muchos otros habían aclamado el nacionalsocialismo sin por ello adherirse a una organización nazi. Mi abuela, por ejemplo, que no tenía carné del partido, estaba más apegada a Adolf Hitler que mi abuelo, que sí lo tenía. Pero los Aliados no tenían tiempo para

estudiar detenidamente esta complejidad. Ya tenían suficiente trabajo con los inculpatos, menores y mayores, es decir, con la multitud de altos funcionarios que habían dado órdenes criminales en este laberinto burocrático que era el Tercer Reich y todos los que las habían ejecutado, a veces con un celo infame.

Simple miembros del partido nazi como mi abuelo salieron casi indemnes. Su único castigo fue verse privado del control de su pequeña empresa de productos petrolíferos, Schwarz & Co. Mineralölgesellschaft, confiada durante unos años a un gerente designado por las autoridades aliadas. Probablemente, también habría tenido ciertas dificultades para ocupar un puesto de funcionario si lo hubiera querido. Su hija, mi tía Ingrid*, cree recordar que lo habían condenado a «romper piedras», pero, extrañamente, mi padre no tiene ningún recuerdo de esto y no duda de que, en el caso poco probable de una condena como esta, mi abuelo, «con lo astuto que era», se las hubiera arreglado para ahorrarse esta tarea. Él recuerda más bien que su padre nunca hizo negocios tan lucrativos como durante aquel periodo de privación de trabajo, pues resultó ser un comerciante mucho más hábil en el mercado negro que en el mercado legal. Se acuerda de que en la mesa de los Schwarz siempre había vino, carne, huevos y manzanas, productos de los que algunos habían olvidado hasta el sabor en la Alemania arruinada de la posguerra. Esta divergencia de recuerdos entre los dos hijos de Karl Schwarz quizá se deba al hecho de que una estaba tan apegada a su padre como el otro se había alejado de él.

Por supuesto, no se podía meter en la cárcel a los ocho millones de miembros del NSDAP, para empezar porque no había suficiente lugar detrás de los barrotes. A partir de la primavera de 1945, los Aliados habían procedido a arrestos masivos de antiguos

funcionarios del partido y de miembros de las SS, y habían enviado a unos 300.000 de ellos a prisión. Los americanos eran con mucho los que se aplicaron con más firmeza a desnazificar su zona, al menos al principio. Mannheim, donde vivían mis abuelos, una de las ciudades más grandes de Baden-Wurtemberg, se encontraba justamente en la zona americana del sur-sudoeste, que comprendía el norte de Baden-Wurtemberg, Baviera y Hesse, a lo que se añadía el sudoeste de Berlín y, al norte, el *Land* de Bremen, valioso por su situación estratégica en el mar del Norte. Los americanos tenían una buena reputación, y mi tía Ingrid guardó una imagen de ellos «siempre con una sonrisa, con buena salud, al volante de su Jeep, lo cual aportaba un poco de alegría» en el ambiente funesto de la Alemania de la posguerra. No obstante, su comandante, el futuro presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, no era demasiado optimista y consideraba que se necesitarían al menos cincuenta años de reeducación intensiva para formar a los alemanes en unos principios democráticos. Los americanos tenían el proyecto titánico de sondear el pasado de todos los alemanes mayores de dieciocho años sometiéndolos a cuestionarios de unas 130 preguntas que supuestamente darían una indicación de su grado de complicidad con el régimen y de su nivel de adoctrinamiento ideológico. Con un rigor muy burocrático, empezaron a escudriñar los millones de formularios que se acumulaban en sus escritorios, con el objetivo de castigar a los culpables y de purificar a la sociedad de sus elementos más impregnados por el nazismo. Despidieron a todos los funcionarios que se habían inscrito en el NSDAP antes del 1 de mayo de 1937 y, por lo tanto, eran sospechosos de haberse afiliado por convicción. A finales del invierno de 1945-1946, más del 40 por ciento de los funcionarios de la zona americana habían ahuecado el ala.

No he encontrado copia del cuestionario de desnazificación de mi

abuelo, pero tuvo que llenarlo, porque un correo de las autoridades de la Ocupación indica que supieron muy pronto que había sido miembro del partido. Cuando murió, en 1970, mi padre buscó por todas partes entre los papeles de Karl Schwarz indicios del carné e insignias del partido, sin éxito. Durante el anuncio de la entrada de los Aliados en Mannheim en marzo de 1945, como muchos de sus compatriotas, debió de tirar a las llamas del horno de la cocina estas pruebas comprometedoras, así como las banderas nazis que se solía exhibir en los balcones los días de fiesta y, quién sabe, un retrato del Führer que había colgado en su despacho para estar tranquilo o que mi abuela conservaba en un cajón por afecto. Era una pérdida de tiempo, porque los jefes locales del NSDAP pusieron pies en polvorosa sin preocuparse ni un ápice por destruir el registro de los miembros del partido de Mannheim, que los americanos encontraron intacto cuando llegaron.

Pero Karl no lo hizo desaparecer todo. Entre sus cosas, mi padre encontró un dibujo heráldico de lo más extraño: un yelmo de caballero sobre fondo de vegetales negro y dorado, detrás de los cuales irrumpe un animal imaginario, un cruce de cabra y ciervo con cuernos y pezuñas rojas, cuyo cuello está atravesado por una flecha del mismo color. En la parte inferior, está escrito el nombre de Schwarz en una caligrafía compleja, la fecha de 1612 y este texto: «Los orígenes de esta familia burguesa de líneas florecientes en Suabia y en Franconia deben encontrarse en Rotemburgo». Bajo el nacionalsocialismo, la genealogía estaba muy en boga e incluso había obtenido un estatuto casi oficial al servicio del régimen, el cual tenía necesidad de aportar a sus teorías raciales confusas un crédito que ninguna ciencia sería podría proporcionarle. Este dibujo no solo tenía un valor decorativo porque, para entrar en el NSDAP, se necesitaba un documento bastante más complicado de obtener: un certificado de arianidad especialmente exhaustivo y detallado, para el que había que reunir un montón de justificantes que supuestamente probaban los orígenes arios del candidato y de su

cónyuge al menos desde 1800. Que Karl Schwarz además hubiera mandado dibujar con tinta y acuarela, sin estar obligado, este motivo heráldico me deja perpleja. Mi abuelo no era un nacionalsocialista convencido, estaba demasiado enamorado de la libertad para eso. «Quizá lo colgó en las oficinas de su empresa para que, cuando un cliente o un funcionario nazi pasara por allí, hiciera menos preguntas y lo dejara tranquilo», dice mi padre. En la década de 1930, circulaban rumores por Alemania sobre los comerciantes sospechosos de disimular sus orígenes judíos, que alimentaban una atmósfera de paranoia y de delación, hasta el punto de que algunos llegaban a publicar anuncios en los periódicos para desmentir públicamente cualquier relación con el judaísmo. El Opa hizo desaparecer su certificado de arianidad pero, curiosamente, se guardó su acuarela, que conservó hasta la muerte. «Pienso que este dibujo le gustaba, porque produce la ilusión de un glorioso linaje. Y mi padre a veces tenía sueños de grandeza.» En ciertos aspectos, Karl Schwarz era un hombre de su tiempo.

Rápidamente, ante la magnitud de la tarea que se habían asignado, los americanos decidieron integrar la justicia alemana en el proceso de desnazificación. Después del examen de los cuestionarios, las personas sospechosas de estar implicadas se enviaban ante una de los centenares de cámaras arbitrales alemanas de la zona americana. En Mannheim, se pasaron por el tamiz 202.070 formularios. De las 8823 personas juzgadas, 18 se clasificaron como *Hauptschuldige*, 257 como *Belastete*, 1263 como *Minderbelastete*, 7163 como *Mitläufer* y 122 como *Entlastete* («inocentes»). Dudo que mi abuelo fuera escuchado. En cualquier caso, como los americanos no habían encontrado suficientes jueces alemanes «limpios», pues la complicidad de los juristas con el nacionalsocialismo había sido muy grande y se habían resignado a seleccionarlos entre la vieja guardia, Karl Schwarz no tuvo gran cosa que temer. Sobre todo

porque los ocupantes ya no se podían permitir mostrarse tan intransigentes ante la necesidad urgente de personal alemán para hacer frente a los numerosos problemas a los que se enfrentaba la sociedad: malnutrición, crisis de la vivienda, falta de carbón para calentarse... Además, la atención de los americanos empezaba a apartarse de los antiguos nazis para centrarse en un nuevo enemigo, la Unión Soviética y el bloque comunista. Tras el rigor inicial se produjo una dejadez en las medidas de desnazificación con el objetivo de acabar con el proceso lo más deprisa posible y acelerar la reconstrucción de la Alemania Occidental, situada en el límite del territorio comunista enemigo.

Los británicos eran mucho menos partidarios que los americanos de perseguir a los nazis en su zona del noroeste, que incluía Hamburgo, la Baja Sajonia, Renania del Norte-Westfalia y Schleswig-Holstein, así como el sector oeste de Berlín. A lo sumo, pretendían una reeducación a través de la creación de medios de comunicación en su región, como la radio Nordwestdeutsche Rundfunk y los periódicos *Die Zeit* y *Die Welt*, u obligando a los ciudadanos a ver imágenes filmadas de las víctimas esqueléticas de los campos de concentración. Los británicos crearon *Clubs*, en los que algunos alemanes estaban autorizados a entrar, pero esta mezcla era excepcional, porque la mayoría de las veces los británicos mantenían las distancias. Tenían lugares reservados en tranvías, comercios y cines, señalizados con el cartel «*Keep out*» o «*No Germans*». A menudo se percibían como invasores, en especial cuando confiscaban pisos en ciudades que ya sufrían una grave escasez de viviendas a causa de los bombardeos. En realidad, los británicos no siempre tenían elección, pues ellos mismos estaban muy debilitados económicamente por la guerra y tenían dificultades para financiar la ocupación. No se preocupaban por los *Mitläufer* y se contentaban con prohibir las funciones públicas importantes a los

nazis y con perseguir a los peces más gordos. Su indulgencia era tal que algunos nazis que vivían bajo administración americana se apresuraron a pasar a su zona. Los británicos tenían prisa por reconstruir la potencia económica de Alemania, también en su propio interés. Por ello, sabían mostrarse conciliadores cuando el acusado era una figura de la élite económica del Reich, como Günther Quandt.

Quandt no había sido un nacionalsocialista convencido, sino un oportunista que había esperado que Adolf Hitler llegara al poder en enero de 1933 para financiar su partido y después afiliarse a él. A esta proximidad financiera, se añadió un vínculo familiar, puesto que la segunda esposa del industrial, Magda Ritschel, de la que se había divorciado, se había casado en diciembre de 1931 con el futuro ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, una unión de la que el Führer había sido testigo. Su lealtad hacia Hitler le resultó rentable, porque Quandt amasó una fortuna colosal al convertirse en uno de los mayores proveedores de la industria militar nazi. Cuando escaseó la mano de obra a causa de la movilización de los hombres al frente, explotó a unos 50.000 trabajadores forzados, prisioneros de guerra y detenidos de los campos de concentración, «prestados» a bajo precio por el Reich.

En 1946, los americanos detuvieron a Quandt, pero escapó al tribunal de Núremberg gracias a los británicos, que «omitieron» transmitir a los americanos documentos que lo afectaban y, en el colmo del ridículo, llegaron a clasificarlo oficialmente de *Mitläufer*. En enero de 1948, los americanos, que se abstuvieron de investigar más ampliamente, lo liberaron. Poco después, el ejército británico se apresuró a hacer negocios con este especialista del armamento. Porque Quandt era un *rara avis*. Producía equipamientos que el mundo entero envidiaba, baterías especiales para los torpedos submarinos y, muy especialmente, la batería única para el «arma

mágica» desarrollada por los nazis durante la guerra y que suscitaba la admiración de sus enemigos, el V2, el primer misil balístico operativo creado por el hombre, que dio lugar a los misiles intercontinentales y al vuelo espacial. Después de la guerra, la familia Quandt, actualmente propietaria, entre otros, del fabricante de automóviles BMW, negó durante largo tiempo los orígenes sospechosos de su fortuna hasta que, en 2007, la emisión de un documental en la televisión titulado *El silencio de los Quandt* la forzó a esclarecer su pasado.

En cuanto a los franceses, cuya zona, la más pequeña, englobaba el sur de Baden-Wurtemberg, Renania-Palatinado, Sarre y el noroeste de Berlín, también se dieron rápidamente cuenta de las ventajas de mostrarse indulgentes con los industriales que, a cambio, se mostraban generosos en los negocios. Habían adquirido la reputación de ser la potencia de ocupación menos interesada en la desnazificación. El hecho de que Francia hubiera cooperado estrechamente con el Tercer Reich y de que su administración después de la guerra estuviera todavía plagada de antiguos colaboradores del régimen de Vichy, que temían que las acusaciones contra los nazis se volvieran contra ellos, sin duda explica el escaso número de procedimientos judiciales iniciados. Los franceses preferían acusar colectivamente a los alemanes, sin diferenciarlos en función de su responsabilidad individual ni querer reeducarlos. El general De Gaulle era partidario de una política de debilitamiento y división permanente de Alemania y exigía un máximo de reparaciones. Los franceses, invitados de última hora a la mesa de los vencedores a pesar de su colaboración con el Reich, se comportaron como una auténtica fuerza de ocupación, confiscaron viviendas para alojar a los profesores, ingenieros y funcionarios franceses, explotaron la mano de obra alemana y requisaron comida en abundancia, mientras que muchos alemanes

vivían en los sótanos, hambrientos y sin carbón para calentarse. Incluso se produjeron violaciones en serie y saqueos.

En la zona soviética, que comprendía los cinco *Länder* de más al este, Turingia, Sajonia-Anhalt, Sajonia, Brandeburgo y Mecklemburgo-Pomerania Occidental, así como el este de Berlín, las medidas de desnazificación no solo se dirigían a los nazis, sino también a los «indeseables», de los que querían desembarazarse, los «enemigos de la clase obrera» —los grandes terratenientes y la élite económica—, los socialdemócratas y otros detractores del nuevo régimen que el ocupante intentaba instaurar a partir del modelo de Moscú. Los soviéticos dejaron a los *Mitläufer* en paz, aunque solo fuera porque habían percibido en ellos la posibilidad de reciclarlos como buenos comunistas. Sin embargo, los nazis más implicados tenían más que temer en esta zona que en las otras, porque, con los soviéticos, no podían pretender haber adquirido su carné del partido como oposición al bolchevismo, un argumento que tenía cierto peso en el oeste. Además, algunos preferían huir del este, tanto más cuanto que las condiciones de detención eran allí especialmente atroces. Decenas de miles de supuestos nazis y de «indeseables» fueron encerrados en antiguos campos de concentración del Tercer Reich. Al menos 12.000 fallecieron. Otras decenas de miles fueron deportados a la Unión Soviética, donde muchos murieron.

En marzo de 1948, los soviéticos ya habían expulsado del servicio público a más de 520.000 antiguos miembros del NSDAP, en especial en la administración y en la justicia, donde hubo que sustituir rápidamente al personal por comunistas «leales». En menos de un año, se «formó» a nuevos jueces y fiscales adeptos a las organizaciones comunistas y ellos fueron los que dirigieron una serie de procesos expeditivos llamados los *Waldheimer Prozesse* en 1950, bajo la autoridad de la joven República Democrática Alemana

(RDA) que acababa de crearse. En dos meses, comparecieron unas tres mil cuatrocientas personas acusadas de haber cometido crímenes, sin testigos y, en general, sin asistencia jurídica, ante estos jueces y fiscales inexpertos que resolvían el asunto en menos de media hora, ya que el juicio ya estaba fijado de antemano con el objetivo de obtener un máximo de penas. No se distinguía entre *Mitläufer*, inculpatos o enemigos del comunismo. Estos simulacros de proceso tenían ante todo el objetivo de legitimar a posteriori el internamiento de miles de personas en los campos de concentración. Más de la mitad de los acusados fueron condenados a penas de entre quince y veinticinco años de prisión y veinticuatro fueron ejecutados. Después, la RDA consideró concluida la desnazificación e inició una larga negación de sus responsabilidades históricas respecto a los crímenes del Tercer Reich, designando a la República Federal de Alemania (RFA) como única heredera de este sombrío pasado.

Los alemanes eran hostiles al proceso de desnazificación dirigido a la población, percibido como una insoportable humillación, una *Siegerjustiz*, una justicia de los vencedores que aspiraban a vengarse. En cambio, eran —al menos justo después de la guerra— mayoritariamente favorables a la idea de juzgar a los altos responsables del régimen.

En noviembre de 1945, se abrió en Núremberg, por iniciativa de los americanos, un proceso contra veinticuatro altos responsables del Tercer Reich, ante un tribunal militar internacional colocado bajo la autoridad de las cuatro potencias aliadas. «La idea de abordar la guerra y las atrocidades cometidas en su nombre no como si se tratara de una política realizada con otros medios, sino como un crimen del que los políticos y los militares de alto rango pueden ser considerados responsables igual que en cualquier otro crimen» era inédita, analiza el jurista Thomas Darnstädt, en su libro *Nürnberg*.

Menschheitsverbrechen vor Gericht 1945 (Núremberg. Los crímenes contra la humanidad ante el tribunal, 1945). Las grandes líneas se habían desarrollado anteriormente en Washington bajo la autoridad del juez Robert H. Jackson. Los soviéticos, temiendo ser también acusados de crímenes a causa de los excesos del Ejército Rojo y del pacto de No Agresión firmado por Stalin y Hitler en 1939, exigían que la jurisdicción penal internacional de Núremberg se aplicara solo a las potencias del Eje. El juez Jackson se negó: «No estamos dispuestos a fijar normas para los demás que no estemos dispuestos a aplicarnos a nosotros mismos». Los británicos, que también tenían en mente sus bombardeos intensivos y mortíferos de las poblaciones civiles de Alemania, negociaron un compromiso: las normas penales tenían que ser válidas para cualquier Estado, pero el tribunal de Núremberg solo sería competente para los crímenes de los nazis. Se movilizó a más de dos mil personas para preparar el proceso y escudriñar al menos una parte de los kilómetros de archivos dejados por un régimen ultraburocratizado.

Un año después, se emitió el veredicto: doce acusados fueron condenados a muerte por ahorcamiento, entre ellos el número dos del Reich Hermann Göring, el ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop, el último jefe del poderoso Ministerio de Seguridad RSHA Ernst Kaltenbrunner, el jefe del alto mando de las fuerzas armadas Wilhelm Keitel, el fundador del periódico antisemita *Der Stürmer* Julius Streicher y el antiguo ideólogo del partido y ministro de los Territorios Ocupados del Este Alfred Rosenberg; tres, entre ellos Rudolf Hess, el antiguo adjunto de Hitler, fueron condenados a cadena perpetua y otros dos, Albert Speer, arquitecto y ministro de Armamento, y Baldur von Schirach, jefe de las *Hitlerjugend* (Juventudes Hitlerianas), a una pena de veinte años de prisión. Cuatro organizaciones —el NSDAP, la Gestapo, las SS y el SD (Servicio de Seguridad)— se clasificaron como «organizaciones criminales». Los jueces rechazaron la petición de la acusación de incluir en esta lista al Estado Mayor y al alto mando de la

Wehrmacht (OKW).

Estos procesos demostraban una voluntad por parte de los Aliados, sobre todo de los americanos, de no dejar impunes los crímenes nazis. Permitieron determinar un «nuevo orden del mundo mediante el derecho», según los términos de Robert Jackson, y definir un crimen de una nueva naturaleza: el crimen contra la humanidad. Pero, a corto plazo, no obtuvieron los efectos esperados, ni en el ámbito internacional ni en Alemania. El juez Jackson había destacado sobre todo la acusación de «crimen contra la paz» y de «complot», según la idea de que «una banda de gánsteres había tomado el control del Estado». Este enfoque alimentó una leyenda que después sería larga de desmontar: la de que los crímenes nazis eran el resultado de un plan elaborado por un pequeño grupo de criminales alrededor de Hitler, que habían dado órdenes a personas que, en su mayoría, ignoraban que colaboraban con una empresa mortífera.

Otro problema era que un tribunal en el que los vencedores juzgan a los vencidos imponía el silencio sobre los crímenes de guerra de los Aliados: la colaboración de Vichy, los bombardeos americano-británicos masivos contra los civiles alemanes, las atrocidades cometidas por el Ejército Rojo en los territorios orientales del Reich y las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos sobre Japón.

Pero uno de los principales fracasos del proceso fue haber pasado por alto la especificidad del genocidio judío, un delito que entonces no existía. «Persistía un tabú del derecho internacional: todavía era mal vista la injerencia en los “asuntos internos” de un Estado soberano», y los crímenes contra los judíos alemanes eran considerados como tales, estima Thomas Darnstädt. Además, justo después de la guerra, el nivel de información sobre la Shoá todavía era limitado. Por ejemplo, el protocolo de la conferencia de

Wannsee de enero de 1942, durante la cual unos dirigentes nazis precisaron la organización del Holocausto que ya había comenzado, todavía no se había estudiado.

En la continuidad de Núremberg, entre 1946 y 1949, los americanos organizaron, esta vez solo bajo su jurisdicción, doce procesos ante tribunales militares, en los que comparecieron más de 185 médicos, generales, industriales, altos funcionarios y comandantes de *Einsatzgruppen*. Se condenó a la pena de muerte a 24 acusados, 13 de los cuales fueron ejecutados, 20 obtuvieron una pena de cadena perpetua y 98 penas largas. Paralelamente, la indignación de la opinión americana ante las imágenes de los campos de concentración que empezaban a circular en los medios de comunicación decidió a Estados Unidos a instaurar un tribunal militar en el recinto del campo de concentración de Dachau para juzgar al personal de los seis campos situados en la zona americana. Alrededor de mil seiscientos acusados fueron condenados y 268 de los 426 condenados a muerte fueron ejecutados.

En las tres zonas aliadas del oeste, en total, cerca de diez mil nazis fueron condenados por tribunales alemanes y tribunales militares aliados, 806 de ellos a la pena de muerte, un tercio de los cuales fueron ejecutados. Este balance indica cierta eficacia, en especial por parte de los americanos, teniendo en cuenta el tiempo disponible. Sin embargo, muchos de los que habrían merecido ampliamente ser excluidos de la sociedad y encarcelados por sus responsabilidades en los crímenes del Reich consiguieron pasar a través de la malla demasiado laxa de la red tendida por los Aliados. Solo tenían que hacerse pasar por un *Mitläufer* falsificando algunos papeles y pagando a falsos testigos de descargo, esos *Persilscheine* cuya autenticidad los ocupantes raramente comprobaban, en parte porque estaban desbordados por la magnitud de la tarea, pero también porque, rápidamente, su determinación empezó a flaquear en el contexto de la Guerra Fría.

Uno de los mayores descréditos que pesan sobre los Aliados fue haberse aprovechado de su posición de fuerza para robar su conocimiento tecnológico a los alemanes, cuyo rendimiento científico era envidiado en todo el mundo desde principios del siglo XX. Entre 1900 y 1945, los alemanes obtuvieron 38 Premios Nobel de ciencias. Durante el mismo periodo, Francia había recibido 16, Gran Bretaña 23 y Estados Unidos 18. Para estos últimos países, la derrota del Reich era la ocasión de apoderarse de un saber tecnológico que les faltaba y cuya importancia se veía aumentada por la Guerra Fría.

Por ejemplo, en el marco de la operación americana Paperclip, se sacaron científicos en masa de Alemania, a escondidas, porque entre ellos figuraban nazis como Wernher von Braun, el padre del misil balístico V2, que interesaba mucho a la justicia internacional. En parte, gracias a los avances de estos expertos en el campo de las armas químicas, de la conquista espacial, de los misiles balísticos y de los aviones a reacción, Estados Unidos gozó de una superioridad tecnológica durante los decenios siguientes. En otros sectores, también se robaron numerosas innovaciones, microscopios electrónicos, fórmulas cosméticas, máquinas textiles, registradores, insecticidas, una máquina distribuidora de servilletas de papel... El Reino Unido tampoco se quedó atrás. El historiador americano John Gimbel ha estimado que los británicos, pero sobre todo los americanos, sustrajeron a Alemania un patrimonio intelectual por un valor de 10.000 millones de dólares de la época, es decir, el equivalente a 100.000 millones de dólares actuales.

Los franceses se implicaron mucho menos. Sin embargo, los sectores militar y aeronáutico se llevaron a varios centenares de científicos a Francia, en especial a los que habían trabajado en el cohete V2. Participaron en la preparación de los primeros motores a reacción de los aviones de caza, del primer Airbus, de los primeros cohetes franceses y del primer helicóptero de la futura fábrica de Eurocopter, actualmente Airbus Helicopter. Su aportación también

fue notable en el campo de los submarinos, los torpedos, los radares, los obuses y los motores de carro de combate, y permitió a Francia realizar grandes avances.

En cuanto a los soviéticos, en 1946, metieron a miles de expertos alemanes con sus familias en trenes con dirección a Moscú sin preguntarles su opinión, entre ellos el asistente de Wernher von Braun, Helmut Gröttrup. Estos últimos contribuyeron, al menos indirectamente, a abrir la vía al lanzamiento del primer satélite artificial, el *Sputnik*, por parte de la Unión Soviética, en octubre de 1957.

A pesar de este tipo de conflictos de intereses, los Aliados tienen el mérito de haber dado al pueblo las primeras bases de una vaga conciencia de las capacidades dañinas de un régimen como el Tercer Reich. Por ejemplo, la hermana de mi padre, nacida en 1936, me dijo un día que sabía desde la adolescencia que «los nazis habían cometido crímenes», que «se decía en la escuela e incluso en los medios de comunicación», donde ella había visto fotos de campos de concentración. Me sorprendió, porque mi padre, que nació en 1943, siempre me ha hablado de una amnesia total después de la guerra. Luego me di cuenta de que Ingrid había ido a la escuela en el momento en que, en Mannheim, los americanos intentaban «reeducar» a los alemanes, mientras que, cuando mi padre fue escolarizado, el paréntesis de desnazificación se había cerrado.

En 1949, los ocupantes occidentales autorizaron la fusión de sus tres zonas para formar la República Federal de Alemania y aceptaron que se beneficiara del plan Marshall, un programa de préstamos concedidos a la mayoría de los Estados de Europa Occidental para ayudar a su reconstrucción después de la guerra. Mi padre dice a menudo que «Alemania tuvo suerte de ser tratada con aquella indulgencia a pesar de los crímenes que había

cometido». Sin la Guerra Fría, su destino quizá habría sido muy diferente. A finales de la década de 1940, los Aliados se desvincularon de aquella amplia tarea de desnazificación. Les faltaba perspectiva y conocimientos sobre la complejidad del régimen nazi, pero, sobre todo, unas potencias exteriores no podían hacer el trabajo en lugar de los alemanes. Les correspondía a ellos cambiar de mentalidad y tomar las riendas de su destino democrático. Había motivos para ser pesimista.

Alemania, «año cero»

Después de la guerra, nunca se hablaba de política en la familia de mi padre. De manera general, las conversaciones eran raras en la mesa: los niños solo tenían derecho a hablar cuando se les daba permiso y, en caso contrario, recibían una paliza por parte de Karl, que tenía un concepto muy autoritario de la paternidad. En la atmósfera apocalíptica de la Alemania de la posguerra, la prioridad no era reflexionar sobre el pasado, sino recuperarse rápidamente y organizar una nueva vida. La familia Schwarz ocupaba un apartamento de tres habitaciones en el primer piso de un pequeño inmueble de alquiler construido en 1902 por el padre de mi abuela, un carpintero que se lo había legado a su hija en 1935, porque era la única superviviente de sus nueve hijos. De milagro, el inmueble, situado en la Chamissostrasse, aunque gravemente dañado por los bombardeos aliados, había evitado lo peor, mientras que los edificios situados al otro lado de la calle habían quedado reducidos a un desierto de ruinas. Sin embargo, aquella desfiguración urbana hacía las delicias de algunos. «Era un terreno de aventuras extraordinario para los niños, podíamos correr, saltar, escalar, escondernos y descubrir montones de tesoros», recuerda mi padre.

Durante toda la guerra, más que cualquier otra ciudad de la región, Mannheim y la ciudad adyacente, Ludwigshafen, situadas en la confluencia del Rin y el Neckar, había sido objetivo de los raids — 304 en total— a causa de sus infraestructuras portuarias y de su industria electrónica, química y farmacéutica. Pero, en realidad, como en muchos de sus ataques aéreos, los británicos también se habían centrado en los núcleos de población más densos. Mannheim les había parecido especialmente adecuado para experimentar un método de bombardeo llamado «*carpet bombing*», o alfombra de bombas, cuyo objetivo era, como su nombre indica, arrasar una zona urbana hasta el punto de darle la apariencia de una alfombra. La ciudad parecía ideal para este experimento a causa de la distribución en cuadrados de su centro, que permitía evaluar de forma precisa el impacto de las explosiones gracias a las fotografías aéreas.

Afortunadamente para mis abuelos, su inmueble se encontraba ligeramente apartado del centro urbano. Pero algunas bombas eran tan potentes que la deflagración podía deteriorar viviendas a varios kilómetros a la redonda, daños que mi abuelo señalaba escrupulosamente, a medida que se producían, a las autoridades alemanas para obtener la indemnización. Mi padre y yo hemos revisado estos documentos, que el Opa conservó cuidadosamente durante toda su vida en el sótano, como si temiera, incluso años después de finalizada la guerra, que le discutieran las pérdidas que había sufrido y le exigieran que les reembolsara las indemnizaciones. Después de cada raid, las autoridades acudían para constatar los desperfectos de cara a la indemnización, que a menudo se pagaba mucho más tarde: «Debido a la presión del aire como consecuencia de un bombardeo durante el raid del 5 de agosto de 1941, el edificio situado en el lugar consignado sufrió daños en el tejado y las ventanas, mientras que las paredes y los techos se desplomaron. El importe de los daños se ha estimado en 4841,83 Reichsmarks, en virtud de la inspección visual de la Oficina

de Construcciones del 4-11-1941 y de las facturas de los trabajadores verificadas por el arquitecto Anke. Por otra parte, se ha concedido una indemnización de 430,67 Reichsmarks a la parte perjudicada». Este correo de las autoridades de evaluación del ayuntamiento data del 15 de mayo de 1943, es decir, dos años y medio después del siniestro, pero, sobre todo, en plena debacle del Reich, y me parece impresionante que, a pesar del contexto caótico, la burocracia alemana hubiera continuado funcionando con esta precisión.

El ataque más devastador fue el de la noche del 5 al 6 de septiembre de 1943. En unas horas, una flota de 605 aparatos de la Royal Air Force lanzó 150 minas, 2000 bombas explosivas, 350.000 bombas incendiarias y 5000 bombas de fósforo blanco. Los habitantes se refugiaron en los cincuenta y dos búnkeres gigantescos. Gracias a esta infraestructura, el número de víctimas civiles de los bombardeos pudo limitarse a alrededor de mil setecientos muertos en Mannheim, lo cual es poco, teniendo en cuenta la magnitud de los ataques. Cuando los habitantes salieron como zombis de sus escondites subterráneos, el centro urbano no era más que polvo, ruinas y llamas.

La totalidad de la empresa de productos petrolíferos de mi abuelo, situada cerca del puerto, había quedado reducida a cenizas por el fuego. El inmueble de la Chamissostrasse también resultó afectado, pero el búnker construido en el sótano como refugio para los residentes había resistido. Por otra parte, todavía se conserva la estructura, con anchas barras de acero en el techo y una gran puerta blindada cerrada herméticamente, tan pesada que, en mi infancia, era incapaz de abrirla sola para ir a buscar mermelada al sótano. Mucho más tarde, mi tía Ingrid me dijo que, al inicio de la guerra, el NSDAP había enviado a unos hombres a su casa para convertir su sótano en un búnker privado, lo cual era un privilegio respecto a los que tenían que acudir a los refugios comunes repartidos por la ciudad.

Cuando se produjo el raid de septiembre, al igual que muchas mujeres y niños que habían huido de la ciudad al intensificarse los bombardeos, mi abuela, la Oma, ya había abandonado Mannheim con Ingrid, de seis años, y mi padre recién nacido. «Era un niño enfermo, tenía bronquitis y no paraba de toser», cuenta mi tía. «El médico nos dijo: “¡Con todo este polvo de las ruinas, tenéis que marcharos de la ciudad!”.»

Su primera etapa fue la Selva de Oden, una bonita región ondulada justo detrás de Mannheim. «Vivíamos en casa de dos ancianas y ellas no soportaban los llantos del bebé. Así que le dijeron a mi madre: “Lydia, tienes que marcharte a otra parte, es demasiado para nosotras”.» Su periplo los condujo a Franconia, en Baviera, a casa de unos parientes de Karl Schwarz. «Eran campesinos pobres que ya tenían tres hijos que alimentar. Vivíamos hacinados y, como no había bastantes platos para todo el mundo, metíamos directamente las cucharas en una marmita colocada en el centro de la mesa; me parecía divertido.» En cambio a la Oma no le hacía ninguna gracia, y, como ya no soportaba imponer su presencia, fue a amenazar al ayuntamiento del pueblo de «hacer una tontería» si no le encontraba un alojamiento lo antes posible. «Yo estaba con ella y le dijo algo espantoso como: “Me colgaré o me tiraré al río con mis hijos”», recuerda mi tía.

Un granjero le ofreció una habitación, y a cambio mi abuela tenía que trabajar duramente en los campos hiciera el tiempo que hiciera y ordeñar cada día las vacas. He encontrado fotos de este exilio, que duró dos años. Ingrid, con sus dos trenzas rubias, ágil como una gacela en las colinas frondosas, y mi padre, con sus cabellos rubios resplandecientes a modo de casco sobre su rostro rollizo, que patalea delante de un recinto de ocas y se ríe a carcajadas. A veces, el Opa aparecía en estas fotos, pero raramente fue a visitarlas durante aquel periodo.

Cuando estalló la guerra en 1939, Karl Schwarz tenía treinta y seis años, pero no lo alistaron, quizá a causa de su edad, pero

también porque el fulgor de las victorias hacía innecesario un aumento de las tropas. Después de la ocupación de Polonia, Dinamarca y Noruega, en mayo de 1940, Hitler puso rumbo a los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo, Estados neutros que capitularon en unos días. A continuación, le tocó el turno a Francia, que se rindió en unas semanas a pesar de que su ejército tenía fama de ser uno de los más poderosos del mundo. Las imágenes de Hitler posando delante de la torre Eiffel enorgullecieron a los alemanes y muchos, como mi abuelo, debieron de sentirse aliviados por haber evitado el frente.

El inicio de la operación Barbarroja el 22 de junio de 1941, que lanzó a más de 3,3 millones de soldados del Eje al asalto de la Unión Soviética en un frente que se extendía del mar Báltico a los Cárpatos —una cifra sin precedentes en la historia militar—, cambió las tornas: cuanto más se estancaba el Reich en esta guerra devoradora de soldados, más se reducían las posibilidades de mi abuelo de escapar al calvario del frente del este.



Karl, un vividor que no tenía ningunas ganas de jugar al soldadito del régimen nazi en las estepas heladas de Rusia, ahora tenía que actuar con astucia si quería escabullirse, porque su carné del partido

nazi ya no era una baza suficiente. Tenía que convencer a las altas instancias de que su presencia en Mannheim era imprescindible para dirigir su negocio, pues de lo contrario sus clientes, privados de productos petrolíferos, corrían el riesgo de abandonar sus actividades, esenciales para el buen funcionamiento del Reich... Considerando el modesto tamaño de su empresa, la ralentización de su producción durante la guerra y la necesidad apremiante de hombres en el frente, Karl Schwarz tuvo que emplear toda su persuasión para conseguir librarse de servir en la Wehrmacht. Fue sin duda en aquel momento cuando se le ocurrió la idea de añadir la Wehrmacht a su clientela, ofreciéndole un precio ventajoso. De esta manera, se volvía útil para la economía del Reich. Al menos tengo que reconocerle un auténtico talento, que le evitó servir de carne de cañón para una banda de criminales nazis megalómanos y suicidas.

Solo recientemente, al rebuscar con mi padre en esos sempiternos archivadores amontonados en el sótano, el contexto de la exención del Opa aparece bajo otra luz. En una carta fechada el 4 de marzo de 1946, su socio en la empresa Schwarz & Co. Mineralölgesellschaft, Max Schmidt*, acusa a mi abuelo de haber informado a las autoridades nazis de que no era miembro del NSDAP, con el único objetivo de que lo alistaran en su lugar en el ejército en 1943. «Usted me dijo que el hecho de que yo no perteneciera al partido lo obligaba a recordarme mis responsabilidades militares; esto no es producto de mi imaginación, sino la realidad, que, como otras de sus declaraciones, hoy se niega a reconocer. Por otra parte, usted siempre daba la vuelta a las cosas para que sirvieran a sus objetivos y siempre me consideró un mal necesario, cuya única utilidad era aportar dinero y contratos.» Y añade: «No me convertí en soldado voluntariamente. Este alistamiento le dio la posibilidad de tomar el control de la empresa».

Cuando defendió su causa ante las autoridades, mi abuelo tuvo que intuir que, si había alguna posibilidad de escapar a la Wehrmacht porque la empresa necesitaba un dirigente, era o bien

para él, o bien para su socio, pero sin duda no para los dos. Quizá en ese momento fue cuando dejó caer, como quien no quiere la cosa, que Max Schmidt no tenía carné del partido.

A partir de la primavera de 1943, Karl vivía solo, puesto que su mujer y sus hijos se habían marchado al campo. Las noches debían de ser un poco tristes en el inmueble medio vacío de la Chamissostrasse, cuyos habitantes o bien se habían exiliado fuera de la ciudad, o bien estaban en el frente desafiando a la muerte y el frío, excepto tres o cuatro almas que convivían en este escenario fantasmagórico, compuesto por viviendas acribilladas de grietas abiertas en el techo, el suelo y las paredes, y cuyas ventanas de cristales rotos estaban selladas con trozos de cartón. Para distraerse, mi abuelo acudía a un cabaré situado en una calle perpendicular, la Lange Rötterstrasse, que llevaba el nombre de Eulenspiegel, el travieso. Muchos cabarés y teatros del Reich habían continuado con sus actividades hasta el 1 de septiembre de 1944, cuando el ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, ordenó su cierre en el marco de la «guerra total». Hasta esta fecha, los artistas estaban eximidos del ejército, porque su papel parecía esencial para desviar la atención de la población de los horrores a los que Hitler la estaba precipitando.

El establecimiento ya no existe, pero he encontrado entre los papeles de mi abuelo una hoja con membrete que lleva impreso en la parte superior, con una bonita caligrafía roja: *Eulenspiegel – Parodistischer Kabarett* (cabaré paródico). Al pie de la página, en letra minúscula, figuran extractos de críticas positivas de la prensa. De la ciudad de Saarbrücken: «Es raro que el arte se nos ofrezca de una forma tan elevada, con un repertorio de canciones clásicas y populares, un humor vivo y lleno de ingenio». De Mannheim: «Los Eulenspiegel se han ganado rápidamente la simpatía del público, porque han dado muestras de originalidad, de ingenio y —qué raro

beneficio— de calidad». En medio de la carta fechada el 2 de febrero de 1948, está escrito: «Confirmamos por la presente que el señor Karl Schwarz pertenece a nuestra compañía», con la firma del director del cabaré, Theo Gaufeld*.

Sea cual sea el motivo de este documento, que, evidentemente, debía servir de coartada para eximir a mi abuelo de cualquier irregularidad después de la guerra, revela que Karl tuvo que frecuentar asiduamente el establecimiento para disfrutar de esta connivencia. En realidad, había frecuentado sobre todo a una mujer, artista y esposa del jefe, la señora Gaufeld*, y se había acercado a la pareja hasta tal punto que, después de la destrucción de su fábrica en septiembre de 1943, instaló su oficina y sus existencias de barriles de productos petrolíferos justo al lado de su casa, en una fábrica de ladrillos en la periferia de Mannheim, donde vivió hasta el final de la guerra. Dado que es imposible que el marido no estuviera al corriente de la relación íntima entre su mujer y su nuevo amigo, mi padre considera probable que hubieran establecido una especie de *ménage à trois* que duraría hasta la muerte de mi abuelo. Cuando la Oma comprendió que los Gaufeld, que tan amablemente se habían ocupado de su marido durante su ausencia, eran más que amigos, el dolor le desgarró el corazón y nunca se recuperó realmente. Por fortuna, hizo este descubrimiento penoso mucho más tarde y no después de la capitulación del 8 de mayo de 1945, cuando regresó a Mannheim con los niños. Ya la esperaba otra experiencia traumática: la ciudad donde había nacido había desaparecido en parte.

Mannheim era una de las ciudades más afectadas del sudoeste de Alemania. El 70 por ciento del centro y el 50 por ciento del resto de la ciudad habían sido destruidos. Se había producido el ataque devastador de septiembre de 1943 y otros muchos, y después, el 2 de marzo de 1945, cuando la guerra tocaba a su fin, bombarderos

de la Royal Air Force se habían encarnizado una última vez, desencadenando una tormenta de fuego que se llevó lo que quedaba de la ciudad histórica. A finales de marzo, Mannheim se había rendido ante la llegada de los americanos y, sin saberlo, había escapado a lo peor, porque, en caso de resistencia alemana, un plan americano secreto había previsto lanzar algunas bombas nucleares sobre varias ciudades alemanas, y Mannheim y Ludwigshafen figuraban entre sus eventuales objetivos.

Si la Oma llegó en tren, sin duda vio, al lado de la estación, el gran castillo barroco perforado por todas partes, del que solo se había mantenido intacta una de las quinientas habitaciones. Para llegar a la Chamissostrasse, tuvo que cruzar las antiguas grandes arterias comerciales, antaño iluminadas por grandes almacenes rebosantes de vida y luciendo su opulencia, donde acudía toda la región para hacer sus compras. Karstadt, N.º 1 Otto Spuler y los antiguos establecimientos judíos arianizados Kaufhaus Kander, Gebrüder Rothschild, Hermann Schmoller & Co. en su mayoría se habían hundido como castillos de naipes bajo las bombas. De los cafés que ofrecían sus bonitas terrazas en verano para servir pasteles de crema y café a las señoras, no quedaba ni rastro, solo las letras arrancadas de su letrero y los restos de la vajilla que llevaba el nombre de la casa, ocultos bajo las montañas de desperdicios acumulados en el borde del camino para liberar la vía. Calles enteras habían sido borradas del mapa, transformadas en amplios terrenos baldíos donde, aquí y allá, subsistían esqueletos de inmuebles y fachadas sin cuerpo, plantadas como decorados de teatro en la nada. Me imagino a la Oma, protestante muy practicante, buscando con la mirada la silueta familiar de una iglesia, sin encontrar en la plaza más que el esqueleto de una nave, los fragmentos de una vidriera y una cruz en equilibrio sobre el agujero abierto de un campanario.

Después de la guerra, ¿cuántos alemanes como mis abuelos vieron su ciudad natal desfigurada de esta manera, el cemento identitario de una vida? En Hamburgo la mitad de las viviendas fueron destruidas por un infierno de llamas que costó la vida a 40.000 personas. Dresde, obra maestra del barroco, se había convertido en una ciudad fantasma después de una ráfaga de bombas que había matado a unos 25.000 habitantes. Hannover, Kassel, Núremberg, Magdeburgo, Maguncia y Frankfurt habían desaparecido en un 70 por ciento. La cuenca industrial de Renania —Colonia, Düsseldorf, Essen y Dortmund— había sido devastada por las bombas. Algunos municipios incluso habían desaparecido en más de un 96 por ciento, como Düren, Wesel y Paderborn. En total, casi una familia de cada cinco había perdido su domicilio. Entre 300.000 y 400.000 civiles habían muerto bajo las bombas según el historiador Dietmar Süß. Al menos una cantidad similar sufrieron secuelas de por vida y otros millones quedaron traumatizados.

El 14 de febrero de 1942, el Ministerio del Aire británico había publicado una directriz llamada *Area Bombing Directive* a la atención del comandante en jefe de bombarderos de la Royal Air Force, Arthur Harris. La directriz lo animaba a «concentrar los ataques sobre la moral de la población civil enemiga, en especial, de los trabajadores». El texto añadía: «Por consiguiente, está autorizado a recurrir a su fuerza de ataque sin restricciones». Al día siguiente, un mensaje precisaba: «Supongo que queda claro que los objetivos son las zonas construidas y no, por ejemplo, los astilleros o las fábricas aeronáuticas como las mencionadas en el anexo A. Esto debe aclararse por si existen dudas». Arthur Harris recibió el apodo de «Bomber Harris».

Antes de empezar este libro, no conocía a este héroe de los británicos y, cuando estudiaba en Londres, debí pasar decenas de veces por delante de su estatua, inaugurada en 1992 a pesar de las críticas británicas y alemanas, sin prestarle nunca atención. Desde que la memoria histórica se ha convertido en una obsesión, por

todas partes adonde voy la persigo en sus manifestaciones más diversas. En general, lo hago en solitario, porque no a todo el mundo le entusiasma pasar el día con los muertos. Aproveché una visita relámpago a Londres para visitar de nuevo la estatua de Arthur Harris, que se alza delante de la iglesia de St. Clement Danes, convertida en monumento a la gloria de la RAF. Esta vez, leí el epitafio: «En memoria de un gran comandante y de su valeroso equipo, del que más de 55.000 hombres perdieron la vida por la causa de la libertad. La nación tiene una deuda inmensa con ellos».

El bombardeo de civiles pretendía minar la moral del pueblo alemán y erosionar su apoyo a la guerra de Hitler, pero los historiadores están de acuerdo actualmente en afirmar que no permitió acortar la guerra. Estos ataques, que en un principio fueron represalias por los devastadores raids alemanes en Coventry, Londres y Rotterdam, después tomaron en parte la forma de una venganza mortífera. En los últimos meses de la guerra, cuando se había conseguido la derrota del Reich, los británicos y los americanos bombardearon casi diariamente Alemania.

Más allá de las pérdidas humanas, aquellos destrozos hicieron perder a Alemania fragmentos completos de su identidad cultural e histórica. Basta con mirar las fotos de Mannheim, Berlín y Colonia de antes de la guerra, es un país totalmente diferente lo que se observa. Sin embargo, a pesar de que los Aliados cometieron crímenes cuya extrema gravedad todavía les cuesta reconocer, sin ninguna duda la responsabilidad principal de esta espiral de violencia corresponde al Reich. Si no hubiera desencadenado la guerra en Europa, Alemania nunca habría padecido ni habría sido desfigurada de esta manera. Lo que más hizo sufrir al pueblo no fueron las bombas, sino el fanatismo mortífero del Führer, que costó la vida a más de cinco millones de soldados alemanes en los campos de batalla.

Mis abuelos no habían sido directamente golpeados por esta hecatombe. Pero ¿cuántos de sus allegados lloraban el fallecimiento de uno de los suyos en aquella guerra que Hitler se había empeñado en prolongar incluso cuando varios generales le suplicaban que se replegara? El marido de Hilde, la hermana de Karl, un oficial de la Wehrmacht poseído por el ardor nacionalsocialista, murió en el frente del este, como al menos 3,5 millones de soldados, que pagaron con su vida la negativa fanática de su Führer de batirse en retirada ante la superioridad evidente de los soviéticos en los últimos años de la guerra.

Después del fracaso de su plan, que preveía vencer a la Unión Soviética en unas semanas durante el verano de 1941, Hitler había apremiado a sus hombres a continuar su marcha en el invierno glacial hasta las puertas de Moscú, sin ningún equipamiento contra el frío. Con temperaturas que llegaban a los 50 °C bajo cero, sin guantes ni abrigo, les dio la orden de atacar y de mantener su posición a cualquier precio. «No sabíamos dónde se encontraba el frente. Nos quedábamos de rodillas o tumbados sobre la nieve. La piel de las rodillas se nos pegaba al hielo», escribió un soldado anónimo de la Wehrmacht. Los soldados alemanes, incapaces de excavar trincheras para protegerse en el hielo demasiado duro, caían como moscas, diezmados por las balas rusas o vencidos por el frío y el hambre. El novio de mi tía Ingrid, contrario a Hitler, perdió varios dedos del pie por congelación a las puertas de Moscú.

Un año más tarde, a pesar de las advertencias de sus generales sobre el estado catastrófico de las tropas, el Führer forzó de nuevo a los soldados exhaustos a lanzar un ataque, esta vez contra Stalingrado, una ofensiva sin ninguna esperanza de victoria, que representaba condenar a sus hombres a una muerte segura. Los 220.000 soldados del Sexto Ejército fueron cercados. Vestidos con un abrigo delgado y sin provisiones, muchos perecieron de frío y de hambre. Cayeron 60.000 y alrededor de 110.000 fueron hechos prisioneros por los soviéticos. Solamente 6000 regresaron a sus

casas.

En el norte de África, otro teatro de operaciones, el balance fue comparativamente bajo. Hubo unas decenas de miles de muertos en el bando alemán, porque el general Erwin Rommel, llamado «el Zorro del Desierto», que dirigía la ofensiva del Afrikakorps contra los británicos, tuvo el valor de desobedecer a Hitler. Durante la batalla de El Alamein, a pesar de la evidente incapacidad logística de frenar al enemigo, el Führer lanzó uno de sus temibles *Durchhaltebefehle* (órdenes de aguantar): «No tenéis otra opción que mostrar a vuestras tropas o bien el camino de la victoria, o bien el de la muerte». Al principio, Rommel, que por otra parte era muy leal a su jefe, obedeció, luego ordenó a todas sus unidades móviles que se replegaran hacia el oeste.

Después del desembarco aliado en Normandía, el 6 de junio de 1944, que confirmaba el declive inevitable del Reich, Rommel exhortó al Führer a poner fin a la guerra, pero no hizo más que provocar el furor de un tirano cegado por sus ambiciones desmesuradas. Poco después, sospechoso de haber participado en un golpe de Estado fallido protagonizado por oficiales contra el régimen nazi, Erwin Rommel, cuya audacia y triunfos habían hecho vibrar Alemania y temblar al enemigo, recibió la orden de suicidarse y la ejecutó.

Un número creciente de generales intentó hacer entrar en razón a Hitler, pero este se mantuvo impasible hasta el final, gracias al apoyo persistente e incomprensible de una parte del Estado Mayor. En su locura suicida, unos meses antes de la capitulación, cuando se había perdido toda esperanza, los dirigentes nazis decidieron ampliar aún más el círculo de los sacrificados, reclutando la poca carne de cañón que quedaba, es decir, chicos de dieciséis y diecisiete años, y hombres de más de cuarenta y cinco, para formar un *Volkssturm* y defender, sin entrenamiento y apenas armados, las ciudades que iban a caer en manos del enemigo. Aquellos muchachos eran enviados a la muerte para salvar la imagen del

alemán extremista que halagaba la vanidad del Führer: o bien la victoria total, o bien la derrota total.

Los alemanes que vivieron los últimos meses de la guerra los recuerdan como un apocalipsis. Alemania se hundía, ardía, explotaba, aullaba, se desgarraba y agonizaba en un infierno digno de Dante. Errante como un león enjaulado en un búnker construido bajo la cancillería de Berlín, donde se había refugiado con sus allegados, Adolf Hitler zozobraba en una locura destructiva. Prefería el naufragio a la rendición y quería arrastrar a él a su propio pueblo, que consideraba «indigno» de la revolución nacionalsocialista.

El 30 de abril, después de haber matado a su perra, se disparó una bala en la cabeza. Eva Braun, su compañera, con la que finalmente había accedido a casarse justo antes de su muerte, se envenenó con cianuro. El 1 de mayo, le tocó el turno de tomar cianuro a su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, un antisemita exaltado, y a su mujer Magda, una poseída del nazismo, después de habérselo administrado a sus seis hijos, ángeles rubios que habían servido para emocionar a los alemanes en películas de propaganda.

El suicidio se extendía como una epidemia desde que el avance del Ejército Rojo hasta Berlín parecía inevitable. Los pastores de la Iglesia se inquietaban ante la afluencia de fieles que acudían a confesar que siempre llevaban encima una ampolla de cianuro. El número de berlineses que se quitó la vida en las últimas semanas de la guerra probablemente supera los 10.000. En Demmin, una pequeña ciudad de la Pomerania Oriental, conquistada por el Ejército Rojo el 30 de abril de 1945, entre quinientas y mil personas se suicidaron, entre ellas muchas mujeres que antes mataron a sus hijos. Mi tía recuerda la desesperación de su madre: «Los americanos ya estaban en el país y mi madre decía: “¡No perderemos la guerra! ¡El Führer ganará! ¡Si perdemos la guerra, me mato!”. Aquello me impresionaba».

Si la Oma no pasó a la acción quizá fue porque su suerte no fue tan terrible como la de otros. Después de haber cruzado el centro urbano de Mannheim en ruinas, debió de sentirse aliviada al ver el inmueble familiar, donde podría intentar recuperar su vida de antes. Por desgracia, un tejado no basta para sobrevivir, sobre todo si está agujereado por todas partes. Las paredes y una parte de la escalera habían sido destruidas. Las ventanas habían estallado en mil pedazos.

Poco a poco, los inquilinos regresaron de su exilio en el campo para volver a instalarse en sus casas, pero tuvieron que compartirlas con los que lo habían perdido todo. En Mannheim, solo 14.600 pisos de 86.700 no se habían visto afectados por las bombas. Frente a la grave falta de viviendas, era obligatorio alojar al menos a ocho personas en un piso del tamaño de los del inmueble de la Chamissostrasse, todos idénticos, es decir, de noventa metros cuadrados. El Opa burló el reglamento, pues contó que su hermano Willy vivía con sus hijos bajo su techo. Sin embargo, es cierto que acogió regularmente a miembros de la familia, como recuerda mi tía, que se veía obligada a dormir en el salón, detrás de una gran sábana a modo de cortina. En la planta baja del inmueble, un anciano que vivía solo se encontró con una familia entera de refugiados. «Los llamábamos *Rucksackdeutsche* (“alemanes con una bolsa a la espalda”); se percibía que habían pasado por una auténtica pesadilla.»

Los civiles alemanes que pagaron el tributo más alto a la guerra probablemente fueron los 12 a 14 millones de expulsados de los territorios alemanes del este, de Checoslovaquia y, en menor medida, del sudeste de Europa, que fueron arrancados de las tierras donde se habían instalado desde hacía generaciones.

Los de los territorios alemanes del este habían huido en condiciones especialmente terribles ante el avance del Ejército Rojo, electrizado por la visión de los pueblos que la Wehrmacht había quemado durante su retirada de Rusia y la muerte de millones de

prisioneros de guerra soviéticos a manos de los alemanes. Más de 1,4 millones de mujeres alemanas fueron violadas por los soldados rusos y centenares de miles de hombres fueron enviados a los gulags y sometidos a trabajos forzados.

En Checoslovaquia, el escenario fue menos sangriento, pero la partida forzosa de tres millones de alemanes también resultó muy dolorosa. Bajo el Imperio austrohúngaro, los alemanes de los Sudetes, que designa la región de Bohemia y Moravia en el nordeste del país, habían prosperado y habían desarrollado una importante industria del vidrio y el cristal. Su situación se había deteriorado después del desmantelamiento del imperio y la proclamación de un Estado checoslovaco independiente en 1918, que tenía tendencia a discriminar a la minoría alemana. Hitler, invocando la necesidad de ayudar a sus «hermanos de sangre», se anexionó los Sudetes en octubre de 1938, ante la alegría de la inmensa mayoría de la población germánica local, que no perdió el tiempo para expulsar y discriminar a los checos de su región.

Después de la derrota del Reich, la venganza cambió de campo y le tocó el turno a casi la totalidad de los alemanes de ser expulsados como apestados, echados a las carreteras, donde miles murieron de agotamiento, de enfermedades o asesinados. El presidente checoslovaco, Edvard Beneš, decretó que todos los bienes de los alemanes debían ser «embargados», es decir, robados. En 2002, el presidente checo, Václav Havel, condenó oficialmente estas expulsiones.

En Alemania, la acogida de estos refugiados no fue calurosa. Ya había mucho que hacer con los locales que no tenían vivienda y la empatía raramente es necesaria cuando todo el mundo sufre. Mis abuelos no podían contar con los alquileres para salir adelante, pues los inquilinos tenían dificultades financieras, y todavía no habían recibido las indemnizaciones por los desperfectos debidos al raid de

septiembre de 1943. Mi abuelo se pasaba días enteros hablando con las autoridades. Por suerte, antes del gran bombardeo, había realizado un inventario completo de sus bienes, que encontré en el sótano de Mannheim.

Al leer esta lista, que enumera cada prenda de vestir, cada mueble, cada accesorio que poseían mis abuelos, me proyecté al escenario en el que la Oma vivía cuando yo era muy pequeña y del que pensaba que solo tenía vagos recuerdos: después de su muerte —yo tenía seis años—, mi abuelo había transformado por completo el apartamento. Con un nudo en la garganta, reviví con claridad la habitación de mi abuela, donde había muebles de madera pesados y oscuros, un cuadro que representaba un paisaje germánico idílico, una cama demasiado maciza para el volumen de la habitación y, encima, una cruz imponente ante la que Lydia rezaba cada noche. El apartamento estaba formado por un salón, una gran cocina, donde la Oma pasaba horas preparando pasteles del tamaño de la placa del horno para el *Kaffee und Kuchen* (café y pasteles) del domingo, y un *Herrenzimmer*, el «salón de los señores», donde, en sillones dispuestos frente a una biblioteca *art déco* y un escritorio a juego, estaba permitido fumar la pipa y el cigarro cuando las finanzas lo permitían, pero era solamente para los hombres.

Otra lista que encontré data del día siguiente de los bombardeos devastadores de septiembre de 1943 y concierne a las pérdidas. Los detalles con los que el Opa realiza el balance del siniestro — que incluye «un canario y su jaula», un «pomo de puerta», «botellas vacías» y «cajas de fruta vacías»— dan una idea de la situación financiera tensa de mis abuelos en aquella época.

Muy deprisa, Karl Schwarz encontró una solución mucho más eficaz que las indemnizaciones del Estado para mejorar las condiciones de vida de su familia. Es cierto que los Aliados lo habían privado del control de su empresa, pero ignoraban que todavía disponía de un stock de barriles de aceite y de petróleo en una fábrica de ladrillos en las afueras de la ciudad. En aquellos

tiempos de penuria, estas reservas representaban oro en el mercado negro, de donde mi abuelo traía tesoros: cajas de huevos que almacenaba en el cobertizo del patio, cientos de manzanas conservadas al fresco en el sótano, jamones enteros que colgaban en el cuarto de baño e incluso —un lujo inaudito en aquellos tiempos de carestía— petardos y *sekt*, vino espumoso, para el Año Nuevo. Era el único del barrio que tenía coche y la ventaja era que «siempre había lugar para aparcar», bromea mi padre. En el vecindario, se consideraba que la familia de Karl Schwarz estaba especialmente bien provista, mientras que otros chiquillos llegaban a la escuela con el estómago vacío y los zapatos agujereados. «Nos tenían un poco de envidia», dice mi tía, que siempre estuvo muy agradecida a su padre por «haber sabido arreglárselas tan bien para su familia».

Todos hacían lo que podían en aquella Alemania en el fondo del abismo. Una de las grandes distracciones de mi padre cuando niño era precipitarse a la ventana en cuanto oía la bocina de los grandes Jeep que se detenían delante de la puerta del inmueble, soldados americanos que venían a buscar a sus compañeras de una noche. «Estaban las dos hijas de la señora del piso de arriba y una vecina que estaba casada, pero no sabía si su marido iba a regresar. Había que vivir», recuerda.

Muchos prisioneros de guerra alemanes no pudieron volver a sus casas hasta varios años después del final del conflicto, a veces diez años, y dejaban a sus esposas en la inopia y la incertidumbre. Alrededor de 1,3 millones nunca regresaron de la Unión Soviética, forzados a trabajar en unas condiciones execrables. Una amarga revancha, después de que el Reich matara o dejara morir a 3,3 de sus 5,7 millones de prisioneros de guerra soviéticos.

Para una mujer alemana de aquella época, era mejor tener un marido declarado muerto que considerado desaparecido, porque en el primer caso podía recibir inmediatamente una pensión, mientras

que en el segundo tenía que ir tirando durante varios años, en espera de la confirmación de que estaba muerto. «Las mujeres jóvenes de Mannheim empezaron a salir con los americanos, que las llevaban a su cuartel, donde podían bailar, ir al cine, comer hasta saciarse y divertirse un poco con hombres jóvenes que tenían buen aspecto con sus uniformes», cuenta mi padre. A veces, de estos encuentros surgía una bonita historia de amor, como ocurrió con una de las chicas del piso de arriba, que se casó con un americano y cuya hija Cynthia fue la amiga de la infancia de mi padre, antes de que sus padres se mudaran a Estados Unidos en 1949.

Para las otras, como la vecina casada con un soldado prisionero de guerra, estas citas eran una forma de prostitución. Todo el mundo estaba al corriente en el inmueble, pero no estaba mal visto, porque los cigarrillos que distribuían los americanos a veces permitían vivir a toda una familia. «Oficialmente, los americanos habían prohibido a sus soldados frecuentar a las chicas alemanas, pero aquello no se sostuvo más que unos meses. Si mi padre los aceptaba en su inmueble, era probablemente a cambio de algunos negocios y cigarrillos.»

Desde el hundimiento del Reichsmark, los cigarrillos se habían convertido en la moneda de referencia en el mercado negro y era imposible prescindir de ellos, porque los cupones de racionamiento preveían, en función de las existencias, entre 800 y 1500 calorías al día y por adulto en 1946. Muchos pasaban hambre, algunos morían, incluso de frío, porque el carbón también estaba racionado y el invierno de 1946-1947 fue muy duro. En el álbum del Opa, hay una foto del Rin helado, por el que los habitantes de Mannheim se pasean como si estuvieran sobre el Neva en San Petersburgo.

Otros visitantes hicieron su aparición en el inmueble: los «tíos». En la medida en que la condición para otorgar la pensión a las viudas de guerra era que se mantuvieran solteras, estas no tenían ningún interés en volver a casarse. Ahora bien, la ley prohibía a las parejas no casadas que vivieran juntas y se estableció la costumbre

de hacer pasar al nuevo compañero por un tío. El propietario de la vivienda tenía que encargarse de hacer respetar esta ley y debía pagar una multa si no lo hacía, pero Karl Schwarz cerraba los ojos, porque él mismo no era un modelo en materia de legalidad. Era de naturaleza generosa y compartía habitualmente con la familia y los amigos su botín del mercado negro alrededor de una gran mesa el domingo. «Las conversaciones giraban en torno a las pensiones, que muchos tenían miedo de no recibir porque habían sido funcionarios o soldados del Tercer Reich. La inflación, los productos imposibles de encontrar y los chismes del vecindario... eran las preocupaciones de la época y no quién había hecho qué bajo el nacionalsocialismo», explica mi padre.

A veces, se compadecía a los que habían tenido peor suerte, como los berlineses, cuyo futuro era tan turbio como el horizonte de las ruinas frecuentadas por los refugiados errantes que cazaban ratas para comer, por mujeres que se prostituían con soldados y niños que acechaban el paso de un camión para recoger los trozos de carbón que caían. La película *Alemania, año cero*, de Roberto Rossellini, rodada en 1947 en Berlín, es uno de los testimonios más sobrecogedores de este mundo impregnado por el sentimiento de la nada. Navegando en medio de las fantasmagóricas ruinas de la capital, el director italiano cuenta la historia de un niño de doce años, Edmund, que ayuda a su familia que está en la miseria haciendo trabajos varios. Para salvar a su padre enfermo, pide ayuda a su antiguo maestro de escuela, que lo conmina, inspirado por la ideología nazi, a deshacerse del eslabón débil de la familia, que amenaza la supervivencia del grupo. Después de haber envenenado a su padre, Edmund se suicida tirándose desde lo alto de un edificio en ruinas.

El fantasma de los Löbmann

El pasado que mis abuelos creían oculto para siempre bajo las ruinas del Tercer Reich resurgió una mañana de enero de 1948 en el buzón. Aquel día, Karl Schwarz encontró un sobre en el que el nombre del remitente anunciaba al pájaro de mal agüero: Dr. Rebstein-Metzger, abogado – Mannheim. En la carta, breve, el abogado informaba de que su cliente, un tal Julius Löbmann que vivía en Chicago, reclamaba a la Schwarz & Co. Mineralölgesellschaft unos 11.000 Reichsmarks en virtud de una ley instaurada en la zona americana que preveía reparaciones para los judíos expoliados bajo el nacionalsocialismo.

La historia de esta carta y de lo que desencadenó no me la han contado ni mi padre ni su hermana —a los que, sin embargo, les gustan las historias de familia—. Yo sabía que el Opa se había afiliado al NSDAP y también tenía una vaga idea de que, en el pasado, la Mineralölgesellschaft había pertenecido a unos judíos. Mi padre debió de decírmelo cuando empecé a estudiar el Tercer Reich en clase, pero entonces era demasiado joven para interesarme por los entresijos de esta confidencia.

Fue mucho más tarde, con motivo de una observación de la tía Ingrid, cuando decidí hurgar en los archivadores del Opa guardados

en el sótano del inmueble de Mannheim, que siguió perteneciendo a la familia después de la muerte de mis abuelos. Entre los papeles amarilleados por los años, pero cuya legibilidad de los caracteres impresos se había mantenido intacta, descubrí un contrato que estipulaba que Karl Schwarz había comprado una pequeña empresa de productos petrolíferos que pertenecía a dos hermanos judíos, Julius y Siegmund Löbmann, así como a su cuñado, también judío, Wilhelm Wertheimer, con cuyas hermanas, Mathilde e Irma, se habían casado. La empresa Siegmund Löbmann & Co. se encontraba en la zona portuaria de Mannheim, cerca del río Neckar. Pero lo que importa sobre todo es la fecha, agosto de 1938, el año de un inexorable descenso a los infiernos para los judíos de Alemania, sometidos a una aceleración vertiginosa de las persecuciones y las discriminaciones, y obligados a abandonar sus bienes a bajo precio.

Empecé a investigar sobre la familia Löbmann, de la que encontré muy pocos rastros. Esperaba identificar a los descendientes de Julius en Chicago, donde estaba domiciliado en el momento en que reclamó reparaciones a mi abuelo. Me estremecí cuando, navegando por internet, encontré una familia Loebmann que vivía en Chicago. Pero el descubrimiento posterior de una larga lista de Loebmann en el sitio web de la guía telefónica de la ciudad puso fin a mis esperanzas. Era como buscar una aguja en un pajar.

Empecé por indagar por el lado de los Wertheimer, el apellido del tercer propietario de la Siegmund Löbmann & Co., Wilhelm. Así fue como di con un artículo que mencionaba a una tal Lotte Kramer, nacida Wertheimer, uno de los últimos testigos vivos de los *Kindertransport*, una operación de salvamento que permitió trasladar a más de 10.000 niños judíos de Alemania, Austria, Polonia y Checoslovaquia hacia Gran Bretaña entre 1938 y 1940. Encontré su rastro en una residencia de ancianos de Peterborough, una pequeña ciudad situada a una hora al norte de Londres. Me confirmó que era la hija de Sophie Wertheimer, la hermana de Mathilde e Irma, y

aceptó inmediatamente que nos viéramos.

Lotte Kramer tiene noventa y cinco años. Es una mujer menuda y frágil de gestos delicados y educada como solo pueden serlo los británicos. Había mandado instalar dos butacas una frente a la otra, lo suficientemente cerca para que pudiéramos oírnos, y me contó su vida y lo que conocía de la de los Löbmann.

«Mi madre, Sophie, y sus dos hermanas se querían mucho», dijo, descolgando de la pared una foto en blanco y negro que representaba a las tres jóvenes. La más joven, Mathilde, con un gran lazo en el pelo y otro alrededor del cuello, tiene una hermosa cara determinada y franca; a su lado, Irma, la mayor, lleva un cuello de ganchillo que alegra sus rasgos fatigados, quizá un poco tristes; la última, Sophie, sentada, con una medalla alrededor del cuello, tiene una mirada incierta, llena de una vaga esperanza.

Lotte nació en 1923 en Maguncia, una gran ciudad de Renania-Palatinado, donde creció. Recorría regularmente el centenar de kilómetros que la separaban de Mannheim para visitar a su querida prima Lore, la hija de Siegmund e Irma Löbmann. Recuerda sus largos paseos por los jardines al pie de la *Wasserturm*, la torre de agua, sus vagabundeos por las calles animadas y el imprescindible *Kaffee und Kuchen* de su tía Irma, «una espléndida cocinera». «A veces, nos íbamos todos juntos de vacaciones al campo, al pueblo natal de los Löbmann, donde todavía tenían familia que vivía en una granja. Estábamos muy unidos.»

Las hermanas Wertheimer tenían tres hermanos: Siegfried, que se había marchado a Estados Unidos para establecerse allí en la década de 1920, Paul, que se exilió a Francia bajo el nazismo, y Wilhelm, que invirtió en la Löbmann & Co. a principios de la década de 1930 para ayudar a sus cuñados Julius y Siegmund a salvar el establecimiento duramente golpeado por la crisis económica de 1929. Gracias a esta intervención, la situación de la firma mejoró,

antes de volver a caer bajo el peso de las discriminaciones crecientes impuestas a las empresas judías bajo el nacionalsocialismo.

Lotte tenía nueve años cuando Hitler llegó al poder. En enero de 1933, el presidente alemán, el mariscal Paul von Hindenburg, cedió ante el éxito electoral creciente del NSDAP, convertido en el primer partido político del país, con un porcentaje nacional del 37 por ciento en julio de 1932 y un 32 por ciento de los votos en noviembre del mismo año: nombró canciller al jefe del partido nazi, Adolf Hitler. Este último se apresuró a disolver el Reichstag, convocó nuevas elecciones legislativas para marzo y realizó una campaña agresiva, salpicada de tratos dudosos, amenazas y presiones, con el objetivo de ampliar su participación parlamentaria a la mayoría absoluta. Tuvo que contentarse con el 43,9 por ciento de los votos.

En Mannheim, una ciudad donde tradicionalmente el partido socialdemócrata SPD y el partido comunista KPD estaban fuertemente representados, el número de miembros del NSDAP no superaba el centenar a finales de la década de 1920. Pero, con la crisis económica de 1929 y la triplicación del número de desempleados, el partido nazi se convirtió en la primera fuerza política de la ciudad, con un 29,3 por ciento de los votos en 1932. Poco tiempo después de su llegada al poder en 1933, las autoridades nazis locales aplastaron al SPD y el KPD, prohibieron los periódicos y forzaron al alcalde de Mannheim a mirar cómo ardía la bandera de la República antes de encerrarlo en un hospital. Acto seguido, más de una cincuentena de funcionarios judíos fueron despedidos, incluso antes de que el régimen permitiera legalmente apartar del servicio a los funcionarios «no arios».

Rápidamente, un antisemitismo de un nuevo tipo se propagó por Mannheim, donde vivía la mayor comunidad judía de Baden, con alrededor de 6400 miembros. En el conjunto de la región, el cambio era perceptible. «De repente, había propaganda antisemita por todas partes, en la calle, en los periódicos y en la radio», recuerda

Lotte. «Un día, con la clase, fuimos a ver una película de propaganda para niños, la historia de un muchacho que se convertía al nazismo. Aquello nos impresionó mucho, todos queríamos parecernos a él.» Cada día, al regresar de la escuela, ella pasaba por delante del centro de las Juventudes Hitlerianas. «Estaba celosa, soñaba con pertenecer al grupo, tenían un aspecto muy feliz con sus uniformes.» Lo que envidiaba por encima de todo era su normalidad, ella, la niña judía que tenía que llevar sobre sus hombros infantiles el peso de la exclusión, de la humillación y de la vergüenza infligidas a su comunidad.





En un libro titulado *Arisierung und Wiedergutmachung in Mannheim* (Arianización y reparaciones en Mannheim), la historiadora Christiane Fritsche explica que, sin ninguna ley nacional que lo justificara, se tomaron medidas antisemitas a nivel local en un gran número de sectores. La cámara de comercio de la ciudad marcó el tono cuando, a finales de marzo, se libró de sus miembros judíos, es decir, su presidente y un tercio de sus efectivos. Paralelamente, por su propia iniciativa y sin estar sometidas a presión, en Mannheim como en todas partes en Alemania, numerosas instituciones y asociaciones de industriales, de comerciantes, de abogados y de médicos excluyeron a los judíos a una velocidad desconcertante, precipitando el declive de su clientela y su ruina moral y financiera.

Otro medio de estigmatizar y aislar a los judíos era haciendo un llamamiento al boicot a los gabinetes, las empresas y los comercios judíos. Organizaciones nazis y representantes locales del NSDAP, muy impacientes por pasar a la acción, se coordinaron para lanzar una jornada de boicot a las tiendas judías el 1 de abril de 1933, anunciada por los periódicos y los carteles. A lo largo de todo el

país, miembros de las SS y las SA de uniforme se apostaron delante de los comercios, grandes almacenes, bancos, gabinetes de abogados y consultas de médicos judíos para impedir que los clientes entraran, pintarrapear los escaparates con mensajes antisemitas, arengar a la multitud o blandir pancartas que decían: «¡Alemanes, defendeos! ¡No compréis en las tiendas de los judíos!». Muchos comercios habían cerrado sus puertas y bajado sus persianas metálicas, porque habían sido advertidos o para celebrar el *sabbat* como todos los sábados. Otros fueron saqueados y apaleados. Aunque la mayoría de la población no participó activamente, esta jornada demostró que este tipo de acciones no suscitaba la resistencia de los ciudadanos.

Unos meses más tarde, explica Christiane Fritsche, el Ministerio de Economía informó a la Cámara de Comercio e Industria de que «una diferenciación entre las empresas arias y no arias no era posible» porque «el boicot a las firmas no arias perjudicaría considerablemente la reconstrucción económica». Dado que los judíos desempeñaban un papel importante en la economía alemana, cierto número de ministros y otras personalidades nazis de Berlín eran contrarios al boicot, al menos hasta mediados de la década de 1930. Temían que estas medidas frenaran la recuperación y el descenso del desempleo. Pero, localmente, esta línea no se respetaba.

Por ejemplo, en Mannheim, el periódico local del NSDAP, *Hakenkreuzbanner*, hacía un llamamiento diariamente a boicotear los mil seiscientos comercios judíos de la ciudad, publicaba su nombre y su dirección, e incluso el de los clientes que continuaban frecuentándolos, acusados de deslealtad al Führer. Christiane Fritsche analizó miles de páginas del periódico y descubrió las ideas que el *Hakenkreuzbanner* daba a los hombres para disuadir a sus esposas de comprar en tiendas judías: «Si compras en la tienda judía porque se supone que es menos caro, entonces no necesitas que te dé tanto dinero para los gastos de la casa como si fueras a

un comerciante alemán decente». El periódico amenazaba también con publicar el nombre de las *Judenliebchen*, las mujeres que supuestamente habían tenido relaciones con judíos. Estas campañas de intimidación daban sus frutos en una ciudad de tamaño medio como Mannheim, que contaba con unos 280.000 habitantes. La difamación pública tenía más impacto que en una gran ciudad anónima como Berlín.

Otro método de acoso consistía en propagar falsos rumores sobre la suciedad de las cocinas de un restaurante o sobre las costumbres sexuales de un empresario judío. La cosa podía llegar hasta procesos difamatorios, basados en falsas acusaciones de estafa, agresión sexual o encubrimiento. Aunque fuera absuelto, el acusado nunca salía indemne y su empresa generalmente se hundía con él. Con frecuencia, también se privaba a los empresarios judíos de los pedidos públicos y se les impedía exponer en salones. Otras directrices locales prohibían a los judíos decorar sus escaparates con adornos «cristianos» antes de Navidad —ángeles, un árbol de Navidad o un pesebre—, lo cual representaba pegarles una etiqueta de «no ario» y reducía considerablemente sus ventas, cruciales en este periodo de fiestas. El objetivo principal eran los grandes almacenes judíos, de los que había cuatro en Mannheim. El ayuntamiento prohibía a sus funcionarios que compraran allí bajo pena de sanciones. En 1936, tres de ellos ya se habían vendido a «arios» a causa de sus dificultades financieras.

«Creo que los Löbmann aguantaban bien, porque no recuerdo haber observado grandes cambios en su tren de vida cuando iba a visitarlos. Por otra parte, vivían modestamente, más que nosotros, quizá a causa de su religiosidad», relata Lotte Kramer. Los Löbmann no se dedicaban al comercio al por menor, por lo que, sin duda, se vieron menos afectados que los demás por esta caza de brujas. Sus clientes eran menos visibles que los que cruzan la puerta de un sastre o de una panadería y, por lo tanto, estaban sometidos a menos presión. Esto no impidió la disminución del volumen de

negocio de la Siegmund Löbmann & Co. a partir de 1933 —del que encontré una relación detallada entre los papeles del Opa—, lo cual muestra que también tuvieron que sufrir la deslealtad de algunos clientes, motivada por el miedo o el antisemitismo.

Al principio, el entusiasmo de la sociedad alemana por el nacionalsocialismo procedía más de una confianza renovada respecto a la fortaleza de su patria que de la obsesión antisemita de los dirigentes nazis, que afirmaban que solo una Alemania depurada de sus elementos «no arios» renacería de sus cenizas gracias a un pueblo cuya armonía racial conferiría una fuerza sin igual. Este delirio pertenecía al campo de la pura mitología, puesto que los alemanes, como todos los pueblos, ya se habían mezclado muchas veces con otros pueblos a lo largo de los milenios anteriores al nacimiento de Adolf Hitler y Joseph Goebbels, que, por otra parte, no respondían en absoluto a los criterios morfológicos del «ario».

Muchos ciudadanos tenían otras cosas que hacer que perseguir a los judíos simplemente por ser judíos. Pero, cuando se multiplicaron las ocasiones de aprovechar este acoso con fines personales, la pasión por la causa racial acabó por prender, a todos los niveles de la sociedad. Incluso en los medios educados, se encontraban pocos profesores de universidad, científicos, abogados y juristas que se opusieran a la exclusión de colegas judíos, cuyos puestos así liberados eran una oportunidad para los que no habían podido acceder antes debido a su falta de competencias.

El caso del filósofo Martin Heidegger, miembro del partido nazi hasta el final de la guerra y rector de la Universidad de Friburgo de 1933 a 1934, ilustra el clima que reinaba en la época en los medios universitarios. La mayoría de los profesores deseaban la instauración de cuotas para limitar el exceso de representación de los judíos en la universidad y, en general, en el mundo cultural e intelectual. En 1916, Heidegger escribía en una carta a su futura

esposa Elfride, una antisemita notoria: «La judaización de nuestra cultura y de nuestras universidades es realmente espantosa». Otros universitarios simplemente estaban celosos del éxito de sus colegas judíos.

Deshacerse de competidores era también una fuente de antisemitismo en el mundo económico. Aprovechar la clientela de colegas en dificultades era tan tentador que algunos no vacilaban en anunciar en su aparador: «Compre aquí, en una tienda alemana». Comerciantes judíos desesperados llegaron a sacar sus medallas de la Primera Guerra Mundial y se las colgaron en la chaqueta para hacer valer su patriotismo. Otros intentaron salir adelante ofreciendo precios bajos y pagos fraccionados, incluso para productos baratos. «En unas semanas, después de la llegada al poder [de Hitler], sin que se hubiera votado ninguna ley que obligara a ello, se había operado un cambio a una velocidad fulgurante en la conciencia de los alemanes, judío o ario, de repente aquello establecía una diferencia también en la vida económica», analiza Christiane Fritsche.

La discriminación era igual de cruel en la vida social: prohibición de que los judíos frecuentaran los cines, los bailes, los teatros y las piscinas públicas; exclusión de las salas de deporte y de todo tipo de asociaciones. Existe una foto que muestra a mujeres y hombres en bañador, visiblemente asustados, corriendo por los embarcaderos dispuestos en el Rin, en Mannheim, para escapar de los SA que se habían presentado entre los bañistas para apalea judíos.

Esta escena, que data de 1935, precede a una etapa radical en el proceso de exclusión de la comunidad, las leyes raciales de Núremberg, que redujeron a los judíos a ciudadanos de segunda clase, privándolos de los derechos asociados al estatuto de ciudadano alemán.

A lo largo de su adolescencia, Lotte asistió a esta rápida precarización de la condición de los judíos. Guarda un recuerdo muy claro: «En mi clase, éramos cinco judíos y, a pesar de que no teníamos una gran conciencia política, comprendíamos que la situación era mala para nosotros, hablábamos de ello entre nosotros. Nuestras madres habían cambiado, estaban inquietas, había que regresar inmediatamente después de la escuela, tratar de pasar desapercibidos y no hablar con nadie». Un día, sus padres le dijeron que ya no tenía derecho a ir a la escuela alemana y sería trasladada a un establecimiento judío. «El maestro había sido muy amable, se había excusado ante los padres e incluso nos había propuesto darnos clases particulares por la noche si lo necesitábamos.»

A pesar de estas persecuciones, en 1936, solo 1425 de los 6400 judíos de Mannheim habían abandonado la ciudad. A nivel nacional, de una comunidad de más de 500.000 judíos, unos 150.000 se habían exiliado, probablemente los que estaban más afectados, porque se habían comprometido políticamente, habían perdido su empleo en la función pública, ya no podían ejercer su profesión liberal o habían tenido que liquidar o vender su empresa. Paradójicamente, darían gracias al destino por haber sido los primeros afectados, lo cual los había incitado a exiliarse a tiempo.

Los Löbmann habían conseguido mal que bien continuar con sus negocios, por lo que partir no era una opción para ellos, como para la mayoría de los judíos de Alemania. Tanto más cuanto que emigrar significaba abandonar casi totalmente su fortuna a manos de los nazis. Porque la política del Tercer Reich era de una contradicción sorprendente en cuanto al trato dispensado a los judíos. Por un lado, el régimen quería hacerles la vida insostenible para que no tuvieran más remedio que marcharse; por otro lado, ponían obstáculos insuperables a su partida. El impuesto sobre la transferencia de divisas fuera de Alemania no dejaba de aumentar. Pasó del 20 por ciento en 1934 al porcentaje más que disuasivo del

96 por ciento en 1939. A esto se añadía la *Reichsfluchtsteuer*: a partir de 50.000 Reichsmarks, los emigrantes tenían que entregar al régimen el 25 por ciento del conjunto de su fortuna y de sus ingresos. Por no hablar del laberinto administrativo imposible al que había que enfrentarse para obtener del Reich la montaña de autorizaciones necesarias para una emigración legal.

En el fondo, la razón principal de la resistencia de los judíos a la partida era que no tenían ningunas ganas de exiliarse y, en todo caso, no a Palestina, un semidesierto con un clima árido y una cultura a mil leguas de la suya. Porque amaban profundamente Alemania. ¿Cómo pudieron los Löbmann y los demás continuar tan apegados a un país que los trataba de aquella manera y no alarmarse? Visto desde nuestros días, todos los indicadores estaban en rojo. En realidad, para una familia de empresarios como los Löbmann, los signos no eran tan claros porque, durante largo tiempo, la ausencia de leyes nacionales contra las empresas judías permitió mantener la ilusión de que era posible para los judíos existir económicamente bajo el Tercer Reich. Tanto más cuanto que, para suavizar los efectos del boicot local, se había formado un mundo económico paralelo, formado exclusivamente por actores y clientes judíos.

A esto se añadiría cierta ceguera. Lotte Kramer, cuyo padre «repetía sin cesar que no quería marcharse», me explicó que su voluntad de quedarse era tal que bastaba un pequeño signo de solidaridad en el seno de la sociedad alemana para tranquilizarlos. «En la escuela, tenía una amiga no judía. Cuando los judíos tuvieron que abandonar la escuela, su madre le dijo a la mía: “Quiero que nuestras hijas sigan siendo amigas”. Fue mi madre la que tuvo que convencerla de que era demasiado peligroso. Estas reacciones devolvían la confianza.» La gente compartía historias tranquilizadoras, la de una pareja que había contado tonterías a la

policía para proteger a sus vecinos amenazados o la de un pequeño paquete anónimo lleno de medicamentos encontrado en el umbral de la puerta de una familia judía cuyos hijos estaban enfermos. «Mis padres tenían muy buenos amigos no judíos, Greta y Bertold, que, cuando la situación empeoró, venían a escondidas bien entrada la noche para saber si todo iba bien y nos traían cosas que nos costaba conseguir. Se arriesgaban mucho.» El drama es que, pensando que actuaban bien, estas almas buenas animaban a la comunidad a continuar creyendo en ellos, cuando todavía había tiempo de escapar de una trampa que nadie sospechaba hasta qué punto sería mortal. He reflexionado sobre la muestra de solidaridad que pudo reconfortar el corazón de los Löbmann y pienso que era la fidelidad de la mayor parte de su clientela. Encontré una lista de varias páginas que el Opa recuperó cuando compró su empresa. Este largo desfile de nombres refleja otra Alemania, la de los que no renunciaron a su lealtad.

Lotte Kramer me dio otra explicación de su ilusión. «Teníamos la sensación de cierta normalidad, porque dentro de la comunidad judía la vida continuaba. Quizá en el campo y en los pueblos el aislamiento se dejó sentir con mayor rapidez, pero en las grandes ciudades como Maguncia y Mannheim se podían olvidar las prohibiciones, puesto que se hacía todo internamente. Teníamos la escuela judía, el club deportivo judío, clases de danza, fiestas, conciertos y muchos amigos... También estaba la sinagoga, que desempeñaba un papel importante para unir a la comunidad. Los Löbmann iban regularmente a la sinagoga.»

Los indicios que me dio Lotte Kramer eran las piezas clave del rompecabezas que me faltaban para comprender por qué los Löbmann, como la gran mayoría de los judíos, habían querido creer hasta el último minuto que podían llevar una existencia normal en su país, en espera de que los alemanes recuperaran el sentido común y su patria dejara de repudiar a los judíos, que le habían dado innumerables talentos en las ciencias, la filosofía, la literatura, las

artes y la economía, sin los que Alemania nunca habría podido brillar con tanto esplendor. Habían terminado por acomodarse a estas medidas degradantes, que preferían al éxodo.

Era necesario que la familia Löbmann renunciara a toda esperanza para decidirse a partir. Hasta 1936 el régimen no había favorecido una desjudeización de la economía por temor a que comprometiera la recuperación, pero entonces empezó a cambiar de rumbo. Ahora que el desempleo había caído, la prioridad pasó a ser la arianización de los bienes judíos. En 1938, Berlín multiplicó las medidas para forzar a los judíos que todavía no habían vendido sus empresas a transferirlas a «arios». Para la Siegmund Löbmann & Co., el primer golpe fue la reducción drástica de las cuotas de compra de materias primas concedidas a los judíos, lo cual era fatal para un comercio de productos petrolíferos. Después, se obligó a los judíos a inscribir en un registro y en detalle la totalidad de sus posesiones, bienes inmuebles, empresas, seguros, títulos financieros, líquido, joyas, arte y el contenido de sus viviendas. A continuación, una disposición exigió que todas las empresas judías estuvieran identificadas como tales. Paralelamente, las persecuciones políticas contra la comunidad se intensificaron: redadas policiales, internamientos arbitrarios, destrucción de los lugares de culto...

Este contexto alarmante hizo que Siegmund y Julius se decidieran a prescindir de su empresa para financiar su partida. No eran los únicos que se habían vuelto pesimistas en 1938. Decenas de miles de judíos pusieron en venta sus empresas en el mismo momento, generando un exceso de oferta abrumador. En este contexto, es fácil comprender si era el vendedor o el comprador quien se encontraba en una situación de fuerza.

La perspectiva de hacer un buen negocio en unas condiciones tan ventajosas para el comprador probablemente fue importante en la

decisión de Karl Schwarz de abandonar la empresa petrolífera Nitag, en la que ocupaba una buena posición de apoderado, con unos ingresos sustanciosos. En 1935, incluso lo habían nombrado representante en su empresa del Deutsche Arbeitsfront, la asociación nazi de trabajadores y empleados. Por otra parte, aquel fue el año en que había obtenido su carné del partido, quizá porque sus nuevas responsabilidades hacían preferible esta adhesión y, sin duda, también porque las ventajas que obtendría con esta afiliación lo habían seducido.

Es improbable que lo hiciera por convicción ideológica. Porque el Opa era un hedonista, un vividor poco atraído por las demostraciones sadomasoquistas del poder en las que destacaba el nacionalsocialismo. La disciplina ciega exigida por el nazismo no se correspondía con su espíritu independiente, que necesitaba su espacio de libertad. Le gustaba esquiar solo en las montañas que rodeaban Friburgo y acampar cerca de los lagos, donde podía ejercer su pasión por la *Freikörperkultur*, la cultura del cuerpo libre, es decir, el nudismo, un movimiento surgido en Alemania a finales del siglo XIX. Era un individualista, en contradicción con el culto a la comunidad que predominaba en la ideología nazi.

En Nitag, la obediencia a un patrón que imponía sus reglas, la rutina del asalariado y la espera humillante de una promoción como único estímulo anual debían de pesarle. Debió de empezar a soñar con la independencia, a pensar que, con su astucia y su facilidad para comunicarse, podría establecerse por cuenta propia, sobre todo teniendo en cuenta que en su juventud había aprendido a fabricar petróleo y parafina en un laboratorio. Guardó el certificado de este aprendizaje, que data de 1923, donde se precisa que: «Siempre hemos estado satisfechos con la gestión, el rigor y el comportamiento del señor Schwarz».

Quizá mi abuelo no se habría atrevido a irse solo si un día su colega Max Schmidt no le hubiera señalado su propio desprecio por esta vida dócil. Los imagino meditando su plan de salida, como se

maquina una evasión, ante una cerveza durante el *Feierabend*, después del trabajo. De hecho, el proyecto tenía algo de complot, puesto que Karl y Max no solamente preveían fundar juntos una empresa competidora, aunque fuera mucho más pequeña, sino también llevarse a siete de sus colegas y sus clientes con ellos. La evocación de la oportunidad que ofrecían los comercios judíos a bajo precio debía acentuar esta atmósfera conspiratoria, porque, dado que mi abuelo no era un antisemita convencido, tenía que darse cuenta de lo vergonzoso que era aprovecharse de la desgracia de los judíos. Los dos compinches probablemente consultaron el registro de las empresas judías que quedaban por arianizar, alrededor de un tercio de las mil seiscientas que había en Mannheim. Las otras se habían vendido o liquidado después de haber quebrado.

¿Cuáles eran los sentimientos de Karl y Max cuando se encontraron con los Löbmann? ¿La vergüenza? ¿La codicia? ¿La arrogancia de los que se saben en posición de fuerza? Lo ignoro, pero dispongo de un indicio: no se excedieron a la hora de negociar el precio de la empresa Löbmann, puesto que pagaron 10.353 Reichsmarks, es decir, 1100 Reichsmarks menos de lo que pedía el vendedor. Sabiendo que este último tenía que adaptar su precio a las expectativas de las autoridades nazis, que tenían que validar la transacción, Karl y Max quizá tuvieron un impulso de empatía que les impidió tensar más la cuerda.

Lo cierto es que los hubo que se aprovecharon mucho más que mi abuelo de este timo, buitres despiadados que explotaron al máximo la dificultad creciente de los judíos de encontrar un comprador y su necesidad apremiante de dinero para financiar su exilio. No obstante, Karl Schwarz no se distinguió tampoco por su generosidad, pues se doblegó cómodamente a una práctica validada por los nazis: tener en cuenta solo el valor material de una

empresa judía y no pagar ni un céntimo por su valor inmaterial, lo que a menudo resultaba ser lo más valioso, los años pasados construyendo una reputación y una clientela, perfeccionando un servicio, un producto y una marca, desarrollando fórmulas o patentes.

Mi abuelo le propuso a Julius Löbmann acompañarlo por 400 Reichsmarks durante varios meses en sus viajes de negocios para conocer a los clientes de la Löbmann & Co., precisamente el valor por el que Karl Schwarz y Max Schmidt no habían pagado. Pienso que el acuerdo entre Karl y Julius tenía que haber sido bastante bueno para que estos viajes fueran posibles, puesto que en ese momento estaba prohibido que los judíos realizaran viajes de negocios. Alojamientos y restaurantes que durante años habían acogido a estos clientes colgaron en la puerta un cartel que rezaba: «No se admiten judíos». En todas partes, la situación se degradaba para los judíos. Recibieron por decreto un segundo nombre impreso en su carné de identidad para poder distinguirlos mejor: Sara para las mujeres e Israel para los hombres. Después, se imprimió una gran J en su pasaporte. Las prohibiciones se acumulaban. Durante sus desplazamientos, el Opa debió de tener que mentir a propósito de Julius, a la policía de tráfico, al hospedero, al restaurador... El riesgo que corrieron juntos debió de acercarlos. Se terminó al día siguiente de la Noche de los Cristales Rotos.

El 9 de noviembre de 1938, Julius y el Opa estaban de viaje por la Selva Negra, en el sudoeste del país, un decorado idílico de colinas y bosques de abetos. Cuando regresaron a Mannheim, el día 10 de noviembre, se había cruzado un nuevo umbral de crueldad en el odio antisemita. Miembros del NSDAP, paramilitares SA y Juventudes Hitlerianas habían desencadenado un pogromo de una violencia inaudita a través del Reich. Hitler había «dado claramente su aprobación», escribió el historiador Dietmar Süß en su libro *Ein*

Volk, ein Reich, ein Führer. Die deutsche Gesellschaft im Dritten Reich (Un pueblo, un imperio, un Führer: la sociedad alemana durante el Tercer Reich). Según sus estimaciones, «como consecuencia directa o indirecta de los pogromos, hubo de 1300 a 1500 muertos, se destruyeron 1406 sinagogas y 30.756 hombres judíos fueron arrestados y enviados a campos de concentración».

Lotte Kramer no ha olvidado la «Noche de los Cristales Rotos», bautizada así por los nazis en referencia a la noche en la que miles de comercios judíos fueron saqueados y las calles quedaron sembradas de los cristales de sus escaparates. «Habíamos recibido la llamada de un tío que vivía delante de la sinagoga, donde se encontraba también nuestra escuela. Le dijo a mi madre: “¡No mandes a tus hijos a la escuela! ¡Los edificios están ardiendo!”. Mi padre recibió un mensaje que decía que era mejor que desapareciera durante un día; se escondió en el bosque. Con mi madre, subimos al desván, desde donde vimos por un ventanuco a la gente en la calle que saqueaba tiendas; por suerte, no entraron en nuestra casa. Mi padre regresó al anochecer y aquella noche dormí en la cama de mis padres. Por primera vez, había tenido realmente miedo.»

En Mannheim tres sinagogas fueron destruidas, una de ellas arrasada por completo por explosivos, y un gran número de hombres fueron arrestados y posteriormente enviados al campo de concentración de Dachau. Como ocurre a menudo, una de las motivaciones principales de aquel furor había sido el afán de lucro: la mayoría de los comercios fueron saqueados y numerosas viviendas también. Gánsteres nazis hicieron rondas de pillaje en coche, entraron en las casas de los ricos y de los pobres, se llevaron lo que pudieron y destruyeron el resto, la vajilla, los muebles, las obras de arte. Muchos ciudadanos de Mannheim quedaron consternados ante esta barbarie, el Opa sin duda también. Al regresar de un viaje, descubrió un espectáculo desolador: alfombras de añicos de cristal que cubrían el suelo, hogueras de

libros, muebles tirados por las ventanas hechos pedazos en la acera. Julius estaba a su lado, atormentado por la inquietud después de haberse enterado de que una parte de su familia había sido arrestada. Aquel día, pusieron fin a su cooperación ilegal, que se había vuelto demasiado peligrosa.

Los familiares de Julius fueron liberados y organizar lo más deprisa posible su partida hacia Estados Unidos se convirtió en una cuestión prioritaria. Tenían contactos en Chicago y Nueva York, donde vivía el hermano de Irma y Mathilde Wertheimer, el cual no dejaba de cantar las bondades de América en las cartas a sus hermanas. Los Löbmann empezaron a mandar muebles a Chicago gracias al dinero de la venta de la empresa. Un gesto optimista e incluso ingenuo, porque si obtener un visado para Estados Unidos ya era muy difícil antes de 1938, a partir de esta fecha se convirtió simplemente en una misión imposible.

En julio de 1938, ante el empeoramiento de la situación para los judíos, el presidente americano Franklin D. Roosevelt había convocado una conferencia internacional con la esperanza de que los participantes se comprometieran a acoger a más refugiados. Después de que Italia y la Unión Soviética declinaran la invitación, los representantes de 32 Estados y de 24 organizaciones de ayuda se reunieron durante nueve días en Évian-les-Bains, a orillas del lago Lemán. En los majestuosos y frescos salones del hotel Royal, calificado en su inauguración en 1909 como «el hotel más bonito del mundo», remanso de testas coronadas y de artistas famosos, los delegados internacionales se sucedieron en la tribuna para expresar su profunda compasión por la suerte de los judíos de Europa. Pero ninguno ofreció su hospitalidad, excepto la República Dominicana, que reclamó subvenciones a cambio.

Estados Unidos, representado por un simple hombre de negocios, se negó a elevar sus cuotas, fijadas en 27.370 visados al

año para Alemania y Austria. Con ello, uno de los países más influyentes del planeta había marcado el tono y el resto del mundo se apresuró a seguirlo. A pesar de los inmensos imperios coloniales que poseían Gran Bretaña y Francia, no se consideró ninguna de las opciones, ni Palestina, ni Argelia ni siquiera Madagascar. Francia comunicó que había llegado a «un punto extremo de saturación en materia de refugiados». El delegado australiano explicó que su país, uno de los más grandes del mundo, no tenía «problemas raciales» y «no quería importarlos». El representante suizo Heinrich Rothmund, el jefe de la *Fremdenpolizei* (policía de extranjeros), hizo saber que su patria solo era un país de tránsito. Este conocido antisemita nunca había ocultado su hostilidad hacia los judíos, que consideraba como «*artfremde Elemente*» (elementos extraños) que amenazaban con la «judaización» de Suiza.

Imagino a estos representantes de la «comunidad internacional», con aspecto contrariado y falsamente afligido, tomando refrescos entre dos discursos de conveniencia, a la sombra de la elegante pérgola del hotel donde Marcel Proust, hijo de una judía alsaciana, dreyfusario convencido, había escrito pasajes de *En busca del tiempo perdido*. La futura ministra israelí Golda Meir, que había sido invitada a Évian como «observadora judía de Palestina», escribió más tarde: «Estar sentada en aquella sala magnífica y oír cómo los responsables de 32 Estados explicaban uno tras otro hasta qué punto les gustaría acoger a los refugiados, pero lamentaban tener que decir que era imposible, fue una experiencia traumática».

¿De qué cifras estamos hablando? Se trataba de repartir, entre 32 países que disponían directa o indirectamente de amplios territorios, a unos 360.000 judíos que todavía estaban en Alemania, a los que se sumaban unos 185.000 judíos de Austria. La inmigración de estas poblaciones mayoritariamente urbanas que habían demostrado sus capacidades intelectuales, empresariales y

artísticas solo podía resultar beneficiosa para los que los acogían. En especial para países como Argentina, siempre en busca de candidatos para ir a vivir a su inmenso territorio poco poblado. Sin embargo, incluso antes del final de la conferencia de Évian, el Ministerio de Asuntos Exteriores argentino envió una circular que ordenaba a todos sus consulados que rechazaran visados, incluso de turismo, «a las personas sospechosas de haber abandonado o de querer abandonar su país de origen porque eran consideradas personas indeseables o habían sido expulsadas del país, fuera cual fuera la razón de su expulsión». Evidentemente, se refería a los judíos. Es difícil no ver en este rechazo injustificado de los refugiados la manifestación de una epidemia internacional de antisemitismo, que superaba de lejos las fronteras del Tercer Reich.

China, ausente de la Conferencia de Évian, fue uno de los pocos países que aceptó refugiados europeos, incluso sin visado. A falta de poder exiliarse a otra parte, alrededor de 20.000 judíos se dirigieron a Shanghái, donde tropezaron con la barrera del idioma, de la cultura y de las difíciles condiciones económicas. Incluso tan lejos, fueron atrapados por los nazis: a finales de 1941, bajo la presión de su aliado alemán, los japoneses, que ocupaban una parte de China, encerraron a los judíos europeos en un gueto, donde dos mil de ellos sucumbieron a unas condiciones de vida lamentables.

A pesar del tormento de la Noche de los Cristales Rotos, la comunidad internacional no se doblegó. Excepto Gran Bretaña, que tuvo un detalle y aceptó acoger a 10.000 niños judíos en familias, el *Kindertransport* del que se benefició Lotte Kramer. Pero, paralelamente, cerró una de las últimas puertas de salida a los judíos de Europa, Palestina, que estaba bajo mandato británico. Por temor a alimentar las tensiones ya intensas entre las comunidades árabes y judías locales, fijó en 75.000 la cuota de inmigrantes judíos para el conjunto del periodo de 1939 a 1944, cuando casi 10 millones de judíos vivían en el continente europeo.

Después del 9 de noviembre de 1938, se abolieron los últimos derechos que tenían los judíos. Un viento de pánico sopló sobre la comunidad judía de Alemania, y los centenares de miles de ellos que, hasta entonces, habían resistido comprendieron de repente que debían marcharse lo más deprisa posible. Acudieron en masa a los consulados del mundo entero, pero estos, cada vez más reticentes desde hacía unos años a distribuir visados a los judíos alemanes, se mantuvieron todavía más firmes ante aquel huracán de desesperación. Los diplomáticos habían recibido consignas. «Mi padre se dirigió al consulado americano y esperó durante mucho tiempo», cuenta Lotte Kramer. «Regresó a casa con un número, pero estaba tan lejos en la lista de espera..., que sabíamos que no teníamos ninguna posibilidad. Mis padres probaron también con Panamá y Ecuador, desde donde esperaban llegar a Estados Unidos, pero no consiguieron nada de nada.» A pesar de la capacidad de acogida evidente de este destino prioritario de muchos judíos de Europa, que tenían allí familia y cuya experiencia había demostrado que se integrarían perfectamente, Estados Unidos permaneció totalmente insensible a su suerte y se apegó con una obstinación bastante cruel a sus magras cuotas.

Uno de los episodios más dramáticos de esta política fue el viaje durante la primavera de 1939 del *Saint Louis*, un paquebote transatlántico procedente de Hamburgo y con destino a La Habana con 937 pasajeros a bordo, casi todos judíos alemanes que querían hacer escala en Cuba antes de poder entrar en Estados Unidos. Pero Cuba, que sin embargo había entregado visados en Alemania, había cambiado sus reglas de inmigración, en un contexto de escándalo político, y algunos agentes provocadores habían organizado una gran manifestación antisemita ante la llegada del barco. Solo veintinueve pasajeros recibieron autorización para desembarcar y el *Saint Louis* fue expulsado de las aguas territoriales cubanas.

Se encontró frente a Miami, tan cerca de la costa que los

pasajeros podían ver las luces. El capitán Gustav Schröder y las organizaciones judías intentaron convencer al presidente Franklin D. Roosevelt de que les concediera asilo. Fue en vano. La crisis económica y el desempleo habían hecho que la población americana se mostrara totalmente contraria a la inmigración, sobre todo a la de los judíos, cuyas habilidades preocupaban más en Estados Unidos que su situación en Alemania. Le tocó el turno a Canadá de recibir la petición de ayuda, pero el alto responsable de inmigración, Frederick Blair, se opuso. De regreso a Europa a principios de junio de 1939, el capitán Schröder se negó a entregar a sus pasajeros a Alemania y los desembarcó en Amberes. Una cuarta parte de ellos perecieron más tarde en la Shoá.

La familia Löbmann nunca obtuvo un visado. Es posible que, al haber enviado sus muebles a Estados Unidos, se aferraran de forma instintiva a esta perspectiva casi imposible para no tener que renunciar a sus bienes materiales en lugar de salvar la piel probando suerte en otros países. Pero ni siquiera la obtención de un visado les habría garantizado la llegada a buen puerto.

Para dirigirse por mar al país de destino, había que pasar por uno o dos terceros países, Francia, Portugal, Bélgica, Países Bajos o Suiza, donde numerosos intermediarios corruptos reclamaban su soborno, que aumentaba a medida que crecía la desesperación de los judíos. Agencias de viajes, consulados, conductores, barqueros, hosteleros, funcionarios corruptos..., ¡cuántos se enriquecieron a expensas del antisemitismo! Ahora bien, los Löbmann no tenían mucho dinero disponible, porque la suma que habían obtenido por la venta de su empresa había quedado bloqueada, conforme a las medidas antisemitas, en una cuenta controlada por el Reich, de la que solo podían sacar pequeñas sumas de una vez.

Sin embargo, abandonar Alemania todavía no era totalmente imposible. Después de los pogromos de noviembre de 1938, 40.000

judíos pudieron emigrar. Entre ellos, Lotte Kramer. Su profesora de la escuela en Maguncia había oído hablar de los transportes de niños organizados hacia Gran Bretaña y propuso a sus padres que le buscaran una plaza. «Mi madre habló de ello con su hermana Irma, que consiguió colocar a sus hijos Lore y Hans en el transporte. Yo no quería que me separaran de mis padres, pero estaba con mis primos y era una especie de aventura.» En 1939, casi 80.000 judíos pudieron exiliarse, entre ellos al menos mil de Mannheim. Algunos acabaron en la India o en Kenia, países que no se encontraban entre su primera opción.

La familia Löbmann quizá dudó durante demasiado tiempo en dejar de lado su objetivo inicial, Estados Unidos, y en poner pies en polvorosa hacia otro destino. Su rechazo a la improvisación supuso su perdición. Cuanto más esperaban los Löbmann, más disminuía su fortuna y, con ella, sus posibilidades de partir. Porque, después del 9 de noviembre de 1938, el pillaje organizado contra los judíos multiplicó su intensidad. Para castigarlos por la Noche de los Cristales Rotos de la que habían sido las desventuradas víctimas, el régimen les exigió una indemnización en forma de un nuevo impuesto, que representaba una extorsión del 25 por ciento de su fortuna a los que poseían más de cinco mil Reichsmarks, lo cual era el caso de los Löbmann. Después, en febrero de 1939, se les ordenó que entregaran todos sus objetos de plata, oro y platino, así como las perlas y las piedras preciosas, que les pagaron a una décima e incluso una vigésima parte de su valor real.

La situación de los judíos en Alemania se degradaba a ojos vistas. Hitler había decidido excluirlos definitivamente de la vida económica y del mundo del trabajo. Los que carecían de medios fueron obligados a trabajar en la construcción de carreteras o la eliminación de residuos. Las empresas que todavía no habían sido arianizadas se vendieron a precio de saldo y algunos abogados llevaron el cinismo al máximo y fueron a buscar a los propietarios a los campos de concentración para hacerles firmar el contrato de

venta. Les arrebataron los terrenos, tanto los de las sinagogas como los de las organizaciones judías y los cementerios judíos. En Mannheim, incluso la Iglesia protestante participó en este siniestro despedazamiento. Y negoció el precio al máximo.

La mañana del 22 de octubre de 1940, temprano, las fuerzas del orden irrumpieron en el domicilio de los Löbmann, así como en casa de Wilhelm Wertheimer, el hermano de Irma y Mathilde. Los exhortaron a prepararse para partir inmediatamente y a hacer las maletas a toda prisa: cada adulto tenía derecho a un máximo de 50 kg de equipaje y a 100 Reichsmarks, y se le pedía que se llevara comida y agua para algunos días. Se les embargaron sus bienes, sus cuentas y sus títulos. Unas horas más tarde, se encontraban en el andén de la estación de Mannheim, con unos dos mil judíos más de la ciudad, listos para subir a unos trenes cuyo destino desconocían. Alrededor de la mitad de la comunidad había huido los años anteriores. Ocho judíos se habían suicidado la misma mañana. Varios centenares habían conseguido ocultarse. Los que estaban casados con un «ario» o una «aria» se salvaron.

El 23 de octubre, un convoy que transportaba a los dos mil judíos de Mannheim y a otros 4500 de Sarre, de Baden y del Palatinado se puso en marcha. Después de cruzar el Rin en Kehl, el tren llegó por la noche a Chalon-sur-Saône, en la línea de demarcación que separaba Francia en dos, una zona ocupada por el Reich, al norte, y una zona llamada libre, al sur. Esta última estaba administrada por un gobierno francés de autonomía limitada cuya sede era Vichy. Contrariamente a lo que los alemanes habían imaginado, Vichy, que entretanto había instaurado un estatuto que discriminaba a los judíos, protestó intensamente. Sin embargo, cedió ante el hecho consumado.

Después de dos días de un viaje penoso a merced de la brutalidad de las SS, los pasajeros, entre ellos muchas personas de

edad avanzada, llegaron al campo de internamiento de Gurs, situado en los Pirineos Atlánticos, donde los alemanes, en teoría, no tenían nada que decir. Este campo, administrado por Vichy, acogería a lo largo de la guerra a detenidos, judíos y otros, de todas las nacionalidades excepto francesa, o bien deportados por el régimen nazi desde los países bajo su control en Europa, o bien capturados por el régimen francés en zona libre.

En Gurs, no había ni ejecuciones ni tortura, pero murieron centenares de detenidos a causa de las condiciones insalubres, del hambre y el frío. Los barracones carecían de ventanas, sanitarios y agua corriente, la lluvia entraba y mojaba las camas, que consistían en sacos llenos de paja tirados en el suelo de barro. Irma, la esposa de Siegmund Löbmann, cayó gravemente enferma y fue enviada a un hospital de Aix-en-Provence. Siegmund consiguió que lo transfirieran al campo de internamiento de Les Milles, cerca de Aix, para estar más cerca de su mujer.

Las condiciones de evasión eran bastante fáciles en Gurs: las alambradas apenas llegaban a los dos metros de altura, no estaban electrificadas y carecían de torres de vigilancia. Sin embargo, los candidatos a la evasión eran bastante raros, porque el auténtico reto venía después, cuando se iniciaba un angustioso juego del escondite con la policía. Sin duda debido a que una fuga en estas condiciones era inconcebible con niños, unos padres de edad avanzada o una mujer débil, la mayoría de los detenidos optaba por la familia en lugar de la libertad.

Varias asociaciones religiosas y humanitarias habían obtenido autorización para intervenir en el campo, para llevar comida y cuidados médicos, y aligerar la vida cotidiana de los internados. Una de ellas, la organización judía internacional HICEM, ayudaba a los judíos a reunir los documentos indispensables para constituir un expediente de petición de emigración. Los que lo conseguían eran trasladados a Marsella, con la esperanza de poder embarcar hacia los territorios de ultramar.

Así fue como, en marzo y abril de 1941, Julius, Mathilde Löbmann y su hijo Fritz, así como Wilhelm Wertheimer, su esposa Hedwig y su hijo Otto, partieron para Marsella. Gracias al valioso apoyo del equipo del memorial del campo de Les Milles, una de las instituciones francesas más innovadoras para sensibilizar a las jóvenes generaciones sobre esta memoria, he podido reconstruir el recorrido de los miembros de esta familia. Los hombres llegaron al campo de Les Milles, situado bajo la autoridad de Vichy, donde estaban internados numerosos artistas e intelectuales alemanes, como Golo Mann y Lion Feuchtwanger. Las mujeres y los niños fueron enviados a hoteles marseleses transformados en centros de alojamiento.

Hedwig y su hijo Otto, entonces de nueve años, fueron ubicados en el hotel Bompard; Mathilde y su hijo Fritz, de doce años, en el hotel Terminus-les-Ports. Allí sufrieron malnutrición, falta de higiene, miseria, falta de ropa y frío. En las pequeñas habitaciones, había hasta ocho camas, la electricidad estaba limitada y las duchas eran escasas. Algunos hoteleros no tenían ningún escrúpulo en embolsarse las indemnizaciones de la administración francesa para gastar solo una pequeña parte en beneficio de los huéspedes. Otras figuras repulsivas frecuentaban estos hoteles de miseria, como el doctor Félix Roche-Imbart, que parecía experimentar un placer sádico en impedir el traslado de las huéspedes enfermas a los hospitales y en privarlas de la visita de su marido.

Sin embargo, en comparación con el campo de Gurs, la mejora de las condiciones de vida era innegable. Asociaciones caritativas internacionales daban clase a los niños y también enseñaban costura a las madres. La mayoría de las mujeres podían circular libremente por la ciudad, pasear por la playa y continuar sus gestiones administrativas para emigrar. Según los archivos del campo de Les Milles, Hedwig había intentado obtener visados americanos para su familia. Mathilde probablemente también.

Llegaban demasiado tarde. Poco tiempo antes, este objetivo

quizá habría sido factible, gracias a la complicidad del vicecónsul de Marsella, Hiram Bingham IV, que proporcionaba visados y documentos falsos a los judíos. O bien con la ayuda del periodista americano Varian Fry, que, gracias a una amplia red de apoyo, había conseguido sacar de Francia a más de dos mil refugiados amenazados, sobre todo artistas, universitarios y científicos, entre ellos Claude Lévi-Strauss, Max Ernst, André Breton, Hannah Arendt y Marc Chagall. En el verano de 1941, presionado por el régimen de Vichy, el Departamento de Estado de Washington desposeyó al consulado de Marsella del poder de decisión en materia de concesión de visados, trasladó a Hiram Bingham IV a Portugal y privó a Varian Fry de su pasaporte.

Las gestiones de Hedwig Wertheimer y de Mathilde Löbmann para emigrar fracasaron. En el verano de 1942, fueron trasladadas con sus hijos al campo de Les Milles, donde se encontraron con sus maridos, Julius y Wilhelm. El ambiente era sofocante. Habían empezado las deportaciones hacia el principal campo de tránsito de Drancy, al norte de París, oficialmente para mandar a los detenidos a campos de trabajo. Al ver los trenes de mercancías donde se amontonaban los adultos y los niños sin agua, algunos se preguntaban por qué se embarcaba también a chiquillos no aptos para el trabajo. Corría el rumor de que Vichy ya no dudaba en entregar a los judíos a los alemanes, que eran enviados lejos, al este, algunos incluso hablaban de masacre.

Hedwig y Mathilde debieron de intuir el peligro. Como otras madres, decidieron confiar a sus hijos a la Œuvre de Secours aux Enfants, una organización judía. Los testigos han contado aquellas separaciones desgarradoras, los gritos de los niños que eran arrebatados a las madres que se esforzaban por mantener cierta compostura para no preocupar a sus pequeños. Otto fue enviado al castillo de Montintin, al sur de Limoges, que escondía a un centenar de niños de entre doce y diecisiete años, sobre todo judíos alemanes, bajo la protección de un médico. Fritz se unió a una

colonia similar.

En la primavera de 1943, Otto y Fritz fueron trasladados, probablemente porque su escondite se había vuelto demasiado peligroso. Debieron de llorar de alegría cuando se encontraron juntos en uno de los últimos refugios de Francia, situado en la zona de ocupación italiana. En Izieu, un pueblecito ubicado en un brazo del Ródano, una resistente judía de origen polaco, Sabine Zlatin, y su esposo habían instalado una colonia destinada a proteger a los niños de la deportación. Por primera vez, Fritz y Otto pudieron recuperar el contacto con la ligereza de la infancia. En el memorial de Izieu, unas fotos muestran a estos niños en una gran pradera, con el pelo al viento, delante de una casa. Los mayores llevan a los más pequeños en brazos, visten traje de baño y están en un embarcadero sobre un lago. En las fotos, que podrían ser las de cualquier infancia feliz, aparecen sonrientes y no se aprecia el menor presagio de lo que se avecina.

La zona italiana de ocupación era la más segura, porque, contrariamente a los franceses, los italianos se negaban en la medida de lo posible a entregar a los judíos de su zona. En julio de 1943, la situación de Italia cambió con el desembarco de los Aliados en Sicilia. El rey Víctor Manuel III destituyó al líder fascista Benito Mussolini, que fue encarcelado y sustituido por el mariscal Pietro Badoglio. En septiembre, los británicos desembarcaron en el sur de Italia y el gobierno italiano capituló. Como reacción, la Wehrmacht invadió la Italia septentrional y central, así como la zona italiana de Francia.

Consciente del peligro, a principios de abril de 1944, Sabine Zlatin partió en busca de otro refugio. Precisamente durante su ausencia, la mañana del 6 de abril, cuando los niños se disponían a tomar el desayuno, aparecieron dos camiones de soldados de la Wehrmacht y un vehículo de agentes de la Gestapo y se llevaron a

los cuarenta y cuatro niños, al marido de Sabine Zlatin y a seis educadores. Todos fueron enviados a Drancy. El que había dado la orden había sido el jefe de la Gestapo de Lyon, Klaus Barbie, un hombre que debía su celebridad a su locura obsesiva contra los judíos y los resistentes, a los que sometía a una variedad impresionante de torturas, de las que se vanagloriaba de ser el genial inventor.

El 15 de abril de 1944, Fritz Löbmann y Otto Wertheimer, de quince y doce años, fueron deportados de Drancy a Auschwitz a bordo de un convoy que transportaba a treinta niños de Izieu. El día de su llegada, fueron gaseados.

Dos años antes, los padres de Otto Wertheimer, Hedwig y Wilhelm, y la madre de Fritz Löbmann ya habían pasado por Drancy. El 17 de agosto de 1942, los habían embarcado a bordo del convoy número 20. Destino: Auschwitz. El 2 de septiembre, Siegmund Löbmann también fue deportado a Drancy y cinco días más tarde a Auschwitz con el convoy número 29. Su soledad debió de añadirse a su desamparo. Su esposa, Irma, estaba inscrita en la lista de los deportados del campo de Les Milles, pero debió de salvarse *in extremis*, sin duda gracias a los médicos, que habrían exigido su ingreso de urgencia en el hospital de Aix-en-Provence.

Julius Löbmann también figuraba en la lista, pero no fue deportado. Había conseguido huir en uno de sus desplazamientos diarios al pueblo de Saint-Cyr-sur-Mer, donde trabajaba en un Grupo de Trabajadores Extranjeros (GTE), trabajadores forzados al servicio de la industria y la agricultura francesa. Debió de decidirse rápidamente cuando comprendió que su familia no escaparía a la deportación. Solo él podía partir, los demás estaban atrapados en el recinto del campo. Lo imagino despidiéndose de su mujer, su hijo, su hermano y su cuñado, sin poder pegar ojo la noche anterior a la evasión. Después, acecharía el momento propicio para eclipsarse,

desaparecer en el bosque de pinos cercano a Saint-Cyr-sur-Mer o saltar del camión durante el camino de vuelta.

Las posibilidades de salir adelante para un judío fugitivo, abandonado a su suerte, sin dinero, sin contactos y que lo ignoraba todo de Francia eran escasas, sobre todo bajo un régimen que colaboraba con Alemania y había instaurado por propia iniciativa medidas antijudías, bajo la mirada pasiva de la población. A menos que la suerte decidiera ser generosa poniendo en su camino a uno de esos franceses valerosos y humanitarios que ocultaron a judíos en su sótano o su desván y les llevaron regularmente lo necesario para sobrevivir, poniendo en peligro sus propias vidas. Incluso este escenario podía terminar mal, el ángel guardián podía ser denunciado y arrestado por la Gestapo o la policía francesa y sus protegidos capturados o abandonados en su agujero sin ayuda.

Si no se producía este encuentro milagroso, el único recurso era ser ingenioso y audaz, y, según Lotte Kramer, Julius lo era. Para no arriesgarse a traicionar sus orígenes, se hizo pasar por sordomudo y lo contrataron como ascensorista en un gran hotel de la Costa Azul, probablemente entre Niza y Menton, en la zona de ocupación italiana. No sé si su jefe había adivinado ante quién se encontraba, pero tuvo la bondad de cerrar los ojos ante la falta de documentos de aquel extraño muchacho de pelo rubio y ojos claros como un alemán. Después de la invasión alemana de la zona italiana en octubre de 1943, Julius debió de ver llegar al hotel a los oficiales de la Wehrmacht y las SS. ¿Cuántas veces al día tuvo que sufrir el calvario de llevar a aquellos hombres a su piso, rozar en la estrecha cabina del ascensor aquellos uniformes que le helaban la sangre, sentir el temblor de sus manos al pulsar los botones y el corazón desbocado ante la angustia de que se le escapara una mirada, un reflejo, un *Bitte schön* o *Danke* o *Guten Morgen*? Una sola palabra en alemán y estaría perdido.

En el verano de 1944, se liberó de esta tensión después del Desembarco. Quizá se dirigió al campo de Drancy y allí se enteró de

que los suyos habían sido enviados a Auschwitz. No sé si en aquel momento Julius sabía lo que significaba Auschwitz.

Desde el verano de 1941, los británicos sabían que los comandos de las SS, cuyo código de radio habían descifrado, cometían masacres en el este de Europa. Los indicios llegaban gracias a las fuentes en el ejército alemán, las comunidades judías y la resistencia polaca. En la primavera de 1942, el *Daily Telegraph* lanzó la voz de alarma: «Más de 700.000 judíos polacos han sido asesinados en una de las masacres más grandes de la historia mundial». Cada vez más medios de comunicación publicaban estas informaciones; se habló de las cámaras de gas. El 17 de diciembre de 1942, los Aliados condenaron pública y unánimemente estos «métodos de exterminio bestial». La BBC retransmitió la declaración que afirmaba: «Nadie ha vuelto a oír hablar de estos deportados. Los que pueden trabajar son explotados en los campos hasta que mueren de agotamiento. Los enfermos y los débiles mueren de frío o de hambre o son asesinados fríamente». En realidad, los gobiernos americano, británico y soviético ya sabían que al menos dos millones de judíos habían sido asesinados y que otros cinco millones estaban amenazados.

Estas informaciones estaban censuradas en la Francia de Vichy, y Julius debía de alimentar una débil esperanza, en especial con respecto a su hijo Fritz, que todavía era pequeño; de todos modos, los nazis no mataban niños. Una vez libre, ¿a quién podía recurrir Julius para pedir ayuda? Su familia y sus amigos habían desaparecido. La Francia liberada no se ocupaba para nada de los judíos. No le quedaba más opción que reunirse con sus allegados de América, en Chicago, adonde su familia había previsto huir antes de ser arrestada por la redada en Mannheim.

Durante la travesía del Atlántico, a bordo del barco que lo alejaba de una Europa desolada, un sentimiento de profunda tristeza debió de invadir a Julius ante la idea de ser el único que hacía aquel viaje, al que los suyos se habían resignado como último recurso y que nunca habría creído que se convertiría en un sueño inalcanzable: estar todos juntos en un barco, a salvo del naufragio de su patria. Con la mirada puesta en el horizonte, donde pronto aparecería la tierra americana tan deseada, Julius debió de presentir que nunca la compartiría ni con su hijo Fritz, ni con su mujer Mathilde ni con su hermano Siegmund.

La negación de Karl Schwarz

Chicago era uno de los destinos más deseados entre los judíos de Europa, porque, después de Nueva York y Varsovia, la ciudad albergaba la tercera comunidad judía más grande del mundo, que contaba con 275.000 miembros. Los más influyentes y los mejor integrados eran los judíos de origen alemán. Habían llegado los primeros, en 1840, y habían instaurado una amplia red de instituciones, que daban a la comunidad un marco sólido y floreciente. Al empezar el siglo XX, los judíos de Europa del Este y de Rusia que huían de los violentos pogromos de sus países también empezaron a llegar, a los que se añadieron en la década de 1930 las víctimas de las persecuciones nazis, como el pintor y fotógrafo húngaro László Moholy-Nagy.

También se habían exiliado en la ciudad algunos alemanes no judíos, como uno de los fundadores de la arquitectura moderna, Ludwig Mies van der Rohe, que abandonó la Alemania nazi no tanto por resistencia política, sino más bien porque el régimen, enemigo del arte moderno, no apreciaba su trabajo. Su arquitectura minimalista del «casi nada» dejó su huella en Chicago: rascacielos

de acero y cristal, y el imperial Crown Hall del campus del Institute of Technology, un imponente rectángulo de metal y cristal, ubicado en un jardín frondoso.

En este contexto, Julius Löbmann encontró sin duda rápidamente a otros exiliados, quizá incluso amigos o antiguos habitantes de Mannheim que habían conocido a su familia y su empresa, y con los que podía compartir recuerdos de una vida alemana desaparecida. Después de todo, de los 3500 judíos de Mannheim que habían conseguido exiliarse, cerca de la mitad se habían dirigido a Estados Unidos.

Así fue como Julius debió de conocer a Erna Fuchs, originaria como él de la región de Baden, que su familia abandonó en 1937. No tardó en casarse con ella, puesto que, según los documentos hallados en los archivos, Erna ya llevaba el nombre de Löbmann en 1949 y vivía en la misma dirección que él. Este segundo matrimonio con una judía de su país, que sabía por lo que había pasado, tuvo que salvar a Julius de la soledad, porque, por más acogedora que fuera la comunidad de Chicago, difícilmente podía comprender lo que sus correligionarios habían soportado bajo el nazismo. En cuanto a la sociedad americana, la frialdad que había manifestado antes de la guerra ante la desgracia de los judíos no inspiraba mucha confianza.

En 1938, cuando las persecuciones en Europa alcanzaban un punto de no retorno, los sondeos habían mostrado que más del 80 por ciento de los americanos estaban en contra del aumento de la cuota de acogida de refugiados europeos. Un año más tarde, otros sondeos habían mostrado que más del 60 por ciento de los americanos se oponían a un proyecto de ley que preveía la acogida de veinte mil niños judíos alemanes, además de las cuotas fijadas. El proyecto fue bloqueado por grupos de presión antisemitas incluso antes de ser sometido a votación en el Congreso americano.

¿Vislumbraba Julius la relación entre la falta de solidaridad de Estados Unidos y la suerte de su familia, atrapada porque no

disponía de visado? A pesar de todo, muchos inmigrantes judíos estaban agradecidos a Estados Unidos por haberlos acogido y haberles dado unas oportunidades reales de integración y de éxito social que pocos países ofrecían. El acento alemán de Heinz Kissinger, un judío bávaro refugiado en Nueva York, no le impidió convertirse en un secretario de Estado legendario de Estados Unidos. Cuántas cartas de judíos contenían esta confesión de patriotismo: «¡Ya nos hemos convertido en auténticos americanos!». Muchos de los que se habían exiliado a otros países no podían decir lo mismo. Incluso en Israel, la integración era difícil para los que se negaban a aprender hebreo y sentían una profunda nostalgia por su país de origen.

Ante el anuncio del final de la guerra, Julius Löbmann debió de sentir esperanza, agotarse llamando por teléfono y golpeando puertas en Chicago para saber si había noticias de su hijo, su mujer y los demás. Debió de ver las imágenes de los campos de exterminio en los medios de comunicación americanos, que mostraban muertos vivientes demacrados en medio de montañas de cadáveres. La esperanza de volver a ver vivos a los suyos seguramente se extinguió de pronto. ¿Qué huellas le quedaban de estos desaparecidos? ¿Algunas fotos, objetos, ropa, muebles que la familia había enviado a Chicago desde Mannheim antes de ser deportada? A menos que estos nunca llegaran a buen puerto, porque, después de la invasión de los Países Bajos, los nazis se habían apoderado de numerosos contenedores en los que se encontraban los bienes de judíos alemanes almacenados en el puerto de Rotterdam, en espera de ser enviados a sus propietarios de ultramar.

Este último pillaje fue el golpe de gracia para los refugiados, muchos de los cuales habían emigrado con lo mínimo vital después de haber sido expoliados por el Reich. El exilio se acompañaba de

un vertiginoso declive financiero y social del que no se recuperarían nunca, debido a la barrera de la lengua y a la dificultad de conseguir que les reconocieran los diplomas alemanes en el extranjero. La prueba era especialmente traumática para los que habían hecho una buena carrera en Alemania y que, con más de cuarenta o cincuenta años, se desplomaban en la escala social. Una mujer que dirigía varios grandes almacenes en Mannheim se convirtió en limpiadora en Nueva York. Hombres de negocios erigidos en modelo de éxito quedaron relegados al rango de asistentes. Abogados y médicos se vieron reducidos a realizar tareas físicas agotadoras y no tenían más remedio que aceptarlas, aunque fueran viejos y estuvieran enfermos, porque no existía cobertura social en Estados Unidos. A la humillación de la decadencia, se añadía la precariedad material. Algunos prefirieron suicidarse.

Julius Löbmann debió de beneficiarse de la ayuda de amigos o de organizaciones judías, porque no parece haber vivido en la miseria, a juzgar por las direcciones indicadas en los correos enviados a mi abuelo. He descubierto que, a principios de 1948, residía en una copropiedad bien cuidada de pequeños inmuebles de ladrillo rojo en Wicker Park, un barrio donde residían muchos inmigrantes polacos. Dos años más tarde, vive con su nueva esposa, Erna, en Kenwood, un barrio residencial de casas de arquitectura georgiana y *art déco* a orillas del lago Michigan, que durante un tiempo fue el refugio de la élite de Chicago. La pareja ocupaba un inmueble sin pretensiones, pero de aspecto agradable, en una ancha avenida tranquila, bordeada de árboles y de chalés, no lejos de sinagogas y escuelas judías.

Esta era la situación de Julius cuando solicitó reparación a los dos propietarios de la Mineralölgesellschaft, Karl Schwarz y Max Schmid, en enero de 1948, por medio del abogado Rebstein-Metzger. Poco antes, se había aprobado una ley en la zona de

ocupación americana: todos los bienes que habían sido saqueados o «vendidos a la fuerza» bajo el régimen nazi tenían que ser restituidos a sus propietarios o a sus herederos. El *Rückerstattungsgesetz* (ley sobre la restitución) permitía a las víctimas del nazismo cuestionar legalmente todas las transferencias de patrimonio realizadas después de las leyes de Núremberg del 15 de septiembre de 1935. La zona americana era la más avanzada y la más categórica sobre esta cuestión. La compañía aérea Pan Am incluso hacía publicidad sobre el tema en Estados Unidos: «¿Viaja a Alemania para hacer reclamaciones? Vuelos diarios a las principales ciudades alemanas». Ofrecía billetes a bajo precio, pero ni Julius ni la mayoría de los refugiados podían pagarlos. Los que habrían podido permitírselo no tenían realmente ganas de regresar al país que los había aniquilado y de enfrentarse a sus antiguos verdugos.

Los británicos esperaron dos años antes de instaurar en su zona un marco legal para las restituciones, similar al de los americanos. En la parte francesa, la ley era menos exigente, puesto que fijaba el inicio del periodo de presunción de adquisición abusiva el 14 de junio de 1938, fecha de la aprobación de un texto que había obligado a los judíos a registrar sus empresas y comercios en un registro público para facilitar su arianización. Los franceses consideraban que, antes de esta fecha, le correspondía al demandante aportar la prueba de la ilegalidad de la transacción.

En Mannheim, prevalecía la visión americana. Karl sin duda había oído hablar de la ley, porque le afectaba directamente. Después de la guerra, las autoridades americanas habían puesto su empresa bajo tutela, una vez identificadas, gracias a los registros que habían permanecido intactos, los miles de empresas y de terrenos judíos arianizados de Mannheim, entre los que figuraba la Schwarz & Co. Mineralölgesellschaft. Sin embargo, el Opa debía de considerar que formaba parte de los que habían pagado «un precio honesto» y, por consiguiente, pronto se vería libre de la sospecha de haber abusado de los judíos. Muchos compradores pensaban como

él, porque el régimen nazi había puesto en marcha una técnica de manipulación muy eficaz para que el pueblo aceptara convertirse en cómplice a la vez que mantenía una buena conciencia: convertir sus crímenes en legales. Por lo tanto, en la mente de Karl, él había consultado con toda legalidad el registro público de los comercios judíos en venta y había pagado el precio de mercado del momento, en el marco de un contrato validado por las autoridades. Tanto más cuanto que parecía convencido de que la transacción se había desarrollado «de la manera más amistosa posible», como repitió en numerosos intercambios con Julius Löbmann y con sus abogados, de los que guardó copias que encontré en el sótano de Mannheim.

En respuesta al correo del licenciado Rebstein-Metzger, mi abuelo aseguró que había pagado un precio correcto y afirmó que no había utilizado la clientela de la empresa Löbmann, sino simplemente había comprado los bienes materiales y había creado su propia empresa sobre esta base. Incluso pensaba que había sido generoso: «Durante el inventario, se evaluó cada uno de los objetos, hasta los tampones, el papel de embalaje y el sacapuntas». Por otra parte, habría entregado el equivalente de cinco mil Reichsmarks por embalajes y toneles vacíos dispersos en casa de los clientes de los Löbmann, algo que nunca había recuperado. No se trataba de una arianización, concluía, y no comprendía «en qué medida el señor Löbmann podía reclamar restituciones».

El abogado le respondió: «El contrato de compra y de traspaso muestra claramente que se trata de una compra del conjunto de un comercio y no solamente de la venta de equipamiento. Usted incluso se arrogó el derecho de utilizar eventualmente el nombre de la empresa Siegmund Löbmann & Co. con o sin añadidos. Lo que resulta incuestionable es que usted solo pagó los bienes materiales a los Löbmann, como era costumbre en aquella época en este tipo de transacciones. Ni siquiera puedo reconocer que al menos pagara

estos bienes en su justo valor».

Después de varios intercambios infructuosos con el abogado, el Opa tomó la iniciativa de escribir directamente a Julius Löbmann. «Nos hemos alegrado sinceramente, mi esposa y yo, de que haya usted sobrevivido al calvario por el que ha pasado y lamentamos profundamente el destino de su hermano y de su cuñado. ¿Las familias también han perecido? Aunque nosotros, como la mayoría de los alemanes, no hayamos querido el destino cruel de sus correligionarios, ahora todos debemos sufrir por ello. Nuestro litigio, que no me esperaba, es un ejemplo de ello, puesto que yo, sin duda, nunca lo he puesto en una situación difícil y todos nuestros acuerdos se han desarrollado de la manera más amistosa posible [...]. Nuestra situación económica es sombría. Creo que tiene ideas erróneas sobre nuestros negocios.» Acababa su carta de esta manera: «¿Cómo está su familia? Espero que se encuentre bien. Mi esposa ya ha sido operada dos veces este año por una úlcera intestinal y tiene que operarse de nuevo en septiembre. Siempre ocurre alguna cosa».

Mi abuelo sin duda abusó menos de la situación que otros en 1938, puesto que negoció una rebaja de solamente el 10 por ciento con respecto al precio inicial. No obstante, cinco años después del final de la guerra, no parecía ser consciente de que el Tercer Reich había sido un régimen ilegal por naturaleza y de que, por consiguiente, cualquier transacción realizada en aquella época debía considerarse desde este punto de vista. Debió de sorprenderse sinceramente al enterarse de que los judíos supuestamente deportados para darles trabajo en el este, según decían los nazis, en realidad eran asesinados en campos sórdidos. Pero no comprendía la dimensión del asunto, hasta el punto de comparar su dolor con el de Julius Löbmann: «Ahora todos debemos sufrir por ello». Y esta observación disonante: «Siempre ocurre alguna cosa».

Muchos de los que se aprovecharon de la arianización

reaccionaron como Karl Schwarz cuando se les pidió que devolvieran a los judíos lo que era suyo, haciendo valer sus propias desgracias, su estado de salud miserable o su dificultad para mantener la cabeza fuera del agua. Este estado de ánimo era sintomático para la gran mayoría de la sociedad alemana, que se refugiaba en la autocompasión en lugar de manifestar empatía por las víctimas del nazismo. La falta de sentimiento de culpabilidad y la ceguera solidaria permitían al pueblo negar cualquier responsabilidad en los crímenes nazis, que se imputaban solo a los dirigentes del Tercer Reich. Durante un viaje a Alemania de agosto de 1949 a marzo de 1950, la politóloga judía alemana Hannah Arendt, exiliada a Estados Unidos, se quedó consternada ante aquella población invadida por «una falta generalizada de sensibilidad», por «una maldad abierta [...] a veces disimulada por un patetismo de pacotilla». Era difícil decir si se trataba de «una negación intencionada a hacer el duelo o de la expresión de una incapacidad real de sentimientos», escribe.

Años más tarde, en 1967, los psicoanalistas Alexander y Margarete Mitscherlich propusieron una respuesta en un libro impresionante, *Fundamentos del comportamiento colectivo. La incapacidad de sentir duelo*. Según ellos, esta «calumnia y esta represión» eran la consecuencia del trauma, no debido a los crímenes cometidos por el Reich, sino a la pérdida de la figura idealizada de la autoridad que representaba Adolf Hitler: «Hitler transmitía una sensación de omnipotencia. Su muerte y su desvalorización por parte del vencedor significaban también la pérdida de un objeto narcisista y, por ello, un empobrecimiento y una devaluación del yo». Los alemanes que habían apoyado al Führer y el nacionalsocialismo se encontraron «naturalmente liberados de su responsabilidad personal». Esta negación abría la puerta a una relativización asombrosa.

Esta postura se fijaría tanto más profundamente cuanto que el gobierno del primer canciller de la RFA, Konrad Adenauer (1949-1963), le aportó una justificación moral y un marco legal que el historiador Norbert Frei ha llamado *Vergangenheitspolitik* (política del pasado). Apenas llegó al poder, el canciller enterró el trabajo de *reeducation and reorientation* realizado por los americanos y los británicos. «La desnazificación nos ha traído muchas desgracias y calamidades», declaró Adenauer el 20 de septiembre de 1949. «Las guerras y las confusiones de la posguerra han sido una difícil prueba para muchos y han aportado tentaciones tan grandes que tenemos que mostrar comprensión por algunas faltas y delitos.» Para todos los casos considerados «defendibles», el gobierno estaba determinado a considerar que «el pasado, pasado está». Estas frases fueron aplaudidas más allá de su propio campo, porque la desnazificación era impopular, incluso entre los socialdemócratas. Cuando se hablaba de vergüenza, era para designar la *Siegerjustiz* (justicia de los vencedores), no los crímenes indescriptibles del Tercer Reich.

El nacimiento de la RFA fue la ocasión de poner fin a la división supuestamente impuesta por los Aliados en dos clases, los «políticamente irreprochables» y los «políticamente implicados». El deseo de unir a todos los alemanes habría podido ser comprensible si el objetivo no hubiera sido, en realidad, exculpar al conjunto de la población, con algunas ínfimas excepciones.



Por ejemplo, la primera medida que el nuevo Bundestag se apresuró a votar fue una ley de amnistía que iba a beneficiar a decenas de miles de nazis condenados a una pena de seis meses como máximo. Entre los beneficiarios, figuraban personas culpables de heridas corporales que habían producido la muerte. La ley benefició también a los «ilegales» que habían entrado en la clandestinidad para escapar de la justicia. Los altos comisarios aliados, primero reticentes a esta desviación del derecho, acabaron por dar su consentimiento bajo la presión de Konrad Adenauer.

Solo era un prelude. En 1951, una nueva ley, apodada 131er Gesetz, permitió readmitir a los más de 300.000 funcionarios y soldados profesionales que los Aliados habían despedido por su supuesta proximidad al régimen. Entre ellos, figuraban decenas de miles de funcionarios implicados en crímenes. Incluso antiguos miembros de la Gestapo se aprovecharon de la situación.

El 31 de marzo de 1955, los beneficiarios de esta ley representaban alrededor del 77 por ciento del Ministerio de Defensa, el 68 por ciento del Ministerio de Economía, el 58 por ciento de la Oficina de Prensa e Información del gobierno y más del 40 por ciento del Ministerio del Interior. Uno de los pocos periódicos críticos de la época, el *Frankfurter Rundschau*, reveló que, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, dos tercios de los puestos dirigentes estaban ocupados por antiguos miembros del NSDAP. Adenauer se apresuró a dar una respuesta de acuerdo con el espíritu de su tiempo: «En cualquier caso, no se puede construir un Ministerio de Asuntos Exteriores si los puestos dirigentes no están ocupados por personas que comprenden algo de la historia pasada [...]. Quiero decir que deberíamos poner fin a esta discusión sobre nazis».

Los ámbitos más sensibles eran la Educación Nacional y la Justicia, donde el porcentaje de antiguos miembros del partido era extremadamente elevado. Profesores que habían enseñado las virtudes del nazismo ahora tenían que enseñar las de la democracia, y la continuidad del personal judicial entre el Reich y la

RFA representaba un obstáculo considerable para llevar a cabo las persecuciones contra los criminales nazis. Los jueces y los fiscales, poco inclinados a condenar lo que habían alimentado, retrasaban las investigaciones y archivaban los expedientes. Estaban bien situados para autoeximirse, lo cual explica por qué prácticamente ninguno de ellos fue juzgado, a pesar de su grave implicación en los crímenes del Tercer Reich.

En 1954, una nueva ley de amnistía acabó de enterrar la desnazificación. Bajo la influencia del partido liberal, que disponía de la cartera de Justicia y era muy popular entre los antiguos nazis, cuya causa defendía, se introdujo en el texto de la ley la circunstancia atenuante del *Befehlsnotstand* (obediencia en estado de urgencia). Esto quitaba la responsabilidad *de facto* al acusado, incluso cuando era un criminal de guerra o un alto funcionario nazi. Sin llevar este nombre, la ley equivalía a una amnistía general. El número de persecuciones judiciales cayó a un nivel cercano a cero. La leyenda según la cual era imposible desobedecer una orden criminal sin arriesgar la vida había conseguido un estatuto oficial.

En sus intercambios con Julius Löbmann y sus abogados, que duraron cinco años, Karl Schwarz nunca perdió su tono lloroso. Sin embargo, desde los primeros correos, hizo una propuesta a Julius: «Lo último que haría sería intentar que me regalaran algo o construir la existencia a expensas de otro. Puedo imaginar que usted también necesita cada pfennig. Sin reconocer que su demanda sea justa, le propongo un pago de cuatro mil marcos en mensualidades de al menos doscientos marcos. En las condiciones actuales, estos doscientos marcos nos quitan el pan de la boca. También es la oferta más elevada imaginable si no queremos atentar contra nuestra propia existencia». Terminaba así: «Creo que usted también puede comprender las circunstancias actuales».

Bajo la apariencia del desmentido, mi abuelo dejaba entrever la

confesión de que su precio, aunque fijado de acuerdo con las autoridades, quizá no había sido el «adecuado»: «Si hubiéramos dejado que un experto oficial del partido examinara la transacción», había escrito al abogado, «el precio ni siquiera habría llegado a la mitad de lo que pagamos». Si no lo hizo, quizá fue por simpatía hacia los judíos. Pero esta afirmación revelaba también que siempre había estado al tanto de la ilegalidad de ciertas leyes y prácticas bajo el Reich. Debía de saber que las «estimaciones» del partido nazi eran a propósito ridículamente bajas y que los Löbmann estaban obligados a fijar un precio «realista» si no querían arriesgarse a retrasar la validación oficial del contrato y, por consiguiente, la entrega del dinero que necesitaban para financiar su exilio.

Julius Löbmann no respondió. Al no tener respuesta durante cuatro meses, Karl elevó su oferta a cinco mil marcos. La multiplicación de estos gestos por su parte respondía, en mi opinión, a cierta mala conciencia, mezclada con el temor de tener que ser juzgado por tribunales alemanes que, sobre todo a causa de la presión internacional, eran bastante exigentes en materia de reparaciones a los judíos.

Konrad Adenauer, que había sido expulsado del Ayuntamiento de Colonia en 1933, después de haberse negado a acoger oficialmente a Adolf Hitler y de ordenar descolgar las banderas del NSDAP, había reconocido claramente el deber de la RFA de «reparar» los crímenes cometidos bajo el Tercer Reich. En septiembre de 1951, declaró: «El gobierno, y con él la gran mayoría del pueblo alemán, es consciente de los sufrimientos inconmensurables infligidos a los judíos en Alemania y en los territorios ocupados en la época del nacionalsocialismo. [...] En nombre del pueblo alemán, se han cometido crímenes inefables, que nos obligan a reparaciones morales y materiales».

Aunque los alemanes se hubieran instalado cómodamente en la amnesia, en el extranjero no se olvidaba. El mundo observaba con desconfianza a Alemania dar sus primeros pasos en democracia y Adenauer lo sabía. Su misión era consolidar la RFA en el bando occidental, con la esperanza de recuperar la soberanía completa y el respeto de la comunidad internacional. Había que multiplicar los gestos de buena voluntad, que se traducirían esencialmente en el pago de «reparaciones».

La primera etapa fue la restitución de la cantidad astronómica de bienes y de dinero robados a los judíos por particulares, empresas y, sobre todo, por el Estado. Un reto burocrático, financiero y jurídico gigantesco, para el que no había ningún precedente. Montañas de demandas se acumulaban en los escritorios y había que tratarlas caso por caso. En 1957, el 98 por ciento de los expedientes se habían resuelto. Pero algunas víctimas tuvieron que esperar largos años antes de obtener la última parte de las restituciones, y los que antaño vivían en una situación holgada nunca recuperaron el equivalente de su fortuna perdida.

La etapa siguiente era más delicada. Se trataba de indemnizar por los daños «no materiales»: la muerte de un familiar, el encarcelamiento, el maltrato, la tortura... Los procedimientos eran largos y dolorosos para las víctimas, porque no resultaba fácil demostrar la relación de causa y efecto entre un problema de salud y la persecución bajo el nazismo.

A pesar de los fallos y las injusticias de este sistema, permitió curar algunas heridas y, sobre todo, salvar a los judíos de su situación precaria, mientras la RDA y Austria brillaban por su indiferencia.

La RFA también tenía grandes deudas que saldar con el extranjero. Inició negociaciones con la mayoría de los países de Europa Occidental, donde la guerra y la ocupación alemana habían causado graves daños. Entre 1959 y 1964, entregó un total de 971 millones de marcos, 400 de ellos a Francia. Pero el acuerdo más

simbólico fue la firma, en septiembre de 1952, del acuerdo de reparaciones entre Konrad Adenauer y el ministro israelí de Asuntos Exteriores Moshé Sharett durante una ceremonia glacial. La RFA se comprometió a pagar 3000 millones de marcos en equipamiento y en servicios a Israel a lo largo de doce años y 450 millones de marcos a la Jewish Claims Conference, una organización que representaba los intereses de los supervivientes de la Shoá fuera de Israel.

En Jerusalén, un debate agitado y violentas manifestaciones habían precedido a esta firma, denunciada como un intento de Alemania de redimir su conciencia con «el dinero de la sangre». La necesidad financiera había terminado por prevalecer en este joven Estado creado en 1948. En la RFA, ministros y diputados de la mayoría en el poder, conservadores de la CDU y la CSU, y liberales del FDP ferozmente contrarios al acuerdo realizaron una campaña encarnizada contra la política de su propio dirigente. Mostraron a la luz del día la incapacidad de esta clase política de enfrentarse a la realidad de la Shoá. En marzo de 1953, el acuerdo se aprobó por una estrecha mayoría, gracias al apoyo del partido socialdemócrata, mientras que la mitad de los diputados de los partidos en el poder lo rechazaron.

Adenauer no había cedido a las presiones internas, porque sabía que este gesto era imprescindible para que su país fuera aceptable a los ojos de la comunidad internacional. Respondía al cálculo de un hombre aislado y no a los remordimientos de una población que en parte se oponía al pago de ayudas a los judíos alemanes, percibidos como «del lado de los vencedores». Empezó a prosperar una campaña para defender al «pueblo alemán empobrecido al que se intentan sacar miles de millones». Corrían rumores sobre judíos que aprovechaban la situación para reclamar bienes que nunca habían poseído y un antisemitismo bastante virulento volvía a la superficie. Los alemanes todavía estaban lejos de haberse curado.

No he encontrado declaraciones antisemitas propiamente dichas en las cartas del Opa, pero, ante la intransigencia de Julius Löbmann, su tono, al principio bastante amigable, cambió súbitamente. En respuesta a sus efusiones en correos de varias páginas, el demandante había acabado por enviarle un mensaje frío, muy breve, para informarlo de que el procedimiento estaba en curso y no tenía la intención de intervenir a favor de Karl Schwarz, que debía «esperar lo que saliera de él». A pesar de cierta buena voluntad por parte de mi abuelo, sus eternos lamentos, sus negaciones y sus pequeñas observaciones paternalistas pudieron reforzar a Julius en su decisión de reclamar una fuerte suma: 11.241 Reichsmarks por el valor inmaterial de la empresa, es decir, alrededor del mismo importe que ya le había pagado en 1938.

Sin duda, presa del pánico de tener que pagar una suma que le resultaría difícil de reunir a corto plazo, el Opa intentó invertir los papeles. Se presentó ante los abogados como la víctima del verdugo judío: «El señor Löbmann parece tener todavía en mente cifras del tiempo de la inflación, porque sus exigencias son desmesuradas, tanto más cuanto que, en nuestro caso, cualquier petición de restitución es injusta [...]. En circunstancias normales, antes de la época de Hitler, la empresa Löbmann nunca habría obtenido nuestro precio en una venta. Desgraciadamente, nos dimos cuenta demasiado tarde de que habíamos hecho un mal negocio con aquella compra. En realidad, para ser justos, sería necesario que recuperáramos unos miles de marcos por cosas que nunca hemos obtenido». Como prueba de lo que decía, envió a los abogados un informe sobre la evolución de los beneficios de la empresa Löbmann, que mostraban, según él, la mediocridad de su valor inmaterial, el que se le acusaba de no haber pagado:

1929: 7884,84 Reichsmarks

1930: 4762,45 RM

1932: 11.581,81 RM

1933: 9198,63 RM

1935: 7811 RM

1937: 11.864 RM

1938: 6961,79 RM

¿Karl Schwarz no tenía conciencia de que estas cifras eran indisociables del contexto y de que no hacían más que confirmar la injusticia que habían sufrido los Löbmann? Los dos primeros años estuvieron marcados por la crisis económica mundial y luego, apenas la empresa empezó a recuperarse, en 1932, los nazis llegaron al poder y se produjo de nuevo el desplome, entre otros a causa de los llamamientos al boicot. El incremento después de 1935 correspondía a un periodo de calma, tras la estabilización del estatuto de los judíos fijado por las leyes de Núremberg en 1935. La caída de los beneficios de 1938 era el resultado de la aceleración súbita de la precariedad de la condición judía, seguida por la venta de la empresa.

El nuevo abogado de Julius Löbmann, el doctor Von Janda-Éble, acostumbrado a estas desviaciones de la verdad, rectificó a mi abuelo: «La venta de la empresa Siegmund Löbmann & Co. se desarrolló bajo la presión ejercida sobre los judíos por las medidas nazis. Si los propietarios de la empresa ahora quieren hacer creer que fueron más o menos engañados por los Löbmann, esta es una afirmación cuando menos audaz. El precio de compra fue verificado por el NSDAP y avalado, y no es imaginable que este partido aceptara desfavorecer a los compradores con respecto a unos judíos». Me sorprendió bastante la firmeza de aquel abogado, rara en una época en la que la mayoría de los juristas seguían apegados al Tercer Reich al que habían servido.

En sus correos siguientes, Karl Schwarz continuó obstinándose en demostrar que había sido un «idiota» por dejarse engañar por unos estafadores. Visiblemente, no se daba cuenta de que esta retórica, que parecía inspirarse, sin nombrarlos nunca, en clichés

sobre la propensión de los judíos al complot, al timo y a la codicia, estaba escandalosamente fuera de lugar. De la situación de víctima de la guerra, Karl Schwarz había pasado de manera subrepticia a la de víctima de los judíos.

Estos eran los tipos de giros, aunque inconscientes, en una sociedad alemana adoctrinada hasta la médula por el Tercer Reich, que Konrad Adenauer debía controlar sin falta para reintegrar a su país en la comunidad internacional. El canciller quería amnistiar a su pueblo por sus crímenes pasados, pero a condición de que rompiera claramente con el nacionalsocialismo y aceptara los principios democráticos de la RFA. Ahora bien, estos ideales todavía estaban lejos de ser unánimes. Se multiplicaban los deslices en el lenguaje de los políticos alemanes, como si la retirada de los Aliados de los asuntos corrientes a partir de 1949 los hubiera desinhibido.

Algunos no ocultaban su sumisión al Tercer Reich, como el Partido Socialista del Reich (SRP), que se veía como el sucesor del NSDAP y empezaba a registrar índices regionales inquietantes. En el extranjero, la opinión pública comenzaba a alarmarse ante esta renazificación. Por ello, Adenauer se apresuró a pedir la prohibición del SRP al consejo constitucional, que consintió en octubre de 1952.

Pero el peligro procedía también del interior del propio gobierno, puesto que, en el seno del socio de coalición FDP, se había formado un grupo neonazi, secretamente decidido a derribar la democracia. Los servicios secretos británicos desbarataron el complot y lanzaron una espectacular oleada de detenciones en 1953. A pesar del malestar que podía suscitar esta intervención extranjera en los asuntos internos de la RFA, Konrad Adenauer aceptó. Había establecido un límite muy claro que no podía franquearse para ser tolerado en la nueva Alemania. La adhesión abierta a las ideas nacionalsocialistas y al antisemitismo ahora era tabú.

A la vez que predicaba los valores democráticos, Konrad

Adenauer no dudó en integrar en su gobierno a personalidades que encarnaban lo contrario: Hans Globke, que había participado en la redacción de las leyes raciales de Núremberg, se convirtió en jefe de la cancillería. Theodor Oberländer, un adepto de Hitler de los primeros tiempos, fue nombrado ministro federal para los desplazados, los refugiados y las víctimas de la guerra.

En cambio, los que se habían resistido activamente al nazismo o incluso habían intentado asesinar a Hitler y derrocar al régimen tenían pocas posibilidades de abrirse camino en la era Adenauer, o de recibir honores. Esta minoría valerosa de comunistas, socialdemócratas, sindicalistas, religiosos, militares y otros que habían hecho grandes sacrificios fueron considerados traidores y marginados de la escena política.

En lugar de movilizarse por estos héroes, los alemanes del oeste llevaron a cabo una campaña encarnizada para que se liberara a los criminales de guerra alemanes encarcelados en el extranjero y en las cárceles aliadas en Alemania, en nombre del supuesto «honor soldadesco». Entre ellos figuraban hombres de la peor especie... Bajo la presión, los Aliados liberaron prisioneros a diestro y siniestro. De los 3400 criminales de guerra todavía encarcelados la primavera de 1951, no quedaban más de treinta en el extranjero y casi ninguno en Alemania Occidental en mayo de 1958.

Incluso se liberaron individuos que habían ocupado puestos muy altos, como Ernst von Weizsäcker, secretario de Estado del Ministerio de Asuntos Exteriores, alto grado SS y corresponsable de la deportación de los judíos de Francia a Auschwitz. O el conjunto del directorio de una de las empresas alemanas más implicadas en la Shoá, el gigante de la química IG Farben, cuyo gas Zyklon B sirvió para asesinar a millones de personas. Como otras empresas alemanas, Siemens por ejemplo, IG Farben había hecho construir una dependencia cerca de Auschwitz, la planta de Buna, para poder

disponer como mejor le pareciera de la mano de obra cercana. Entre 1942 y 1945, decenas de miles de detenidos de Auschwitz trabajaban como esclavos en Buna, entre ellos el químico y escritor italiano Primo Levi. La esperanza de vida era allí de unos meses, de acuerdo con el concepto de «exterminio por el trabajo» del Reich dirigido a los judíos. Después de la guerra, la empresa IG Farben fue desmantelada.

Entre los afortunados elegidos de la amnistía, figuraba también Friedrich Flick, condenado a siete años de prisión en Núremberg. Fue un generoso apoyo del partido NSDAP y había construido su imperio de armamento comprando empresas judías muy fructíferas por cuatro perras, apoderándose de minas de carbón en los territorios ocupados y explotando a más de 60.000 trabajadores forzados, de los cuales al menos diez mil habían muerto. Hasta su fallecimiento en 1972, Friedrich Flick se negó a entregar un céntimo de indemnización a los trabajadores forzados. Fue necesaria la presión de la opinión pública para que sus herederos aceptaran pagar alguna cosa en la década de 2000.

Esta oleada de amnistía benefició también a Alfried Krupp von Bohlen und Halbach, hijo de Gustav von Bohlen und Halbach y de Bertha Krupp, la heredera de un imperio del armamento. En un primer momento, Gustav Krupp se había distanciado del NSDAP, pero cuando Hitler llegó al poder en 1933, empezó a apoyarlo e incluso creó un fondo de donaciones de la economía alemana para Adolf Hitler. Una parte de la familia Krupp se opuso a esta adhesión, que Gustav hacía aparente exhibiendo una bandera con la cruz gamada en la fachada de su casa de Essen. El conflicto familiar y el declive moral de los Krupp inspiraron la espléndida película de Luchino Visconti *La caída de los dioses* (1969). El hijo del patriarca, Alfried Krupp von Bohlen und Halbach, que tomó las riendas del imperio en 1943, se alistó en las SS como «mecenas» en 1931. Además de la entrega del material militar indispensable para la guerra de Hitler, la empresa Krupp explotó a más de cien mil

trabajadores forzados. Una vez amnistiados, Flick y Krupp recuperaron el conjunto de su fortuna y de su imperio.

En este contexto de impunidad total a favor de criminales sanguinarios y de estafadores esclavistas, la suerte de mi abuelo debió de parecerle muy injusta. ¿Acaso Konrad Adenauer no lo había absuelto indirectamente al declarar que, «en su inmensa mayoría, el pueblo alemán odiaba los crímenes cometidos contra los judíos y no participó en ellos»?

Karl Schwarz no era uno de estos «grandes aprovechados» que habían caminado sobre cadáveres para hacer negocios, como Richard Greiling. Este alemán establecido en Suiza había regresado al país en 1935 con el único objetivo de aprovecharse del desamparo de los judíos. Compró cinco empresas a bajo precio, tres de ellas en Mannheim. Una era una gran fábrica de sujetadores que se encontraba muy cerca de la Chamissostrasse y ocupaba la mitad de una manzana de casas. Greiling rebautizó la empresa como Felina y continuó durante un tiempo fabricando una parte de sus corsés en el gueto de Lódz, en Polonia. Después de la guerra, prolongó tanto el procedimiento de restitución que la familia judía expoliada, exiliada a Canadá, acabó por contentarse con indemnizaciones relativamente bajas. La empresa Felina, cuyo logotipo era visible desde el balcón del salón de la Oma en mi infancia, sigue teniendo sus oficinas al lado de la Chamissostrasse.

En el lado opuesto, estaban los «compradores benevolentes», una especie rara: los que habían comprado para prestar un servicio a amigos o patrones judíos, para que los bienes permanecieran en manos bienhechoras. También había personas simplemente más honestas que las demás que, a espaldas de las autoridades nazis, se las habían arreglado para pagar «en negro» el valor inmaterial de una empresa.

Karl Schwarz no podía jactarse de serlo, aunque pensara que

había hecho lo mejor posible. «Al aceptar un precio de compra elevado, les dábamos la posibilidad de emigrar a tiempo», le dijo al abogado. «De ser evacuados», lo corrigió este último.

Más tarde, mi abuelo escribió a Julius Löbmann: «Hoy tengo que pagar por el hecho de que a usted le pasaran cosas horribles. Es una gran injusticia, en la medida en que no se me puede hacer responsable de estos actos inmundos». ¿El Opa fingía o realmente le costaba comprender la relación entre los crímenes del Tercer Reich y su participación en la arianización de los bienes judíos? Pienso que se encontraba en una especie de niebla a medio camino entre las dos cosas.

El hecho es que, como muchos de sus compatriotas, se había aprovechado de los bienes judíos, sin estar obligado a ello. La expoliación no era una medida impuesta desde arriba, señala Christiane Fritsch, sino «un proceso político-social, en el que estuvieron implicados numerosos actores y aprovechados»: el Estado y los compradores, pero también los intermediarios, agentes inmobiliarios, corredores, bancos, prestamistas de casas de empeños, notarios, juristas y casas de subastas. Probablemente, es el crimen nazi que implicó a círculos más amplios de la sociedad alemana. Frente a la deportación de los judíos, la población había sido sobre todo culpable de apatía; frente a la expoliación de los judíos, había brillado por su sentido de la iniciativa y su falta de escrúpulos. Al demostrar su capacidad para el crimen, había apoyado a los dirigentes del Tercer Reich en su empresa inhumana y había preparado el camino del asesinato.

Al ver que su adversario se mantenía firme en su posición, mi abuelo elevó todavía más su oferta, a ocho mil marcos, lo cual representaba una buena suma de dinero. Le mandó una última carta: «Se hace usted una imagen falsa de nuestra situación. Si no hubiera trabajado casi noche y día e incluso los domingos para

buscar la clientela a fin de poder vender, a menudo a precios apenas rentables, ya habríamos tenido que cerrar. Está claro que quiere vengarse. A título personal, yo no he hecho nada que justifique moralmente su actitud. Me faltan las palabras para calificar su manera de actuar. Lo cierto es que esto no le aportará ninguna bendición. [...] Maldigo el día en que me independicé y abandoné mi puesto de dirección de ventas. Invertí toda mi fortuna en la empresa y usted quiere obtener el usufructo. He oído hablar de muchos casos de restituciones, pero nunca de una demanda tan radical como la suya». Terminaba su carta con una petición: «Si todavía le queda un poco de sentido de la justicia, revise su demanda una vez más y preséntela de manera que yo pueda continuar existiendo». Estas emociones contradictorias, que Karl Schwarz parecía incapaz de controlar, quizá conmovieron a Julius Löbmann, que aceptó la oferta y puso fin a las diligencias.

Este penoso pulso causó un gran impacto en mi tía Ingrid. Tenía entre doce y diecisiete años: «Era terrible, mi padre estaba muy ansioso. Además de Julius Löbmann, también estaba el antiguo socio de mi padre, que quería retirarse. Mi padre tuvo que pagarle su parte. Además, todavía había que pagar muchas reparaciones en el inmueble. Mi padre estaba abrumado por las deudas». Mi abuela también estaba muy afectada, recuerda mi padre. «Fue a ver a los jueces y les dijo: “No tenemos este dinero. ¿Quiere la ruina de una familia con hijos?”».

Mi abuelo tuvo que pedir una hipoteca sobre el inmueble y, durante años, se lamentó de lo que consideraba una injusticia, como si hubieran sido los judíos, y no la política desastrosa de Hitler, los responsables de sus problemas.

La Oma o el encanto discreto del nazismo

Mi abuela Lydia, que no era una experta en política, veía regularmente las noticias en el televisor que Karl exhibía como un trofeo sobre el aparador del salón de su apartamento. En la década de 1950, eran los únicos del inmueble que disfrutaban de este lujo y los vecinos a menudo llamaban a su puerta para preguntar si podían ver la tele. «No podíamos decirles que no, los vecinos eran un poco como la familia, sobre todo desde que habían pasado una parte de la guerra juntos en el búnker del sótano, ¡esto acerca!», ironiza mi padre. «Empujábamos los muebles a los rincones y traíamos sillas de todas partes, que después colocábamos en filas estrechas delante de la pantalla, como en el cine.» A veces, venía una amiga a ver a Lydia y juntas comentaban una noticia que, según ellas, anunciaba el declive inevitable de la sociedad alemana. En aquellos momentos, mi padre recuerda que a veces su madre dejaba escapar un ligero lamento —«¡Con el Führer, esto nunca habría ocurrido!»— que a él le costaba cada vez más soportar, a medida que crecía su conciencia de las responsabilidades del susodicho Führer en las peores masacres que había conocido la humanidad.

Sobre todo porque ya había heredado una cicatriz causada por esta enfermedad nacionalista al imponerle un nombre que no admitía ninguna duda en cuanto al espíritu con el que su nacimiento se había celebrado, en 1943, Volker, compuesto por dos palabras del alto alemán antiguo, *folk* y *heri*, que significa guerrero del pueblo. Mi padre había escapado a lo peor, porque el ardor guerrero de la época había inspirado el renacimiento de nombres antiguos todavía más explícitos que el suyo. La madre de una amiga se vio duramente afectada por esta oleada, que la gratificó con un nombre de una feminidad a toda prueba, Helmtraud, procedente de *Helm* y *Trud* («casco» y «fuerza»). Había nacido un año antes que mi padre, en 1942, un año de euforia general: el Reich, pletórico por sus fulgurantes victorias en Europa, había lanzado una ofensiva en el norte de África y después contra la gigantesca Unión Soviética. Volaba de éxito en éxito con una facilidad desconcertante, reforzando el mito del guerrero alemán invencible, uno de cuyos símbolos era el casco. Al nacer mi padre en abril de 1943, la convicción de los alemanes según la cual representaban la raza elegida para dirigir el mundo ya había sufrido algunos reveses después de las derrotas brutales en el este, donde numerosos hogares alemanes perdieron a un hijo, un marido, un hermano o varios familiares a la vez. Esta evolución animó a los padres a cierta moderación en la elección de los nombres hitlerianos, que terminaron por desaparecer tan deprisa como habían aparecido por las razones que conocemos.

Más que el Opa, la Oma había desarrollado cierto apego emocional por el Tercer Reich. No de naturaleza verdaderamente ideológica, pero, como a muchos alemanes, Adolf Hitler la había hecho soñar.

Lydia, nacida en 1901, había perdido a su madre a los doce años, fallecida después de haber dado a luz a su noveno hijo. Ya había visto morir a seis hermanos y hermanas, uno después del

otro, algo corriente en una época en que una infección leve o un simple catarro podía resultar fatal. El benjamín pronto moriría también y la Oma se encontró sola con un hermano mayor al que amaba profundamente, un dulce soñador de salud frágil. Poco tiempo después del fallecimiento de su madre, su padre se fue a vivir con una mujer que no tenía con ella las mismas atenciones que con sus propios hijos y que la obligó a ocuparse del hogar.

El día de su decimotercer cumpleaños, el 1 de agosto de 1914, Lydia recibió como regalo la declaración de guerra de Alemania a Rusia. El engranaje se había puesto en marcha: iba a arrastrar a Europa a una guerra mundial que nadie quería y que superaría todo lo que la humanidad había conocido. Lejos de estropear el cumpleaños de la Oma, este acontecimiento debió de alegrarla, porque, en Alemania —y en muchos otros países—, al menos una parte de la población lo celebró en un ambiente eufórico. Las fotos de aquella época muestran a hombres lanzando sus sombreros al aire en plena calle, con la cara radiante de alegría, o soldados cogidos del brazo en un andén de estación, con la mirada traviesa y una flor en el fusil, como si se marcharan a hacer locuras entre camaradas.

Sin embargo, aquella alegría no duró mucho y el peso de los sacrificios de la guerra puso bruscamente fin a la inocencia de Lydia, para propulsarla a las pesadas responsabilidades de la edad adulta. Con 13 millones de hombres en el frente, las mujeres y los adolescentes de Alemania no tenían otra opción que trabajar muy duramente en las fábricas y en los campos para compensar la falta de mano de obra. Durante aquel tiempo, la mayor de los hermanos tenía la responsabilidad de los pequeños de todo un hogar, a veces de todo un inmueble, de los que había que ocuparse, a los que había que vigilar, lavar, cuidar y alimentar.

En total, durante la guerra, entre 400.000 y 700.000 civiles, entre ellos muchos niños, murieron de frío, de enfermedades y, sobre todo, de hambre. En esta atmósfera miserable, llegaba regularmente

una carta del frente que sobresaltaba a la calle. A menudo, la noticia era mala. Las familias perdían no solamente al marido, el hijo o el padre tan querido, sino también la perspectiva de que las cosas volverían de nuevo a su cauce cuando el hombre a su regreso empezara a trabajar para alimentar a los suyos.

Lydia tuvo la suerte de no tener que pasar por esto. Su padre era demasiado mayor para ir a la guerra, pero tuvo el profundo dolor de perder a su muy querido hermano mayor, fallecido de tuberculosis durante la guerra, al que lloraría toda su vida. Ahora estaba sola con su padre, un trabajador asiduo que raramente se tomaba un día de descanso, para mantener la excelente reputación de su carpintería, cuyas obras —escaleras, zócalos, puertas de madera esculpida— adornaban los bonitos chalés de Mannheim.

Le habría gustado mucho ser enfermera, un oficio que le iba como un guante, dado su gran sentido del sacrificio. Pero su padre se negó en redondo, con la idea muy extendida en la época de que, en una familia honorable, las mujeres no trabajan. En lugar de esto, la mandó a pasar un año con las religiosas de la Selva Negra, para que se formara en las tareas domésticas, virtud necesaria para una joven de quince años que pronto estaría en edad de casarse. En medio de la guerra, en esta vida cotidiana marcada por la muerte y la desesperación, Lydia acabó por recibir como una bendición aquella estancia, de la que más tarde hablaría a su hija Ingrid con emoción. El hecho de que aquel año pasado entre las monjas cosiendo, lavando, planchando y cocinando fuera uno de los más hermosos que había vivido en la adolescencia da una idea del grado de placeres y diversiones que predominaban en la existencia de las chicas de la clase media en aquella época.

Mi tía recuerda que su madre conservaba celosamente un cuaderno de poesía en el que sus compañeras de la Selva Negra habían escrito palabras de amistad. Quizá lo hojeaba de vez en cuando para hacer surgir, en los momentos en que tocaba fondo, el recuerdo de la felicidad de las charlas nocturnas a media voz en los

dormitorios comunes, las carcajadas de las chicas y las confidencias de sueños sencillos, la única juventud a la que tuvo derecho.

Lydia tenía diecisiete años cuando se firmó el armisticio, el 11 de noviembre de 1918. Pero, en realidad, la guerra estaba lejos de haber terminado, su rostro se veía por todas partes en aquella Alemania al borde de la implosión social, económica y política. En las ciudades, nadie escapaba al espectáculo monstruoso de cientos de miles de inválidos con las caras deformadas, los cuerpos destrozados, perforados, mutilados por las nuevas armas de destrucción masiva, cuya inmundicia aquella guerra mundial había tenido el honor de demostrar. Aquellos hombres incapaces de trabajar, a veces abandonados por un sistema social deficiente o arruinado, se veían obligados a mendigar por la calle y no era raro que al alba los faroleros encontraran sobre la acera su cuerpo paralizado por el frío, el hambre y el hastío de vivir. Dos millones de soldados habían muerto en el frente y cuatro millones habían resultado heridos.





Para las viudas y los supervivientes, el combate del tiempo de guerra continuaba, agravado por la decepción de una paz hecha de vergüenza, derrota y humillación, que había echado bajo el yugo de los Aliados a un país ya al borde del abismo financiero, abrumado por las deudas. Para enfrentarse a las exigencias de unas reparaciones desmesuradas, fijadas en el Tratado de Versalles — entrega de una suma astronómica, de material militar y otros, pérdida de las patentes de inventos, sanciones comerciales, desmantelamiento de algunas fábricas—, la banca alemana imprimió billetes de manera ilimitada. Alemania se precipitó en un torbellino fatal de inflación y después hiperinflación, que echaba cada día a la calle a miles de personas que habían perdido sus ahorros de un día para otro. El desempleo, el hambre y las enfermedades causaban estragos y muchos bebés murieron.

Un ambiente de guerra civil flotaba en el aire. En 1918, los alzamientos populares contra el régimen monárquico se multiplicaron, atizados por los marxistas de la Liga Espartaquista e inspirados por la revolución bolchevique de Rusia. El emperador Guillermo II primero lanzó al ejército contra los insurgentes y después terminó por abdicar. El 9 de noviembre de 1918, se proclamó la República de Weimar.

Unos meses más tarde, los espartaquistas llamaron a los berlineses a la huelga general y al derrocamiento del gobierno. La insurrección fue reprimida de forma sangrienta por el ejército, con la ayuda de cuerpos francos formados por veteranos. Los máximos representantes del movimiento, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, fueron salvajemente asesinados, lo cual desencadenó sangrientos combates en las calles entre la izquierda radical y los cuerpos francos. Estos últimos pronto apoyarían a una nueva formación, jóvenes de uniforme pardo que invocaban el nacionalsocialismo detrás de un líder llamado Adolf Hitler. En 1923, llevaron a cabo un intento de golpe de Estado que fracasó. Después, el ambiente se calmó, la inflación se encauzó y la economía se recuperó lentamente.

Durante este respiro, los *Goldene Zwanziger* («felices años veinte»), Lydia conoció a Karl. El país vibraba con una efervescencia artística e intelectual nueva. La Bauhaus revolucionaba la arquitectura y la reflexión artística en un sentido decididamente moderno, marcado por la idea del progreso industrial y la emergencia de la sociedad de masas. El cine alemán triunfaba con obras maestras del expresionismo firmadas por Fritz Lang y Friedrich Wilhelm Murnau. Un ardiente deseo de ligereza se había apoderado de los alemanes, que tenían prisa por olvidar el pasado en la opulencia de las lentejuelas y las plumas de las revistas picantes, el humor mordaz de los cabarés políticos y el ambiente desbocado de los *Tanzcafés*, en los que la orquesta tocaba jazz y donde se servía alcohol procedente de América. El pintor Otto Dix

inmortalizó en sus obras ambivalentes esta euforia hedonista.

La Oma se aventuró un día en uno de estos templos de la danza para esbozar unos pasos de charlestón, y la mirada de Karl se sintió atraída por aquella joven sin maquillaje, cuya simplicidad y franqueza contrastaban con las maneras de las otras jóvenes que la guerra había emancipado al abrirles el mercado de trabajo. Debió de gustarle que fuera diferente de él, un hombre que disfrutaba con la fiesta y el placer de los sentidos. Lydia era una mujer de carácter, consciente de su independencia financiera gracias al éxito profesional de su padre y con ninguna prisa por casarse.

La muerte súbita del padre de Karl, que dejaba a este con tres jóvenes hermanos y hermanas de los que ocuparse, aceleró la unión. En 1926, Lydia y Karl se casaron y conservaron como único recuerdo de este día una foto en blanco y negro descolorida por el tiempo: Lydia, con el rostro disimulado bajo un velo blanco y con un vestido que le envuelve el cuello, tiene una mirada tierna y vaporosa. Karl muestra un aspecto serio, con la mirada franca detrás de las finas gafas de intelectual. ¡Qué jóvenes son!

Por amor, Lydia se ocupó con afecto maternal del hermano y las dos hermanas de su esposo, la más joven de las cuales tenía ocho años, y aceptó que vivieran todos juntos en un apartamento de tres habitaciones. En contrapartida, Karl tenía cierto talento para distraer a su esposa, sin tener que calcular demasiado, gracias a un salario más bien respetable. He encontrado varias fotos donde se leen la felicidad y la despreocupación de sus primeros años, alrededor de una mesa bien surtida, con amigos y un acordeonista, en una excursión al campo con el gran automóvil de Karl o en un paseo en barca. La mundología de su marido beneficiaba a Lydia, la chica seria, que sonreía mucho en aquellos tiempos. En unas fotos de carnaval, incluso posa con un traje de marino y un cigarrillo en la boca, o con un vestido andaluz y un accesorio excéntrico en el pelo.

Poco tiempo después, cuando Alemania apenas empezaba a recuperar el gusto por la vida, la pesadilla reapareció, esta vez en

forma de una crisis económica mundial devastadora desencadenada por un crac en Estados Unidos. Los inversores estadounidenses necesitaban urgentemente capital, por lo que retiraron de golpe sus inversiones en Alemania, cuya economía se hundió a su vez, arrastrando en la caída a los bancos alemanes, con oleadas masivas de despidos y disminuciones drásticas de salarios. Entre 1929 y 1932, el número de desempleados pasó de 1,4 millones a más de 5,5 millones.

Cuando Adolf Hitler fue nombrado canciller en enero de 1933, no creo que la Oma fuera especialmente entusiasta. Ni ella ni su esposo habían votado por él en las elecciones presidenciales de abril de 1932, sino por Paul von Hindenburg. Este último había ganado ampliamente. En cambio, en las legislativas de julio y noviembre siguientes, el NSDAP salió claramente en cabeza, abriendo la vía al nombramiento de su líder a la cancillería. Gracias a la posición estable de Karl como apoderado en la empresa de productos petrolíferos Nitag, mis abuelos, al contrario que otros, no experimentaban la necesidad de creer en el milagro de un hombre providencial que los salvaría de su miseria económica. No obstante, la Oma tenía un alma caritativa y solo podía esperar que cesara aquel desastre que echaba a los niños a la calle y empujaba a los hombres al suicidio porque no podían cubrir las necesidades de su familia.





Ahora bien, gracias al fuerte intervencionismo del Estado nacionalsocialista, que impulsó grandes obras, como la construcción de autopistas, desarrolló considerablemente la industria militar e introdujo bonos del Tesoro en masa, la economía alemana se levantó en unos años. El precio de esta recuperación milagrosa eran unas deudas de Estado récord. Pero la mayoría de la gente prefería no analizarlo de muy cerca, pues era un alivio tener trabajo de

nuevo.

El número de desempleados pasó de 5,6 millones en 1932 a 2,7 millones en 1934, para caer a un porcentaje cercano a cero en 1939. Las filas interminables delante de los comercios, donde los alemanes esperaban, provistos de cupones de racionamiento, para conseguir un pedazo de pan, col y patatas, desaparecieron. Los estantes se llenaron de nuevo. El nivel de vida todavía estaba muy alejado del de los franceses o los estadounidenses y era necesario continuar apretándose el cinturón, sobre todo privándose de un consumo regular de grasas. Pero el Reich había estado precedido por un marasmo tan grande que las condiciones de vida que ofrecía parecían corresponder a un milagro. Sobre todo a partir del verano de 1935, cuando el Reich pudo anunciar con orgullo que el número de desempleados había caído a un millón. Hitler se elevó al rango de «salvador» de todos los alemanes, sin distinción de clase ni de fortuna.

En realidad, a pesar de sus promesas y su referencia al socialismo, el Reich no trataba a todas las personas de la misma manera, ni siquiera entre los presuntos «arios». Cuando la clase burguesa comprendió que Hitler no era un enemigo de la sociedad de clases y no iba a revolucionar el orden social establecido, ya no vaciló en apoyarlo. En materia de educación y de acceso a las universidades, el régimen no puso nada en marcha para romper la confirmar y, en las empresas, favoreció a los empleadores con respecto a los empleados: se suprimieron el sistema tarifario, la libertad contractual y el derecho de huelga, y se aniquilaron las fuerzas sindicales, se confiscaron sus bienes y se encarceló a sus líderes, con el pretexto de apoyar uno de los objetivos clave de Hitler: la «destrucción del marxismo» en Alemania. Por otra parte, apareció una nueva élite, los jefes del partido y los funcionarios del Reich, que abusaban de su poder y se otorgaban privilegios.

La clase obrera no se rebeló. Después de la pesadilla de la crisis económica, sin duda aspiraba a la comodidad material y la armonía

social. Era tanto más fácil renunciar a la lucha contra la burguesía cuanto que Hitler designaba a otros como responsables de sus males: la democracia y los judíos. Los socialdemócratas y los comunistas en el exilio constataron con estupor la adhesión creciente de los obreros al nuevo régimen. Además del empleo y el final de la precariedad, el Reich ofrecía la perspectiva de una movilidad social inédita gracias al trabajo, que respondía a una visión darwinista del mundo y a su adagio «que gane el mejor» (siempre que sea nazi y ario). Esta meritocracia, que valorizaba la productividad y el rendimiento en lugar del origen social, tenía la ventaja de dar unas oportunidades de carrera sin igual a un montón de jóvenes, en especial en la función pública, en las múltiples organizaciones nazis y, sobre todo, en el ejército, donde la necesidad de personal era demasiado importante para reservar los puestos de responsabilidad a las familias tradicionalmente procedentes de la casta militar.

Fue sobre todo generando un sentimiento de pertenencia a una misma *Volksgemeinschaft* (comunidad del pueblo) como el Reich consiguió suscitar una sensación de igualdad: la utopía de un cuerpo social unido, en comunión con el Führer, reducía las divisiones sociales. «Uno de los éxitos más destacables del nacionalsocialismo en materia de política social y comunitaria es haber conseguido producir la *sensación* de una igualdad social», estima el historiador Norbert Frei.

La *Volksgemeinschaft* era la base de la ideología nazi que se infiltraba por todas partes, gracias a la nebulosa de organizaciones que actuaban a todos los niveles, profesional, social, educativo, festivo, deportivo y turístico, y sustituía a las antiguas estructuras. Los alemanes se adaptaron muy rápidamente a este cambio, tanto más cuanto que aportaba un ambiente de alegría y buen humor a su calendario, porque las fiestas, los desfiles y las celebraciones se

multiplicaban. Era el final de la monotonía y la desolación. La gente comía, trabajaba y se divertía. Aquello se sentía en la calle, en el trabajo y en los cafés, donde flotaba un ambiente de optimismo jovial. Incluso la cara de los ciudadanos ordinarios estaba bañada por una confianza recuperada. Mujeres bien vestidas deambulaban por los grandes almacenes, que de repente habían resucitado, se compraban telas para un nuevo vestido o se permitían un pequeño capricho: un sombrero, un bolso bonito, para una salida al teatro o a un concierto.

La calidad de los programas culturales había disminuido mucho a causa de la censura, pero el Estado ofrecía una gran variedad de diversiones a precios accesibles, lo cual contribuía a alimentar una sensación de justicia social. A partir del modelo de la Opera Nazionale del Dopolavoro («Obra Nacional del Tiempo Libre») de la Italia fascista, de la que Hitler era un gran admirador, los nazis crearon el Kraft durch Freude (KdF), que ofrecía clases de gimnasia, danza, deporte, excursiones, caminatas por la naturaleza, veladas teatrales y musicales, torneos de ajedrez y concursos del pueblo más bonito.

El objetivo no era en absoluto social, sino ideológico, y pretendía reforzar la sumisión a la *Volksgemeinschaft* y, a través de ella, al Führer y al Estado, todopoderosos, unificadores y protectores, garantes de la salud física y psicológica de los ciudadanos de sangre aria. A cambio, estos últimos debían aceptar dejarse guiar plenamente hasta en la vida privada y en los pensamientos, mostrar una lealtad incondicional hacia Adolf Hitler y servir al nacionalsocialismo con el trabajo y, si era necesario, con la guerra.

El Reich también lo había previsto todo para las vacaciones, que los trabajadores alemanes debían disfrutar gracias a una organización centralizada del turismo y una prolongación de la duración de las vacaciones pagadas. He visitado un símbolo de esta pasión por el turismo de masas que subsiste en la isla de Rügen, en el mar Báltico, un lugar de vacaciones de lujo donde la burguesía

del siglo XIX hizo construir bonitos chalés blancos de madera, decorados con voladizos y balcones esculpidos.

No muy lejos, en la zona de Prora, un pinar a orillas de una playa luminosa, caminé una hora a lo largo de un edificio desierto de seis plantas con amplios espacios que se extiende a lo largo de cinco kilómetros, rodeado de alambres de púas que impiden la entrada. Al parecer, fue Hitler en persona quien tuvo la idea de este proyecto titánico, un centro de ocio dotado de una multitud de habitaciones de comodidad moderna con una capacidad para 20.000 personas, dos piscinas con olas y una gigantesca sala de espectáculos. Este sueño no se terminó, porque la construcción quedó interrumpida por la guerra.

Tanto para las vacaciones como para las actividades de ocio, el *Kraft durch Freude* hacía hincapié en la salud y el deporte. Adolf Hitler era un maniático de la higiene corporal. Era vegetariano, no soportaba que se fumara en su presencia y no bebía alcohol. Su compañera, Eva Braun, era una entusiasta de la gimnasia. Esta obsesión correspondía al carácter eugenista y racista de la ideología nazi, que aspiraba a crear un «hombre nuevo», de sangre puramente «aria», bello y sano de cuerpo. Un nazi tenía el deber de cuidar su cuerpo y una madre el de alimentar a sus hijos arios adecuadamente.

Purgar a la *Volksgemeinschaft* de la sangre supuestamente «impura» de los judíos no era suficiente. Había que favorecer a los seres fuertes y con buena salud con respecto a los ancianos, los enfermos y los débiles, teniendo en cuenta que los primeros serían más útiles en caso de guerra. En 1937, Hitler se felicitó por su «política racial alemana» en un discurso en Núremberg: «Qué guapos son nuestros hijos e hijas, su mirada es muy luminosa, su aspecto es sano y fresco. Qué bellos son los cuerpos de los cientos de miles y de millones de personas que nuestras organizaciones entrenan y cuidan [...]. Es el renacimiento de una nación que ha podido ver la luz gracias al cultivo consciente de un hombre nuevo».

La Oma no era una gran deportista. Cuando era más joven, había acompañado a su esposo a esquiar a la Selva Negra; he encontrado fotos de los dos, ella sorprendentemente cómoda con sus esquís de madera, solos en medio de una amplia extensión inmaculada. El amor le había dado alas. Después, aumentó de peso y Karl le pidió cada vez menos que lo acompañara en sus escapadas a la montaña o cerca de un lago, donde acampaba desnudo. Quizá ella se había cansado de aquellas extravagancias y aspiraba a otras distracciones. Para los menos deportistas, el Kraft durch Freude ofrecía también lo inverso a las vacaciones espartanas: la voluptuosidad de un crucero.

Así fue como Lydia, que nunca había viajado en su vida, embarcó con otros mil quinientos pasajeros para pasar cinco días en un gran navío blanco completamente nuevo, dotado de bonitos camarotes modernos que disponían de agua corriente, con destino a los maravillosos fiordos de Noruega, aquellas tierras nórdicas de las que Hitler admiraba la pureza de la raza. Este barco, inaugurado en 1937, había recibido el nombre del antiguo jefe del NSDAP en Suiza, un antisemita fanático asesinado en Davos por un estudiante judío: Wilhelm Gustloff. A bordo, había varios restaurantes, un peluquero, tiendas, una piscina cubierta, un gimnasio, un teatro... «Mi madre me hablaba a menudo de aquel crucero. Se había divertido como pocas veces, bailaba, bebía, decía que había un ambiente fantástico a bordo», dice Ingrid. El Reich disponía de seis barcos de crucero y ofrecía destinos de ensueño, como Madeira, un archipiélago de Portugal donde la alta sociedad británica, que tenía la costumbre de pasar allí los inviernos, no debió de mirarlos muy bien cuando vio desembarcar a una horda de alemanes de un medio social muy inferior. Más de 700.000 alemanes disfrutaron de este lujo inaudito para la clase media europea. Sin embargo, para el 99 por ciento de los obreros, aunque estaba subvencionado, el precio de los cruceros seguía siendo prohibitivo.

Esta mezcla audaz de glamour y socialismo tuvo repercusiones

muy positivas sobre la popularidad del régimen, sobre todo entre las mujeres, que contaban aquellas maravillas a su entorno todavía mucho tiempo después del viaje, como señaló con satisfacción un observador del partido nazi.

El Führer ya gozaba de un afecto especial por parte de numerosas ciudadanas alemanas, impulsadas a la vez por un instinto protector por este niño grande sin apegos y una satisfacción por este hombre con carisma y con una voz que se consideraba magnética. Hitler había tenido la precaución de ser discreto en su relación con Eva Braun, con la que se negó a casarse para preservar el aura de un Führer casado con Alemania y, por lo tanto, con todas las alemanas. También sabía dar las gracias a sus adoradoras, a las que alimentaba con delicadas atenciones, por ejemplo, elevando la Fiesta de las Madres al estatuto de fiesta nacional, una manera de señalar la importancia de la madre y de la mujer en el hogar en el proyecto nacionalsocialista, como educadora de buenos pequeños arios y apoyo esencial del hombre en su misión. Doce millones de mujeres eran miembros de organizaciones nazis y, al final de la guerra, muchas proclamaron su infortunio después de la caída del Führer; algunas no dudaron en suicidarse.

La Oma también lo había admirado. Si no se adhirió a las organizaciones, quizá fue por respeto a su padre, Heinrich Koch, un socialdemócrata de corazón que se había emocionado mucho el día que se encontró en persona a Friedrich Ebert, el legendario presidente del SPD. Como estaba comprometida en asociaciones caritativas, es probable que participara en iniciativas nazis de ayuda a los más necesitados. En cualquier caso, no era en absoluto necesario tener una vida social para estar en contacto con la ideología nazi, porque esta penetraba hasta en los rincones más íntimos de la vida privada. Prohibía las relaciones sexuales con los judíos y animaba a las mujeres y los hombres a procrear, si era necesario fuera del matrimonio. «Me pregunto si mi madre se vio influenciada por el espíritu de esta época cuando me concibió»,

confía mi padre. «Tenía cuarenta y dos años, era muy tarde para decidir tener un hijo, además en plena guerra.»

La ideología se imponía también en la educación de los niños. El libro de la doctora austroalemana Johanna Haarer *La madre y su primer hijo*, cuyas palabras clave eran «crianza», «sumisión» e «higiene», tuvo un gran éxito y vendió 160.000 ejemplares entre 1934 y 1938. «Mi madre no seguía este ideal, al contrario, me mimaba demasiado», explica Volker. «Mi padre tampoco, él se inspiraba más bien en el modelo de educación a la antigua, patriarcal y duro.» Para corregir estos casos de incompetencia de los padres en la educación de los pequeños nazis, el régimen inscribió a los jóvenes de diez a dieciocho años en organizaciones hitlerianas. En la *Bund Deutscher Mädel* (BDM), la Liga de Muchachas Alemanas, que fue obligatoria a partir de 1936, las niñas «arias» aprendían a ocuparse «del calor de un hornillo en el hogar», a ser «las guardianas de la pureza de la sangre y del pueblo, y a educar a los hijos del pueblo como a héroes». El equivalente masculino, las *Hitlerjugend*, ejerció su lavado de cerebro sobre el 98 por ciento de los niños de esta franja de edad. Les inculcaba una ideología racial inspirada en el darwinismo social y les imponía un entrenamiento físico y moral destinado a prepararlos para el combate. Las *Hitlerjugend* participaron en acciones violentas, como el boicot contra las tiendas judías y la Noche de los Cristales Rotos. Algunos niños llegaban hasta el punto de espiar a sus profesores, a sus padres y a sus vecinos. A pesar del carácter obligatorio y radical, estas instituciones eran populares, quizá también porque trataban a los niños de igual a igual, fuera cual fuera su fortuna o su origen social.

No todas las mujeres veneraban a Hitler. Para las que, contrariamente a la Oma, habían entrado en la vida activa y habían saboreado las primicias de la emancipación durante la década de

1920, el régimen nazi equivalía a un tremendo retroceso. El Führer había declarado la guerra a la «emancipación de las mujeres», según él, «una palabra inventada por el intelecto judío». «No es correcto que una mujer intervenga en el mundo de los hombres. Parece natural que estos dos mundos permanezcan separados», había lanzado durante el congreso de Núremberg, en septiembre de 1934. La ironía de la historia quiso que fuera una mujer la que diera una resonancia internacional a este congreso, la cineasta Leni Riefenstahl, a la que Hitler, deslumbrado por su talento, había dado carta blanca para rodar películas de propaganda, como *El triunfo de la voluntad*, impresionante.

El ritmo del montaje y las tomas de imagen, asombrosos por su novedad y fuerza, tendrían un fuerte impacto en las salas de cine, en Alemania y fuera de ella. Estas películas reflejaban a la perfección la atmósfera excitante de los actos del partido, donde la puesta en escena mística del poder subyugaba a los espectadores y los participantes, todos unidos en un halo de camaradería guerrera: descensos con antorchas, disciplina militar implacable, estética repleta de banderas y manos levantadas, arquitectura imponente y llamamientos a coro a la acción radical. El Opa, que no tenía el alma de un guerrero ni de un fanático, no pudo resistir la curiosidad de ir a Núremberg para asistir a este espectáculo pomposo del que se decía que incluso los menos favorables al nacionalsocialismo regresaban «como aturdidos».

Esta era justamente la idea, hipnotizar para desviar la atención de las persecuciones, los arrestos y la brutalidad que sufría una parte de la población alemana mientras otros bebían vino espumoso en un barco de crucero o se maravillaban de la grandeza del Reich en Núremberg. El blanco eran los judíos, los comunistas, los socialistas, los sindicatos, los periodistas, los intelectuales y los hombres poderosos que se consideraban demasiado ambiciosos. Pero también los homosexuales, los débiles, los enfermos y los marginados, a los que iba dirigida, en 1934, una campaña de

esterilización forzada, presentada como una «ley para la prevención de una progenie enferma». Esta ley causó 360.000 víctimas en el Reich. No había lugar para ellos en un Estado eugenésico.

¿Qué sabían mis abuelos de esta violencia? Vivían en la ciudad, donde la información circulaba rápidamente. Los campos de concentración y los malos tratos que sufrían los detenidos eran conocidos. Los asesinatos de competidores u opositores políticos no eran un secreto. La persecución de los judíos se desarrollaba a la luz del día. Las incursiones de las SS y las SA gritando, haciendo resonar sus botas y sembrando el terror sin duda molestaban a muchos alemanes, que habrían preferido que la represión se produjera lejos de sus casas. Pero se adaptaban a ello diciéndose que aquel al que dirigían su lealtad, Adolf Hitler, o bien no conocía estos abusos, o bien estaba legitimado para cometerlos. Lo que decía este semidiós y lo que hacía tenía valor de verdad, de ley.

El culto al Führer adquiría proporciones cada vez más demenciales, a medida que el desempleo descendía y él acumulaba victorias diplomáticas. La reintroducción del servicio militar obligatorio y la remilitarización de Renania, que violaba el Tratado de Versalles, el acuerdo de cooperación con la Italia de Benito Mussolini en 1936 y la anexión de Austria y de los Sudetes en 1938 elevaron a Hitler al rango de un profeta que devolvía su grandeza al Reich y lo vengaba de «la vergüenza» de Versalles. El 20 de abril de 1939, con motivo de su cincuenta cumpleaños, el Führer recibió una avalancha de cartas de amor y regalos por valor de 3 millones de Reichsmarks, que entregó a asociaciones caritativas.

Incluso la élite aristocrática, de entrada reservada, acabó por sucumbir en gran parte. En 2004, entrevisté al barón Philipp von Boeselager, nacido en 1917. «No podemos imaginar la excitación que reinaba entonces», me dijo. «Al principio, en mi medio, despreciábamos a Hitler a causa de sus orígenes proletarios y al partido a causa de su vulgaridad. Aquello cambió cuando devolvió a los nobles su papel en el ejército. Habíamos visto cómo se

humillaba a nuestros hijos después de 1918. Aquel hombre los salvaba de la inacción y la vergüenza.» Durante la guerra, Philipp von Boeselager se alistó en el ejército hitleriano, pero, poco a poco, tomó conciencia de la dimensión criminal del Reich y participó, en julio de 1944, con su hermano en el complot contra Hitler dirigido por oficiales. El complot fue desbaratado, pero los hombres escaparon a la oleada de ejecuciones porque sus nombres no se divulgaron.

De forma más general, la élite conservadora y educada estaba seducida por el tono antisocialista y antidemocrático del Führer y su rechazo del pensamiento racional que caracterizaba a la República de Weimar. La creencia estimulante en una fuerza irracional que forjaría una nueva Alemania, poderosa y respetada, hacía caer las defensas unas después de otras. Al principio, las SS atraían sobre todo a las clases inferiores y medias porque era una perspectiva de ascenso social, pero, a partir de mediados de la década de 1930, el nivel de educación de sus miembros se elevó. El historiador francés Christian Ingrao ha seguido los itinerarios de 80 dirigentes de los órganos de represión del Tercer Reich: alrededor del 60 por ciento había estudiado en la universidad y el 30 por ciento poseía un doctorado.

Altos grados del ejército procedentes de familias conservadoras con valores cristianos bien arraigados organizarían la masacre de prisioneros de guerra y de pueblos enteros. Brillantes juristas utilizarían informes meticulosos destinados a legitimar en un lenguaje glacial los crímenes del Reich. Expertos en civilizaciones y lenguas antiguas prestarían sus conocimientos para determinar si una tribu de lo más profundo de la campiña rusa tenía o no «sangre judía», quién tenía derecho a la vida y quién debía morir. Médicos se transformarían en verdugos sádicos. El arribismo y el conformismo no bastan para explicar estas metamorfosis, que competen al misterio del mal.

La sumisión al Führer a menudo era una excusa muy cómoda. A ojos de mi abuela, era posible adorar a Hitler sin considerarse nazi, lo cual permitía no sentirse afectado por los crímenes del Reich. ¿Acaso la Iglesia protestante, que guiaba con tanta fuerza la conciencia de la Oma, no había dado su bendición al Führer, en espera de que a la democracia deshonrada le sucediera un régimen cristiano autoritario adaptado al espíritu alemán protestante? Los días de fiesta, algunas iglesias no vacilaban en izar la bandera nazi, que abrazaba con su tela rojo sangre la cruz cristiana. La Oma no formaba parte del ala más nazi de la Iglesia protestante, la Deutsche Christen (DC), pero tampoco se había unido a la Bekennende Kirche, que, con un extraño valor, resistía al Reich.

La Iglesia católica era más circunspecta ante el nuevo régimen. Algunos sacerdotes se opusieron al régimen, pero fueron rápidamente arrestados y la resistencia al Führer se debilitó, por falta de apoyo por parte del Vaticano, que brilló por su apatía. Las Iglesias protestantes y católicas acabaron por entregar al Reich los nombres de los cristianos de origen judío y asistieron sin protestar a la exclusión de antiguos «hermanos» de la comunidad.

Criticar al nazismo era un ejercicio peligroso. Oponerse a él podía ser mortal. El partido tenía delatores por todas partes: vecinos hostiles, colegas celosos o un esposo herido por el abandono de su mujer. Por otra parte, existía una fuerte presión política y social para que los alemanes participaran en la *Volksgemeinschaft*. Cualquier reticencia podía tener como consecuencia el acoso continuo por parte de los secuaces del partido nazi, la interrupción de ayudas sociales, la expulsión de una universidad, la pérdida de un empleo e incluso la exclusión de la sociedad...

No obstante, aunque el terror desempeñó un papel, la clave del éxito del Tercer Reich se basaba menos en la represión que en la adhesión del pueblo, conquistado por su impresionante empresa de seducción, empezando por una propaganda omnipresente. «Mis padres tenían una radio. Yo era demasiado pequeña para

comprender, pero recuerdo que siempre emitía en el mismo tono, con el mismo ritmo. A la fuerza, la propaganda acababa por entrar en todas las cabezas, incluso en la de mi madre», recuerda mi tía Ingrid. El Reich había lanzado al mercado una radio a bajo precio con el objetivo de adoctrinar al mayor número de ciudadanos posible. La mayoría de los periódicos estaban prohibidos. En Mannheim, solo quedaba el panfleto antisemita *Hakenkreuzbanner*. También estaban las películas y las pancartas publicitarias del Reich, en las que solo se traslucía armonía, placer por el deber cumplido, felicidad familiar, retorno a la naturaleza y amor, como en una foto que muestra a una joven pareja abrazándose en una playa, acariciada por una gran bandera nazi. ¿Quién no tenía ganas, después de tanto sufrimiento, de dejarse mecer por la comodidad de aquella utopía totalitaria que convertía a los alemanes en una raza superior?

«Era magnífico formar parte de un pueblo elegido», escriben Alexander y Margarete Mitscherlich. Como ha ocurrido a menudo en la historia de la humanidad, en especial durante la era colonial, era muy agradable dominar sin tener que demostrar ningún otro mérito que no fuera el de los supuestos orígenes. No creo que la Oma y el Opa fueran sensibles a estos halagos del ego y a estos sueños de omnipotencia. En cambio, el novio de Hilde, la hermana pequeña de Karl, ardía de fervor por la misión dominadora del nacionalsocialismo. Existe una foto de su boda, que celebró al mismo tiempo que la de una amiga. Fue durante la guerra, sus maridos se habían puesto el uniforme de la Wehrmacht y lucían con orgullo sus insignias nazis. El esposo de Hilde le mandaría cartas desde el frente oriental, donde vertería su odio a los *Untermenschen*, los eslavos, esos subhumanos.

Cuando estalló la guerra, el 1 de septiembre de 1939, el Oma tenía treinta y ocho años e Ingrid casi tres. La inquietud de los alemanes

contrastaba fuertemente con la fogosidad guerrera que había animado a más de uno en 1914. Ahora sabían a qué carnicería se parecían las guerras modernas, tecnológicas, y temblaban ante la idea de perder una comodidad que tanto les había costado recuperar. Con las victorias relámpago del Reich, la inquietud desapareció y la popularidad del Führer llegó a su cenit. Como ocurre con frecuencia, los placeres materiales se añadían al orgullo de las armas. Los productos obtenidos de los países ocupados, la mantequilla de Dinamarca, las prendas de lana de los Países Bajos, el aceite y el vino de Francia..., constituían una alegría para la población. Hasta el día en que el Führer tuvo la desafortunada idea de lanzar el asalto a Rusia en junio de 1941. Los alemanes se quedaron consternados. Como temían, la guerra, que hasta entonces se desarrollaba lejos de sus hogares, de repente hizo irrupción en forma de raids aéreos devastadores. La población quedó atrapada en una espiral infernal de angustia, muerte y destrucción.

Los Aliados consiguieron traumatizar a los alemanes, pero fallaron en su principal objetivo: sublevarlos contra Hitler. La lealtad de la población parecía inquebrantable: «Los que son inhumanos son los métodos de lucha de los Aliados, ¡no nuestro Führer!». Incluso cuando llegó la derrota, los funcionarios, la policía, las SS, los jueces, todos continuaron aplicando el *Führerprinzip* (principio de sumisión al jefe), atacando con una obstinación insensata a todos los «elementos dañinos», los débiles, los saboteadores, los derrotistas y los desertores. En el este, la maquinaria de exterminar a los judíos continuaba girando a una velocidad enloquecida, guiada por hombres que mataban mecánicamente.

«La fascinación por Hitler y sus exigencias no era solamente sadismo, sino también masoquismo, un placer por la sumisión», estiman Margarete y Alexander Mitscherlich. La conmoción por el suicidio del Führer y la derrota del Reich estuvo a la altura de aquel hechizo y explica en parte la amnesia patológica en la que se

sumieron los alemanes después de la guerra.

Algunos nunca se recuperaron, como Emma, a la que entrevisté en 2005. Esta mujer, originaria de una modesta familia de campesinos de los Sudetes, había sido expulsada junto con los suyos de Checoslovaquia en 1945 y se había instalado en Baviera. Habían llegado a Geretsried, un antiguo centro de fábricas de explosivos que los alemanes de los Sudetes, a fuerza de trabajo encarnizado, habían transformado en una gran ciudad aérea, limpia y verde, que albergaba comercios y empresas prósperas. Tenía una cita con Emma en una residencia de ancianos. Era una mujer de setenta y ocho años confinada a una silla de ruedas que, quizá debido a los medicamentos, tenía dificultades para mantener los ojos abiertos y para articular palabras. No obstante, consiguió contarme que, una noche de julio de 1945, su familia fue expulsada de su casa por la policía checa, forzada a dejar todos sus bienes y obligada a caminar durante varios cientos de kilómetros entre un desfile de refugiados a los que los lugareños abucheaban y golpeaban. Sesenta años más tarde, nada parecía haber alterado su resentimiento, ni el tiempo ni la revelación de que el Reich había cometido crímenes mucho peores que la expulsión de los alemanes por parte de los checos. «Pero, en 1938, ¿estaba contenta de que Hitler se anexionara la zona?», le pregunté. «Sí, lo recibimos como a un salvador. Si hubiera que repetirlo, lo repetiría», me confesó sin vacilar. «¿Por qué?» Emma reflexionó y respondió: «Antes, solo comíamos patatas, después de la anexión, teníamos carne en la sopa». Me sorprendió aquella honestidad desconcertante, que mostraba hasta qué punto el motivo de una adoración puede ser simple: «Carne en la sopa».

Hijo de *Mitläufer*

Mi padre había desarrollado desde muy pronto un interés por los crímenes del Tercer Reich, junto con la frustración de no poder compartirlo con nadie. En su familia, nunca se hablaba ni de la guerra ni del nacionalsocialismo. Solo se había recordado brevemente a los judíos a principios de la década de 1950, cuando Karl tuvo que pagar reparaciones a Julius Löbmann, y el recuerdo de la tensión que este episodio había generado en la casa todavía estaba bastante vivo para que Volker prefiriera evitar hacer demasiadas preguntas sobre este espinoso tema. Karl Schwarz era un padre muy irascible, era preferible no provocarlo sin reflexionar sobre las consecuencias, que oscilaban entre las privaciones y los sopapos.

Al salir de la adolescencia, cuando temía menos a su padre, Volker se había lanzado varias veces a la piscina: de vez en cuando, soltaba el nombre de Löbmann. Aun cuando no abordara la historia familiar, sino solo la de Alemania en general, cada iniciativa se recibía con una avalancha tal de gritos que terminó por renunciar: «¡Se ponía hecho una furia! En el almacén de aceite donde lo ayudaba, era capaz de coger la manguera de riego y perseguirme con ella o lanzarme utensilios a la cabeza».

Me imagino aquellos enfrentamientos generacionales entre mi abuelo, un hombre corpulento y autoritario, con pocos argumentos ante un hijo muy despierto que, con su físico grácil, lo desafiaba con una mirada insolente: «¡Mientras te sientes a mi mesa, me obedecerás!». No obstante, lo que interesaba a Volker no era realmente señalar con un dedo acusador a su padre, porque, después de todo, este no había pertenecido ni a las SS, ni a la Wehrmacht, ni al aparato de Estado y nunca había tenido un arma o un bolígrafo en la mano que causara la muerte a alguien. Sobre todo, le habría gustado saber *cómo había ocurrido aquello*, lo que sus padres sabían o ignoraban, lo que lamentaban haber hecho o dejado de hacer.

Al no poder hablar con su padre, intentaba sensibilizar a su madre, a la que lo unía un gran afecto. Ella protestaba: «No votamos por Hitler en 1932, ¡optamos por el mariscal Hindenburg!». Sin embargo, seguía el misterio respecto al beneficiario de su voto en marzo de 1933. «Mi madre decía con su acento de Mannheim: “No habrían tenido que matar a los judíos”, pero aquello tenía una doble connotación», señala Volker. «Porque, en la época, muchos pensaban que la derrota era el resultado de la venganza de los judíos, a los que los clichés antisemitas atribuían amplias redes, sobre todo en Estados Unidos, y que, por consiguiente, habría sido mejor dejarlos tranquilos.»

La Oma añadía a menudo: «Si el Führer lo hubiera sabido, no habría permitido que ocurriera». Había oído hablar de la ignominia de los campos a una gitana, Annie, que vivía en las ruinas situadas frente al inmueble familiar. Se había hecho amiga de aquella mujer, que había estado encerrada en un campo de concentración, donde la habían violado innumerables veces. Intentaba sobrevivir con un niño nacido de una de estas agresiones. «Mi madre la invitaba a menudo a casa para darle de comer, una taza de café y dinero. A cambio, Annie le echaba las cartas.» Aquella empatía no impedía que Lydia soñara de vez en cuando en voz alta con un régimen que

le había permitido hacer un crucero inolvidable por Noruega.

A veces, cuando venían invitados a celebrar un cumpleaños a la Chamissostrasse, uno de ellos recordaba «los buenos tiempos que había pasado en Francia», cuando los soldados alemanes vivían a lo grande gracias a la Ocupación. «Contaban que bebían champán y compraban medias de seda para regalar a sus esposas», relata mi padre. También al tío Kurt le gustaba vanagloriarse de haber sido un oficial de la marina, cuando, en realidad, había pasado la guerra en un navío fondeado en Noruega donde, en lugar de combatir, había tenido un hijo con una lugareña. El único que conoció la verdadera guerra, la peor, la del frente del este, no decía nada. Era el hermano pequeño de Karl, el tío Willy, al que nadie se atrevía a preguntar nada, por miedo a tener que lamentar haber despertado unos recuerdos cuya crueldad hacía estremecer.

Aparte de las anécdotas chistosas en los cumpleaños bien surtidos de alcohol, se prefería evitar hablar de vivencias personales, sobre todo cuando eran dolorosas. «Nunca se hablaba de los bombardeos en la mesa y, sin embargo, todos habían sufrido mucho en Mannheim. Querían olvidarlo todo de la guerra.» En cuanto al pasado de Alemania, si se interesaban por él, era por razones muy diferentes a las de Volker. «El problema no era saber qué crímenes había cometido el Reich, sino por qué había perdido la guerra. Esto era lo que traumatizaba a la gente», dice. «Discutían por saber cuál de las decisiones de Hitler había sido fatal, como si pudieran cambiar el curso de la Historia.»

Uno de los grandes enigmas era la decisión del Führer, tomada el 24 de mayo de 1940 contra la opinión de su Estado Mayor, de detener el avance de los carros de combate alemanes que rodeaban a unos 370.000 soldados del ejército británico y francés alrededor de Dunkerque. Esta iniciativa había dado tiempo a los Aliados a poner en marcha un anillo defensivo alrededor de la ciudad para

organizar la evacuación de sus tropas por mar. El 26 de mayo, Hitler ordenó a los blindados que volvieran al ataque y el ministro de Aviación, Hermann Göring, envió a la Luftwaffe a bombardear a los soldados enemigos que esperaban en las playas de Dunkerque que una embarcación fuera a rescatarlos. A pesar de los ataques aéreos, 340.000 de ellos fueron evacuados. Se abandonó una gran cantidad de material militar en manos de los alemanes, pero, cuatro años más tarde, muchos de aquellos hombres salvados *in extremis* regresaron como vencedores durante el desembarco de Normandía del 6 de junio de 1944.

Después de la guerra, los alemanes se devanaban los sesos para intentar comprender aquella ocasión desperdiciada. «Se decía que Hitler habría podido aprovechar aquella catástrofe militar británica para obligar a Churchill a firmar la paz que siempre había deseado con Gran Bretaña, para que le dejara las manos libres en Europa continental», explica mi padre. Los motivos del Führer siguen sin esclarecerse en la actualidad.

Otra obsesión era la batalla de Stalingrado. La historia del aislamiento del Sexto Ejército, cercado por los soviéticos a finales de 1942 y abandonado a su suerte por Hitler, era un enigma sobre el que a la gente le gustaba maquinarse todo tipo de hipótesis. «Mi padre decía: “¡Desde Stalingrado, yo sabía que habíamos perdido la guerra y siempre lo he dicho!”», dice mi tía Ingrid. En realidad, el viento ya había girado en diciembre de 1941, con la victoria del Ejército Rojo en la batalla de Moscú. Sin embargo, Stalingrado fue lo que marcó a la gente, pues la propaganda nazi lo vendió como el sacrificio heroico de los soldados alemanes. Después de la guerra, el mito se perpetuó, alimentado por libros como la novela de Fritz Wöss *Perros, ¿queréis vivir eternamente?*, cuya versión cinematográfica, dirigida por Frank Wisbar, que se estrenó en 1959, fue un éxito clamoroso. El periodista alemán Erich Kuby escribió a este respecto: «Todos los alemanes que salen en esta película se sienten inocentes».

La he visto, y lo primero que me sorprendió fue el contraste sobrecogedor con la representación de la Wehrmacht en las películas francesas de la misma época, en las que se ven soldados nazis desprovistos de toda humanidad, ladrando órdenes en una lengua que se había vuelto repulsiva. En la película alemana, los descubría metamorfoseados, divertidos, honestos, valerosos, excepto un oficial superior cuya cobardía servía para acentuar la calidad de los demás. Hitler, por su parte, aparecía como un vulgar jefe de guerra sin corazón. La empatía así suscitada por el Sexto Ejército permitía relegar al olvido su participación en crímenes de guerra y masacres, como la de Babi Yar, en Ucrania, donde 33.000 judíos fueron asesinados en dos días. «La Wehrmacht era intocable en aquella época. Ni siquiera yo pensaba que estaba implicada», reconoce mi padre.

¿Cómo escapar al lavado de cerebro alimentado por una literatura autobiográfica destinada a justificarse y por películas que ofrecían a los alemanes los héroes que tanto necesitaban? La estrella por excelencia era Erwin Rommel, elevado al rango de leyenda a pesar de su compromiso determinante a favor del Tercer Reich.

La década de 1950 era la de la rehabilitación incondicional, una reacción a la desnazificación llevada a cabo por los Aliados, que se habían atrevido a ensuciar la reputación de tantos «honestos» nazis. Los jóvenes de la generación de mi padre no podían contar con demasiada gente para romper aquella visión edulcorada del pasado. Incluso los periodistas estaban de acuerdo, porque muchos de ellos habían sido nazis. Quedaba la escuela. Pero allí tampoco cabía esperar que se compensara la cobardía del resto de la sociedad. «En la escuela, las clases de Historia se detenían en la República de Weimar», cuenta mi padre. «La mayoría de los profesores habían enseñado bajo el Tercer Reich, algunos habían sido nazis y los antiguos métodos continuaban reinando: la vara en los dedos y la patada en el trasero. La Segunda Guerra Mundial estaba en el

programa de historia solamente en el instituto, donde una pequeña minoría de alumnos continuaba su escolarización, pero se hablaba de ella de manera muy superficial y, sobre todo, muy parcial.»

Algunos términos eran tabú, ¡hasta el punto de que incluso habían desaparecido del diccionario! Por ejemplo, en un texto publicado en 2002, el escritor serbio germanófono Ivan Ivanji cuenta que buscó en su enciclopedia *Duden*, editada en 1956, los términos «campo de concentración» y «SS». No encontró nada.

En medio de esta amnesia general, se elevaron algunas voces para denunciar el revisionismo histórico y la impunidad. Pero fue sobre todo gracias al combate obstinado de un fiscal por lo que los alemanes se vieron obligados a enfrentarse a la verdad.

Fritz Bauer había pasado la guerra en el exilio en Dinamarca y Suecia, después de haber sido perseguido por los nazis, que habían puesto fin bruscamente a su brillante carrera de juez porque era judío y socialdemócrata. Después de la guerra, decidió regresar a Alemania para participar en la construcción de la nueva democracia. Fue uno de los pocos que comprendió que, para partir de bases sanas, la RFA debía erradicar las raíces del nacionalsocialismo, que pasaba obligatoriamente por una confrontación honesta con el pasado.

Firmó su primera victoria en 1952, al establecer jurídicamente que el Tercer Reich había sido un «Estado de no derecho» y que, por consiguiente, los levantamientos y atentados contra el régimen y su Führer habían sido legítimos. Por ello, rehabilitó a los resistentes contra el sentimiento de la mayoría de la sociedad y de numerosos soldados que esgrimían su lealtad inquebrantable a Hitler como un motivo de orgullo. El fiscal se creó muchos enemigos, pero también algunos aliados de peso, que le permitieron ser nombrado fiscal del *Land* de Hesse en 1956. Un puesto en el que Bauer utilizaría todas las armas imaginables para sacar a la luz crímenes cuya magnitud

pocos sospechaban.

En 1958, en Ulm, inició un proceso contra diez miembros de un *Einsatzkommando* acusados de haber asesinado a más de cinco mil judíos en Lituania. Los acusados, que se habían integrado a la vida civil después de la guerra, fueron condenados a penas que iban de tres a quince años de prisión por «participación colectiva en asesinato colectivo». Escaparon a la cadena perpetua porque los jueces se negaron a atribuirles una voluntad individual de matar, a pesar de la existencia de pruebas abrumadoras de que habían actuado por iniciativa personal.

Este proceso, que era el primero de esta magnitud contra nazis ante un tribunal alemán, conmocionó a la opinión pública, que descubría que, en el este, no simplemente había habido una guerra tradicional, sino también masacres que algunas autoridades del oeste alemán intentaban visiblemente disimular. Ante la indignación, los ministerios de Justicia de los *Länder* crearon la *Zentrale Stelle zur Aufklärung nationalsozialistischer Verbrechen* (Servicio Central de Investigación sobre los Crímenes Nacionalsocialistas) en Luisburgo, un centro independiente que tenía la misión de investigar los crímenes cometidos fuera de Alemania, en especial en Europa del Este. Durante largo tiempo, los ministerios fiscales regionales se negaron a colaborar con la *Zentrale Stelle* y cerraron sistemáticamente los expedientes que se les transmitían. Excepto Fritz Bauer. Aislado en un aparato judicial donde dos tercios de los colaboradores eran antiguos nazis, incluso la totalidad del personal en algunos departamentos, privado de la cooperación de los políticos y de la policía criminal federal, resistió las presiones, las acciones de sabotaje y otros obstáculos puestos en su camino. Con la ayuda de unos pocos juristas dispuestos a defender su causa, se lanzó a investigaciones imposibles, a veces al margen de la legalidad.

Un día, entre las numerosas cartas anónimas de insultos y amenazas que inundaban cada día su despacho, Bauer recibió un

sobre de Argentina. Las manos del juez debieron de temblar al leer aquella carta, escrita por un tal Lothar Hermann, un judío que había huido del nazismo. Afirmaba que en Buenos Aires se ocultaba con un nombre falso Adolf Eichmann, el responsable máximo de la logística del genocidio de los judíos de Europa, buscado por la justicia internacional por crímenes contra la humanidad. Sin mencionar la carta, Bauer preguntó a las autoridades alemanas si, en caso de que Eichmann fuera encontrado, estarían dispuestas a solicitar su extradición. La respuesta fue negativa. Nadie tenía ganas de iniciar un proceso ruidoso que recordaría el pasado nazi de un país que quería mostrar un nuevo rostro al mundo, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de la figura clave del Holocausto y que debía de conocer a todos los actores, incluidos los que habían conseguido reciclarse en la nueva Alemania democrática. ¡Qué aprieto si, en pleno proceso, Eichmann de repente señalaba con el dedo a jueces o fiscales y exclamaba: «¡Por cierto, nos conocíamos de antes, recuerde...!».

Pero Bauer era un guardián de la justicia capaz de eludir la ley cuando le parecía injusta, arriesgándose a ser destituido y llevado ante los tribunales por traición. Pidió en secreto al Mossad, el servicio de información israelí, que fuera a buscar a Eichmann a Buenos Aires. En mayo de 1960, los agentes secuestraron al criminal nazi y lo metieron a la fuerza en el avión de una delegación del Estado hebreo, ante las narices de las autoridades argentinas, para juzgarlo en Jerusalén. Ante la noticia de su captura, el canciller Konrad Adenauer hizo como si nunca hubiera oído aquel nombre en su vida. En realidad, fueron muchos los que temblaron en Alemania ante la noticia del proceso de aquel hombre del que tenían fundadas razones para temer que los denunciara, en especial el brazo derecho del canciller, Hans Globke, uno de los redactores de las leyes de Núremberg.

La RFA ejerció cierta presión sobre Israel para que el proceso no afectara a este último y no salpicara a la joven República.

Curiosamente, el acusado no divulgó el nombre de ninguno de los implicados en la Shoá que todavía no hubiera sido juzgado. Aunque el perfeccionismo en su misión exterminadora había sido fatal para los judíos, rechazó cualquier responsabilidad: «El asesinato en masa es culpa de los dirigentes políticos. Mi falta es mi obediencia, mi sumisión. [...] Los subordinados también son víctimas. Yo soy una de esas víctimas». El 1 de junio de 1962, fue ahorcado, después de haber lanzado estas últimas palabras: «Señores, pronto nos volveremos a ver». Bauer consideró este proceso, que no había permitido abrir otros, un semifracaso.

En realidad, había marcado un avance importante: por primera vez, un centenar de víctimas habían acudido a prestar testimonio ante las cadenas de televisión internacionales. En Israel, estos testimonios fueron decisivos para los que no habían conocido el Holocausto y reprochaban a los supervivientes que no hubieran luchado lo suficiente y que hubieran colaborado por medio de los *Judenräte*, consejos formados por los nazis y compuestos por líderes de comunidades israelíes, obligados a proporcionar una ayuda logística y organizativa para la guetización, el trabajo forzado y la deportación de los judíos. El proceso hizo salir a la luz el infierno por el que habían pasado los judíos y su esperanza crédula de mejorar su terrible suerte colaborando.

En Alemania, a pesar de que el caso Eichmann no tuvo la repercusión esperada por Fritz Bauer, numerosos hogares siguieron su desarrollo y quedaron horrorizados. Mi tía recuerda fragmentos de aquellas audiencias, que se emitían regularmente en las noticias televisadas. «La figura de Eichmann me dejó una impresión muy fuerte. Aquel hombre me parecía repugnante, por lo que decía y por la manera en que lo decía, como un robot.» Mi padre, por su parte, apenas lo recuerda. Pero, por propia iniciativa, había empezado a buscar por sí solo respuestas a las preguntas a las que nadie quería o podía responder.

En 1958, a los quince años de edad, Volker había leído *El Estado de las SS*, del sociólogo alemán Eugen Kogon, el primer análisis histórico del sistema concentracionario nazi, publicado en 1946. La obra de este antiguo detenido del campo de Buchenwald describía las condiciones de vida, de trabajo y de muerte en los campos de concentración. Mi padre también había leído *Medizin ohne Menschlichkeit* (Medicina sin humanidad), de Alexander Mitscherlich y Fred Mielke, una crónica del proceso que tuvo lugar en Núremberg en 1946-1947 contra médicos que habían efectuado experimentos con seres vivos, detenidos judíos, prisioneros de guerra y enfermos mentales. La lista de los experimentos era larga: hipotermia, presión negativa, vacunas contra el tifus, trasplante de huesos, gases tóxicos, esterilización... Aquellos hombres también habían participado en el programa de eutanasia y habían validado cada etapa de la política eugenista y racial del Reich.

Volker incluso pidió autorización para leer *Mi lucha* a uno de sus profesores, un joven de unos treinta años que se distinguía por su discurso sobre la guerra. «Había servido en Rusia y nos decía que era posible, como soldado de la Wehrmacht, negarse a participar en las ejecuciones de prisioneros de guerra. Aquello me había impresionado.» Proporcionó a su alumno el salvoconducto necesario para sacar en préstamo la obra prohibida de la biblioteca de Mannheim.

A pesar de su curiosidad, Volker solo tenía una visión limitada del Tercer Reich. «Me revelaba contra lo que descubría y, además, no comprendía la magnitud del horror y de las responsabilidades, entonces era muy difícil darse cuenta de eso.»

De sus lecturas, mi padre extraía una mirada muy crítica sobre el pasado de su país, que le valía los reproches de sus compañeros, opuestos a su punto de vista. «A menudo, me decían: “¡Atacas a Alemania!”. Algunos mantuvieron esta actitud durante largo tiempo al acabar el bachillerato y después, lentamente, a lo largo de nuestros encuentros regulares con los antiguos alumnos

(*Klassentreffen*), vi que su opinión cambiaba.» He encontrado un informe redactado por el delegado de su clase después de una excursión escolar en 1956. Habla de «Blacky», el apodo de Volker Schwarz, que «conoce mejor la historia de la región que el profesor». Según los boletines de clase que mi padre ha conservado, siempre destacó en dos asignaturas: historia y religión.

Lydia había identificado esta curiosidad intelectual en su hijo. Ella fue la que insistió ante su esposo para que aceptara que fuera al Gymnasium (instituto), una idea que no entusiasmaba mucho a Karl, a causa del coste de la escolarización y también porque tenía previsto poner a trabajar a su hijo en su empresa. La Oma, que a menudo prefería ceder en lugar de enfrentarse a la cólera de su marido, no soltó prenda esta vez y el Opa debió de leer en su mirada determinada el signo de este amor maternal incondicional contra el que sabía que su autoridad era impotente. El recuerdo marcó a mi padre, que extrajo de él un reconocimiento infinito hacia su madre y cierta hostilidad hacia su padre, que había estado dispuesto a arriesgarse a minar el futuro de su hijo para utilizarlo en sus negocios mediocres, donde él mismo se aburría. En cambio, Ingrid, aunque Karl la quería mucho, no escapó a esto. Tuvo que trabajar por un salario bajo en la Schwarz & Co. Mineralölgesellschaft como secretaria, algo que ella siempre vivió como una injusticia.





Una vez que entró en el Gymnasium, Volker se afilió a la Unión Demócrata Cristiana (CDU) regional, de la que, con dieciséis años, fue uno de los miembros más jóvenes. Su elección estaba motivada principalmente por su admiración por el ministro de Economía, el padre de la economía social de mercado y del milagro económico alemán, Ludwig Erhard, que lo inspiraría más tarde para estudiar economía. «En otras cosas, no estaba de acuerdo con los demás

miembros del partido, que eran muy conservadores, sobre todo en su enfoque del pasado nazi.»

Mi padre era una anomalía no solo en su franja de edad, sino en el conjunto de la sociedad alemana, donde eran pocos los que querían *saber*. Le he preguntado cómo surgió aquel interés sorprendente, sobre todo en alguien cuyos padres habían tenido un comportamiento de lo más banal, ni opositores ni criminales. «No lo sé, pero quizá el joven profesor que se atrevió a afirmar en clase que a veces era posible decir no al crimen tuvo algo que ver.»

Por otra parte, tenía la suerte de vivir en una ciudad cuyo alcalde removió cielo y tierra para dar una nueva sinagoga a la comunidad judía, reducida a 120 miembros. De los 6400 judíos, más de 2200 habían muerto asesinados. Los que habían conseguido huir no tenían ningunas ganas de recordar el pasado de una vida aniquilada.

Era raro que la comunidad judía se expresara después de la guerra. Sea donde sea, en Europa o en el exilio en América, se había encerrado en un silencio que duraría decenios, paralizada por el miedo a no ser creída o a ser estigmatizada, excluida y maltratada. A ello se mezclaba la necesidad de olvidar y cierta vergüenza, la de haber sobrevivido, a diferencia de los otros.

Percib  claramente este mutismo con Ruth L bmann, la mujer de Hans, el hijo de Siegmund L bmann, hermano de Julius. Me había puesto en contacto con ella por correo electrónico gracias a la mediación de Lotte Kramer y había aceptado que la llamara a Nueva York, aunque advirti ndome en inglés: «Debe saber que no estoy segura de poder ayudarla». Del pasado de Hans, que se cambió el nombre por John al llegar a Estados Unidos, Ruth sabía simplemente que lo salv  un transporte de niños que lo condujo a Birmingham con su hermana Lore y Lotte Kramer, y que su padre murió en Auschwitz.  Qu  sabía de su infancia y de su adolescencia

en Mannheim? «Nada, él solamente mencionó la sinagoga a la que iba su familia.» Ruth conoció a la madre de su esposo, Irma, que se reunió con sus hijos en Nueva York. «Una mujer formidablemente amable e inteligente, que tuvo una vida muy difícil durante la Shoá.» ¿Sabe cómo escapó Irma de la deportación? «No tengo la menor idea.» En mi fuero interno, pensaba: ¿cómo es posible que, en sesenta años de vida en común, conozca tan poco del pasado trágico de su marido? Me dijo varias veces: «Lo siento mucho, Géraldine». Antes de precisar: «Déjeme que le explique algo. Entre la gente de mi generación, nadie hablaba de aquella época, de la Shoá. Algunos judíos alemanes, como John, renunciaron a su nombre y a su lengua, por desprecio hacia Alemania».

«Y de su infancia en Alemania, ¿qué le ha quedado?», le pregunté. Ruth nació en Berlín en 1929 y solo conserva recuerdos bonitos de su infancia. Las banderas nazis, la propaganda, la inquietud de los suyos y la discriminación de los judíos se han borrado de su memoria. Su familia vivía en Ritterstrasse, en el barrio de Kreuzberg, una calle situada a unos cientos de metros de la mía. En 1938, sus padres la enviaron con su hermano a Palestina. Ellos consiguieron exiliarse a tiempo a Estados Unidos, donde la familia se reunió «con mucha emoción» después de la guerra.

A principios de la década de 1950, por propia iniciativa, Ruth hizo un viaje a Berlín. «Quería pasar de nuevo por las calles que había recorrido cuando era niña. Cuando estuve allí, me gustó. Pero siempre me pregunté cómo había podido hacer una cosa tan terrible, regresar a esa ciudad horrible y que me gustara. Cometí un error y no puedo rectificarlo.» «¿Por qué?», le pregunto. «Odio Alemania», me dice, después de una pausa.

Por un instante, estuve tentada de recordar a Ruth que yo no era totalmente alemana, sino mitad francesa. La vergüenza de aquella pequeña traición me detuvo y me contenté con decir: «Alemania ha cambiado mucho, ¿sabe?...». De repente, comprendí el valor que mi padre había necesitado para recorrer Francia en autoestop a los

dieciocho años y conocer a unos franceses de los que se decía que odiaban a los alemanes.

«Unos me invitaban a dormir a su casa y otros me echaban de su coche cuando les decía que era alemán, pero los comprendía. Estaba claro para mí que el Reich había causado deliberadamente la guerra en toda Europa y no para defenderse, como muchos pretendían para librarse de la culpa.» Volker guardó algunas fotos de aquel viaje, en las que se le ve por las calles de París, en Marsella, en Arles y también en Verdún, donde posa delante de una placa conmemorativa de los muertos de la batalla más mortífera de la Primera Guerra Mundial. En la carretera, conoció a otros alemanes que deseaban tender la mano a los franceses. Era el principio de la reconciliación francoalemana y, de manera general, de un tímido cambio de la mentalidad en Alemania.

Un acontecimiento aceleró esta evolución. La noche de Navidad de 1959, en Colonia, dos jóvenes mancharon con cruces gamadas un memorial a las víctimas de nazismo y garabatearon en una sinagoga recientemente inaugurada: «Los alemanes desafían a los judíos». En las semanas siguientes, su acto fue imitado centenares de veces a través de todo el país. Se podía leer: «¡Abajo los judíos! ¡A las cámaras de gas!». La opinión internacional se estremeció, organizó manifestaciones en Londres y en Nueva York, y lanzó llamamientos al boicot a los productos alemanes. La vergüenza del pasado alemán volvió de forma fulgurante a la primera página de la prensa internacional. Los políticos alemanes se vieron obligados a tomar medidas: el Bundestag votó una ley por la que la incitación al odio racial era punible y los gobiernos regionales trabajaban en una reforma de la enseñanza del Tercer Reich. Se crearon programas de intercambio con escuelas israelíes.

Las lagunas de memoria todavía eran muy profundas a principios de la década de 1960. Muy pocas personas sabían lo que era

Auschwitz, tanto en Alemania como fuera. De nuevo fue Fritz Bauer quien, con un equipo de juristas valerosos y del superviviente de Auschwitz Hermann Langbein, introduciría bruscamente en la conciencia colectiva esta invención *made in Germany*.

Auschwitz-Birkenau era el único campo de exterminio en el que las SS no habían tenido tiempo de hacer desaparecer las huellas. Era una gigantesca fábrica de muerte donde más de 1,1 millones de civiles fueron asesinados, sobre todo judíos, pero también sintis y romaníes, opositores políticos, homosexuales, religiosos e intelectuales, en su mayoría gaseados y transformados en cenizas. El campo de exterminio de Auschwitz II se encontraba en un amplio complejo, que también contaba con un campo de concentración (Auschwitz I, *Stammlager*) y una enorme fábrica de conglomerado IG Farben (Auschwitz III, *Arbeitslager Monowitz*), donde se obligaba a los detenidos a trabajar en condiciones atroces o a servir de cobayas para experimentos farmacológicos a menudo mortales. Por otra parte, en cien kilómetros a la redonda, se extendía una cincuentena de anexos (*KZ-Aussenlager*), donde los prisioneros trabajaban en minas y explotaciones agrícolas, por cuenta del Estado o de firmas alemanas que se aprovechaban de la mano de obra barata. Las familias de las SS y de los ejecutivos de las empresas vivían apartados del complejo concentracionario, en barrios residenciales, donde el Reich había previsto construir escuelas, un parque, un estadio y un club de equitación para dar permanencia a la presencia de los alemanes en este nuevo *Lebensraum* (espacio vital). En total, en cinco años, más de ocho mil personas vivieron al lado de los prisioneros y de las cámaras de gas. ¿Qué sabían? Nunca lo sabremos a ciencia cierta. Pero muchos se quejaban del olor desagradable que emanaba sin parar de las chimeneas.

En diciembre de 1963, se abrió en Frankfurt un proceso contra veintidós colaboradores del campo de Auschwitz. Su impulsor fue Fritz Bauer, pero éste dejó la tribuna a los jóvenes fiscales, para

evitar que sus detractores desacreditaran el proceso arguyendo que se trataba de la venganza de un judío. El trabajo de preparación había sido titánico: se habían tenido que examinar decenas de miles de documentos de archivos, interrogar a centenares de testigos y convencerlos para que hablaran, buscar pruebas contra los verdugos y localizarlos, todo esto a pesar de las reticencias de las autoridades alemanas, en especial de la policía. El proceso era un auténtico acontecimiento: se invitó a centenares de periodistas, se inauguró una exposición sobre el campo en Frankfurt y se invitó a expertos para describir el complejo funcionamiento de Auschwitz con la ayuda de planos y fotografías proyectadas en las paredes.

Entre los inculpatos figuraban Robert Mulka, el número dos del campo; Wilhelm Boger, que recurrió a las torturas más perversas para desmantelar supuestos planes de evasión, y Josef Klehr, enfermero jefe, conocido por deshacerse de los detenidos con una simple inyección. Los acusados procedían casi todos de la burguesía media y ocho de ellos tenían estudios superiores.

Más de doscientos testigos procedentes del mundo entero se sucedieron en el estrado para contar lo indecible. Uno de ellos dijo, a propósito del enfermero Josef Klehr: «No se lo podía calificar de ser humano. Pero, si lo tratara de animal, sería un insulto para los animales». Otro contó que Wilhelm Boger lo obligó a tragarse cinco platos de arenques ahumados ultrasalados y después lo privó de agua y lo colgó por los pies. También había bebés a los que se ahogaba en un barreño de agua fría o a los que se destrozaba la cabeza contra la pared antes de apilarlos en depósitos infestados de ratas.

Para Bauer, los acusados importaban poco como personas. Lo importante era lo que representaban: la magnitud de la culpabilidad alemana. «El proceso debe mostrar al mundo que una nueva Alemania, la Alemania democrática, tiene la voluntad de garantizar la dignidad humana.»

Al juzgar de manera colectiva a personas procedentes de

diferentes grados de la jerarquía, que habían desempeñado funciones diversas en el campo, el fiscal quería transmitir la idea de que solo la cooperación de todos había permitido aquella ignominia. «Cualquiera que trabajara en aquella máquina de matar», explicaba, «era culpable de asesinato, a partir del momento en que conocía el objetivo de la maquinaria. Esto no planteaba ni la sombra de una duda para los que estaban en los campos de exterminio o conocían su existencia, del simple guardián al cargo más elevado de la dirección.» Todos son «culpables de asesinato, ya se trate del jefe que da la orden de matar desde su oficina, del que distribuye los revólveres, del que denuncia, del que dispara con sus propias manos o del que ayuda o ejecuta la tarea que se le ha asignado en el marco de la división del trabajo».

Entre los testigos llamados al estrado, figuraban también cerca de un centenar de antiguos SS. El balance de su intervención era desolador: no habían visto nada, ni oído nada, ni hecho nada. Su solidaridad en la mentira era increíble, pero permitía comprender el contexto en el que se desarrollaba el proceso: una sociedad apegada a la negación de sus crímenes. Un hombre rompió el silencio, Konrad Morgen, antiguo *SS-Sturmbannführer*, encargado de investigar sobre el grado de corrupción en Auschwitz, donde el personal utilizaba con fines personales los bienes robados a los judíos, en especial sus dientes de oro. Cuando inspeccionaba las cámaras de gas y los crematorios, se cruzó con unos SS azorados que le dijeron que habían tenido una «noche difícil porque habían tenido que gestionar varios transportes seguidos». Se dio cuenta de que, mientras dormía en el tren que realizaba el trayecto de Berlín a Auschwitz, «unos miles de personas, varios cargamentos de tren, habían sido gaseados y reducidos a cenizas». «De estos miles de personas, ni siquiera había quedado un cabello en el armazón de un horno», le dijo al tribunal antes de desmoronarse.

Los acusados lo negaron todo en bloque, incluso Robert Mulka, número dos del campo, que tuvo la indecencia de decir que nunca había oído hablar de las cámaras de gas. Afortunadamente, gracias a la inclinación de los alemanes por la burocracia, muchas etapas del exterminio se habían documentado: el transporte del Zyklon B de Dessau a Auschwitz, las conversaciones por radio con Berlín, el número total de judíos a su llegada y el número de los que habían recibido un «tratamiento especial».

«Alemania, y el conjunto del mundo, así como los descendientes de los que fueron asesinados en Auschwitz, respirarán de nuevo y el aire se purificará cuando, finalmente, por una vez, se produzca una muestra de humanidad», declaró Fritz Bauer en una emisión televisada. De todos los acusados, solo el más joven, Hans Stark, mostró su remordimiento: «Lamento lo que hice en el pasado, pero no puedo deshacerlo». En el campo, el lema que reinaba sobre su escritorio era: «La empatía es una debilidad».

A pesar de las pruebas y los testimonios, el desenlace del proceso fue decepcionante: el vicecomandante del campo, Robert Mulka, escapó a la prisión a perpetuidad, tres de los acusados fueron absueltos y solo seis fueron condenados por asesinato. Los demás fueron considerados simples cómplices debido a que no habían matado a nadie con sus propias manos.

La idea de que aquellos hombres se habían limitado a cumplir órdenes continuaba siendo una circunstancia atenuante, aunque los expertos habían demostrado que las SS no se arriesgaban a morir si se negaban a doblegarse al *Vernichtungsbefehl* (orden de destrucción). La obediencia incondicional a las órdenes y las leyes todavía se consideraba una virtud en la Bundesrepublik de la década de 1960. Era una prioridad de Fritz Bauer inmunizar a las jóvenes generaciones contra este automatismo ciego. Decía: «Nadie tiene derecho a ejecutar una orden que implica una acción criminal».

«En nuestra vida, hay una frontera más allá de la cual ya no tenemos derecho a participar [...]. En esto se basa cualquier ética, en esto se basa el derecho.»

Las cartas de amenazas y de insultos, a menudo antisemitas, se multiplicaron en la oficina del fiscal. A veces, rozaba la desesperación, consternado ante la parcialidad persistente de las autoridades de la RFA a favor de los antiguos criminales nazis y ante la lentitud de las investigaciones.

En realidad, su encarnizamiento dio sus frutos: el término «Auschwitz» irrumpió en los cómodos salones del milagro económico alemán. En total, alrededor de veinte mil personas, entre ellas muchos estudiantes y centenares de periodistas, asistieron a las audiencias. Ochenta mil personas vieron la exposición sobre el campo inaugurada en Frankfurt, que dio la vuelta al país. Un retorno a la amnesia era inimaginable.

El 1 de julio de 1968, Fritz Bauer fue encontrado muerto en la bañera de su casa en Frankfurt. El corazón de este fumador empedernido, de salud frágil, había dejado de latir después de que tomara una fuerte dosis de somníferos. Todavía hoy, las circunstancias de su muerte alimentan especulaciones sobre un eventual suicidio, incluso un asesinato. Los juristas lo boicotearon, pero la joven generación amaba a Fritz Bauer. Un día, en una tertulia en la televisión alemana, les dijo a unos jóvenes: «Hemos hecho cosas, una democracia, la división de los poderes. [...] Podéis escribir párrafos, redactar artículos e imaginar las mejores leyes fundamentales. Lo que importa es que los seres humanos sean justos». Murió demasiado temprano para poder presenciar lo que él había contribuido a poner en marcha: el alzamiento de la nueva generación que, iluminada por hombres como él, exigiría una depuración radical de la sociedad alemana.

De la amnesia a la obsesión

La primera vez que mi padre observó personalmente un cambio concreto de mentalidad en su país fue durante el servicio militar, entre 1963 y 1965. La creación de la Bundeswehr, en noviembre de 1955, no había provocado grandes reacciones de alegría ni entre los alemanes, todavía muy traumatizados por la guerra, ni entre la opinión internacional, suspicaz. El nuevo ejército debía evitar cualquier paso en falso. Inevitablemente, la mayoría de sus miembros habían servido en la Wehrmacht, algunos en las Waffen SS, pero se había creado un comité de evaluación para examinar la vida de los candidatos y excluir a los que tenían un pasado demasiado borroso. Estas precauciones no impidieron que se produjera un incidente embarazoso en 1956. En un discurso, un oficial superior de la marina presentó a dos grandes almirantes del Reich, Erich Raeder y Karl Dönitz, condenados en Núremberg a largas penas de prisión por crímenes de guerra, como mártires que habían cumplido su misión «limpiamente, con decencia y honor». No solo los dos hombres habían desempeñado un papel importante en la guerra de destrucción del Reich, sino que Dönitz había sido depositario testamentario de Hitler, que había reconocido en este marino antisemita, obsesionado por la guerra contra los

bolcheviques y que exigía a sus hombres sacrificios a menudo inútiles, una especie de álgido ego. Después de este escándalo, se recomendó encarecidamente al personal del ejército que se abstuviera de cualquier manifestación de nostalgia del Tercer Reich. «Nunca he oído a un oficial hacer apología del nacionalsocialismo», señala mi padre. «No creo que les faltaran ganas, pero ahora estaba mal visto y solo esto era en sí mismo una pequeña revolución.»

Volker, poco inclinado al ejercicio físico, rápidamente fue elegido «hombre de confianza» por los soldados gracias a su talento de orador y a su nivel de educación. Se encargaba de la comunicación entre los oficiales y sus compañeros, pero también de animar a estos últimos a reflexionar sobre su misión. Tenía a su disposición una gran pizarra donde podía colgar los textos y artículos de su elección destinados a ser leídos por los jóvenes seleccionados. Disponía de una libertad sorprendente. «Elegía casi siempre textos contra la guerra. Recuerdo que colgué un artículo del *Paris Match* sobre “La carnicería de Verdún” ¡y me dejaban hacer! En aquella época, en el nuevo ejército alemán, los soldados tenían muchos más derechos que en Francia, por ejemplo.» Construir un ejército en un país sacudido por las consecuencias fatales de la obediencia incondicional a las órdenes no debía de ser fácil. Había que enseñar a los soldados lealtad y disciplina y, a la vez, estimular su sentido crítico y su independencia de espíritu. Mi padre intervenía en el segundo aspecto. «Se apreciaba claramente que los oficiales estaban tensos, porque, en el fondo, seguían siendo muy conservadores. Pero no tenían elección, debían adaptarse al nuevo espíritu de los tiempos.»

Un movimiento antimilitarista y antinuclear especialmente popular entre los jóvenes había acompañado el nacimiento de la Bundeswehr. Participaban en él el futuro líder del levantamiento estudiantil, Rudi Dutschke, y, sobre todo, la periodista Ulrike

Meinhof, futura redactora jefe del periódico de referencia de extrema izquierda *Konkret*. El pasado nazi obsesionaba a esta hija de un historiador de arte que entró en el NSDAP en 1933 y que había participado en la censura de algunas obras de arte consideradas *entartete Kunst* («arte degenerado»).

Su enemigo declarado era el ministro de Asuntos Nucleares y después de Defensa, Franz Josef Strauss, que quería dotar a Alemania de armas nucleares. En 1958, Meinhof justificó su lucha contra el armamento atómico en estos términos: «No queremos ser de nuevo culpables de “crímenes contra la humanidad” ante Dios y ante los hombres». En mayo de 1961, en un editorial titulado «Hitler en ti» publicado en *Konkret*, comparó a Franz Josef Strauss con Adolf Hitler. El ministro presentó una denuncia, pero, en lugar de ganar el pleito, permitió a la joven convertirse en una de las periodistas más famosas del país. Strauss era un demagogo que calificaba de perversión sadomasoquista la necesidad de esclarecer el pasado. Su relación ambigua con la democracia salió a la luz cuando, en 1962, mandó arrestar por presunta alta traición al fundador y director y a varios periodistas de la revista *Der Spiegel*, que habían revelado que la Bundeswehr estaba mal preparada en caso de guerra con la Unión Soviética. La opinión pública protestó tan intensamente que Strauss tuvo que dimitir y se produjeron cambios en el gobierno.

Tras esta crisis espectacular que contribuyó a acelerar la liberalización política y social de la RFA, la transparencia era de rigor en la Bundeswehr. Mi padre recuerda que cada semana tenía lugar una «hora de actualidad», durante la cual un oficial informaba a los soldados de las últimas noticias, políticas, militares y otras, que podían ser objeto de un debate abierto. Volker no se perdía nunca una ocasión. «A los oficiales, no les gustaba que les dijeran: “¡La guerra de Hitler era una guerra de agresión!”». Les sentaba mal que se atacara a la Wehrmacht, a la que defendían con uñas y dientes como si fuera un ejército limpio que no hubiera tenido nada que ver

con los crímenes de las SS. Había un pastor de la Bundeswehr que utilizaba sus prédicas para sermonearnos y decía que no era correcto acusar a la Wehrmacht.» Mi padre a veces contradecía a sus superiores sobre el genocidio de los judíos. «Algunos decían: “¡No fueron 6 millones de judíos, sino solamente 3 millones!”. Podía decirles directamente lo que pensaba, ninguno habría corrido el riesgo de castigar al “hombre de confianza”. Era un verdadero avance, pero, al mismo tiempo, indirectamente, pienso que fue por eso por lo que no me promovieron».

También en el Bundestag empezaba a dibujarse un cambio. Un acontecimiento emblemático de esta evolución sería el debate de 1965 referente al voto del Bundestag sobre la prolongación del plazo de prescripción por asesinato, entonces fijado en veinte años. Esta decisión era muy importante, porque afectaba a los crímenes nazis, datados de oficio el 8 de mayo de 1945 y que, por lo tanto, llegaban a su vencimiento según la ley. Los sondeos mostraban que una corta mayoría de la población era partidaria de mantener el plazo.

La víspera del debate, *Der Spiegel* publicó una larga entrevista entre su fundador, Rudolf Augstein, y el filósofo alemán Karl Jaspers, con un título sugestivo: «Para el genocidio, no hay prescripción». Jaspers estaba convencido de que esta decisión tenía un significado fundamental para el futuro del país, porque mediría el grado de consenso de los alemanes acerca de la condena del Tercer Reich como un Estado de no derecho con crímenes inéditos en su haber. El filósofo de fama internacional desmontó uno a uno los argumentos de los numerosos alemanes que intentaban minimizar los crímenes nazis. Existe una «diferencia radical» entre «crímenes de guerra», también cometidos por otros Estados, y «crímenes contra la humanidad», señalaba. «El crimen contra la humanidad es la presunción de tener derecho a decidir qué grupos de personas o de pueblos tienen derecho a vivir en esta tierra o no y ponerla en marcha mediante el exterminio.»

Además, Jaspers rechazaba el argumento de la «obediencia a

las órdenes en una situación de emergencia», porque, en la mayoría de los casos, si alguien incumplía la orden de matar, podía dar por terminada su carrera en el ejército o ser enviado al frente del este, pero no ponía en peligro su propia vida. El hecho de haber actuado en el marco del aparato del Estado no era, en ningún caso, una circunstancia atenuante de la culpabilidad, estimaba el filósofo. «Que el Estado era un Estado criminal habría tenido que parecerle evidente [al ejecutor] desde el momento en que este Estado daba la orden de cometer un crimen [...]. La excusa de haber actuado al servicio del Estado no es aceptable. [El ejecutor] proporcionaba un apoyo, era cómplice del Estado criminal.» Augstein y Jaspers acusaban a la RFA de haberse preocupado solamente, desde su creación, por borrar de un plumazo, *Schlussstrich*, el pasado. «El Parlamento es la última esperanza», advirtió el filósofo.

El día del debate en el Bundestag, el 10 de marzo de 1965, se elevaron voces en todos los partidos para reclamar el fin del silencio y de la impunidad. En el seno de la CDU/CSU, tradicionalmente favorable al *Schlussstrich*, 180 de los 217 diputados votaron a favor de prolongar la prescripción. Los socialdemócratas se adhirieron masivamente. Como Adolf Arndt, que diez años antes reclamaba el final de la «caza del hombre», pero que había cambiado de opinión: «Yo también soy culpable. Porque no bajé a la calle y no grité cuando vi que se llevaban a los judíos en masa. No me puse la estrella amarilla para decir: “¡Yo también!”. [...] No podemos decir: yo todavía no había nacido, esta herencia no me afecta».

El Parlamento alemán acababa de demostrar la importancia de su función. Ante un gobierno que no había aprovechado la ocasión de poner fin a la ambivalencia de la RFA con respecto al pasado nazi, había indicado claramente a los alemanes que la base incondicional de la nueva República era el rechazo del nacionalsocialismo.

Después de terminar el servicio militar, en 1965, mi padre empezó unos estudios de economía en la Universidad de Mannheim. Fue elegido presidente local de la AIESEC, la Asociación Internacional de Estudiantes de Ciencias Económicas, y fue miembro de la Asta, una especie de «gobierno de los estudiantes» que existe en la mayoría de las universidades alemanas. Sus trabajos le proporcionaron un poco de dinero de bolsillo, suficiente para pagarse unas clases en el club de equitación y litros de cerveza en los numerosos bares de Mannheim. «Hablábamos de política, economía, capitalismo, la Guerra de Vietnam, y teníamos la sensación de aprender mucho más en el bar que en clase. Nuestras miradas se dirigían hacia Estados Unidos, donde se estaba desarrollando un movimiento contestatario en las universidades.» Esta revuelta había generado una profunda división cultural e intergeneracional en la sociedad americana. Había surgido una joven contracultura, para la que la música, las drogas y la libertad sexual eran sinónimos de desobediencia civil, de rechazo del imperialismo, de igualdad de las razas y los sexos, y de rechazo de la cultura del consumo.

Poco a poco, emergieron por todo el mundo movimientos similares, incluida Alemania. Volker se distanció de la CDU, a la que se había afiliado con dieciséis años. «Este partido tenía una visión demasiado conservadora de la sociedad, se oponía al aborto y a la homosexualidad, y estaba claro que no había comprendido los grandes cambios que estaban revolucionando a la sociedad.» No se adhirió a la SDS, la Federación Alemana de Estudiantes Socialistas, que pertenecía al SPD hasta que la dirección del partido decidió excluirla porque la consideraba demasiado radical. La ausencia de afiliación no impidió a Volker, ni a otros muchos estudiantes, implicarse.

Sobre todo después del 2 de junio de 1967, cuando, durante unas manifestaciones de estudiantes en Berlín Oeste contra la visita de Estado del sah de Irán, Reza Pahlavi, el estudiante Benno

Ohnesorg, un pacifista de veintiséis años, fue asesinado por un policía alemán que le disparó en la parte posterior de la cabeza desde un metro y medio de distancia sin motivo alguno. «Fue una conmoción para todo el mundo, era la primera vez que un policía mataba a un civil después de la guerra, creo», dice. La manipulación de las autoridades para disfrazarlo de accidente no hizo más que aumentar la cólera de los jóvenes. Cuando estaba de guardia en la Asta, mi padre recibió una llamada telefónica de la instancia equivalente de la Freie Universität de Berlín. «El colega me dijo: “Hay que iniciar acciones inmediatamente. Las universidades tienen que coordinarse”.» Volker se dirigió a la sede de los sindicatos, para reunirse con las «fuerzas del progreso» y organizar juntos una manifestación en Mannheim.

Además de la muerte de Benno Ohnesorg, lo que movilizaba más a los estudiantes era la violencia de la intervención militar americana en Vietnam. El 18 de febrero de 1968, más de diez mil personas salieron a las calles de Berlín con motivo de un congreso contra la Guerra de Vietnam. Las adhesiones a la SDS aumentaron y las acciones se multiplicaron un poco por todas partes en el país.

Estos estudiantes contestatarios ponían en duda lo que consideraban que era el orden burgués: militarismo, autoridad, jerarquía, consumismo y capitalismo. Se inspiraban sobre todo en los pensadores de la escuela de Frankfurt, en otras palabras, el Instituto de Investigación Social abierto en 1923, en el que habían participado intelectuales de todos los horizontes, como el economista Friedrich Pollock, el psicoanalista Erich Fromm, los filósofos Max Horkheimer, Theodor W. Adorno, Walter Benjamin y Herbert Marcuse.

Ante el fracaso de la revolución comunista en Alemania y las desviaciones totalitarias de la Unión Soviética, estos intelectuales proponían una nueva crítica del capitalismo y de la burguesía,

alejada del dogmatismo de los partidos alineados con Moscú. Esta escuela, llamada «teoría crítica», consideraba que el enfoque de Karl Marx no era suficiente para analizar la sociedad capitalista. Promovía un enfoque multidisciplinario que incluyera otros pensamientos, en especial el psicoanálisis de Sigmund Freud y la sociología de Max Weber. En 1933, los nacionalsocialistas cerraron el instituto, que se trasladó a la Universidad de Columbia de Nueva York, bajo la dirección de Max Horkheimer.

En 1944, Adorno y Horkheimer publicaron una de sus principales obras, *Dialéctica de la Ilustración*. El fascismo se describe en ella como el resultado de una racionalización desmesurada —en la línea de la herencia de la Ilustración— de la técnica y la burocracia, convertidas en instrumentos de dominación del ser humano sobre sí mismo y sobre la naturaleza. Las personas se reducen a robots disciplinados, fanáticos del rendimiento, desprovistos de sensibilidad y capaces de barbarie.

El «asesinato administrativo» del Tercer Reich fue su expresión más cruel, puesto que se trataba de la organización de las masacres desde oficinas, fríamente, según unos procedimientos fragmentados en multitud de etapas, que permitían que cada uno evitara pensar en el objetivo final de la tarea. El vocabulario codificado ayudaba a enmascarar el crimen: *Sonderzug* («tren especial»), *Sonderbehandlung* («tratamiento especial»), *Himmelsweg* («camino hacia el cielo»), *Gesundpille* («píldora de salud»)... El método utilizado en las fábricas de matar que eran los campos de exterminio recordaba claramente la producción en cadena de la era industrial: la repetición mecánica por parte de los verdugos de una tarea concreta, cronometrada y limitada, destinada a reducir a cenizas a masas de personas en unas horas.

Después de la guerra, Horkheimer, Adorno y Pollock decidieron regresar a Alemania para volver a abrir el instituto en Frankfurt e intentar contribuir a la democratización de Alemania. Eran pocos los exiliados alemanes, sobre todo de origen judío, que lo hacían.

Rápidamente, constituyeron el epicentro de una reflexión profunda sobre la sociedad capitalista y el fascismo.

Había mucho trabajo que hacer. Según un estudio del instituto de Frankfurt realizado en la década de 1950, dos tercios de la población se consideraba reticente con respecto al modelo democrático. Pero, con el tiempo, el pensamiento de Frankfurt tendría una gran influencia, en especial a través de los intelectuales que servirían de multiplicadores, como Hans Magnus Enzensberger, Alexander Mitscherlich o Jürgen Habermas.

En 1959, Horkheimer transmitió las riendas del instituto a Adorno, que se convirtió en una referencia imprescindible, presente como ningún otro intelectual en la televisión, la radio y los periódicos, y llenó las aulas en sus clases de la universidad. Al principio, el filósofo simpatizó con el movimiento estudiantil y después lo rechazó. Vio en él un intento condenado al fracaso de salir de un atolladero por cualquier medio, sin lógica interna. Horkheimer todavía se oponía de manera más radical. Herbert Marcuse, en cambio, lo apoyaba y se convirtió en la nueva ninfa Egeria de los jóvenes con su *best seller El hombre unidimensional*. En 1969, unos estudiantes ocuparon el Instituto de Frankfurt, y la policía fue alertada. La ruptura entre los maestros y los discípulos se había consumado.

«Nos reuníamos en los anfiteatros para discutir sobre la mala distribución de la riqueza en el mundo o sobre lo absurdo de tener decenas de marcas de dentífrico cuando dos eran suficientes», cuenta mi padre. «Yo me interesaba por estas cuestiones, pero no era un anticapitalista. Estudiaba la economía y admiraba al ministro Ludwig Erhard por haber sacado a Alemania de la ruina y haber dirigido la reconstrucción del país ofreciéndole un milagro económico a una velocidad récord. [...] Detrás de su anticapitalismo, algunos estudiantes atacaban a la figura paterna que había

participado en el milagro económico. Este no podía ser mi caso, me habría costado identificar a mi padre con aquel milagro...» Hablando con mi tía, me pregunté si los desengaños de Karl Schwarz en los negocios no habían animado a su hijo a hacer carrera en el mundo de la industria, como reacción al fracaso de su padre.

Cada año, el Opa tenía que desembolsar grandes sumas para pagar la hipoteca de la casa. También continuaba pagando el *Lastenausgleich*, un impuesto destinado a ayudar a los alemanes cuya propiedad había resultado totalmente destruida durante la guerra. «Mi madre decía que habríamos salido mejor parados si la casa hubiera quedado destruida, gracias a ese dinero», relata mi tía Ingrid. Ella era la que se ocupaba de las transferencias bancarias en la empresa del Opa desde que había dejado la escuela. «Con piedras procedentes de las ruinas de la guerra, mi padre había construido un nuevo edificio para sustituir al que fue destruido en 1943. Pero estaba muy mal aislado y era tan húmedo que la pintura perdía color a ojos vistas. Cuando llamaba un cliente, fingíamos ser una gran empresa, de la que yo era la secretaria, y decía: “Secretaria de Schwarz & Co... No cuelgue, paso la llamada a la oficina del señor Schwarz”. En realidad, estaba sentado justo a mi lado y yo le pasaba el teléfono.» También había centenares de tarjetas de visita con una elegante escritura cursiva que se amontonaban, por falta de clientes a los que dárselas. Cuando era pequeña, las encontraba por todas partes, en los cajones de la Chamissostrasse, amarillentas por el paso del tiempo.

A mediados de la década de 1960, cuando empezaba a recuperarse, el Opa tuvo que enfrentarse a nuevos sinsabores. «Grandes firmas petrolíferas como Esso bajaron los precios a condición de que los clientes se comprometieran a comprárselo todo a ellas.» Este comercio agresivo firmaba la sentencia de muerte de las pequeñas empresas como la Schwarz & Co. Mineralölgesellschaft. «Dos o tres clientes que apreciaban a mi padre tuvieron empatía y aceptaron un truco que le permitía

continuar entregándoles algunos barriles al margen de la gran empresa petrolífera», continúa mi tía. «Tenía que pintar sus propios barriles con los colores del repartidor principal para que este no se diera cuenta de la picardía cuando visitara los almacenes de los clientes.» Durante sus estudios, mi padre pasó algunos sábados repintando los barriles de Karl Schwarz y después, cuando adquirió conocimientos de contabilidad gracias a sus estudios, propuso poner orden en sus cuentas. «Era una catástrofe, no sabía contar, había demasiados gastos, no era en absoluto rentable. No estaba dotado para los negocios.» En este momento, ya no era cuestión de un enfrentamiento sobre el pasado entre Volker y su padre, los dos sabían lo que el otro pensaba e intentaban normalizar la relación.

Pero, para muchos otros jóvenes, la confrontación con el pasado ocupaba el centro del movimiento estudiantil. Les preguntaron a sus padres: ¿qué hiciste tú bajo el Tercer Reich? Ya no se trataba solamente de acusar a los peores criminales nazis, los altos responsables, los asesinos, los monstruos, sino de desvelar la actitud de todos los demás, aquellas decenas de millones de *Mitläufer* que lograron pasar desapercibidos gracias al tabú que pesaba sobre el hecho de que la gran mayoría del pueblo alemán se hubiera mostrado solidaria con el Führer. Los estudiantes acusaban a la generación del milagro económico de haber enterrado los crímenes del pasado bajo una montaña de comodidad material.

Los jóvenes reclamaban la verdad a sus padres, pero también a sus profesores, a los que acusaban de haber edulcorado el pasado. Una nueva generación de profesores eran del mismo parecer y también discutían la manera en que sus mayores transmitían el periodo hitleriano. Se organizaban lecturas para recordar la actitud de las universidades bajo el nacionalsocialismo. Esclarecer las sombras del pasado se convirtió en una característica importante del movimiento estudiantil alemán, que resumía el eslogan principal:

«*Unter den Talaren – Muff von 1000 Jahren*» («Bajo las togas, el tufo de mil años»), un reproche a la complacencia de los profesores hacia el Tercer Reich, que se había presentado como el «Reich de los mil años».

De manera general, los estudiantes cuestionaban la legitimidad de un Estado que había protegido a los peores verdugos en lugar de ponerse del lado de las víctimas. La fuerza de estas críticas era que no procedían del extranjero, sino del interior del país, cuyos propios hijos ahora se proponían controlar las eventuales desviaciones. Decenas de miles de ellos salieron a las calles de Bonn en mayo de 1968 para protestar contra unas leyes que preveían reducir las libertades fundamentales en caso de estado de emergencia, medidas calificadas de «leyes nazis» y de «segundo 1933».

Unos meses más tarde, durante el congreso de la CDU en Berlín Oeste, una joven se acercó a la tribuna y abofeteó al canciller democristiano Kurt Kiesinger delante de las cámaras mientras gritaba: «¡Nazi! ¡Nazi!». La joven era Beate Klarsfeld. Se convertiría en una famosa militante antinazi al lado de su esposo, Serge Klarsfeld, un abogado francés judío que había perdido a su padre en Auschwitz.

Durante el Tercer Reich, Kiesinger había sido miembro del NSDAP desde 1933 y activo en el seno de una organización paramilitar cercana a las SA, antes de ocupar el puesto de vicepresidente de la radiodifusión del Reich durante la guerra. El escritor Günter Grass publicó una carta en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung (FAZ)* en la que le pedía que renunciara a convertirse en canciller. Heinrich Böll apoyó aquel llamamiento y Karl Jaspers y su esposa entregaron sus pasaportes alemanes en señal de protesta. En la línea del bofetón de Beate Klarsfeld, unos estudiantes hicieron circular una octavilla que reclamaba «una verdadera desnazificación [...] para reducir a la nada al conjunto de este aparato de Estado de esta sociedad podrida, porque está en gran parte constituido, observémoslo, por antiguos nazis».

En 1969, por primera vez desde la creación de la RFA, el SPD accedió al poder, con el canciller Willy Brandt al frente. Brandt anunció de entrada que era «canciller ya no de una Alemania vencida sino de una Alemania liberada». Durante una visita de Estado a Polonia, se arrodilló delante del monumento a los héroes del gueto de Varsovia para expresar su deseo de acabar con la ambigüedad de sus predecesores respecto al pasado.

«Era una buena época», recuerda mi padre. «El horizonte se ensanchaba a una velocidad inaudita. Nos sentíamos cerca de los jóvenes del mundo entero gracias a los viajes, la música pop, las nuevas modas en el vestir que llegaban de Gran Bretaña y Estados Unidos, había un ambiente de fiesta y de tolerancia.» Era una manera de abolir las fronteras que habían alimentado las fantasías de los nacionalismos del siglo XX. Gracias a programas de intercambio, Volker partió al descubrimiento de Europa. Durante un curso en París, trabó amistad con una israelí, con la que se marchó a descubrir España. «No había tensión, quizá porque estaba claro para ella que condenábamos el nazismo. Hablaba poco del pasado de su familia, como la mayor parte de los israelíes que conocí», recuerda. «Teníamos ganas de formar una comunidad de pueblos, de romper los viejos valores patrióticos y conservadores. Todo se tambaleaba, la visión de la familia, del matrimonio, de la educación, de la enseñanza, todo parecía posible...»

A Volker no le había faltado libertad en la adolescencia. Aunque era autoritario, Karl Schwarz lo dejaba tomar sus propias decisiones. A los catorce años, lo había instalado en una buhardilla bajo los tejados de la Chamissostrasse, donde podía hacer más o menos todo lo que quería. Por haberla probado ampliamente él mismo, el Opa tenía cierto respeto por la libertad, sobre todo en materia de sexualidad. «No le gustaban demasiado las nuevas modas de los años sesenta, excepto la píldora anticonceptiva. Me decía: “Con

esto, puedes evitar dejar a una chica embarazada y tener que pagar el equivalente de un Porsche”...»

En la década de 1960, en Alemania Occidental estaba prohibido alquilar un apartamento o una habitación de hotel a una pareja no casada. Además, «mi padre me prohibía llevar chicas a su buhardilla, no por una preocupación moral, sino por miedo a que lo denunciaran, ¡porque habría podido ir a prisión y pagar una multa!». Karl estaba a menudo ausente, de viaje para entregar barriles a sus clientes a bordo de su furgoneta o de vacaciones, a menudo en la costa adriática donde solía ir solo para hacer nudismo. Lydia era la que se ocupaba de su hijo, por el que alimentaba una benevolencia infinita. Sin embargo, los cambios en la sociedad la superaban. «Mi madre estaba muy impresionada por aquella nueva libertad de palabra hacia los padres, los profesores y los políticos. Si oíamos un sketch satírico sobre el canciller actual, decía: “A pesar de todo, no habría que hablar así del Führer”...»

En la primavera de 1968, mi padre se dirigió a Berlín Oeste para pasar unos quince días en uno de los numerosos apartamentos comunitarios de Kreuzberg, un barrio alternativo y apreciado por los militantes de izquierdas. El ambiente era tenso. Poco antes, el 11 de abril de 1968, delante de la oficina berlinesa de la Federación Alemana de Estudiantes Socialistas, la SDS, un neonazi había disparado tres balazos contra el líder del movimiento estudiantil Rudi Dutschke y le había causado graves heridas en la cabeza. La SDS, que ya estaba en vías de radicalización, endureció todavía más su línea. «Los jóvenes que conocí en Berlín eran mucho más extremistas que en Mannheim, se habían decantado hacia la anarquía. Yo no me sentía a gusto en estos grupos. Eran tan dogmáticos que empezaban a parecerse a los que criticaban.» Estos últimos eran acusados de *Linksfascismus* (fascismo de izquierdas) por una parte de la sociedad alemana, incluidos los

militantes de izquierdas como el filósofo Jürgen Habermas, que expresaba sus temores de una radicalización de los métodos.

El círculo de los supuestos enemigos del antifascismo no dejaba de ampliarse. «La nueva forma del fascismo», declaró el líder del movimiento estudiantil Rudi Dutschke en 1968, «ya no la encarna un partido o una persona, sino todas las instituciones del capitalismo tardío.» Esta definición volvía a relativizar los crímenes del nacionalsocialismo comparando el Tercer Reich con la RFA. Con esta lógica, la única solución para ellos era el derrocamiento del sistema político y social. Volker no se implicó más en la revuelta estudiantil. Adquiría un cariz que no se correspondía ni con sus orientaciones políticas ni con su carácter independiente.

En el otro lado, el Estado y algunos medios de comunicación también se habían endurecido. Percibían a los militantes del movimiento estudiantil como comunistas que sembraban el desorden y cuyas eventuales ramificaciones con Berlín Este y Moscú había que vigilar.

En efecto, los estudiantes tenían varios puntos en común con la RDA. La crítica del capitalismo, por supuesto, pero también la continuidad de personal entre el Tercer Reich y la RFA. La impunidad y la reintegración de antiguos criminales nazis a puestos de responsabilidad ocupaban el centro de la propaganda antioccidental de Berlín Este. En 1965, Berlín Este presentó a la prensa internacional un libro titulado *Libro pardo: criminales nazis y de guerra en Alemania Occidental*, en el que había una lista de mil ochocientos miembros dirigentes del Estado, la economía, el ejército, la justicia y las ciencias. Las autoridades de Alemania Occidental incautaron el libro, que calificaron de instrumento de propaganda. En realidad, la mayoría de los datos eran correctos. Aunque la RDA estaba más motivada por un cálculo político que por un deber moral, sus acciones contribuyeron a obligar a la RFA a enfrentarse con su pasado.

No obstante, para el movimiento estudiantil, aquellas

divergencias eran nocivas, porque, en plena Guerra Fría, ser sospechoso de connivencia con el comunismo era fatal. En especial en Alemania Occidental, donde el partido comunista KPD había sido prohibido en 1956 y más de diez mil presuntos simpatizantes habían sido condenados. La legitimidad democrática de esta medida sigue siendo muy controvertida a día de hoy.





El poderoso grupo de prensa Axel Springer, editor del periódico más leído de Alemania Occidental, *Bild Zeitung*, explotó esta sospecha de proximidad con el Este comunista para realizar una campaña violenta contra los estudiantes, a los que presentó como «cabecillas» encargados de desestabilizar la RFA. «Detened el terror de los jóvenes rojos», arengaba a sus lectores. «No podemos dejar que la policía y sus cañones de agua hagan el trabajo sucio.» El periódico fue acusado de tener una responsabilidad indirecta en el atentado contra Rudi Dutschke. Las tensiones culminaron el 11 de abril de 1968, cuando varios miles de personas atacaron la sede de Springer en Berlín Oeste. Se lanzaron cócteles molotov contra furgonetas de reparto de periódicos. Cuarenta años más tarde, unos documentos revelaron que estos artefactos habían sido distribuidos por un agente provocador de los servicios secretos alemanes, que querían desencadenar la violencia para justificar los arrestos.

La ruptura llegó a un punto sin retorno cuando una pequeña minoría de jóvenes extremistas se atribuyó el derecho de imponer su visión del mundo mediante el terror. Las analogías constantes con el nacionalsocialismo que utilizaba una parte de los grupos de extrema izquierda para designar a la RFA o a Estados Unidos habían acabado por legitimar la violencia para vencer la «opresión». Las organizaciones terroristas crecieron como setas: la Fracción del Ejército Rojo (Rote Armee Fraktion RAF), las Células Revolucionarias, Zora la Roja y el Movimiento del 2 de Junio, así llamado por la fecha de la muerte del estudiante Benno Ohnesorg.

El joven Estado de Alemania Occidental, poco preparado, reaccionó con una represión policial desmesurada que hizo surgir el temor de una desviación autoritaria.

No fui testigo de este decenio, pero recuerdo que, cuando tomaba el tren en Alemania con mi madre en la década de 1980, había grandes carteles en las estaciones en los que una palabra impresa en negrita atraía inmediatamente la atención: *Terroristen*. Al acercarse, se distinguía un mosaico de numerosas fotos en blanco y negro, retratos de hombres y mujeres con una leyenda que precisaba el nombre y el apellido, la edad, la estatura, el color de los ojos y las características físicas que permitían identificarlos. En la parte inferior, una advertencia indicaba: «¡Atención, armas de fuego!». Y, en minúscula, se mencionaba una recompensa de cincuenta mil marcos por cualquier información que permitiera atrapar a uno de aquellos terroristas. Para mí, que era una chiquilla, aquel anuncio parecía salir directamente de una película del Oeste o de una historieta de *Lucky Lucke*, un «*WANTED*» pegado a la entrada de un *saloon*. En realidad, los hombres y las mujeres de los carteles colgados en las estaciones encarnaban uno de los retos más arduos para la joven democracia alemana.

Una de las figuras centrales del terrorismo de extrema izquierda alemán era la periodista Ulrike Meinhof, que había desempeñado un papel importante en el movimiento estudiantil. El 14 de mayo de 1970, esta brillante intelectual eligió de forma definitiva el terrorismo al ayudar a escapar de la cárcel a Andreas Baader, un joven delincuente reciclado como rebelde anticapitalista que había incendiado unos grandes almacenes en Frankfurt. La mutación de la periodista alimentó todo tipo de hipótesis, hasta el punto de preguntarse si una operación del cerebro como la que había sufrido en 1962 podía haber modificado su equilibrio mental. La razón de su acto irreversible quizá debe buscarse en esta declaración del

movimiento estadounidense negro Black Panther Party, que ella había citado en 1968 en *Konkret*: «Protesto cuando digo que tal o cual cosa no me gusta. Resisto cuando me preocupo además porque eso que no me gusta no vuelva a ocurrir. Protesto cuando digo que no sigo colaborando. Resisto cuando me ocupo de que tampoco los demás colaboren».

En ciertos aspectos, la RAF se veía como una resistencia compensadora con respecto a la que había faltado bajo el Tercer Reich. No es casualidad que los únicos países donde las protestas estudiantiles desembocaron en el terrorismo fueran los antiguos aliados del Reich: Italia con las Brigadas Rojas y Japón con el Ejército Rojo Japonés.

El crédito intelectual de Ulrike Meinhof fue determinante para que el grupo se extendiera. El 5 de junio de 1970, publicó *¡Construir el Ejército Rojo!*, texto fundador de la Fracción del Ejército Rojo. El manifiesto, dirigido a los «elementos potencialmente revolucionarios del pueblo», predicaba «el final de la dominación de la policía» y el inicio de una «resistencia armada para preparar al proletariado para la lucha de clases». En abril de 1971, en un artículo titulado «El concepto de la guerrilla urbana», declaró la guerra al imperialismo americano y alemán. El Estado declaró a Ulrike Meinhof «enemiga pública número 1». Muchos militantes de la revuelta estudiantil e intelectuales de izquierdas que se dejaban seducir por la intransigencia de este movimiento eran sensibles a las advertencias contra un «nuevo fascismo» de la sociedad de la RFA. Algunos incluso estaban dispuestos a ayudar a los terroristas poniendo a su disposición apartamentos, escondites o coches.

Paradójicamente, la reacción de las autoridades pareció justificar durante un tiempo las sospechas de que la RFA se había transformado en un Estado policial. «Yo vivía entonces en Francia, pero recuerdo que me sorprendía ver tantos policías armados en los aeropuertos», relata mi padre. «Producían un efecto extraño.» El país recurrió a medidas duras, que culminaron con el

establecimiento de un estado de emergencia pero sin reconocerlo explícitamente. Se redujeron los derechos de los ciudadanos, mientras que los de la policía y la justicia se ampliaron sensiblemente. El Estado instauró una vigilancia estrecha del territorio y de sus ciudadanos, con una presencia masiva de las fuerzas del orden, controles agresivos, barreras que sembraban el caos en la circulación y registros ante la menor sospecha. Elaboró archivos que violaban la protección de la vida privada. La prensa sensacionalista, en especial *Bild Zeitung*, sembró el odio y la sospecha, amargando la vida de simples sospechosos y atacando a personalidades que se negaban a ponerse incondicionalmente del lado de las autoridades.

Algunos medios de comunicación y el poder se sentían cercados por los «simpatizantes» del terrorismo, cuya caza adquirió proporciones graves. El 1 de junio de 1972, el día del arresto de Andreas Baader, la policía se plantó en la casa de campo de Heinrich Böll y pidió a dos de sus invitados que se identificaran. El premio Nobel de Literatura estaba bajo vigilancia desde que había publicado en *Der Spiegel* una carta abierta dirigida a *Bild*, al que acusaba de apelar a una «justicia de linchamiento» y de violar sistemáticamente la presunción de inocencia de la banda Baader-Meinhof: «La cobertura de las noticias ya ni siquiera es criptofascista, ni siquiera fascistoide, es simplemente fascista: promesas, mentiras y suciedades». Denunciaba también la histeria general de una guerra de «6 contra 60 millones» y comparaba la suerte de antiguos nazis, «que pasaron sin problema y sin esfuerzo del fascismo a un orden democrático y liberal», con la de Ulrike Meinhof, que debe contar con «ser entregada a la crueldad más total».

Numerosas personalidades reprocharon a Böll que hiciera apología del terrorismo y que utilizara la misma retórica que la RAF. Pero el escritor tenía el apoyo de otra parte de la sociedad que, después de la larga amnesia de la posguerra, había pasado por una

auténtica caza del «fascista», que creía ver un poco por todas partes, en una gran confusión de los géneros: detrás del capitalismo, los bancos, los templos del consumo, el ejército, los medios de comunicación e incluso la democracia parlamentaria. «Nazi» se había convertido en una denuncia aplicable a todo y a cualquier cosa, en el mundo entero.

En mayo de 1972, la RAF aceleró súbitamente el ritmo de sus atentados. En un mes cometió seis, que causaron cuatro muertos y setenta heridos graves. Los objetivos fueron tropas estadounidenses, edificios de la policía, el coche de un juez, cuya mujer resultó gravemente herida, y una imprenta de la editorial Axel Springer. La policía alemana se movilizó y, a finales de junio, todos los cabecillas de la RAF habían sido arrestados y trasladados a la prisión de Stammheim, cerca de Stuttgart, una fortaleza totalmente nueva con fama de inexpugnable. En lugar de poner fin al movimiento, estos arrestos dieron un nuevo impulso al grupo, que desarrolló una política de comunicación muy eficaz gracias a apoyos exteriores.

El aura de la RAF sobrepasaba las fronteras de Alemania. Tenía contactos con numerosos movimientos terroristas internacionales, desde el IRA irlandés hasta la ETA española, pasando por las Brigadas Rojas italianas y Acción Directa en Francia, pero con quien cooperó más estrechamente fue con los terroristas palestinos. Por ejemplo, el 5 de septiembre de 1972, en los Juegos Olímpicos de Múnich, cuando un comando de la organización terrorista palestina Septiembre Negro tomó como rehenes a nueve miembros de la delegación deportiva israelí, los secuestradores exigieron no solamente la liberación de más de 200 militantes palestinos detenidos en Israel, sino también la de Ulrike Meinhof y Andreas Baader. Después de un día de negociaciones entre el comando y las autoridades alemanas, la situación se descontroló y todos los rehenes fueron asesinados.

Desde su prisión, Ulrike Meinhof felicitó a los terroristas y acusó

a Israel de haber «quemado a sus deportistas como los nazis a los judíos, combustible para la política de exterminio imperialista». Poco tiempo después, fue aún más lejos: «Auschwitz significa que seis millones de judíos fueron asesinados y mandados al vertedero de Europa a causa de aquello por lo que se los tomaba: judíos con pasta. El antisemitismo era intrínsecamente anticapitalista». Esta retórica, que no era rara en los círculos antisionistas de extrema izquierda, no era la única contradicción de la RAF. El grupo no vacilaba en colocar en el mismo plano Auschwitz y los bombardeos aliados de Dresde o la intervención de Estados Unidos en Vietnam para justificar sus atentados contra las tropas norteamericanas en Alemania.

A pesar de estas posturas, se multiplicaron las simpatías hacia los detenidos entre los militantes e intelectuales de izquierdas. En 1974, Heinrich Böll publicó *El honor perdido de Katharina Blum*, una novela que trata de la relación crítica entre la extrema izquierda radical y los medios de comunicación de masas, y que posteriormente fue llevada a las pantallas por los cineastas Volker Schlöndorff y Margarethe von Trotta con un audaz filme.

Böll no era el único intelectual que se alarmó ante los nuevos métodos autoritarios del Estado federal, hasta el punto de adoptar una actitud ambigua hacia el terrorismo de extrema izquierda. Nadie cruzó la línea roja tanto como Jean-Paul Sartre. En febrero de 1973, en una entrevista para *Der Spiegel*, el filósofo francés justificó en parte las acciones de la RAF. El 4 de diciembre de 1974 visitó a Andreas Baader en la cárcel para verificar las condiciones de detención, después de que el abogado del prisionero, Klaus Croissant, afirmara que vivía bajo la tortura y el aislamiento. Habló con Baader durante media hora y, al salir, declaró a la prensa que los prisioneros eran mantenidos en celdas aisladas, insonorizadas y sometidas a una iluminación permanente. No es «la tortura como con los nazis», sino «otra forma de tortura, una tortura que puede provocar trastornos psíquicos», dijo. Estas acusaciones eran falsas.

Sartre nunca vio la celda de Baader y los detenidos de la RAF no estaban en una celda de aislamiento. Podían visitarse unos a otros, incluso entre sexos opuestos, un privilegio con respecto a los demás prisioneros, disponían de tocadiscos, aparatos de televisión y cientos de libros, y recibían regularmente los periódicos.

Hace unos años, *Der Spiegel* consiguió el protocolo del diálogo entre Jean-Paul Sartre y Andreas Baader en prisión. En un ambiente bastante tenso, el filósofo reprocha al prisionero que hubiera «emprendido acciones con las que el pueblo claramente no estaba de acuerdo» e intentó disuadirlo de recurrir al asesinato como medio político. El detenido repite como un autómatas los preceptos de su organización, sin conseguir profundizar en ellos cuando el intelectual francés le hace preguntas. «Qué gilipollas, este Baader», habría dicho Sartre después del encuentro, según su intérprete, Daniel Cohn-Bendit.

Las denuncias de un intelectual que tenía una gran influencia con los militantes de la izquierda internacional dieron una imagen desastrosa de Alemania Occidental en el extranjero, sospechosa de no haber superado el nazismo y de tratar a sus detenidos como en los campos de concentración. Al presentar a Andreas Baader como una víctima de aquella Alemania, el filósofo legitimaba el terrorismo de extrema izquierda. Parece que, más allá de cierta deshonestidad intelectual, Sartre, como otros intelectuales de izquierdas, no había comprendido el peligro de un terrorismo de un género nuevo: una empresa internacional poderosa, con ramificaciones en el mundo entero, donde todas las causas parecían mezclarse en un magma bastante confuso.

La evolución del terrorismo de extrema izquierda a partir de 1975 confirmaría su peligrosidad. Cuando el proceso de los terroristas todavía no había empezado, una segunda generación tomó el relevo, con una violencia amplificadas por la voluntad de ejercer una

presión máxima para conseguir que soltaran a los prisioneros. Empezó por tomar como rehenes a los ocupantes de la embajada alemana de Estocolmo y ejecutó a dos diplomáticos. Después de una serie de atentados, el terrorismo de extrema izquierda alcanzó su apogeo en 1977.

El 7 de abril, un terrorista que iba en la parte trasera de una moto disparó con una metralleta al coche del fiscal general Siegfried Buback, que había sido miembro del NSDAP bajo el Reich; en el atentado fallecieron Buback, su chófer y otro de sus empleados. El 30 de julio, el presidente del Dresdner Bank, Jürgen Ponto, esperaba a la hermana de su ahijada, Suzanne Albrecht, con la que tenía una cita para tomar el té, cuando esta apareció a la cabeza de un comando de la RAF para secuestrarlo. Ante su resistencia, lo mataron. El 5 de septiembre, le tocó el turno al presidente de la Federación del Patronato, Hanns Martin Schleyer: fue secuestrado por un grupo que no dudó en asesinar a las cuatro personas que lo acompañaban. La RAF lo eligió como objetivo no solo por el cargo que ocupaba, sino por su turbio pasado: había entrado en las SS en 1933 y en el NSDAP en 1937, y se había casado con la hija de un médico y político nazi favorable al programa de eutanasia de Hitler. Los secuestradores reclamaban la liberación de los prisioneros de la RAF.

El canciller alemán Helmut Schmidt convocó el gabinete de crisis y pasó semanas pendiente día y noche, fumando cigarrillo tras cigarrillo, desgarrado entre el deber de no ceder a la exigencia de los secuestradores y proteger al Estado contra esa clase de chantajes, y el deseo muy humano de salvar la vida del rehén. El 13 de octubre de 1977, cuando Schleyer se pudría en cautividad, un avión de la Lufthansa que efectuaba el trayecto de Palma de Mallorca a Frankfurt se desvió de su rumbo. Desde el aparato, un hombre anunció que el FPLP, el Frente Popular de Liberación de Palestina, había secuestrado el avión con ochenta y seis pasajeros y cinco miembros de la tripulación, y amenazaba con matarlos si no

se liberaba de inmediato a los prisioneros de la RAF y a otros detenidos palestinos. El avión aterrizó en Mogadiscio. El 18 de octubre, un comando de las fuerzas especiales alemanas GSG 9 asaltó el aparato y liberó a los rehenes.

Ante la noticia del fracaso de la operación del FPLP, Andreas Baader y Jan-Carl Raspe se dispararon una bala en la cabeza con armas introducidas clandestinamente en la prisión. La compañera de Baader, Gudrun Ensslin, se colgó con un cable del techo, e Irmgard Möller se apuñaló cuatro veces en el pecho, pero sobrevivió. Un año y medio antes, Ulrike Meinhof se había colgado de la ventana con la ayuda de un trozo de tela. El 19 de octubre, los secuestradores de Schleyer enviaron un mensaje al periódico francés *Libération* en el que informaban de que su cuerpo se encontraba en el maletero de un coche aparcado en Mulhouse. La RAF continuó operando durante unos quince años, pero había perdido toda la simpatía entre la población.

En cambio, en Francia, algunos intelectuales de izquierdas seguían aceptando lo inaceptable. El 2 de septiembre de 1977, tres días antes del secuestro de Hanns Martin Schleyer, *Le Monde* publicó un texto del escritor Jean Genet de una violencia inaudita contra Alemania, lleno de afirmaciones de todo tipo sin ningún fundamento. «La Alemania que ha abolido la pena de muerte conduce a la muerte por huelgas de hambre y de sed, aislamiento con “privación” del menor ruido excepto el ruido del corazón del encarcelado.» Y continuaba: «La propia brutalidad de la sociedad alemana es la que ha hecho necesaria la violencia de la RAF». La animosidad y el patetismo de Jean Genet rozaban el absurdo, tanto más cuanto que, paralelamente, alababa el «heroísmo» de los terroristas, que, según él, demostraban que «desde Lenin hasta ahora, la política soviética nunca se ha apartado del apoyo a los pueblos del Tercer Mundo».

Una mala fe alucinante respecto a los crímenes soviéticos, corriente entre los intelectuales franceses de aquella época. Su

imagen de Alemania era tanto peor cuanto que, junto con la España de Franco, era el único país de Europa que había prohibido el partido comunista. *Libération* se embolsó declarando la guerra al vecino del otro lado del Rin; *FAZ* y *Der Spiegel* replicaron tratando a la izquierda francesa de «chauvinista» y de «antialemana». Se inició una guerra mediática entre Francia y Alemania.

La solidaridad con los terroristas de algunos intelectuales y medios de comunicación franceses aumentó en julio de 1977, el día que Klaus Croissant fue arrestado en Francia. El abogado de la RAF, contra el que Alemania había emitido una orden de detención porque había transmitido instrucciones de los detenidos a sus cómplices en el exterior, había huido a Francia, donde las autoridades le negaron el asilo político. Se organizó una campaña contra su encarcelamiento, apoyada por filósofos como Michel Foucault y Jean-Paul Sartre. El 2 de noviembre de 1977, Gilles Deleuze y Félix Guattari firmaron un artículo en *Le Monde* en el que denunciaban a una sociedad en la que «muchos hombres de izquierdas alemanes, en un sistema organizado de delación, ven cómo su vida se vuelve intolerable en Alemania». Ponían en guardia contra «la perspectiva de que Europa entera se pase a este tipo de control reclamado por Alemania». Francia extraditó a Croissant a Alemania Occidental, que lo condenó a dos años de prisión por ayudar a una organización terrorista.

En Francia, la germanofobia y las alusiones al «carácter» nazi de los alemanes fueron largo tiempo una constante. Se temía que Alemania cayera de nuevo en viejos esquemas. En realidad, al aceptar los retos peligrosos de la década de 1970, la RFA había demostrado que su democracia era más sólida de lo que algunos habían predicho. Lentamente, pero de manera segura, su trabajo de memoria empezaba a dar sus frutos. En el mismo momento, Francia se despertaba después de treinta años de amnesia.

Dulce Francia...

Mi madre, Josiane, era una alumna brillante, una de las pocas de su escuela universitaria de formación de maestros que entró en la Sorbona gracias a una beca, el orgullo de su padre gendarme y de su madre ama de casa, con los que vivía en un pequeño apartamento de Le Blanc-Mesnil, a las afueras de París. Había decidido estudiar inglés después de una estancia en Inglaterra con su amiga Françoise en una pequeña ciudad hermanada con Le Blanc-Mesnil, donde los ingleses le habían parecido «exóticos», a ella que prácticamente nunca había salido de Francia.

El trayecto para ir y volver de la universidad era largo, tiempo perdido para el estudio. Así que, por la noche, Josiane se entregaba a sus libros en lugar de salir con los estudiantes de la Sorbona, burgueses, hijos de médicos y abogados con los que nunca se había sentido cómoda. Ello no implica que Josiane llevara una vida monacal, pues su beca le permitía ir de vacaciones a esquiar, a Bretaña o al Mediterráneo, donde las fotos la muestran a menudo rodeada de chicos. Era una muchacha hermosa, muy morena, siempre sonriente y que vestía con mucho gusto, una coquetería que había heredado de su madre, una costurera sin igual. «No pensaba nunca en la guerra, era joven, tenía ganas de divertirme.

Además, no creo que eso preocupara a demasiada gente, ni en los medios de comunicación ni en la universidad. Cuando oía relatos, eran por lo general sobre la Resistencia o historias monstruosas como la del doctor Marcel Petiot...»

Este médico parisino se había aprovechado de la desgracia de los judíos perseguidos durante la Ocupación alemana y les había asegurado que podía llevarlos a Argentina. Los invitaba a presentarse en su despacho provistos de todos sus bienes de valor, para saquearlos, asesinarlos y quemar sus cuerpos. Familias enteras pasaron por sus manos. El asunto apasionó a los franceses. Igual que Josef Mengele en Alemania y todas esas figuras calificadas de «mal absoluto», Petiot permitía desviar la atención de otro mal, menos espectacular, más sutil y más espantoso, porque era mucho más común, diluido entre millones de personas, el de la actitud de una parte de los franceses bajo la Ocupación alemana.

Cada día, para llegar a París, Josiane cruzaba en autobús el municipio adyacente de Drancy donde, durante la guerra, la gran mayoría de los 76.000 judíos deportados de Francia —había franceses pero, sobre todo, extranjeros— habían sido detenidos en condiciones deplorables antes de ser enviados por los alemanes a los campos de la muerte. Aunque bajo la autoridad de la Gestapo, el campo de Drancy, establecido en un barrio llamado la Cité de La Muette, había sido administrado hasta el verano de 1943 por la prefectura de París, que había puesto a su disposición gendarmes franceses para la vigilancia del campo, externa e interna. Tras la Liberación, unos supervivientes presentaron una denuncia contra estos gendarmes y una decena de ellos fueron inculcados. Alegaron que se habían limitado a obedecer las órdenes recibidas y solo dos fueron condenados a prisión incondicional, aunque recibieron un indulto al cabo de un año. «Yo no tenía ni idea de lo que era Drancy, ni en los años cincuenta, ni en los sesenta», me dijo mi madre con un aire un poco culpable. Me pregunté cómo era posible que ignorara que, al lado de su casa, se había desarrollado uno de los

mayores dramas de Vichy, solamente unos años antes de la llegada de su familia a la región.

En Francia, nadie se interesaba por Drancy en aquella época. Después de la guerra, las asociaciones religiosas habían empezado a organizar ceremonias discretas en el lugar y después, a principios de la década de 1960, se colocaron placas conmemorativas a la entrada de la Cité de La Murette. Solo a partir de la década de 1970, muy progresivamente, se estableció allí un lugar de memoria histórica. Por lo tanto, no es sorprendente que mi madre hubiera oído hablar de aquello tan tardíamente. Siguiendo con mis investigaciones, descubrí que una parte de las torres de la Cité de La Murette había continuado sirviendo de cuartel a los antiguos gendarmes del campo. Ahora bien, Josiane vivía en un cuartel, cuyos gendarmes debían de mantener contactos con sus colegas de la cercana Cité de La Murette. Su padre, Lucien, a causa de su oficio, necesariamente tenía que frecuentar al antiguo personal de Drancy. ¿Era posible que nunca hablaran de ello entre sí, que nunca se les escapara un comentario, una pregunta, una anécdota, una habladuría o un reproche?

El campo se encontraba en la ciudad. Enfrente, había un hotel, donde los familiares de los detenidos alquilaban habitaciones a un precio exorbitante para ver a los suyos y hacerles señas. En cuanto a la estación de Bourget-Drancy, de donde partieron 42 convoyes entre marzo de 1942 y junio de 1943, estaba situada exactamente en la frontera de Drancy y Le Bourget, una región por donde circulaba mucha gente porque allí se encontraba el aeropuerto más grande de Europa después del de Berlín-Tempelhof. A partir de julio de 1943, los transportes se transfirieron, por motivos logísticos y de discreción, a la estación de Bobigny, más apartada, de donde partieron 21 convoyes. Poco antes de la liberación de París, se mandaron dos transportes en el último minuto en dirección a

Auschwitz y Buchenwald, debido a la insistencia del comandante de Drancy del momento, el *SS-Hauptsturmführer* Alois Brunner, que mandó arrestar a última hora a 1327 niños judíos más en París, a finales de julio.

Algunos habitantes de Drancy tenían que haber visto a aquellos hombres, mujeres y niños que se amontonaban por centenares en vagones para ganado sobre paja húmeda de orina, solamente con un cubo lleno de agua y un balde a modo de orinal. ¿Nunca recordaban aquel episodio después de la guerra, en la barra del bar, en la iglesia o en las tiendas? Me parece increíble, pero probablemente subestimo la fuerza de la ley del silencio en la Francia de la posguerra. «No se hablaba del pasado en casa», dice mi madre. «Yo me entendía bien con mi padre, pero no me contaba casi nada.»

El abuelo había sido gendarme a las órdenes de Vichy durante la Ocupación. Durante la guerra, había estado destinado en Mont-Saint-Vincent, un pueblo de unos cientos de habitantes en la región de Saona y Loira, situado en la zona llamada «libre». De este episodio, al abuelo le gustaba contar una historia, solo una, pero la repetía continuamente. En noviembre de 1942, los alemanes invadieron la zona libre para, entre otras cosas, controlar la costa mediterránea, a fin de hacer frente al desembarco en el norte de África de los estadounidenses y los británicos. La región de Mont-Saint-Vincent fue ocupada por los alemanes, que exigieron a los gendarmes que entregaran sus armas, pero Lucien y sus colegas, en un arranque de valor, conservaron algunas y las ocultaron.

Un día que unos resistentes habían cometido un atentado, los alemanes irrumpieron en los cuarteles de los alrededores y prometieron ejecutar a los rehenes si encontraban una sola arma. Mi abuelo debió de pasar un horrible cuarto de hora cuando registraron el suyo, pero, curiosamente, no se les ocurrió buscar detrás del

armario. De lo contrario, probablemente habrían destrozado el pueblo y quizá incluso habrían incendiado y matado a los rehenes para aislar a los habitantes de los maquis de la Resistencia, como hicieron en Oradour-sur-Glane, el 10 de junio de 1944. Este pueblo del Lemosín fue totalmente destruido y la mayoría de sus habitantes, más de seiscientas personas, fueron asesinados con una gran brutalidad por una compañía SS que quería vengarse de los éxitos militares de los guerrilleros en la región. Esta masacre se cuenta entre las peores perpetradas contra civiles no judíos en Europa Occidental durante la Segunda Guerra Mundial.

El abuelo falleció cuando yo tenía diez años y no tuve tiempo de enterarme de nada más. Pero un amigo de la familia, Claude, nacido en 1929, un día se ofreció a explicarme cómo había vivido aquella época de guerra y de ocupación. Claude creció en un hogar más acomodado que el de mi madre, en una casa con un gran jardín y un garaje, situada a unos veinte minutos de París. Su familia era muy antialemana. Su abuelo ya había asistido a dos invasiones de Francia por Alemania, en 1870 y en 1914, y tres de sus tíos habían sido movilizados en la Primera Guerra Mundial. Nunca hablaba de ello, como muchos de sus compañeros, abatidos por lo que les había pasado en las trincheras, líneas de defensa excavadas en el suelo que se comunicaban entre sí a lo largo de cientos de kilómetros. Los soldados de ambos bandos se habían quedado atrapados durante cuatro años, enfrentándose a unas condiciones espantosas, en espera de que les llegara la muerte en cualquier momento y en cualquier lugar. Francia había salido muy debilitada de la guerra, en el aspecto moral, demográfico y económico. La gente exclamaba: «¡Nunca más! ¡Es la última!».

Veintiún años más tarde, Europa volvía a la carga. «No sentí llegar la guerra», dice Claude, que tenía diez años en 1939. «Había carteles de movilización por todas partes y se pegaban tiras de

papel en las baldosas para amortiguar las vibraciones de los bombardeos. En la escuela repartían máscaras antigás, aquello me marcó.» Finalmente, la región donde vivía no se vio demasiado afectada por las bombas, pero uno de sus compañeros que vivía en París le hablaba de los muertos y los heridos que llenaban las calles. «En mayo de 1940, ante la proximidad de la Wehrmacht, mis padres decidieron huir, cerraron la casa y abandonaron al perro y el gato. Había muchas aglomeraciones en las carreteras, todo el mundo tenía miedo de los alemanes y huía.» Su familia se refugió en el chalé de una parienta en la desembocadura del Loira. Un mes más tarde, unos oficiales alemanes requisaron la planta baja de la casa. «Se mostraron muy correctos. La actitud de los alemanes tranquilizó a muchos franceses, que regresaron a sus casas, como nosotros.»

Ante la derrota del ejército francés, considerado uno de los más poderosos del mundo, el Estado francés pidió ayuda al mariscal Philippe Pétain, el «vencedor de la batalla de Verdún» y héroe de la Gran Guerra, que hizo un llamamiento a capitular. Desde Londres, el general De Gaulle lanzó a través de la BBC su legendario Llamamiento del 18 de junio, en el que exhortó a los franceses a continuar la lucha, sellando el acto fundador del movimiento de resistencia gaullista Francia Libre. Cuatro días más tarde, Pétain firmaba un armisticio con Adolf Hitler, que preveía que Francia se dividiría en dos partes por una línea de demarcación, una zona ocupada por el ejército alemán al norte y a lo largo del Atlántico, y una zona «libre» al sur del Loira. Francia tenía que pagar los gastos de la Ocupación alemana y aceptaba, como primera etapa en la pérdida de su integridad moral, «entregar a los refugiados políticos alemanes o austriacos presentes en su suelo».

El nuevo gobierno francés abandonó París y se instaló en Vichy. Teóricamente, ejercía su poder sobre el conjunto del país y el imperio colonial. En la práctica, se encontraba sometido a la Alemania nazi. El 24 de junio, Francia firmó un armisticio con el

aliado del Reich, Italia, que obtenía una pequeña zona de ocupación a lo largo de la frontera italiana, en la Costa Azul y en los Alpes Marítimos, zona que posteriormente se agrandaría.

«De regreso en el Loira», continúa Claude, «empecé a ir de puerta en puerta con unos compañeros del instituto para vender retratos de Pétain, en beneficio de la ayuda humanitaria. No recuerdo que me cerraran nunca la puerta en las narices. En aquel momento, el mariscal tenía una imagen muy buena. Nos decíamos: ¡es el hombre que nos salvará!» Pétain gozaba de un enorme prestigio. Los franceses le agradecían que hubiera evitado un nuevo baño de sangre al firmar el armisticio. Se tranquilizaban diciéndose que Hitler era el mejor escudo contra el avance de los bolcheviques que tanto se temía.

El Parlamento votó por una aplastante mayoría la atribución de plenos poderes al mariscal, que se encargó de redactar una nueva constitución. Era la muerte del parlamentarismo de la Tercera República, acusada de haber debilitado al país desde el punto de vista económico, militar y diplomático. El giro hacia un régimen autoritario en las antípodas de los valores de la República no pareció molestar a la mayoría de los franceses, que permanecieron impasibles ante el encarcelamiento de gaullistas destacados y de antiguos dirigentes de la Tercera República.

El 24 de octubre de 1940, cuando el Führer cruzaba Francia en tren, de regreso de España, donde se había reunido con Franco, el viejo mariscal fue a su encuentro en la estación de Montoire-sur-le-Loir y, con un apretón de manos muy mediatizado, celebró oficialmente la entrada de Francia «en la vía de la colaboración».

«Aquel apretón de manos lo cambió todo. Dejé de repartir retratos de Pétain», explica Claude. Se abría una nueva página para Francia, que se hundiría en la complicidad activa con los crímenes del Reich contra los resistentes y los judíos. Vichy se equivocó en sus cálculos. A pesar de sus pruebas de buena voluntad, los alemanes no trataron mejor a Francia.

La requisición desmesurada de dinero, alimentos y materias primas del Reich asfixiaba al país. En París, donde Claude acudía cada día al instituto, «muchas tiendas estaban cerradas y, delante de las que estaban abiertas, se formaban largas colas». Muchos habitantes vivían con menos de mil quinientas calorías al día, la electricidad estaba racionada, el carbón para calentarse era una rareza y la falta de carburante hacía casi imposibles los desplazamientos. En el campo, la vida era menos dura que en la ciudad. «Sufríamos menos privaciones gracias a nuestros árboles frutales, nuestro huerto, nuestro gallinero y una conexión familiar con un tendero. Gracias al trueque podíamos conseguir carbón para calentar dos habitaciones en invierno», añade Claude. «Pero teníamos la sensación de estar en un barco a la deriva, sin comandante a bordo. En mi región, las autoridades francesas eran invisibles; por ejemplo, el alcalde de mi municipio no aparecía por ninguna parte en ningún momento.»

En la zona sur, en cambio, las autoridades francesas eran muy visibles. Con el aumento de la resistencia, el régimen había pasado de la ofensiva carismática a la represión. Después del ataque de Alemania contra la Unión Soviética en junio de 1941, que violaba el tratado de No Agresión firmado por los dos países en agosto de 1939, los comunistas franceses abandonaron su neutralidad para incrementar el número de atentados, sabotajes y asesinatos, primero independientemente de los gaullistas y después conjuntamente. Los alemanes contraatacaron con la ejecución de los rehenes por decenas, que elegían al azar en las prisiones. Pétain intentó intervenir, pero lo único que consiguió fue que el régimen de Vichy se ocupara del trabajo sucio, persiguiendo a los resistentes y ejecutando a los rehenes franceses.

En cuanto a los alemanes, incluso en la zona de ocupación, su presencia no era la misma en todas partes. «Los veía raramente, no los había en mi municipio. Vivíamos en una burbuja, como otros franceses. En cambio, los que vivían en París se enfrentaban a la

Ocupación.» Claude no sabía nada de la Resistencia, aparte de los carteles de los fusilados que los alemanes colgaban en el tren para disuadir a los que pudieran sentir la tentación de unirse a ella. Su padre escuchaba la BBC, porque era anglófono y anglófilo. «Había sacado un gran mapa de Europa y, en función de las informaciones que oía, hacía avanzar o retroceder los peones.»

A partir de noviembre de 1942, cuando el Reich invadió la zona «libre», la popularidad del régimen de Vichy declinó rápidamente. La paz prometida estaba lejos de vislumbrarse. Las privaciones y la presión para enviar franceses a trabajar a Alemania en el marco del Servicio de Trabajo Obligatorio (STO) se hacían insoportables.

La vivencia de la Ocupación, aunque fue dura para todos, tiene múltiples rostros, según las relaciones que se tenían, según si se estaba politizado o no, si se vivía en zona libre o en zona ocupada, en el campo o en la ciudad, y si se tenían resistentes, colaboracionistas o prisioneros en la familia. El 6 de junio de 1944, los Aliados desembarcaron en las playas de Normandía. A finales de agosto, París fue liberada.

Después de la guerra, durante mucho tiempo, mi madre, como la gran mayoría de sus compatriotas, se dejó engañar por la historia oficial, que afirmaba que su país había resistido mayoritariamente a los alemanes y se había liberado de su yugo a fuerza de combatir. Pero ¿de verdad creían los franceses en aquella versión de la historia? En el entorno de Claude, que era estudiante después de la Liberación, «sentíamos claramente que no había nada demasiado glorioso en aquel episodio. Preferíamos no hablar de ello».

Oficialmente, el mito había arraigado desde las primeras horas de la Liberación de París, el 25 de agosto de 1944, cuando el general Charles de Gaulle exclamó: «¡París liberada! Liberada por sí misma, liberada por su pueblo con la cooperación del ejército de Francia, con el apoyo y el concurso de toda Francia, [...] de la

verdadera Francia, de la Francia eterna». En realidad, París no fue liberada por la Resistencia, que sin duda había combatido, pero estaba demasiado exangüe para este reto. Fue el ejército estadounidense el que permitió a De Gaulle que entrara en primer lugar la división francesa del general Leclerc.

El presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt y otros dirigentes aliados dudaban que Francia pudiera convertirse en un aliado fiable y democrático. No solamente había renunciado al combate y abandonado a Gran Bretaña frente a la Alemania nazi, sino que era el único país no aliado del Reich que había colaborado estrechamente con el enemigo. No obstante, gracias al compromiso de los resistentes en el nuevo ejército francés reconstituido al lado de los Aliados después de la Liberación, gracias a su adhesión a la democracia y, sobre todo, gracias a la obstinación del general De Gaulle, Roosevelt acabó por aceptar incluir a Francia en la victoria de 1945. De esta manera, Francia evitó la humillación de ser tratada como país vencido. Aunque no se consideraba un vencedor de primer orden y no fue invitada a las conferencias interaliadas sobre la suerte del Reich vencido, obtuvo paradójicamente una pequeña zona de ocupación en Alemania y un lugar en el Consejo Permanente de Seguridad de la ONU.

Sobre esta mentira original de una «Francia victoriosa», se construiría el mito de una «Francia resistente». Por una disposición del 9 de agosto de 1944, el general De Gaulle, que gobernaba el país después de la Liberación, decretó «nulo y sin efecto» el régimen de Vichy, considerando que este último nunca había representado a Francia, puesto que «la República nunca ha dejado de existir», encarnada por «la Francia libre, la Francia combatiente, el Comité Francés de Liberación Nacional», es decir, la Resistencia.

Así nació la interpretación a la que el Estado francés se apegaría durante medio siglo: contrariamente a la RFA, que, bajo Konrad Adenauer, aceptaría «oficialmente» la pesada herencia de la responsabilidad de los crímenes del Tercer Reich, Francia se libraba

de un legado inoportuno, como si Vichy hubiera sido impuesto por la fuerza por un pequeño grupo de criminales a una población que se le oponía ferozmente. Incluso la policía nacional fue agasajada como «resistente», cuando había participado masivamente en los desvalijamientos de judíos y en la vigilancia de los campos.

«De repente, montones de supuestos resistentes salían de todas partes..., no eran más que sinvergüenzas», dice Claude. Reinaba el oportunismo. La gente se peleaba por obtener un carné de los Combatientes Voluntarios de la Resistencia. Se distribuyeron entre 220.000 y 300.000, que, a veces, no recompensaban tanto un compromiso con peligro para la vida como el talento de hacerse pasar por lo que nunca se había sido. Se invocó la idea vaga de «servicios prestados a la Resistencia» para garantizar la impunidad a unos colaboracionistas que habían cambiado de chaqueta en el último minuto. Incluso entre los que realmente habían tomado las armas contra los alemanes, se manipulaba la memoria de la Resistencia para apropiársela.

El campo del general De Gaulle estaba en competencia con el partido comunista, que se definía como el «partido de los 75.000 fusilados», en alusión al supuesto número de comunistas sacrificados, una cifra muy exagerada según los historiadores. El partido glorificaba a la gran familia antifascista, cuyo papel principal se atribuía, y explotó este filón para abrirse paso de forma espectacular en las elecciones, en las que fue el partido más votado de Francia. Es cierto que los comunistas habían desempeñado un papel central en la Resistencia, pero parecían olvidar que, a causa de su obediencia al pacto germano-soviético, habían esperado al verano de 1941 antes de considerar a los nazis como enemigos, en lugar de comprometerse en la Resistencia desde el principio.

Sin embargo, después de la Liberación, el partido comunista tuvo la elegancia de rendir homenaje al conjunto de las víctimas, prisioneros de guerra, veteranos, judíos, civiles y trabajadores forzosos, mientras que el general De Gaulle prefería ignorarlos y

engrandecer solo a los héroes de la Resistencia para vender la imagen de una Francia combatiente y hacer olvidar que había capitulado. El cine era un maravilloso medio para esta propaganda. En 1944, el Comité de Liberación del Cine Francés, creado por artistas del séptimo arte, recibió el estímulo de las autoridades para reforzar una identidad nacional «positiva». Una película emblemática de esta orientación es *La batalla del riel*, de René Clément, estrenada en 1946, que relata las operaciones de sabotaje de los ferroviarios franceses para entorpecer la circulación de los trenes durante la Ocupación nazi.

Este embellecimiento del papel de Francia era bienvenido. A pesar de que la situación era menos extrema que en Alemania, los franceses sufrían duramente las consecuencias de la guerra: infraestructuras y ciudades destruidas, racionamiento alimentario, escasez de carbón... Tanto más cuanto que el ambiente estaba más bien envenenado en una sociedad en la que todo se miraba con recelo, en espera de saber quién, en los ajustes de cuentas con los colaboradores, iba a ser el denunciante y quién el denunciado.

Después de la Liberación, decenas de miles de franceses fueron castigados por la justicia popular. Al deseo de justicia y de venganza, se mezclaban ajustes de cuentas de un tipo muy diferente. Los aprovechados se inventaban pruebas para poder librarse de un competidor o apropiarse de los bienes codiciados; ante la menor sospecha, se podía linchar a una persona. Unas nueve mil personas fueron ejecutadas sumariamente. Unas veinte mil mujeres, acusadas de «colaboración horizontal», es decir, de haberse acostado con alemanes, fueron rapadas en plena calle y entregadas en fila a una multitud llena de odio. Eran las rehenes de una virilidad patriótica de otro tiempo que exigía que los cuerpos femeninos pertenecieran a la nación. «Cerca del pueblo de su infancia, mi madre conocía a una mujer a la que habían rapado junto

con otras en la plaza central porque habían “frecuentado” a los alemanes», cuenta Josiane. «Mi madre, que la visitaba, desaprobaba abiertamente su conducta, incluso diez años después, pero también le parecía que la sentencia había sido demasiado dura.»

La violencia de la depuración popular aceleró la organización de procesos legales. Se instauró un nuevo crimen, el de «indignidad nacional», punible con una pena de degradación nacional, que afectaba a los que habían participado en las actividades del régimen, en sus organizaciones y partidos políticos, y en la propagación de sus ideas. Unas cien mil personas se vieron afectadas por esta pena, que comportaba la privación de derechos cívicos y la prohibición de ejercer ciertas funciones u oficios (abogado, banquero, profesor...). Según el especialista en el periodo Henry Rousso, un centenar de ministros y políticos fueron citados ante un tribunal especial, el Tribunal Superior de Justicia. La mitad de ellos fueron condenados a penas de prisión y algunos a la pena de muerte, tres de los cuales fueron ejecutados. En total, según Henry Rousso, se pronunciaron unas siete mil condenas a muerte, de las que mil seiscientas se cumplieron, es decir, más que en otros lugares y seis o siete veces más que en toda Alemania.

Se crearon comisiones en el seno de las administraciones departamentales, los ministerios y las empresas nacionales, que sancionaron a decenas de miles de funcionarios y empleados. Las depuraciones afectaban también a la Iglesia, el ejército y los medios de comunicación. Pero muchos peces gordos escaparon a los procesos: los magistrados, a pesar de que habían contribuido ampliamente a aplicar las leyes de Vichy, los técnicos de los grandes cuerpos del Estado y los hombres de negocios, con algunas excepciones, como Louis Renault, fundador del imperio automovilístico eponimo, que murió en prisión antes de ser juzgado.

Los que se vieron afectados con mayor dureza fueron los ideólogos de Vichy y los intelectuales cercanos a los medios

colaboracionistas. El escritor Louis-Ferdinand Céline, brillante autor del pacifista *Viaje al fin de la noche* y de panfletos antisemitas, consiguió huir a Dinamarca, de donde regresó en 1951 tras ser amnistiado. Pierre Drieu la Rochelle, dandi novelista seductor de mujeres, amigo de los dadaístas y los surrealistas, y después adepto a una especie de «socialismo fascista», título de una de sus obras, se suicidó. Algunos periodistas fueron fusilados, entre ellos el influyente escritor y crítico de cine Robert Brasillach, redactor jefe del periódico colaboracionista y antisemita *Je suis partout*. Numerosos escritores se habían movilizado en vano para pedir clemencia al general De Gaulle. «El talento es un título de responsabilidad» y, por lo tanto, una circunstancia agravante, porque aumenta la influencia del escritor, estimó el jefe de Estado.

Todos esperaban con impaciencia el proceso de los principales actores. En julio de 1945, se inició el del mariscal Philippe Pétain, que entonces tenía ochenta y nueve años, que abrió una línea de defensa cuando menos audaz: «Utilicé este poder como un escudo para proteger al pueblo francés [...]. Cada día, con un puñal en la garganta, luché contra las exigencias del enemigo. La Historia dirá todo lo que os he evitado, cuando mis adversarios solo piensan en reprocharme lo inevitable [...]. Mientras el general De Gaulle, fuera de nuestras fronteras, continuaba su lucha, yo preparaba el camino de la Liberación, manteniendo una Francia dolorosa pero viva». Sus abogados llegaron al extremo de pretender que, a causa de su edad avanzada, el dirigente de Vichy había sido engañado por la segunda personalidad más importante del régimen después de él, Pierre Laval, que lo habría arrastrado a una colaboración creciente con el enemigo. El mariscal fue condenado a muerte, pero el general De Gaulle le conmutó la pena por la de cadena perpetua. Para la paz interior de Francia, era mejor no ofender a los antiguos petainistas, porque eran muy numerosos.

Sin embargo, era necesario que alguno pagara. Fue Pierre Laval, el último dirigente del gobierno de Vichy, quien, el 22 de junio de 1942, pronunció una frase impactante en un discurso radiofónico: «Quiero la victoria de Alemania, porque, sin ella, el bolchevismo, mañana, se establecerá en todas partes». Durante su proceso, Pétain había afirmado que se había indignado ante esta declaración. En realidad, como ha desvelado el historiador Marc Ferro, el mariscal la había avalado claramente e incluso había hecho cambiar la versión inicial «Creo en la victoria de Alemania» por «Quiero la victoria de Alemania». El proceso de Laval fue un desastre. Constantemente abucheado por el público, amenazado por un jurado parcial y linchado por la prensa, finalmente fue condenado a muerte por alta traición y ejecutado una semana más tarde después de haberse negado a pedir clemencia. En sus *Memorias de guerra*, De Gaulle escribió: «Laval había jugado. Había perdido. Tuvo el valor de admitir que asumía las consecuencias».

Con estos procesos, había nacido una nueva leyenda, la de los «dos Vichy», uno representado por Laval, en cuerpo y alma al servicio de los alemanes, y el otro, el de Pétain, que, con el pretexto del colaboracionismo, habría servido de «escudo» a Francia en espera de que interviniera la «espada», encarnada por De Gaulle.

Unos años después de la gran cólera de los franceses en la Liberación contra los supuestos colaboracionistas, el suflé se desinfló y dejó vía libre a lo que los historiadores bautizaron como la «desdepuración». Francia no podía prescindir del conjunto de sus altos funcionarios, pues muchos resistentes no estaban formados para realizar las funciones de técnicos especializados en el aparato de Estado. La reintegración masiva de los funcionarios de Vichy y la amnistía de condenados se desarrollaron ante la indiferencia general, sin duda facilitadas por la ausencia del general De Gaulle, que había dimitido de su cargo en 1946.

En diciembre de 1948, el 69 por ciento de los condenados habían sido amnistiados. En 1953, una nueva ley de amnistía acabó de legalizar la impunidad y permitió liberar a la gran mayoría de los detenidos relacionados con Vichy. Bajo la presidencia de René Coty a partir de 1953, entraron en el gobierno antiguas personalidades del régimen de Vichy, como André Boutemy, cuyo nombramiento suscitó numerosas protestas, sobre todo, por parte de los comunistas. En 1965, Jean-Louis Tixier-Vignancourt, responsable de la propaganda y la censura en Vichy, mariscalista pero antialemán, obtuvo el 5,2 por ciento de los votos en las elecciones presidenciales. La continuidad entre los dos regímenes era aún más fuerte entre bastidores, en la administración y los grandes cuerpos del Estado, donde, entre dos tercios y el 98 por ciento de los funcionarios, ya habían ocupado un puesto en Vichy.

«En la escuela, casi no se hablaba de la guerra», señala mi madre. «Nos enseñaban la Antigüedad y las etapas gloriosas de Francia: Luis XIV, la Revolución francesa, Napoleón y después la irradiación colonial de la Francia benefactora y portadora de civilización. Estábamos orgullosos de ver todo lo que poseíamos en todas partes.» Claude, que estudiaba en Sciences-Po, en París, una escuela de élite destinada a formar a futuros altos funcionarios, también es categórico: «Las clases se suspendieron en 1939. Los problemas de la guerra y del periodo inmediato de antes de la guerra no estaban en el orden del día. En cambio, se hablaba mucho del comunismo, teníamos miedo de que Europa fuera invadida».

Muy pronto, una noticia de otra naturaleza monopolizaría la atención de los franceses: la pérdida del imperio colonial, en el que se habían desarrollado movimientos de emancipación en favor del debilitamiento de la fuerza colonial durante la guerra. En unos años, Francia tuvo que separarse de Indochina y después de Túnez, Marruecos y sus territorios del África negra. Pero lo más traumático para ella fue la Guerra de Argelia, que tenía el estatuto de

departamento francés y se percibía como la prolongación natural de Francia en la otra orilla del Mediterráneo. «Los jóvenes temblaban ante la idea de ser alistados», relata mi madre. «Recuerdo el día que vinieron a buscar algunos en Blanc-Mesnil para mandarlos a combatir allí. Todo el mundo decía: nunca regresarán.»

En 1958, cuando Francia atravesaba una importante crisis a causa de la Guerra de Argelia, varios dirigentes franceses lanzaron un llamamiento al general De Gaulle, que, después de un decenio de «travesía del desierto», aceptó tomar las riendas del poder. Hizo aprobar por referéndum la constitución de la Quinta República y después fue elegido presidente de la República. Abrió el camino para la independencia de Argelia, lo cual provocó la ira de los *pieds-noirs*, de los cuales alrededor de ochocientos mil abandonaron una tierra en la que vivían desde hacía generaciones, para irse a un país que apenas conocían. El conflicto argelino también había hecho tambalear la creencia en una Francia que respetaba los derechos humanos, con la revelación de que el ejército francés utilizaba sistemáticamente la tortura para sacar información a sus prisioneros. Antiguos resistentes e intelectuales, como Jean-Paul Sartre y su compañera, Simone de Beauvoir, compararon estas prácticas con las de «la Gestapo» y los «nazis». La aureola de una Francia que se enfrentaba a la barbarie nazi e inmunizada contra aquella crueldad había palidecido.

Pero De Gaulle se apegaba a su mito nacional. Una vez en el poder, se apresuró a revalorizar la memoria de los «franceses combatientes», con la inauguración en 1960 de un memorial en Mont-Valérien, donde habían sido ejecutados más de un millar de resistentes. En 1964, mandó trasladar al Panteón de París, donde se encuentran las tumbas de los «grandes hombres» de Francia, las cenizas de Jean Moulin, dirigente del Consejo Nacional de la Resistencia, torturado hasta la muerte por la Gestapo. Bajo la

presidencia del general, las películas sobre la Resistencia regresaron con fuerza, por ejemplo con *La línea de demarcación*, de Claude Chabrol (1966), o *El ejército de las sombras*, de Jean-Pierre Melville (1969). Estas películas recreaban la competencia y los sacrificios de aquellos héroes sin perjudicar nunca la imagen pactada de una Francia unida alrededor de sus resistentes.

En 1962, cuando estaba de pícnic con su amiga Françoise en el césped del parque Saint-James de Londres, Josiane vio acercarse a un joven alto y delgado, de pelo más rubio que el trigo y con una mirada inundada de azul. En un francés vacilante pero encantador, le preguntó si podía unirse a ellas. Era Volker, que al ver los quesos, los salchichones y el vino dispuestos sobre el mantel, supo que se encontraba ante unas francesas que se habían preocupado de traer vituallas de Francia para no morir de hambre en un país cuya reputación gastronómica era catastrófica. Nadie sabe qué placeres en perspectiva hicieron sucumbir a mi padre cuando abordó a las chicas, pero, cuando se despidió de ellas, lo hizo con la dirección de Josiane en el bolsillo. Dos años más tarde, de paso por París, se puso en contacto con ella, le regaló un ramo de violetas y le dio un beso.

La primera vez que visitó a Volker en Mannheim, en 1966, al volante de su dos caballos, Josiane se quedó impresionada por las infraestructuras viales, la «ola verde» que permitía encadenar los semáforos verdes a la vez que se respetaban las limitaciones de velocidad, las flechas direccionales en el suelo, las intersecciones, los grandes puentes modernos, las confluencias complejas y, por supuesto, las autopistas. El milagro económico alemán se había adelantado al de Francia. «Era asombroso, todo me parecía más moderno que en nuestro país. Además, disponer de marcos alemanes suponía una gran ventaja frente al franco, que se devaluaba constantemente.» Mi madre se sintió de inmediato a

gusto en Alemania. «Nunca había sido de los que veía un nazi detrás de cada alemán. Nosotros, los jóvenes, éramos más bien positivos, ahora estaba la Comunidad Económica Europea, lo olvidábamos todo y lo empezábamos todo juntos, confiando en el futuro y la solidaridad.»

Hay que decir que Josiane ya conocía un poco el país. Entre 1947 y 1949 había vivido en Lindau, una bonita ciudad del sur, a orillas del lago de Constanza, situada en la zona de ocupación francesa, adonde su padre había sido trasladado. Vivían en un piso requisado por los franceses y cuya ocupante, alemana, les servía de criada, a pesar de que mi abuela, que no tenía la costumbre de tener sirvientes, prefería ocuparse ella misma del hogar. Josiane recuerda fiestas, fuegos artificiales y comida en abundancia, en un momento en que los alemanes luchaban por no caer en la miseria.

En Mannheim, mi madre apreció la amabilidad de la familia de su novio, tanto más cuanto que podía intercambiar pequeñas informaciones con ellos. A su regreso de Lindau cuando tenía ocho años, su profesora francesa había convencido a sus padres para que le pagaran clases particulares de alemán. «Aquellos gastos mermaban bastante el presupuesto ya modesto de la familia, pero mis padres siempre se apretaron el cinturón para darnos la educación que ellos no habían tenido.» Karl Schwarz estaba orgulloso de pavonearse por las calles con aquella belleza latina y Lydia Schwarz se sentía feliz de tener una nueva aficionada a sus pasteles legendarios. Sin embargo, la Oma se había estremecido un poco cuando su hijo le había anunciado que quería prometerse con «una francesa católica». Le había respondido: «Con todas las chicas respetables que hay en Alemania, ¿no habrías podido encontrar a una alemana?».

Más que la nacionalidad, lo que debía de ser difícil de tragar era la religión, porque era una ferviente protestante, y el catolicismo, con sus obispos ataviados de colores e hilos dorados, sus misas llenas de vapores de incienso y sus rituales en los que el sacerdote bebe

vino de un cáliz lo tenía todo de una «secta» y dudaba mucho que sus adeptos pudieran un día entrar en el paraíso. A modo de consolación, consiguió que la boda, que debía celebrarse en Francia, tuviera lugar en una iglesia protestante. Mis padres tuvieron que prepararse meses antes en París realizando interminables sesiones de plegarias con un pastor pietista, una rama muy severa del protestantismo. Pero lo que más entristecía a la Oma era ver partir a su hijo, su «Dios en la tierra», a un país desconocido donde sus nietos crecerían sin ella.

En 1971, durante la cena de Nochevieja, se decidió que Volker viajaría a París con su madre y su hermana para reunirse con el padre de Josiane y su nueva esposa, Geneviève, y así hablar todos juntos de los preparativos de la boda. La madre de Josiane había fallecido unos años antes, sin conocer a Volker. El viaje tenía que hacerse en coche desde Mannheim, y la Oma subió a bordo sin inquietud, pues conocía la calidad de las autopistas alemanas. Pero, después de la frontera, hubo que contentarse con la nacional 3 que conducía de Metz a París, una carretera de dos carriles peligrosa y llena de camiones, además cubierta de hielo y nieve en aquella época del año. Cruzaron una Champaña desértica y desprovista de infraestructuras donde estuvieron a punto de quedarse sin gasolina, antes de llegar a París al cabo de diez horas, agotados, hambrientos y sedientos. La Oma se había quedado desconcertada ante aquellas carreteras llenas de agujeros, la falta de restaurantes y de lavabos públicos en el recorrido, y los paisajes de Champaña sin rastro de construcciones en el horizonte, un inmenso contraste con la densidad urbana de la región de Mannheim. Sin duda, había extrañado las *Autobahn*, porque en esto era incontestable que los alemanes llevaban un considerable adelanto sobre los franceses, ¿gracias a quién? ¡Lástima que Hitler no hubiera tenido tiempo de construirlas en Francia durante la Ocupación!

En París, Volker estaba dando una vuelta en coche con su madre y su hermana para mostrarles la Sorbona, un noble e imponente edificio donde había estudiado su novia, cuando la Oma exclamó: «Estos franceses son gentuza (*Lumpenpack*), ¡no tienen ningún pudor!». Desde el coche, había vislumbrado al pasar el acrónimo de Presses Universitaires de France, PUF, en la parte delantera de un escaparate cuyo contenido no había tenido tiempo de ver. Lo había tomado por un «*Puff*», que significa «burdel», y pensó que, a los pies de la Sorbona, una casa de placeres carnales estaba muy bien situada para que los estudiantes fueran a distraerse entre dos clases magistrales, lo cual reforzó un instante su idea de que estaba en un país de católicos con costumbres indignas.

La tarde de fin de año, mi madre, el abuelo y su nueva esposa se habían desvivido por preparar una cena exquisita, que no debía servirse antes de las diez de la noche, para que el postre llegara puntual a medianoche. Hambrientas, Ingrid y su madre, que tenían la costumbre de cenar a las seis y media, se consolaron con las galletas del aperitivo y, cuando llegó la hora de la cena, tuvieron que enfrentarse con valor a las ostras y los caracoles que les habían servido, para ellas un reto equivalente al de comerse una araña frita en Camboya para un francés. Aquella noche no dijeron nada pero, más adelante, no se contuvieron a la hora de criticar la cocina de mi madre, muy alejada de los estándares de los alemanes, bien conocidos por su talento culinario... Al principio, Josiane llevaba a su suegra a los mercados franceses, pero este turismo alimentario duró poco, porque no había pensado en el malestar que producía, para un no iniciado, la visión de la carne al aire libre, las lenguas de vaca colgadas de ganchos, los cerebros de cordero en bandejas o los riñones bañados en su sangre. Curiosamente, lo que más indignó a la Oma fueron las verduras llenas de tierra colocadas sobre papel de periódico directamente en el suelo: «Un alemán nunca se comería esto, ¡espinacas sucias!».

Mi madre no intentó saber lo que el padre de su novio había hecho durante la guerra. Volker le había asegurado que no se había afiliado al partido nazi. «Si hubiera sabido que había sido del partido, no habría cambiado mi decisión, pero me habría molestado un poco... El hijo de un nazi...», dice en la actualidad. Lucien tampoco hacía preguntas, pero no se cortaba en absoluto a la hora de hacer observaciones desagradables sobre Volker. «Me decía: “¿Qué nos traes? ¿No hay bastantes franceses, aquí? Un chico con esos rasgos tan marcados, que no tiene cuello, como todos los alemanes. Me pregunto dónde lo has encontrado”. Después, empezó a apreciarlo, le parecía inteligente.» Fuera de la familia de Josiane, la acogida fue a veces glacial, porque algunos franceses habían sufrido terriblemente la brutalidad de los alemanes.

Para anunciar su matrimonio, Josiane y Volker viajaron en un dos caballos hasta el Jura, de donde era originario Lucien, para visitar al hermano de este, Prosper, y a su esposa, Madeleine. Durante la guerra, los alemanes habían irrumpido en la granja de Madeleine para buscar a su hermano, un resistente que había sido denunciado, pero Prosper había tenido tiempo de unirse al maquis, que era muy fuerte en aquella región de montañas y bosques propicios para el camuflaje. Mientras ponían la casa patas arriba, la familia de Madeleine temía que descubrieran los restos de un paracaídas inglés que habían encontrado en un campo de los alrededores y se habían llevado a casa para hacer sábanas, un hallazgo valioso para aquellos campesinos pobres. Furiosos porque el hermano resistente se les había escapado, los alemanes incendiaron la granja. Si hubieran reconocido la textura de la tela de paracaídas en las sábanas, probablemente habrían deducido que se encontraban ante una familia de resistentes y quizá los habrían fusilado allí mismo. Cuando Josiane se sentó en el salón con Volker y su fuerte acento alemán, Madeleine y Prosper debieron de crispase. Aunque habitualmente eran afectuosos con su sobrina, en esa ocasión no se mostraron muy hospitalarios.

La siguiente etapa debería haber sido Bellegarde-en-Forez, un pueblecito idílico no lejos de Lyon, de donde era originaria su madre y donde Josiane tenía una tía a la que estaba muy unida, en cuya casa siempre había pasado las vacaciones. Cuando yo era pequeña, dormíamos en su casa, al lado de la carretera del sur, no tenía cuarto de baño y nunca limpiaba los cristales, pero, como contrapartida, poseía un patio y una inmensa jaula con canarios, lo que hacía las delicias de mi hermana Nathalie y mías.

«La tía Jeanne nunca decía “alemán”, sino “*boche*” o “*dorefin*», recuerda mi madre. «Cuando le dije que me iba a casar con un alemán, dijo: “¡Lo que faltaba! Si tu madre estuviera aquí...”.»

En realidad, la tía Jeanne dijo mucho más que esto, incluso lo escribió en una carta que Josiane había olvidado y que encontré, y, cuando se la leí a mi madre y a su hermano, este pensó que era falsa, debido al odio que transpira. Este es un extracto: «De qué me acabo de enterar, que te cases con un *boche* es una vergüenza para la familia, sabía que existían bobos en la familia, pero no sabía que había una loca, tu padre está tan loco como tú, realmente habéis perdido la razón, creo que hay suficientes franceses para que tengas que casarte con esta sucia raza. [...] Si tu pobre madre viviera, qué diría, ella que sabe lo que son las guerras, ella que ha soportado tanto, resistido el hambre y a todo, y tú te entregas a esos *hulans*». Yo no conocía este término, que había escrito mal, en lugar de *uhlan* [ulano], que significa «jinete armado con una lanza en los ejércitos eslavos y germánicos». La tía Jeanne termina con estas palabras: «Te expulsó de mi familia como a una apestada. [...] Elige a un francés; aunque solo fuera un pastor de ovejas, sería francés».

La tía Jeanne no había sufrido especialmente por la Ocupación en Bellegarde-en-Forez, un pueblo situado en la zona libre que no había creado problemas, pero formaba parte de los franceses que, después de la partida de los alemanes, sintieron un odio feroz contra los que sospechaban que habían pactado con el ocupante. «Contaba muchas más cosas de la guerra que mi padre, nos

agobiaba con los colaboracionistas y, sobre todo, con las mujeres del pueblo que se habían acostado con el ocupante.»

En la década de 1970, la mitología que Francia intentaba alimentar sobre su papel durante la guerra estalló en pedazos. Una película documental fue lo que abrió la brecha, *La tristeza y la piedad*, de Marcel Ophüls, que ponía de manifiesto el comportamiento ambiguo de los franceses respecto a los alemanes en la Francia de Vichy, a partir de entrevistas a habitantes de Clermont-Ferrand y a antiguos soldados alemanes del regimiento. La película fue censurada por la Oficina de Radiodifusión y Televisión Francesa del Estado, ORTF, y tuvo que contentarse, a finales de 1971, con emitirse en una pequeña sala de cine del distrito 5 de París, pero la censura y la polémica le dieron mucha publicidad. Ophüls cuenta que el director general de la ORTF, al principio más bien favorable, fue a ver al general De Gaulle, retirado en su casa solariega de Colombey-les-deux-Églises después de haber dimitido de la presidencia de la República en 1969, para preguntarle su opinión sobre esta película, que decía «verdades desagradables». «De Gaulle respondió: “Francia no necesita verdades; Francia necesita esperanza”.»

¿Quién mejor que el general De Gaulle sabía que, el verano de 1940, solamente unos miles de franceses habían respondido a su llamamiento al combate y que la Resistencia solo empezó a manifestarse seriamente a partir de finales de 1942, gracias a la afluencia de nuevos candidatos que huían, en primer lugar, del trabajo obligatorio en Alemania? El general murió antes del hundimiento del mito que él mismo había contribuido a construir.

El terremoto se produjo en 1973, con la publicación en Francia del libro *La Francia de Vichy*, del historiador americano Robert O. Paxton, que, con la ayuda de archivos alemanes y estadounidenses,

realizó un retrato extraordinario e inédito de este episodio que los archivos franceses seguían manteniendo bajo secreto. Una a una, desmontaba las leyendas que se habían acumulado después de la guerra. Reveló que la Resistencia activa nunca había reunido a más del 2 por ciento de la población adulta francesa, combatientes de valor a menudo ejemplar que pagaron un pesado tributo a la represión de las fuerzas de Vichy y del ejército alemán. La mayoría de los historiadores calculan que el número de resistentes activos fue de entre 200.000 y 300.000. A ellos, se añadieron simpatizantes en el seno de la población, que Paxton estima en un 10 por ciento, dispuestos a asumir riesgos más o menos importantes, como pasar mensajes, aportar una pequeña ayuda logística, mentir a los alemanes o leer periódicos prohibidos.

Por otra parte, Paxton mostraba que la colaboración había sido una propuesta de Vichy, que creía en la victoria de Alemania y quería asegurarse un lugar en la futura Europa hitleriana, mientras que Alemania, por su parte, se había mostrado reticente, al menos al principio, porque Hitler no veía en Francia a un potencial aliado, sino únicamente una fuente de riquezas y una base militar contra Gran Bretaña. El historiador explicaba que la decisión del gobierno de apoyar al Reich en lugar de limitarse a las cláusulas del armisticio, que exigían de él una simple administración del territorio, había convertido a muchos franceses en cómplices de medidas y actos criminales. Había permitido a los alemanes llevar a buen puerto sus proyectos con mayor facilidad: el saqueo económico y alimentario, el exilio forzoso de la mano de obra francesa hacia Alemania y, sobre todo, la represión sangrienta de los resistentes y la deportación de 76.000 judíos de Francia. Con su falta de tropas y de personal, los alemanes habrían tenido dificultades para controlar un país tan desarrollado y grande como Francia.

Otro punto esencial es que Paxton explicaba que la política de Vichy no había sido una reacción pragmática a la Ocupación alemana —que, además, resultaría perjudicial—, sino que respondía

también a una aspiración política, e incluso ideológica, de una parte de los franceses. El historiador desmontaba así el mito según el cual los alemanes habían querido imponer su ideología a Francia. En realidad, Pétain había intentado asociarse con el nuevo orden de los nazis con su proyecto de Revolución Nacional, que tenía puntos en común con el fascismo y el nacionalsocialismo: rechazo del parlamentarismo y de la república, del modernismo cultural y de las élites intelectuales y urbanas; supresión de los sindicatos y prohibición del derecho de huelga; apología de los valores tradicionales, trabajo, familia y patria; antisemitismo de Estado; culto a la personalidad del jefe, con la efigie del mariscal omnipresente, en las monedas, los sellos, las paredes de los edificios públicos o en forma de busto, y el famoso *Maréchal, nous voilà! (¡Mariscal, aquí estamos!)* convertido en el himno nacional oficioso.

El proyecto de Revolución Nacional suscitó mucho entusiasmo en numerosas familias políticas, cuyo combate contra la República ya había empezado mucho antes de la llegada de Vichy.

A principios de la década de 1930, ante la impotencia de los sucesivos gobiernos republicanos y la influencia creciente del bolchevismo, se multiplicaron las organizaciones políticas y paramilitares llamadas «ligas», nacionalistas o fascistas y en parte compuestas por antiguos combatientes. Una de las más influyentes era Acción Francesa, dirigida por el carismático escritor Charles Maurras, monárquico, opuesto a las fuerzas liberales, que comparaba con los judíos, a los que quería excluir de Francia. El 6 de febrero de 1934, los miembros de las ligas estuvieron en primera fila en una manifestación contra el Parlamento a la que asistieron alrededor de 40.000 personas. Algunos pensaban que podrían derrocar la República. Pero la manifestación degeneró en un combate callejero mortal y, dos años más tarde, las ligas fueron disueltas. Vichy ratificaba la victoria de sus ideas.

El libro de Paxton sacudió a la sociedad francesa. En el cine, la Resistencia perdió su estatuto de culto intocable. En *Lacombe*

Lucien (1974), Louis Malle se atrevió a llevar al cine el retrato de un joven campesino bastante tosco que, después de haber sido rechazado por la resistencia local, se convirtió en colaborador por despecho y cometió excesos, antes de huir con una judía de la que se había enamorado. El director planteaba un interrogante nuevo para los franceses: en 1940, ¿qué bando habría elegido yo?



Cuando se celebró la boda de Josiane y Volker, en mayo de 1971, gracias a la abundancia de champán y vino, todo el mundo volvió a entenderse de maravilla: los numerosos compañeros de mi padre que habían venido sin sus mujeres e impresionaron al abuelo al acabar con todas sus reservas de Ricard, que bebían de un trago y sin agua como si fuera aguardiente, la familia Schwarz, la de la primera mujer de Lucien y la de su nueva mujer. Aquella mezcla explosiva terminó con una enorme desbandada en la que se bailaba

encima y debajo de las mesas, se reía, se hacían muecas y se gesticulaba para intentar hacerse comprender por el vecino cuya lengua no se hablaba. «En cierto modo teníamos la sensación de infringir las reglas, desafiábamos aquellos antiguos odios», recuerda mi madre. «Era una pequeña provocación, el símbolo de un nuevo espíritu europeo, era estimulante.»

El abuelo invitó a la Oma a bailar y a ella le pareció encantador. No creo que le hablara de sus años con las fuerzas de ocupación francesa en Lindau. Y no creo que ella le repitiera lo que le dijo a Josiane alzando mucho la voz un día en un restaurante en Lorena: «Esto era nuestro, nos lo quitasteis cuando no lo necesitabais; ¡éramos nosotros los que no teníamos suficiente lugar!». La antigua fobia hitleriana de la falta de *Lebensraum* (espacio vital) había dejado su huella.

¿El Holocausto? No sé qué es

En casa de la Oma, la habitación que siempre me había impresionado más era el comedor, cuyos pesados muebles de madera oscura tallada transmitían una nobleza intimidatoria sin comparación con el resto del apartamento. Delante de un imponente aparador de cerca de tres metros de largo, cuyas puertas estaban decoradas con un laberinto de finos arabescos floreados, había una vitrina fabricada de una madera tallada de manera similar, con altas patas curvadas, donde la Oma guardaba las mejores piezas de su porcelana fina, objeto para mí de una deliciosa fascinación a la que no me cansaba de sucumbir cada vez que entraba en aquella habitación. Había empezado su colección en la década de 1930, en un momento en que la moda de los objetos de decoración orientales estaba en alza y en que las damas se rifaban las piezas raras en las subastas; me gusta imaginar la algarabía febril y la histeria de golpes de paraguas y tacones que podía provocar una taza en miniatura con delicadas pinturas.

Mi abuela se las había arreglado bien, porque su vitrina estaba llena de tazas de una variedad fabulosa, diferentes en tamaño y

forma, unas veces semiesféricas y otras hexagonales o cilíndricas, cuyas asas también eran muy variadas, que parecían adaptarse a las curvas caligráficas de un misterioso alfabeto. Lo que atraía tanto de aquellos objetos eran las escenas pintadas con una minuciosidad exquisita en la superficie de la porcelana, un viaje en piragua por un río repleto de peces con aspecto de dragones, un arrozal verde claro bajo un sol incandescente... ¡Y las figuras! Qué gracia desprendía el diseño de aquellos amplios trajes bordados de donde emergían rostros maquillados, parecidos a las máscaras de alguna criatura mitológica.

El gran día de sacar las tazas era el domingo por la tarde, cuando la Oma invitaba a la familia y los amigos para el *Kaffee und Kuchen*, un acontecimiento para el que se preparaba desde el sábado por la mañana con la confección de bandejas enteras de pasteles, que transformaban la cocina en un campo de batalla, donde cada paso comportaba el riesgo de pringarse los pies con azúcar cristalizado o compota de ciruela. Mi madre, de naturaleza maniática, huía de todo este ajetreo, y al despuntar el alba se iba a la ciudad, para no volver hasta mucho después de la hora convencional del almuerzo en Alemania, para gran desconcierto de mi abuela, que se lamentaba de tener una nuera «emancipada» que «deja morir de hambre a sus nietos».

Recuerdo algunos de aquellos domingos de recepción en la Chamissostrasse, cuando nos reuníamos alrededor de la gran mesa oval tallada de la misma madera que el resto del mobiliario del comedor, que tenía garras de león a modo de patas y una superficie tan alta que hasta los alemanes de elevada estatura tenían que mantenerse rectos como un palo para no meter el mentón en el pastel de crema. Las viejas amigas de Lydia, recién peinadas y con el cuello adornado con collares para la ocasión, se morían de risa con los últimos chismorreos, algunos viudos fumaban su pipa en silencio y yo combatía el aburrimiento de aquellos rituales de adulto inspeccionando de cerca los tesoros de tazas que la Oma había

sacado de su vitrina, ahora al alcance de la mano en la mesa y que había que esperar a que se vaciaran para valorar su elegancia infinita, porque era en su interior donde se ocultaba su último secreto, minúsculos dibujos cuya realización solo podía ser obra de dedos celestiales. Mientras yo me ensimismaba en la observación de aquellas escenas de un mundo maravillosamente enigmático o me imaginaba que la mesa de patas en forma de garra se transformaba en un auténtico león que nos devoraba a todos, personas y pasteles, mi padre, sentado a mi lado, veía en aquel patrimonio de muebles y porcelana una historia muy diferente de mis ensoñaciones exóticas.

Volker empezó a observar el comedor de sus padres desde una nueva perspectiva cuando vio las fotos de la vivienda tal como era antes de la guerra. Los muebles eran muy diferentes, más rústicos, y procedían de la dote de boda de Lydia. Otra habitación también había experimentado un cambio importante con la guerra, el *Herrenzimmer* (el salón reservado a los hombres), donde un bonito mobiliario *art déco*, una biblioteca, un gran escritorio y una mesa habían irrumpido de repente. «Este mobiliario, en particular el del comedor, que huele a alta burguesía, no correspondía al estatus social de entonces de mis padres y, como no lo necesitaban, puesto que ya tenían, supongo que los compraron porque los precios eran realmente bajos. Ahora bien, durante la guerra, los bienes de los judíos eran los que se vendían rebajados y eso se sabía», dice mi padre. Entre las nuevas adquisiciones, figuraban también alfombras y, probablemente, algunas de las deliciosas tazas chinas de la Oma.

Mi padre nunca habló de sus sospechas con sus padres. «¿De qué serviría? Solo mencionar el nombre de Löbmann, mi padre se ponía totalmente rojo, se levantaba, cerraba la ventana para que los vecinos no lo oyeran y empezaba a gritar tan fuerte que se oía hasta al final de la calle.»

El saqueo, la persecución y la deportación de los judíos eran el aspecto del trabajo de memoria más duro de afrontar para el pueblo alemán. Si bien era fácil encontrar excusas por haber sucumbido al presunto magnetismo de Hitler y celebrado las reformas sociales y económicas que aportaban de forma inmediata un consuelo que era de agradecer después de años de carestía, resultaba mucho más difícil justificar la complicidad pasiva de millones de ciudadanos ante la persecución de los judíos de Alemania y el secuestro a plena luz del día, a veces ante sus narices, de más de 130.000 de ellos.

A pesar de que, después de la amnesia de los años cincuenta, el trabajo de memoria en Alemania había progresado mucho, el genocidio de los judíos seguía siendo un tabú a finales de la década de 1970. Es cierto que Auschwitz ahora era conocido por todos, así como el hecho de que las SS habían cometido atrocidades al margen de la guerra del este, pero aquellos hechos no se percibían como formando parte de un todo, de un proyecto monstruoso cuya magnitud todavía escapaba a la conciencia colectiva. «Había poca empatía hacia los judíos, era sorprendente», dice mi padre. «A veces, se oía decir: “Los ingleses fueron los que inventaron los campos de concentración en Sudáfrica”, o bien: “¡Nosotros también hemos sufrido!”. Pero casi siempre esquivaban el tema.»

De los 500.000 judíos que había en el país en 1933, unos 165.000 habían muerto durante la Shoá. Solamente quince mil de ellos habían decidido quedarse en Alemania después de la guerra. Instauraron un Consejo Central de los Judíos en Alemania y reconstruyeron sinagogas y casas comunitarias con la ayuda del Estado, pero tuvieron que sufrir el desprecio de las comunidades judías de Israel y Estados Unidos, donde no comprendían por qué permanecían en el país de sus verdugos. Estaban demasiado dañados por dentro, demasiado destrozados por el miedo para intervenir cuando los alemanes ahogaban su memoria en la del conjunto de las víctimas de la guerra y del nazismo, sobre todo para no tener que enfrentarse a la realidad del genocidio.

Muchos historiadores solo trataban la Shoá de forma marginal. Uno de los pocos que se enfrentó directamente a ella fue el estadounidense-austriaco Raul Hilberg, autor de *La destrucción de los judíos europeos*, una obra magistral que describe en un millar de páginas cómo una de las sociedades más industrializadas y modernas del mundo movilizó todos sus recursos con el objetivo de matar a un pueblo con los medios de la racionalización económica y técnica. Raul Hilberg tuvo enormes dificultades para que le publicaran el libro, incluso en Estados Unidos, donde fue rechazado por tres editoriales antes de que lo publicaran en 1961, después de una larga odisea. Incluso la politóloga Hannah Arendt desaconsejó al editor de la Universidad de Princeton que publicara la obra, entre otras cosas porque no estaba de acuerdo con la tesis según la cual los judíos habrían colaborado con los nazis en el seno de los consejos judíos, los *Judenräte*, porque habrían aprendido desde la Antigüedad a no resistirse para integrarse mejor en las sociedades. La institución oficial israelí constituida en memoria de las víctimas de la Shoá, Yad Vashem, rechazó también el manuscrito porque Hilberg se había negado a suprimir los pasajes sobre los *Judenräte*. En Alemania, la publicación de *La destrucción de los judíos europeos* no se materializó hasta 1982, después de veinte años de rechazo de un libro cuya precisión quirúrgica sobre el funcionamiento de la «solución final», etapa por etapa, ponía en tela de juicio a numerosos sectores de la sociedad que habían participado.

Una de las manifestaciones de la fuerza de la negación era la incapacidad de los altos responsables nazis juzgados al finalizar la guerra de admitir, incluso después de su liberación, que habían estado al corriente de la «solución final». Albert Speer, el antiguo arquitecto y ministro del Armamento de Adolf Hitler, condenado a veinte años de prisión, siempre afirmó que no sabía nada. En el proceso de Núremberg, fue el único dirigente del Reich de este

rango que escapó a la pena de muerte, porque había sido uno de los pocos en reconocer una corresponsabilidad formal en los crímenes nazis. «El proceso es indispensable, existe una responsabilidad general, incluso bajo un sistema autoritario», escribió. Esta semiconfesión respondía a una estrategia para salvar la piel. En prisión, forjó su propio mito, el del «nazi correcto», minimizando su papel con habilidad a la vez que expresaba bastantes remordimientos para aumentar su credibilidad: calificaba a Hitler de criminal, colaboraba con los historiadores y los periodistas, y entregaba sus derechos de autor anónimamente a asociaciones caritativas judías. En realidad, Albert Speer tenía millones de muertes sobre su conciencia.

El Führer se había entusiasmado con este joven arquitecto refinado y encantador, al que confió el diseño arquitectónico del congreso anual del partido en Núremberg. Speer diseñó, conforme al gusto de su patrocinador, estructuras monumentales, inspiradas en la arquitectura grecorromana, pero con un aspecto más macizo y frío, capaces de despertar la admiración y el temor. Más tarde, diría de sí mismo: «Por una gran construcción, habría vendido mi alma, como Fausto. Y encontré a mi Mefisto». Diseñaron juntos Alemania, un proyecto megalómano que preveía convertir Berlín en «una capital mundial» que albergara el mayor mercado del mundo, con capacidad para 180.000 personas, y un palacio para el Führer, donde el visitante debía tener la sensación de entrar en casa del «amo del mundo», Hitler.

Con el objetivo de conseguir espacio mediante el derribo de inmuebles, Speer, nombrado inspector general de la construcción, empezó a expulsar a los judíos de sus viviendas y a hacer listas de deportaciones con la Gestapo. Por otra parte, dio su autorización para la ampliación del campo de Auschwitz y puso a su disposición un presupuesto de 13,7 millones de Reichsmarks. La descripción de los trabajos de las SS que se le habían encargado no podía ser más clara: precisaba el tipo de material necesario para construir las

«instalaciones de desinfección para el *tratamiento especial*», es decir, las cámaras de gas, así como «depósitos de cadáveres con hornos crematorios».

En enero de 1942, el Führer promovió a su protegido a ministro de Armamento. El poder de Albert Speer aumentó sin cesar y gozó de total libertad para decidir sobre la distribución de los trabajadores forzosos, hasta ocho millones en 1944. Bajo su dirección, gracias a estos esclavos, la producción de armamento alcanzó un nivel inesperado en plena guerra, lo cual le valió la admiración del Führer. Sin Speer, la guerra no habría durado tanto tiempo y se habrían ahorrado millones de vidas. En un extraordinario documental de Marcel Ophüls de 1976, *La memoria de la justicia*, por desgracia un poco olvidado, el director habla largo y tendido con Albert Speer después de su salida de prisión y acaba haciéndole la pregunta que le quema en los labios: «Señor Speer, ¿qué sabía usted?». El exministro responde: «Aunque él [Hitler] nunca dijo directamente lo que pasaba con los judíos a partir de 1942, había suficientes indicios para que comprendiéramos si queríamos comprender, para que yo comprendiera si quería comprender». Al mentir y escabullirse de su propia responsabilidad, cuando ya no se arriesgaba a más persecuciones judiciales, Speer favoreció el descargo de toda una nación. Porque, si el amigo más cercano de Hitler, uno de los ministros más poderosos del Reich, no sabía nada, ¿cómo iban a saberlo los demás alemanes?

Raul Hilberg estima en varios cientos de miles el número de personas implicadas con conocimiento de causa en la organización logística y en la ejecución de la Shoá: los altos dirigentes del Reich, burócratas en casi todos los ministerios, los verdugos de los campos, los *Einsatzgruppen*, una parte de la Wehrmacht, ferroviarios, médicos, expertos de IG Farben, las empresas alemanas que explotaban a los trabajadores forzosos de los

campos... El número de los que, sin conocer la finalidad exacta de su participación criminal, prepararon el terreno para la «solución final» es aplastante. La administración y la burocracia «no eran neutrales», escribe el historiador Dietmar Süß, «sino actores responsables, tanto si se trata del sector del trabajo como de la salud, los asuntos exteriores, la justicia, la alimentación, la economía o la educación, eran funcionarios normales que participaron en la expropiación de los judíos, en el saqueo de los territorios ocupados o en la legislación fiscal antisemita, y que pusieron en marcha con el rigor alemán la maquinaria del exterminio».

La población no podía saber que los judíos eran gaseados como insectos después de su *Umsiedlung* («reinstalación»). Incluso un oponente determinado del nazismo como el filósofo Karl Jaspers afirmó que nunca había oído hablar de las cámaras de gas antes de 1945. Los judíos detenidos en campos de concentración, que veían partir a sus compañeros a bordo de trenes en dirección al este y oían circular rumores funestos entre los prisioneros, no lo creían. Supervivientes, víctimas y verdugos han dicho: los judíos no sabían lo que les esperaba cuando la puerta de los vagones para ganado donde permanecían hacinados durante días, a veces más de una semana, se abría a una rampa donde unos guardianes despiadados los empujaban a latigazos hacia los barracones gritando *Schnell Laufschrift!* («¡Rápido, a la carrera!»).

En el magnífico documental de Claude Lanzmann *Shoah*, un testigo, peluquero profesional, cuenta que le asignaron la tarea de cortar el pelo a las mujeres antes de que fueran gaseadas y reconoció a mujeres de su ciudad natal polaca, Czestochowa. «Cuando me vieron, empezaron a agarrarse a mí: “Abe, esto, Abe, aquello, ¿qué haces aquí?, ¿qué nos va a pasar?”. ¿Qué podía decirles? Un amigo mío trabajaba como peluquero, también era un buen peluquero en mi ciudad natal, cuando su mujer y su hermana [...] llegaron a la cámara de gas...» El testigo interrumpe su relato

durante un largo momento, abrumado por la emoción. «Es muy duro», dice antes de continuar, animado por el director. «No podían decir nada [...] porque detrás de ellos estaban los nazis alemanes, las SS, sabían que, en cuanto dijeran una palabra, ellos correrían la misma suerte que las mujeres, que ya estaban condenadas. Pero, en cierta manera, hacían lo que podían por ellas, acompañarlas un segundo más, un minuto más, justo para abrazarlas, justo para darles un beso, porque sabían que ya no las volverían a ver nunca más.»

No divulgar el secreto era la condición *sine qua non* del buen funcionamiento de la «solución final». Otra víctima explica en la película: «El conjunto de la máquina de matar solo podía funcionar con una condición, que la gente que llegaba a Auschwitz no supiera adónde iba ni con qué objetivo. Los recién llegados debían caminar tranquilamente y de manera ordenada hacia las cámaras de gas. Si alguna mujer o algún niño se hubieran dejado llevar por el miedo, aquello habría podido ser peligroso. También era importante para los nazis que ninguno de nosotros transmitiera ningún tipo de mensaje que pudiera causar pánico, hasta el último momento. Si alguien intentaba entrar en contacto con los recién llegados recibía una paliza mortal o lo ejecutaban detrás de un vagón. Porque, si hubiera cundido el pánico, habría tenido lugar una masacre en la rampa, sería un fallo en la maquinaria. No se podría descargar otro transporte si había cadáveres y sangre por todas partes, porque esto habría aumentado el miedo. Los nazis estaban concentrados en una cosa: todo tenía que desarrollarse de manera ordenada y sin trabas para no perder tiempo».

El desconocimiento del objetivo preciso de las deportaciones de los judíos no redime a la mayoría del pueblo alemán de su responsabilidad de haber dejado perseguir y saquear a sus vecinos, sus colegas y los comerciantes de la calle, de haber participado a

veces en ello y de haber asistido sin protestar a las deportaciones. «Si bien el pueblo alemán no estaba informado de todos los crímenes y se mantenía deliberadamente en la incertidumbre en cuanto a su especificidad, los nazis habían actuado de manera que cada alemán estaba al corriente al menos de una historia horrible», escribe Hannah Arendt. «Por lo tanto, no había necesidad de conocer todos los crímenes cometidos en su nombre de manera precisa para comprender que se había convertido en el cómplice de un crimen inconfesable.»

Quien estuviera un poco atento a las declaraciones de Hitler debía de preguntarse: «Pero ¿hasta dónde piensa llegar con los judíos?». El 30 de enero de 1939, durante el discurso que conmemoraba el día de su ascenso al poder, Adolf Hitler pronunció esta frase inquietante: «Hoy quiero ser un profeta: si el judaísmo financiero internacional, en Europa y en el exterior, consigue de nuevo hundir a los pueblos en una guerra mundial, entonces el resultado no será la bolchevización de nuestro planeta y con ello la victoria del judaísmo, sino la destrucción de la raza judía en Europa».

Aunque era difícil imaginar Auschwitz, era imposible no haber «visto ni oído nada» y, también para algunos, «no haber hecho nada», como la generación de mis abuelos pretendió hasta su muerte. Recientemente, mi padre dio una vuelta por los alrededores del inmueble de sus padres en Mannheim. Descubrió un solo *Stolperstein*, esos pequeños cubos de cemento que llevan una placa de latón con el nombre de víctimas del nazismo y se colocan en la acera delante de su antiguo domicilio en Alemania y en otras partes de Europa. Probablemente, había muy pocos judíos en el barrio de Karl y Lydia Schwarz, pero la comunidad de Mannheim era una de las más importantes de la región y no estaba aislada en un gueto, sino asimilada y dispersa por la ciudad.

Bastaba con que mis abuelos cruzaran el puente sobre el río Neckar, a unos minutos de la Chamissostrasse, y llegaran a la

amplia zona peatonal del centro urbano, bordeada de tiendas, para ver escaparates de tiendas judías llenas de estrellas de David. Era imposible que no se hubieran percatado de la propaganda antisemita omnipresente. Ellos, que estaban tan rodeados de judíos, ¿nunca habían oído contar que tal médico, abogado o funcionario se había encontrado en la calle después de años de leales servicios? ¿Nunca habían oído decir que una madre de familia se había encontrado con que la escuela de sus hijos había expulsado a una parte de los alumnos?

Ingrid recuerda que, un día que estaba con la Oma, se cruzaron con un hombre que llevaba una estrella amarilla en la ropa, una medida inspirada en una costumbre de la Edad Media, impuesta por el Tercer Reich a partir del 1 de septiembre de 1941 para distinguir y humillar a los judíos. «Le pregunté: “Mamá, ¿qué es ese signo que lleva ese señor?”. Le hice la pregunta varias veces y acabó por contestarme: “No tiene importancia”. Pero ¿qué otra cosa podía decirle a una niña pequeña?» En cuanto a Karl Schwarz, tenía que estar al corriente de las persecuciones, ya que había hecho numerosos viajes con Julius Löbmann, justamente en un momento en que la situación se degradaba con gran rapidez para los judíos. Sin duda, había visto los daños de la Noche de los Cristales Rotos al regresar de su viaje de negocios el 10 de noviembre, y, por otra parte, los restos de la sinagoga incendiada en pleno centro urbano, cerca del mercado, no habían podido pasar desapercibidos para la Oma, ni para ninguna otra persona.

El 22 de octubre de 1940, la población habría tenido que experimentar un arranque de humanidad, de compasión, de revuelta, cuando alrededor de dos mil judíos de Mannheim fueron sacados de sus domicilios, reunidos en diferentes puntos de encuentro de la ciudad y después trasladados a pie y en autobús hacia la estación para ser deportados. Algunos cruzaron el centro

urbano en fila ante los ojos de los habitantes, que, al ver a estas familias expulsadas de su propia ciudad, mostrando una dignidad ejemplar, tranquilas y erguidas en sus trajes de domingo, habrían tenido que acudir para levantar a una niña que había tropezado o ayudar a un anciano a caminar. Los ancianos eran numerosos, porque no habían tenido valor para partir o no tenían visado. ¿Qué país quería a un anciano judío?

La gente de Mannheim habría tenido que interponerse, preguntar a la policía: pero ¿con qué derecho te llevas a nuestro compañero, con el que hicimos la Gran Guerra, a nuestro hermano a los ojos de Dios, a nuestro peluquero al que confiamos nuestros problemas, a nuestro amigo de la universidad, a nuestros vecinos, cuyos hijos juegan con los nuestros, o a nuestro sastre, que confecciona nuestros trajes desde hace generaciones? Pero el espectáculo fue muy diferente, como han descrito los testigos judíos: «Algunos aplaudían, otros miraban y algunos se daban la vuelta, visiblemente avergonzados».

Para preparar a la población, se había proyectado antes la película de propaganda antisemita *El judío Süß*, de Veit Harlan, en las salas de cine alemanas, la historia de un judío que se coloca insidiosamente a la cabeza de un Estado gracias a la trampa del préstamo usurero, consigue imponer el dominio de los judíos sobre los cristianos y viola a una joven cristiana, que se suicida. Sin duda, esto había calentado un poco el ambiente. Pero no lo suficiente para explicar aquella abdicación de humanidad unas semanas más tarde.

La deportación de los judíos de Mannheim y de otros 4500 judíos del sudoeste de Alemania era la primera de esta magnitud en el Reich y sirvió de prueba para sondear la reacción de los ciudadanos. Si hubieran sido muchos los que protestaron, si las personalidades de la ciudad y los hombres de la Iglesia hubieran intervenido, quizá Adolf Hitler habría retrocedido, como lo hizo con el programa de eutanasia para los discapacitados. La operación «se desarrolló sin contratiempos ni incidentes», comenta en un informe

Reinhard Heydrich, el jefe del RSHA, el Ministerio de Seguridad del Reich.

He encontrado dos fotos de archivo de esta jornada negra para Mannheim: en una de ellas, se ve a un grupo de unos veinte judíos esperando delante de un autobús vacío, sentados sobre maletas o de pie con mantas bajo el brazo, elegantemente vestidos, los hombres con traje de tres piezas, corbata, abrigo y sombrero de fieltro, las mujeres con abrigo largo oscuro adornado con un fular, algunas llevan un sombrero acampanado. En otra foto, delante de una pared de ladrillo, un policía panzudo de uniforme parece explicar el procedimiento a tres mujeres y tres hombres que están en fila a su lado, esperando su turno. El último hombre de la fila, un poco oculto por los demás, tiene los ojos clavados en el objetivo, con la mirada alarmada. Su boca parece a punto de articular una llamada de socorro a los que miran la foto. Busco a Julius y Sigmund Löbmann en estas fotos, ellos también fueron deportados aquel día, con los suyos, pero no sirve de nada, no sé qué aspecto tienen. Aparte de los de las tres hermanas, Mathilde, Irma y Sophie, y el de los pequeños Franz y Otto, los hijos de Izieu, nunca he encontrado ningún rostro de esta familia desaparecida.

No sé si mis abuelos vieron a los judíos que llevaban a los puntos de encuentro y después a la estación, pero, cuando Karl Schwarz se dirigió a su trabajo por la mañana, cuando salió a almorzar y cuando Lydia salió de paseo con su hija de cuatro años, ¿no sintieron aquel desgarró en el aire, aquel peso en la cara de los transeúntes, más apresurados que de costumbre? Por la noche, ¿hablaron de la redada mientras cenaban o con los vecinos de la Chamissostrasse? ¿Comentaron el tema al día siguiente por la mañana con los colegas, los comerciantes o los amigos? Este episodio probablemente tuvo lugar en silencio, como una pesadilla que se olvida unos minutos después de despertar.

Me detuve durante largo tiempo en esta jornada para saber si era posible intervenir en este contexto de dictadura y si era injusta con mis abuelos. Después, leí un pasaje sobrecogedor en el libro de la investigadora Christiane Fritsche y me pareció que la fecha clave para valorar la implicación de los *Mitläufer* de Mannheim no era el 22 de octubre, sino justo después.

Apenas deportados los judíos, sus pisos se sellaron. La ciudad envió a la policía para recuperar los bienes más valiosos, como abrigo de piel, y para hacerse con algunas prendas de vestir y zapatos para los alemanes necesitados. Después de los primeros raids en la ciudad de Mannheim, el 16 de diciembre de 1940, se decidió utilizar aquellas viviendas para albergar a los que habían perdido su casa bajo las bombas. La idea era dejarles lo mínimo, algunos muebles, colchones y sábanas, y subastar el resto en unos meses: vajilla, porcelana, alfombras, libros, plata, muebles... Estas ventas se anunciaban en los periódicos y estaba claro que se trataba de bienes judíos, porque a veces el anuncio no dudaba en precisar: «Contenido de vivienda de pertenencia no aria».

Lo que hacía que aquellas subastas fueran realmente nauseabundas era que la mayoría de ellas tenían lugar en la propia vivienda de los judíos. Por lo tanto, los compradores sabían muy bien a quién pertenecían las cosas. Dado el tamaño imponente de los muebles de la casa de mis abuelos, también debieron de adquirirlos en la misma vivienda. ¿Habían conocido a los antiguos propietarios? Probablemente no, pero los imagino, al menos al Opa, entrando como ladrones en aquellos hogares abandonados con la urgencia de una partida de último minuto, donde quizá aún había ropa tendida, tazas de café sobre la mesa de la cocina y algunos pelos en el lavabo del cuarto de baño. ¿Cómo es posible que la visión de una habitación infantil con juguetes abandonados y zapatitos esperando la vuelta de su joven propietario, la visión de fotos de familia en las paredes, de aquellas existencias salvajemente interrumpidas, no los sobrecogiera y les hiciera

renunciar?

La codicia y la avidez los hacían despiadados. Aunque no se conozca el importe de las transacciones, debía de tratarse de auténticos negocios, a juzgar por el ambiente descrito por los observadores a través del país: un verdadero «ambiente de buscadores de oro». Joseph Goebbels observó que sus compatriotas arios se precipitaban «como buitres sobre las migajas tibias de los judíos». Los interesados no vacilaban en solicitar a las autoridades que les reservaran este o aquel bien, en el que se habían fijado, a veces incluso antes de la deportación de su propietario.

Esta conducta me parece esencial, porque echa por tierra la excusa principal de la generación de aquella época, es decir, que no sabían nada de la suerte final de los judíos; los que compraban bienes en aquel ambiente de redistribución de los frutos de un saqueo digno de la Edad Media, ¿no sospechaban que sus propietarios nunca iban a volver, y que nunca estarían en condiciones de reclamarlos, porque estarían muertos o casi?

En el tren que salió de Mannheim el 22 de octubre de 1940, con los Löbmann a bordo, la ansiedad era intensa entre los judíos, que ignoraban adónde los deportaban. Un testigo relató el gran alivio que sintieron los pasajeros cuando se dieron cuenta de que el convoy se dirigía hacia el oeste y no hacia el este, un destino del que ya sospechaban que no presagiaba nada bueno.

No sabían que la Francia de Vichy acababa también de caer en la histeria de las leyes antisemitas. Al final de un viaje de tres días, los deportados llegaban a los pies de los Pirineos, al campo de internamiento de Gurs, en la zona libre, administrado por el régimen de Vichy.

La persecución de los judíos de Francia y su deportación a los campos de la muerte es la mayor vergüenza de la guerra. Ningún

otro ámbito referente a este periodo ha desatado tantas pasiones en Francia, preguntas, heridas, debates e intentos de relativización también. No había nada tan insoportable como aceptar lo que Robert Paxton había revelado, que la inmensa mayoría de los 76.000 judíos deportados fueron arrestados por la policía y la gendarmería francesas y que, en varios casos, las autoridades francesas entregaron a más judíos de los que los alemanes exigían, en especial, niños.

Mi abuelo Lucien ya no está aquí para dar testimonio de ello. Aparte de la historia de las armas ocultas ante las narices de los alemanes, no se ha filtrado nada más a través de las dos generaciones que nos separan. Es cierto que él no era más que un peón insignificante del régimen, que trabajaba en un lugar apartado en el sur de Borgoña. Tenía ganas de ir a ver el pueblecito de Mont-Saint-Vincent, situado en la cumbre de una colina, que se oculta a la mirada cuando se recorren lentamente las curvas, para mostrarse de repente, magníficamente encantador, con sus casas de piedra llenas de flores silvestres, su iglesia románica y sus murallas medievales que abarcan una vista panorámica de los valles de los alrededores. El caserón de la gendarmería sigue allí, al menos eso es lo que indican las letras pintadas en negro en una gran casa clara situada cerca del aparcamiento.

¿De qué podían ocuparse los gendarmes en aquel lugar aislado bajo la Ocupación? La respuesta se encuentra más abajo, en el lado norte del pueblo. Allí estaba la línea de demarcación entre la zona «libre», donde se situaba Mont-Saint-Vincent, y la zona ocupada. Por allí pasaban los clandestinos que huían, los judíos y los resistentes del bastión de la región montañosa de Morvan, situada no lejos de la zona norte. ¿Mi abuelo había arrestado a alguno? ¿Los había mandado al otro lado y los había entregado a los alemanes? ¿Había disparado contra los que huían? Nunca lo sabré, pero mi madre y mi tío recuerdan que, después de la guerra, su padre decía que, cuando podía, cerraba los ojos. Y, por lo que sé de

él, me inclino a creerlo.

Lucien nació en una granja perdida del Jura, donde había que caminar dos horas al día para ir a la escuela, y Dios sabe que los inviernos son duros en estas elevadas mesetas nevadas, barridas por el viento que azota la cara. Al regresar a casa, lo esperaban pesadas tareas, cortar leña, ordeñar las vacas o romperse la espalda en los campos, antes de acostarse tras una magra cena. Pero, ya de joven, mi abuelo tenía un sueño, la Unión Soviética, un «país de jauja» del que hablaba a sus hijos, un país donde los camaradas no permitían que nadie estuviera en lo más bajo de la escala social, una dulce ilusión que él necesitaba para, al final de sus jornadas agotadoras, seguir teniendo el valor de estudiar para ser funcionario, gendarme, lo mejor que un muchacho de su condición podía esperar.

Después, conoció a Jeanne. Ella se enamoró de aquel hombre que tenía muy buena pinta con su uniforme, muy alto, delgado y de porte altivo. Él se prendó de aquella mujercita que le llegaba al pecho, muy elegante con sus vestidos impecables que confeccionaba ella misma, con el bolso y los zapatos siempre a juego. Se casaron un año después del armisticio, aliviados como la mayoría de los franceses por que la guerra hubiera terminado, pues de lo contrario mi abuelo probablemente habría sido movilizado. Después, Lucien fue trasladado a Mont-Saint-Vincent y Jeanne se quedó embarazada de mi madre en el verano de 1942.

Este feliz acontecimiento coincide con un siniestro episodio en la región. Los días 13 y 14 de julio de 1942, en Montceau-les-Mines, la ciudad más cercana al pueblo, situada a unos doce kilómetros, treinta y cuatro judíos, es decir, un tercio de la comunidad, fueron arrestados y deportados. He encontrado un ensayo valioso, «La Tragédie des juifs montcelliens», de Georges Legras y Roger Marchandau, que interrogaron a varios testigos. Montceau-les-

Mines se encuentra al otro lado de la línea de demarcación, en zona ocupada, pero los testimonios son formales: los que procedieron a los arrestos eran policías y gendarmes franceses.

Los judíos tuvieron que verse tristemente sorprendidos al ser tratados así por hombres que conocían bien. Les habían confeccionado el uniforme, habían dado consejos a su mujer en la ferretería o distribuido las cartas para jugar juntos en el bar.





Entre ellos, figuraban judíos alemanes que habían huido de las persecuciones bajo el nazismo, pero, sobre todo, mineros polacos, algunos de los cuales habían llegado en las décadas de 1920 y 1930, otros ya a finales del siglo XIX, huyendo de la pobreza y los pogromos de su país. Los más ancianos quizá se beneficiaban de la ley de naturalizaciones de 1927, que había ampliado el derecho a la nacionalidad francesa, un sueño para muchos inmigrantes, el de ser francés. Sarah Pulvermacher, una superviviente de las redadas de Montceau-les-Mines, nacida en Francia, confió a los autores del ensayo lo «terriblemente orgullosos que se habían sentido sus padres al obtener la nacionalidad francesa» y hacían todo lo posible para comportarse como franceses. No habían pensado en huir porque ellos «no sospechaban nada». Muchos estaban infinitamente agradecidos a Francia por haberlos acogido y continuaban percibiéndola como la patria de los derechos humanos que nunca faltaría a su promesa de protegerlos contra la discriminación.

Tuvieron que sentirse profundamente afectados cuando las fuerzas del orden de Montceau-les-Mines actuaron en pleno día, sin detenerse ante nada. Según los testimonios recogidos por Georges Legras y Roger Marchandeu, sacaron a mujeres enfermas de la cama, arrestaron a hombres delante de sus colegas en su lugar de trabajo, no dudaron en poner las esposas a los recalcitrantes como si fueran criminales y abandonaron a los niños desconcertados a su

suerte, solos sin sus padres. En la estación, un tren esperaba a las víctimas, vagones de ganado con paja en el suelo y tragaluces provistos de barrotes. Agentes de la policía local escoltaron el convoy hasta el campo de tránsito de Pithiviers, de donde fueron directamente deportados hacia Auschwitz con el convoy número 6, que se puso en marcha el 17 de julio a las 6.15 de la mañana con 928 detenidos a bordo, en su mayoría originarios de Polonia y Rusia.

El convoy, que era el primero que transportaba también mujeres y niños, fue escoltado hasta la frontera por gendarmes franceses, que tuvieron que oír los gritos de los pasajeros, amontonados como terneros, privados de agua y de comida, con un solo cubo a modo de orinal por vagón. Cuando cerraron las puertas de los vagones al partir, la última imagen que habían tenido de los judíos era la de unos rostros de chiquillos, mujeres y hombres consumidos por la angustia, cuerpos hacinados en un espacio confinado, luciendo la estrella amarilla como un animal marcado con hierro candente, con ropa de trabajo, oficialmente para convertirse en esclavos del Reich en un lugar lejano, al este, donde los medios de comunicación británicos llevaban varios meses denunciando que los alemanes fusilaban a decenas de miles de judíos. Esta visión y esta información habrían tenido que bastar para poner fin de inmediato a cualquier colaboración por parte de Francia.

Pero las redadas se multiplicaron. Unos amigos de mis padres, Moïse y Jacqueline, de origen polaco, nacidos respectivamente en 1932 en Polonia y en 1933 en Francia, vivieron esta pesadilla. La noche del 15 al 16 de julio de 1942, un vecino policía alertó a la familia de Moïse en París. «Nos dijo: “Marchaos, mañana arrestaremos a todos los judíos”. Mi madre le respondió: “Muy gracioso, hay toque de queda, ¿no puedo salir a la calle, de lo contrario, los alemanes me van a disparar!”.» Era la víspera de la

redada llamada del Velódromo de Invierno o *Vél d'hiv*. El 16 de julio a mediodía, la policía francesa llamaba a su puerta. «Yo estaba con mi hermano pequeño, mi madre y mi abuela. Por supuesto, no respondimos. Todavía los oigo decir: “No pasa nada, volveremos a buscarlos a las dos, vamos a comer”. ¡La pausa del almuerzo es sagrada en Francia! Así fue como nos salvamos.»

Moïse y su familia se refugiaron en casa de un vecino que se había marchado a vivir con su hija y les había dejado la llave. «No había que hacer ruido y no podíamos tirar de la cadena del váter, porque se suponía que el piso estaba vacío. Los policías regresaron, fueron a nuestra casa y a la de una vecina, derribaron las puertas, los oíamos. Lo recuerdo, era un jueves y hacía mucho calor.»

Durante dos días, no se movieron. «Esperamos al sábado, el día que la portera iba al mercado. Los policías le habían prometido 500 francos por cabeza, así que estaba claro que nos habría denunciado. Sobre todo porque era una antisemita conocida.» Gracias a la ayuda de un comunista que había participado en la Guerra Civil española, la familia consiguió salir del inmueble. La misma noche, Moïse y su hermano estaban en un tren en dirección a Normandía. «Mi madre no podía venir, las estaciones estaban bajo vigilancia, pero, para los niños, era menos arriesgado. No sabíamos si volveríamos a verla algún día.» Durante el viaje, los alemanes controlaron dos veces a los pasajeros, pero no se interesaron por los dos hermanos. «Era el gobierno de Vichy el que quería deportar a los chiquillos, al Reich no le importaban nada en aquel momento.»

Después de la redada, Moïse, que ya tenía once años, volvió a mojar la cama. «El miedo no se puede controlar. Hay que comprenderlo, yo era un niño ingenuo, tímido, el mundo se había hundido aquel día.»

Su esposa Jacqueline se salvó de milagro. Unos días antes de la redada del *Vél d'hiv*, partió en camión con su hermana pequeña y su madre para reunirse con su padre, refugiado en Lyon. «Estábamos

escondidos con otras dos personas a la altura de las baterías del vehículo, en una especie de caja donde había paja. En la línea de demarcación, subieron con perros que husmeaban por todas partes; nosotras estábamos en el escondite, no nos encontraron porque el ácido sulfúrico de las baterías les altera el olfato. Cuando se marcharon con sus perros, vomité. Había transeúntes que entregaban a los niños. Ya sabe, estas cosas ocurren... Yo tenía nueve años.»

Durante la redada del *Vél d'hiv*, más de 13.000 judíos, de los cuales cerca de un tercio eran niños, fueron arrestados en París y en la región parisina, con la participación de seis mil agentes de policía franceses a las órdenes de René Bousquet, el jefe de la policía de Vichy, que tenía autoridad sobre la policía francesa en el conjunto del territorio. Se encerró a ocho mil detenidos bajo vigilancia francesa en el Velódromo de Invierno de París durante cinco días, con un calor y un olor espantosos, sin comida y con un solo punto de agua.

Adolf Eichmann había reclamado un primer contingente de cuarenta mil judíos de Francia, pero el Reich no tenía suficiente personal en Francia y consiguió que Vichy efectuara los arrestos a través de la policía francesa. La prefectura de París puso a su disposición más de 27.000 fichas nominativas de «judíos apátridas» que vivían en la región parisina con sus direcciones. Se internó a familias enteras, a pesar de que los alemanes no habían reclamado a los niños menores de dieciséis años. Pero Pierre Laval, jefe del gobierno de Vichy, deseaba librarse de ellos para no tener que ocuparse de futuros huérfanos. El pastor Marc Boegner intervino para proponerle la adopción por parte de familias francesas, pero fue en vano.

Se produjeron escenas terribles en los campos. Se separaba a los niños de sus madres para deportar primero a los adultos, en

espera de la respuesta de Eichmann. Unos tres mil niños se quedaron sin sus padres, sumidos en un desamparo moral y material terribles, antes de ser deportados en cuanto Berlín dio luz verde. Ninguno sobrevivió.

Para alcanzar la cifra solicitada, René Bousquet había propuesto a los alemanes entregar diez mil judíos extranjeros de la zona «libre», a fin de reducir los arrestos de los judíos franceses de la zona ocupada. La supuesta protección de los judíos franceses es una excusa que todavía hoy esgrimen algunos franceses para defender Vichy. ¿Qué diferencia hay? Utilizar este argumento es pretender que las vidas humanas no valen lo mismo y no tener en cuenta lo esencial, puesto que, sin la movilización masiva de la policía francesa y la puesta a su disposición de los archivos de la administración francesa, los alemanes nunca habrían podido arrestar y deportar a los 76.000 judíos tan rápidamente. El argumento también resulta inútil porque, entre su contingente de judíos «extranjeros», Vichy también entregó a niños nacidos en Francia de padres extranjeros, así como a franceses de origen extranjero que había tenido la precaución de desnaturalizar previamente.

La familia de Moïse sufrió esta humillación. En mayo de 1940, cuando los alemanes se lanzaron sobre Francia, un policía francés llamó a su puerta con un certificado de naturalización en una mano y una orden de movilización dirigida al padre. «Mi madre le dijo: “Qué se ha creído, no ha esperado a que lo naturalizaran para alistarse, ha ido a combatir voluntariamente”». La recompensa fue amarga: el 20 de julio de 1940, el régimen de Vichy desnaturalizó a todos los miembros de la familia de Moïse, y a buen número de judíos, que se convirtieron en apátridas, por lo tanto, más fácilmente deportables que los judíos «franceses». Esta medida debió de infligir una profunda herida a los naturalizados, que el ministro de Justicia

Raphaël Alibert justificaba así: «Los extranjeros no deben olvidar que la cualidad de francés hay que ganársela».

En la primavera de 1941, como otros muchos judíos ahora «apátridas», el padre de Moïse recibió una notificación que lo exhortaba a presentarse en la comisaría del distrito para «regularizar» su situación. «Recuerdo que todos los hombres de la familia se reunieron. Unos decían: “No hay que ir, es una trampa”. Otros decían: “No, hombre, son las autoridades francesas las que nos convocan, no las alemanas”. Pero Vichy ya se había desacreditado con todas sus medidas antisemitas. Mi padre no acudió y entró en la Resistencia.» La familia ya no lo veía por casa, hasta que un día fue a escondidas para abrazarlos. Alguien debió de verlo y lo denunció. Cuando la policía se dio cuenta de que, además de ser resistente, era judío, lo mandaron a Auschwitz. El padre de Jacqueline recibió la misma notificación, pero él acudió, confiando en las autoridades francesas. «Mi hermana y yo éramos pequeñas, por lo que mamá nos llevó a la comisaría cuando papá se presentó. Dijeron: “Señoras, vayan a preparar una maleta pequeña para sus maridos con artículos de higiene y ropa”. Regresamos a casa para preparar la maleta y llevársela.» Al día siguiente, internaron a su padre en el campo de Beaune-la-Rolande. Un día, cuando trabajaba en la administración del campo, vio pasar unas listas que anunciaban el inicio de las deportaciones hacia Auschwitz. Con un compañero de la resistencia, convenció a un campesino que limpiaba el campo para que los sacara en su vehículo, ocultos bajo una montaña de basura, y después consiguió llegar a Lyon, donde se comprometió activamente con la Resistencia y participó en atentados contra los alemanes.

Durante largo tiempo, la población francesa se había mostrado indiferente a los arrestos, que habían empezado en 1940. Pero la redada del *Vél d'hiv*, por su magnitud y porque amenazaba también

a los judíos franceses, conmovió a la opinión pública. Un informe de la policía constató: «Aunque la población francesa sea, en su conjunto y de una manera general, bastante antisemita, no por ello juzga menos severamente estas medidas, que califica de inhumanas». De ahí a pasar a la acción... Nadie se interpuso cuando los autocares cargados de judíos con la estrella amarilla atravesaron París a plena luz del día para llegar al Velódromo. En Pithiviers y en Beaune-la-Rolande, donde se encuentran los campos de tránsito, «los habitantes vieron pasar los convoyes de internados con indiferencia la mayoría de las veces», anota el prefecto de Loiret.

Sin embargo, hubo vivas protestas, en especial por parte de representantes de la Iglesia, que expresaron abiertamente su indignación. El episcopado protestó oficialmente, y algunas instituciones religiosas y caritativas se organizaron para proteger a los judíos y apoyar a las organizaciones judías, como Œuvre de Secours aux Enfants. La Resistencia, que contaba con judíos y con cierto número de ciudadanos valerosos, se organizó para ocultar y ayudar a los fugitivos. Por ejemplo, Moïse y su hermano pudieron sobrevivir dos años en un pueblo normando gracias a la acogida de una madre adoptiva que se ocupaba de huérfanos y los hizo pasar por pensionistas habituales. También con la ayuda de la policía local, que advertía al orfanato cuando se anunciaba una inspección de las autoridades. «Los agentes le decían a la campesina: “¿Sabe?, mañana es mejor que los pequeños nuevos vayan a recoger madera en el bosque para que nadie los vea...”».

Jacqueline, la única que llevaba la estrella amarilla en su clase, recuerda que su maestra era muy amable con ella. Había propuesto albergarla con su hermana en su estudio. «No todos eran unos cabrones», dice. Incluso había héroes. Como el jefe del servicio de extranjeros de la comisaría de Nancy, Édouard Vigneron, que organizó con sus hombres la huida en tren de trescientos cincuenta judíos y les proporcionó salvoconductos para llegar a la zona libre.

Édouard Vigneron fue encarcelado durante unos meses y después liberado y destituido de sus funciones.

El 9 de octubre de 1942, una nueva oleada de arrestos se llevó a diecisiete judíos de Montceau-les-Mines. Esta vez, se buscó también a los niños, si era necesario hasta en las escuelas. Se hizo con conocimiento de causa, al menos de una parte de la suerte que les esperaba, porque entretanto la policía de Montceau-les-Mines, que había escoltado el primer convoy en julio, sin duda contó a su regreso lo que había visto y oído en Pithiviers. Después de ser trasladadas a Drancy, las nuevas víctimas partieron el 6 de noviembre con el convoy número 42 hacia Auschwitz. Otros miembros de la comunidad consiguieron ocultarse o huir, pero diez de ellos fueron arrestados posteriormente. De los deportados, solo cuatro regresaron vivos de los campos.

Para escapar a los arrestos, algunos judíos de Montceau-les-Mines intentaron huir de la zona ocupada cruzando la línea de demarcación clandestinamente, justo por donde mi abuelo tenía su destino. ¿Lucien los ayudó o los arrestó? Debía saber que, si los volvía a mandar a Montceau-les-Mines, irían directamente a un campo de tránsito con unas condiciones de vida poco envidiables y después serían deportados lejos, al este, con un futuro muy sombrío.

No he encontrado indicios de redadas en Mont-Saint-Vincent, sin duda porque no había judíos en este pequeño pueblo. Excepto un fugitivo, Georges Levy, propietario de la gran ferretería de la calle Carnot en Montceau-les-Mines, que en agosto de 1940 se refugió en Mont-Saint-Vincent, donde poseía una casa. Lo deportaron a Auschwitz el 7 de marzo de 1944, después de arrestarlo en su domicilio. ¿Quién lo hizo? ¿Y por qué tan tarde? Todo el pueblo, incluida la gendarmería, debía de saber que Georges Levy era judío y probablemente lo habían protegido desde 1940. Sin embargo,

debía de haber un traidor, porque los archivos precisan que Georges Levy fue «denunciado».

Si Moïse y Jacqueline se salvaron fue sobre todo porque sus respectivos padres estaban en la Resistencia, de cuyas impresionantes redes pudieron beneficiarse. A pesar de que, fuera de estos círculos, también muchos franceses dieron muestras de una valiente solidaridad con los judíos, es evidente que no fueron suficientemente numerosos. A la mayoría le faltó ese impulso humano espontáneo que permitió, por ejemplo, a los ciudadanos búlgaros oponerse a la deportación de los judíos de su país y a los funcionarios italianos negarse en bloque a entregar a los alemanes a los judíos de su zona del sudeste de Francia.

¿Qué riesgo corría un agente francés si desobedecía las órdenes de las autoridades contra los judíos? Este telegrama del prefecto regional de Saona y Loira antes de los arrestos da una idea de las sanciones: «Negligencias en ejecuciones» de las redadas «comportarán la revocación inmediata del servicio». No se trata ni de ejecución, ni de prisión, ni de multa, sino de perder el empleo o las oportunidades de carrera. También existían directrices más severas, como las de René Bousquet, que consideraba el internamiento administrativo de «personas cuyas actitudes o actos dificulten la ejecución de mis instrucciones sobre reagrupamientos israelitas» y pedía «informar sobre los funcionarios cuya indiscreción, pasividad o mala voluntad hubieran complicado su tarea». Pero estas órdenes raramente se aplicaban al pie de la letra.

Quizá si la población francesa hubiera reaccionado desde el principio ante las persecuciones contra los judíos, el gobierno de Vichy no habría llegado a ser cómplice de asesinatos en masa. Pero estuvo demasiado tiempo sin reaccionar, no solamente ante la redada de judíos extranjeros, sino también ante toda una serie de leyes antisemitas que afectaban igualmente a los judíos franceses,

instaurada solo por iniciativa de Vichy: introducción de *numerus clausus* para limitar su presencia en múltiples sectores profesionales; prohibición de pertenecer a organismos electos, de ocupar puestos de responsabilidad en la función pública, la magistratura, el ejército y la cultura; autorización de internar a los extranjeros judíos en campos especiales...

Nadie protestó tampoco cuando Vichy inició el proceso de arianización de los bienes judíos, menos por convicción que para impedir que los alemanes tomaran ellos solos el control. En Francia, la arianización fue mucho menos provechosa para la población que en Alemania. Pero el Estado no tuvo el menor empacho en robar divisas, dinero en metálico, metales preciosos, joyas y obras de arte de los judíos durante sus arrestos. En la sociedad, hubo toda una serie de aprovechados: decenas de miles de administradores franceses provisionales de las empresas expoliadas, compradores que bajaban los precios, la competencia que se libraba de un rival, por no hablar de los notarios, peritos tasadores, galeristas, coleccionistas y museos implicados en estos saqueos. Tampoco faltan testimonios que relatan que los vecinos se colaban en las viviendas de los deportados para vaciar los armarios después de su partida.

Estas medidas antijudías no solamente suscitaban indiferencia, a veces también adhesión. Robert Paxton estima que, mucho antes de la llegada del Tercer Reich, tanto en la sociedad francesa como en otras partes de Europa, dominaba la idea de la existencia de un «problema judío» que había que solucionar. En las últimas décadas del siglo XIX, la prensa y la industria editorial francesas se encontraban entre las más violentamente antijudías de Europa, y uno de los focos más vivos de este resentimiento era la Argelia francesa, donde la concesión de la nacionalidad francesa a los judíos en 1870 (decreto Crémieux) había desencadenado un odio

feroz contra esta comunidad.

El antijudaísmo francés culminó con el caso Dreyfus, un capitán judío del ejército francés condenado a trabajos forzados en una isla de clima infernal de la Guayana por haber entregado, supuestamente, documentos secretos a los alemanes, cuando en realidad las pruebas acusaban a otro hombre. El asunto causó un gran escándalo y numerosas personalidades iniciaron un pulso violento que oponía a partidarios y contrarios a Dreyfus. En el primer grupo, figuraban escritores como Marcel Proust y Émile Zola, en el segundo, escritores nacionalistas como Maurice Barrès y, sobre todo, Charles Maurras, futuro máximo exponente de la línea de extrema derecha de Acción Francesa.

Según Robert Paxton, a diferencia de los nazis, el antisemitismo de Vichy no era racial, sino cultural y nacional. El régimen no consideraba el asesinato de los judíos una solución y era reticente a su deportación. Pétain consiguió impedir la instauración de la estrella amarilla en la zona libre y, en el verano de 1943, Pierre Laval se negó obstinadamente a ceder a la presión de los alemanes, que querían retirar la nacionalidad francesa a todos los judíos que la habían obtenido a partir de 1933, para facilitar su deportación. El régimen no dejaba de ser antisemita y, preocupado por presentar en la medida de lo posible una imagen de soberanía ante los alemanes, acabó por organizar él mismo la aplicación del Holocausto en Francia.

Gracias a la ayuda de la Resistencia, la madre de Moïse pudo ocultarse de un escondite a otro y escapar a la deportación. Su padre no tuvo tanta suerte. Después de trabajar duramente para una empresa de cemento en Auschwitz, las SS lo mandaron a una *Todesmarsch* (marcha de la muerte) en enero de 1945, cuando los Aliados ya se acercaban. Murió en las carreteras caóticas al final de la guerra, cuando las propias SS huían en desbandada. «Creo que

murió libre», dice Moïse.

Con la Liberación, su madre se dirigió a la prefectura. «Dijo: “Quiero que me devuelvan la nacionalidad francesa”. Allí le dijeron: “Oh, esto va para largo, es mejor que haga una nueva solicitud; con su hoja de servicios en la Resistencia, seguro que será fácil”. Ella respondió: “No, quiero que me la devuelvan, y que reconozcan el error, la falta de Francia...”. Aquello nunca ocurrió.» Oficialmente, Moïse y su madre son franceses solamente desde 1947. No recibieron ninguna pensión ni compensación del gobierno francés, puesto que se los consideraba apátridas en el momento de los hechos. Hubo que esperar a las medidas de reparación de los alemanes, que indemnizaron a los judíos apátridas de Francia.

Después de la guerra, había muy pocos supervivientes judíos para dar testimonio de la Shoá en Francia, puesto que solo dos mil quinientos habían regresado de los campos, es decir, el 3 por ciento de los deportados. La palabra de los detenidos políticos —de los 85.000 deportados, el 60 por ciento sobrevivió— suplantaba la suya. Se escuchaban más los relatos de oponentes políticos y resistentes que confirmaban la imagen de una Francia resistente que los de las víctimas de persecuciones raciales. Ahora bien, la experiencia no era la misma. Los prisioneros políticos habían resistido el calvario de los campos de concentración, pero no habían pasado por el horror de los campos de exterminio. Los supervivientes del infierno, fantasmas vaciados de todo, preferían guardar silencio para no ser marginados por una sociedad que era evidente que había decidido pasar a otra cosa. Incluso el famoso documental *Noche y niebla*, de Alain Resnais, estrenado en 1956, consiguió tratar el tema de los campos de concentración nazis pronunciando una sola vez la palabra «judío», perdida entre la enumeración de una lista de víctimas.

Esta amnesia era compartida por el conjunto de la comunidad

internacional. La actitud de los Aliados durante la guerra ante el desamparo de los judíos de Europa no los animaba demasiado a refrescar la memoria. Aunque estaban informados del genocidio, los británicos y los estadounidenses habían evitado convertir esta causa en una justificación de su guerra contra Hitler. Después de todo, sus sociedades tampoco estaban exentas de antisemitismo.

En mayo de 1944, representantes judíos les pidieron que bombardearan las vías férreas que unían Budapest con Auschwitz para detener las deportaciones de los judíos de Hungría y que destruyeran las cámaras de gas y los crematorios de aquel campo de exterminio. Los Aliados, que disponían de fotos precisas del lugar, respondieron que todos sus aviones estaban movilizados para acciones de guerra prioritarias. Uno de los argumentos era el temor a matar a los detenidos. Pero, para el historiador estadounidense Walter Laqueur, en cambio, «se habrían podido salvar cientos de miles de vidas».

Los soviéticos tampoco intervinieron para apoyar a los judíos. Ni a los resistentes: durante la insurrección en Varsovia de la resistencia polaca en el verano de 1944, el Ejército Rojo, que se encontraba a las puertas de la ciudad, no hizo nada para ayudar a los insurgentes.

Por sorprendente que pueda parecer, lo que por fin despertó las conciencias en Europa y en Estados Unidos fue una serie televisiva estadounidense, *Holocausto*, de Marvin J. Chomsky y Gerald Green, estrenada en 1978 en Estados Unidos. Es la historia de dos familias: por un lado, los Weiss, judíos sobre los que se abaten los crímenes del Tercer Reich, y por otro una pareja de nazis, los Dorf. Erik Dorf, en un principio reticente con el nacionalsocialismo, ingresa finalmente en las SS —empujado por su esposa, deseosa de subir en la escala social—, donde pronto destacará en sus nuevas funciones. Al igual que los Weiss, Dorf acabará en Auschwitz, pero

del lado de los verdugos.

De repente, el relato de estos dramas individuales convirtió lo inimaginable en imaginable para el gran público y sacudió la conciencia colectiva a nivel internacional. En Estados Unidos, donde un estadounidense de cada dos vio la serie, se anunció el proyecto de un gran Museo del Memorial del Holocausto en Washington DC, dotado de un centro de documentación, afluyó dinero de todas partes para financiar su construcción y proliferaron conferencias y exposiciones sobre el tema.

En 1979, la serie *Holocausto* se difundió en Europa. En Alemania Occidental, donde un tercio de los ciudadanos, es decir, 20 millones de personas, la vieron, una sorda cólera se apoderó de los ciudadanos contra los poderes públicos, acusados de no haber cumplido con su deber de memoria. También cierta vergüenza, la de haber dejado de lado un crimen cuyo recuerdo estaba al alcance de la mano. Después de cada episodio de *Holocausto*, miles y miles de telespectadores llamaban a la cadena de televisión donde, al final de la difusión, un grupo de historiadores aportaba su punto de vista y respondía a las preguntas de los telespectadores. La centralita estaba saturada por las peticiones apremiantes de personas estupefactas e incrédulas. Algunas lloraban, otras se indignaban: «¿Cómo hemos podido permitir que pasaran estas cosas?». Según un sondeo, el 65 por ciento se consideraba conmocionado, el 45 por ciento «avergonzado» y el 81 por ciento afirmaba que la emisión había provocado discusiones en su entorno.

Holocaust fue elegida «palabra alemana del año» por la Sociedad para la Lengua Alemana. Tres meses después de la difusión de la serie, el Bundestag decidió que el asesinato y el crimen de genocidio nunca prescribirían. Algo más tarde, en 1982, se publicó por fin el monumental libro de Raul Hilberg *La destrucción de los judíos europeos*, en Alemania, que se tradujo al francés en 1988, al italiano en 1999 y al español en 2005. La obra se convirtió en una referencia imprescindible.

En Francia, la serie *Holocausto* se emitió justo después de la publicación por Serge Klarsfeld del *Mémorial de la déportation des Juifs de France*, una obra que proporcionaba una lista de los nombres de los deportados de Francia. Acto seguido, la película de Marcel Ophüls *La tristeza y la piedad*, censurada diez años antes, finalmente se estrenó en 1981 y atrajo de 15 a 20 millones de telespectadores. Pero fue sobre todo un documental estrenado en 1985 el que, después de la serie *Holocausto*, sacudió las conciencias en Francia: *Shoah*, de Claude Lanzmann, una película de diez horas, la culminación de doce años de trabajo.

Los últimos supervivientes, por los que nunca se había interesado nadie, emergieron de repente del olvido y sus testimonios se convirtieron en una prioridad absoluta. Las lenguas se desataron y los judíos, silenciosos durante tanto tiempo, se pusieron a hablar. Claude Lanzmann viajó por todo el mundo en busca de supervivientes del Holocausto, para reconstruir, a través de sus testimonios, etapa por etapa, la «solución final».

He visto dos veces *Shoah*, pero siempre de forma fragmentada, porque la intensidad de los testimonios es insoportable. Nunca olvidaré la voz melodiosa del hombre que canta delante de la cámara, como los nazis le pedían que hiciera cuando era niño para distraerlos mientras, muy cerca de él, su familia, su pueblo entero, agonizaban en camiones de gas. Ni el relato del detenido de Treblinka que cuenta que, cuando desenterraba los cuerpos desnudos de las fosas comunes que los nazis querían quemar en grandes hogueras, reconoció a sus familiares entre la masa de cadáveres en descomposición.

Uno de los grandes méritos de la película es haber demostrado ante los negacionistas, gracias a las descripciones cruzadas de los lugares, los actores, los métodos, las fechas y los procedimientos, que existió realmente la organización metódica del exterminio

masivo de los judíos de Europa en las cámaras y los camiones de gas.

En este sentido, uno de los testigos clave de la película *Shoah* es el sargento SS Franz Suchomel, asignado durante la guerra a la Aktion T4 y después al campo de exterminio de Treblinka, y condenado a seis años de prisión en 1965. Es uno de los pocos verdugos que describió voluntariamente con una extrema precisión el funcionamiento del campo, con la ayuda de un gran plano colgado de la pared.

A su llegada, en agosto de 1942, las cámaras de gas de Treblinka funcionaban a pleno rendimiento: «En dos horas o dos horas y media, todo había terminado, entre la llegada y la muerte, un tren entero...», explica. «Los trenes llegaban uno tras otro y siempre había afluencia de gente, ¿comprende? [...] Algunos judíos tenían que esperar dos días porque las pequeñas cámaras de gas no daban abasto, a pesar de que funcionaban día y noche.» Los hombres pasaban primero, las mujeres tenían que esperar, desnudas, tanto en verano como en invierno, con temperaturas que podían descender hasta $-15\text{ }^{\circ}\text{C}$. «Oían los motores de las cámaras de gas, quizá también los gritos y los rezos de la gente en su interior. Y, mientras esperaban, el *Todesangst* (miedo a la muerte) se apoderaba de ellas.»

10

El pacto

No conocí al Opa. El 20 de septiembre de 1970, cuando paseaba por el centro de Mannheim, cayó al suelo, fulminado por un ataque al corazón, a los sesenta y siete años. «Mi padre sabía que, a finales de año, tenía que vaciar el edificio de su empresa, pues el terreno pertenecía a la ciudad», relata la tía Ingrid. «Se destruiría todo para renovar el barrio. Mi madre le decía: “¡No pasa nada, a tu edad, ya has trabajado bastante!”. Pero creo que le pesaba ver desaparecer aquella empresa por la que se había matado trabajando: acabó muriendo por ello.» En diciembre de 1970, se destruyeron los edificios de la empresa Schwarz & Co. Mineralölgesellschaft y su dolorosa historia desapareció bajo el asfalto de una flamante carretera. Hasta que me decidí a reunir los restos de su memoria y de la de mi abuelo, del que, durante mucho tiempo, solo conocí los retratos colgados en la pared en Mannheim. Se le ve a los sesenta años, con el pelo totalmente blanco y ataviado con gruesas gafas rectangulares negras que le dan un aspecto severo.

Hoy tengo la sensación de conocerlo mejor. Mi tía siempre lo ha defendido cuando la he entrevistado, ella justificaba sus acciones y exageraba sus preocupaciones, como si tuviera miedo de que yo

ensuciara su memoria. Mi padre, por su parte, tiene una visión muy diferente de Karl Schwarz: «En el aspecto material, veló para que no nos faltara nada, pero, por lo demás, nunca fue un modelo para mí. No intentaba estar cerca de mí. Todo lo que he aprendido, lo he aprendido sin él. No intentó enseñarme las cosas de la vida», me confía. Ingrid dice que, en realidad, su padre estaba orgulloso de que su hijo hubiera aprobado los exámenes de la universidad.

Si le preguntaba por el pasado nazi de sus padres, mi tía decía: «No podemos ponernos en el lugar de la gente de una época que no hemos vivido, donde todo era muy diferente». Ella no se enfrentó a sus padres, probablemente frenada por su empatía hacia ellos en el difícil contexto de la posguerra y el respeto ciego que los jóvenes sentían entonces respecto a la autoridad parental.

Cuando Volker, que era siete años menor que su hermana, entró también en la adolescencia, la situación financiera de su familia había mejorado y le dejó el campo libre para otras reflexiones. Su escolarización en el Gymnasium, sus lecturas y su carácter fueron propicios para la emergencia de un espíritu crítico que lo condujo a considerar la actitud de sus padres desde una nueva perspectiva. «Les decía: “Lo que me molesta no es que hayáis levantado el brazo, porque, quién sabe, quizá yo también lo habría hecho, por entusiasmo, por cobardía. Lo que me molesta es que, incluso después de la revelación de que este régimen cometió los peores crímenes que cabe imaginar, sigáis sin condenarlo realmente”.»

La divergencia de opiniones entre hermano y hermana también se debe quizá al hecho de que, a diferencia de Volker, mi tía, nacida en 1936, recuerda muy bien la angustia de los bombardeos de Mannheim, de la huida al campo y del regreso traumático a una ciudad devastada, poblada de fantasmas errantes. Mucho más que su hermano, que era un niño, ella quedó marcada por el largo conflicto de su padre con Julius Löbmann, que, a través del filtro del amor filial, percibió como una injusticia.

Investigando para este libro, hay una pregunta compleja que no ha dejado de atormentarme. ¿Hasta qué punto era posible para los hombres y las mujeres ordinarios como mis abuelos no ser nazis bajo el Tercer Reich? ¿Decir no sin tener madera de héroe? ¿Sin arriesgar la vida o ser enviados a un campo? ¿Hasta qué punto era posible no ser un *Mitläufer*?

El régimen nazi tenía un doble filo: por un lado, desplegaba un arsenal de seducción que suscitaba la admiración y, por otro, disponía de un sistema represivo temible que inspiraba miedo y disuadía de cualquier disidencia. Imagino que resultaba difícil no dejarse intimidar por la violencia de las SA, el asesinato y el envío de comunistas y socialdemócratas a los campos de concentración. *A fortiori*, cuando la represión empezó a extenderse a los «asociales» y a los «enemigos de la comunidad», e hizo planear la amenaza de un arresto por encima de muchas cabezas susceptibles de entrar en estas categorías de contornos muy borrosos.

Durante la guerra, a medida que el Reich mostraba signos crecientes de debilidad, las sanciones se endurecieron terriblemente. Los tribunales especiales se convirtieron en antesalas de la muerte. La pena capital se imponía por cualquier motivo. Para quien tenía la desgracia de tropezar con un juez fanático, haber hecho una declaración derrotista, aunque fuera en un pequeño círculo, era punible con la pena de muerte, de la misma manera que el robo de unos tristes pollos podía pasar por «sabotaje». Entre 1940 y la capitulación, se dictaron dieciséis mil penas de muerte contra ciudadanos alemanes.

En cambio, antes de la guerra, los márgenes de maniobra no eran tan estrechos para la población. Afiliarse a una organización nazi era recomendable si se quería acelerar la carrera, pero no obligatorio. Preferir el *Grüss Gott* (que Dios te acompañe) al saludo hitleriano o criticar al régimen tenía pocas consecuencias si no se era un personaje público. Existe una foto en la que, en medio de una multitud que levanta el brazo en la inauguración de un barco en

Hamburgo, en 1936, en presencia de Adolf Hitler, se ve a un hombre que cruza ostensiblemente los brazos. Este gesto valeroso no fue reprimido. Pero, por otra razón, el mismo hombre fue condenado a tres años de prisión en 1938: había manchado con la «vergüenza» a su «raza» al mantener una relación fuera del matrimonio con una judía, con la que había tenido dos hijos.

Si la mayoría de los alemanes se adaptaron al modelo nazi, fue también porque muchos no necesariamente se oponían a la violencia. Unos habían acabado por acostumbrarse, se habían dejado convencer de la necesidad de que reinara un orden nuevo contra la supuesta amenaza bolchevique y el retorno de una república deshonrada con el ejemplo de Weimar. Otros estaban seducidos por lo que percibían como la exaltación de la fuerza viril y la superioridad de los alemanes o la ocasión de un trampolín profesional o material. La violencia era más fácil de tolerar debido a que los juristas se apresuraban a aportarle una legitimación legal. Confería a los que no se veían afectados la satisfacción narcisista de sentirse privilegiados de pertenecer a la *Volksgemeinschaft*, como si se tratara de un club privado muy selectivo.

De la tolerancia del crimen a la participación, solo había un paso que, sin embargo, era posible no dar: negarse a ocupar el puesto de un colega despedido porque era judío y no participar en la arianización. Durante mucho tiempo, también era posible continuar comprando a los comerciantes y empresarios judíos, a falta de una ley que decretara lo contrario.

Salvar a los judíos durante la guerra era arriesgado, pero no imposible. Unos diez mil ciudadanos alemanes participaron en ello, por empatía o para enriquecerse. En caso de denuncia, podían ser enviados a un campo o salir indemnes, pero era raro que se les aplicara la pena capital, mientras que, en Polonia, los que salvaban a un judío arriesgaban realmente la vida.

En el frente, si un soldado de la Wehrmacht o de las SS desertaba, podía ser ejecutado. Si le repugnaba matar a un judío, un

civil o un prisionero soviético, perdía prestigio ante sus compañeros, la jerarquía le hacía una advertencia o lo trasladaba. Pero, hasta el momento, los expertos no han encontrado un solo caso en el que un soldado hubiera pagado con la vida esta negativa.

Es cierto que todo lo que sabemos actualmente no se conocía en la época y, por consiguiente, no siempre era fácil evaluar los riesgos. Todavía hoy, resulta difícil emitir un juicio. «Mis padres vivían bajo una dictadura», dice mi tía. «Para resistirse a las exigencias del partido o proteger a los judíos, había que ser un héroe. La gente que lo hacía ponía su vida en peligro, se necesitaba un valor que muy pocas personas tienen.» Volker es menos clemente. «Mi padre siguió el juego sin que nadie lo obligara. Se sacó el carné del partido y compró una empresa a un judío cuya vida pendía de un hilo.» En ciertas situaciones, era evidente que resultaba posible e incluso preferible decir no. Como dice mi padre: «Si, desde el principio, la gente se hubiera negado a seguir el juego al régimen en cada etapa, los nazis probablemente no habrían llegado tan lejos».

A menudo, me pregunto lo que yo habría hecho. Nunca lo sabré. Lo que importa lo comprendí leyendo estas líneas del historiador Norbert Frei: que no sepamos cómo nos habríamos comportado «no significa que no sepamos cómo habríamos tenido que comportarnos». Y cómo tendríamos que comportarnos en el futuro.

Otro tema en el que Volker e Ingrid tampoco están completamente de acuerdo es la importancia que hay que conceder a la transmisión de la memoria del pasado nazi. Sobre la mesita de noche de mi padre o al lado de la bañera, siempre hay un libro sobre el Tercer Reich. Recientemente, era una biografía de Joseph Goebbels, la enésima, lo cual no le impide ser un vividor. Su hermana, por su parte, dice que «prefiere vivir en el presente y que está harta de estas historias», aunque se pasa el tiempo contándolas, si bien en su caso se trata de pequeñas historias, las

de la gente corriente, y no de la gran historia, con la que se identifica menos.

Ingrid está a caballo entre dos generaciones: la de mi padre, que nació durante la guerra o después y, en los años sesenta, se rebeló contra la amnesia de la sociedad alemana, y la que nació a principios de los años treinta, que pasó la infancia y la adolescencia bajo el Tercer Reich, en los *Hitlerjugend* y fue reclutada a la fuerza para la defensa antiaérea. Los que pertenecen a esta última generación tienen una relación particular con el nacionalsocialismo. Son a la vez víctimas del sistema y actores, sin duda inocentes en su mayoría, pero inevitablemente marcados. Ellos fueron los que, a pesar de ser demasiado jóvenes para tener responsabilidades bajo el Tercer Reich, tuvieron que enfrentarse después de la guerra a la pesada herencia de la «culpabilidad alemana». Décadas después de la guerra, algunos ya no soportaban este peso y reclamaron hacer borrón y cuenta nueva sobre el pasado.

Cuando, después de trece años de poder socialdemócrata, el democristiano Helmut Kohl llegó a la cancillería, en 1982, primero expresó su deseo de encarnar un «cambio moral y espiritual»: un reforzamiento de la confianza en sí mismos de los alemanes en el escenario internacional, confianza que debía pasar por una liberación del pasado nazi. Este anuncio cayó más bien mal, puesto que la difusión de la serie *Holocausto* había reforzado en la opinión pública internacional la necesidad de comprender cómo había sido posible el genocidio. En lugar de dar muestras de buena voluntad para responder a estas expectativas, Kohl reaccionó a la defensiva. Quiso intervenir en el proyecto de construcción del Museo del memorial del Holocausto en Washington, en un intento de integrar un apartado sobre la resistencia alemana y el desarrollo democrático de su país.

Pero lo que más impactó fue sobre todo su declaración ante el

Parlamento israelí, la Knéset, en 1984. «Les hablo como alguien que no puede ser culpable del nazismo porque ha tenido la suerte de nacer demasiado tarde y de tener unos padres excepcionales», dijo Helmut Kohl, nacido en 1930. El canciller fue acusado de intentar liberar a su país de su responsabilidad histórica frente a Israel.

También se le reprochó que intentara reducir la atención dirigida hacia el Tercer Reich, desplazando el interés hacia la Primera Guerra Mundial, cuyo recuerdo había sido aplastado en Alemania por la omnipresencia de la Segunda Guerra Mundial. Todavía hoy me estremezco ante una escena filmada el 22 de septiembre de 1984 en Verdún, uno de los lugares más mortíferos de la Gran Guerra, donde en diez meses murieron más de 310.000 soldados: François Mitterrand y Helmut Kohl inmóviles a los pies del osario donde descansan los restos de 130.000 soldados alemanes y franceses, el himno alemán termina, sus manos se elevan, se unen y se quedan así unidas mientras suena *La Marsellesa*. El coloso y el bajito, unidos por este gesto de una conmovedora humildad, ponían a los muertos por testigos para decir «nunca más».

En su aspiración para pasar la página nazi, Helmut Kohl tenía el apoyo de una parte de la población, pero muchos, impresionados por la multiplicación de testimonios desgarradores sobre la Shoá, tenían una necesidad urgente de verdad, en especial los que habían nacido después de la guerra y habían tomado en marcha el tren de la memoria.

La confrontación entre estos dos campos se envenenó cuando, en 1985, con motivo de la visita del presidente estadounidense Ronald Reagan para el 40 aniversario del final de la guerra, Helmut Kohl invitó a su huésped a rendir homenaje a los soldados del Reich en el cementerio militar alemán de Bitburg, donde descansan también miembros de las Waffen-SS. La visita, que molestó al presidente

estadounidense y se percibió como un intento de relativización de los crímenes nazis, provocó una viva polémica. La revista estadounidense *Time* pidió a Ronald Reagan que se abstuviera de visitar cualquier cementerio de guerra alemán. Günter Grass acusó a Kohl de refugiarse en la postura de la inocencia por la ignorancia. «La mayoría sabía que había campos de concentración... Ninguna autoabsolución borra esta realidad: todos sabían, podían saber, habrían tenido que saber.»

El canciller había querido abonar el terreno de una relación de igual a igual con los antiguos vencedores de la guerra, que seguían disponiendo de tropas ubicadas en Alemania. Pero su gesto despertó viejos temores en el extranjero y llevó agua al molino de los revisionistas alemanes.

Tres días después de la visita al cementerio militar, el día del aniversario de la victoria aliada sobre la Alemania nazi, el presidente alemán democristiano Richard von Weizsäcker puso un freno decisivo a esta política con un discurso legendario. He vuelto a ver su intervención filmada de cerca de cuarenta y cinco minutos y, si solo hubiera una cosa que mostrar a las jóvenes generaciones, sería esta. Aquel día, Weizsäcker, hijo de diplomático y secretario de Estado del Reich, selló las bases de un consenso memorial que trascendería la separación derecha/izquierda.

«El 8 de mayo fue un día de liberación», afirmó, en su modesta aparición detrás de un pequeño atril, frente al Bundestag. «Nos liberó a todos del sistema de dominación nacionalsocialista basado en el desprecio del ser humano.» Una declaración que hoy parece evidente, pero que no lo era en 1985, pues muchos todavía tenían dificultades para expresar y oír ciertas verdades históricas. «Debemos mirar la verdad de frente, sin adornos ni parcialidad, y tenemos la fuerza para hacerlo», insistió.

A la vez que rendía homenaje al sufrimiento de los alemanes durante la dictadura, Weizsäcker recordó que debían atribuir su infortunio al Tercer Reich, no a los Aliados. «No tenemos derecho a

ver en el final de la guerra la causa del exilio, la expulsión y la falta de libertad. Esta causa se encuentra mucho más en su desencadenamiento y el inicio de la tiranía que condujo a la guerra.» Además, «sin la guerra iniciada por Hitler [...], Europa no se habría dividido en dos».

Richard von Weizsäcker, que había combatido en los frentes del este y del oeste, donde resultó herido en dos ocasiones, enumeró con gravedad la larga serie de víctimas de la barbarie nazi y tuvo el valor, más bien inédito para un estadista de esta envergadura, de criticar frontalmente la actitud del pueblo alemán bajo el nazismo: «¿Quién podía seguir siendo ingenuo después del incendio de las sinagogas, los saqueos, la estigmatización con la estrella judía, la privación de los derechos y la profanación continua de la dignidad humana? A quien abría los oídos y los ojos, a quien quería informarse, no se le podía escapar que había trenes llenos de deportados [...]. Era fácil desviar la conciencia, no ser responsable, desviar la mirada, guardar silencio. Al final de la guerra, cuando surgió la verdad indescriptible del Holocausto, fuimos demasiado numerosos los que nos justificamos diciendo que no sabíamos nada o no habíamos sospechado nada».

El presidente alemán terminó su discurso con una advertencia. «Nuestra propia historia nos permite saber de lo que es capaz el ser humano. No debemos imaginar que ahora somos diferentes y mejores. [...] Nuestra memoria histórica [debe ser] la línea directriz de nuestra actitud [y permitirnos] realizar las tareas que nos esperan.»

Su discurso, aclamado en todo el mundo, traducido al menos a 13 lenguas y del que se imprimieron más de 2 millones de ejemplares, permitió restituir una confianza internacional en Alemania que Helmut Kohl casi había destruido. El *New York Times* lo reprodujo entero y más de sesenta mil ciudadanos alemanes escribieron al presidente. Richard von Weizsäcker selló así un pacto entre la política alemana y la moral extraída de su historia.

No todos los intelectuales y los historiadores alemanes se adherían a este consenso político. Es cierto que la mayoría de los expertos estaban de acuerdo en decir que las investigaciones sobre los crímenes nazis todavía estaban muy incompletas. Pero, mientras que unos consideraban urgente colocar el genocidio en el centro de la memoria alemana y sensibilizar a la opinión pública mediante la habilitación de museos, monumentos y conmemoraciones, otros se oponían a ello y negaban la singularidad del Holocausto, reclamando el derecho a comparar los crímenes nazis con los de los bolcheviques bajo Stalin.

Dieciocho millones de personas conocieron el infierno de los gulags. Los testigos contaron su vida cotidiana: cavar en el hielo en busca de minerales para un Estado que les robaba su fuerza de trabajo, luchar contra el viento asesino de las grandes llanuras, con el rostro lacerado, la piel de los pies pegada a los zapatos por culpa del hielo, dormir con el cuerpo contorsionado por el frío directamente en el suelo de hormigón y morir de hambre. Los muertos de los gulags se cuentan por millones. A ellos, se añaden los más de 10 millones de víctimas de las hambrunas provocadas por las políticas soviéticas, los 6 millones de personas deportadas y las innumerables vidas truncadas por un régimen despiadado. Detrás de estas cifras desmesuradas, se encuentra ante todo Iósif Stalin, el padre de la patria, el enamorado de Chaikovski y de las bailarinas del *Lago de los cisnes*, que no tuvo ningún problema, en los años 1936-1938, en mandar ejecutar con una simple firma a casi todos sus compañeros bolcheviques, que habían desempeñado un papel de primer orden durante la Revolución rusa de 1917. Un monstruo en cuyo honor el presidente ruso Vladímir Putin, ese falsario en jefe de la historia, erigió en 2017 un busto en Moscú.

En 1986, los desacuerdos historiográficos culminaron con la «querrela de los historiadores», después de la publicación en el diario *FAZ* de un texto del historiador alemán Ernst Nolte titulado «El pasado que no quiere pasar». Hay que «permitirse hacer una

pregunta imprescindible: [...] ¿El archipiélago gulag no precedió a Auschwitz? El “asesinato de clase” de los bolcheviques, ¿no era el paso previo lógico y factual del “asesinato racial” de los nacionalsocialistas?». Al hacer estas preguntas, el historiador proponía la tesis según la cual el asesinato de clase de los bolcheviques sería a la vez el modelo y el espectro que habría impulsado a Hitler al genocidio de los judíos.

La respuesta, encabezada por Jürgen Habermas, no se hizo esperar. En un artículo publicado en el semanario *Die Zeit*, el filósofo denunció «las tendencias apologéticas de la historiografía alemana». Escribe que Nolte «mata dos pájaros de un tiro: los crímenes nazis pierden su singularidad debido a que se convierten, al menos a sus ojos, en comprensibles como reacción a la amenaza de las destrucciones bolcheviques».

Varios historiadores contraatacaron y acusaron al filósofo de imponer una censura de tipo moral a su trabajo. Numerosos intelectuales tomaron partido. Eberhard Jäckel señaló que el problema no era comparar los crímenes bolcheviques y los nazis, sino la relación causa-efecto entre el gulag y el Holocausto que sugería «la tesis del asesinato preventivo» y era históricamente falsa. «El ario no tenía miedo del “subhombre” eslavo y judío», escribe Jäckel en *Die Zeit*. Hitler había comprendido «perfectamente cómo canalizar en su propio interés el miedo de la burguesía hacia el bolchevismo».

Lejos de ser un debate de tipo científico, señaló el historiador Hans Mommsen, este conflicto revelaba una tendencia en la historiografía alemana a «rehabilitar las ideas favorables a un Estado autoritario a través de la relativización histórica del nacionalsocialismo».

Este intento fracasó y contribuyó a permitir que se impusiera la idea de que el Holocausto era un punto central de la identidad alemana.

En noviembre de 1989, la caída del Muro sellaría todavía más el imperativo de memoria del nacionalsocialismo. La desaparición de la RDA quitaba un argumento importante a los que acusaban al trabajo de memoria de la RFA de llevar agua al molino de la propaganda antifascista del enemigo comunista. El camino estaba libre para recordar los crímenes nazis sin temor a que la RDA lo instrumentalizara. Durante el cincuentenario del final de la guerra en 1995, un auténtico «maratón conmemorativo» celebró sin moderación la «liberación» del pueblo alemán. «Pasado superado», proclamó *Der Spiegel* en portada. Un año más tarde, el presidente alemán Roman Herzog convertía el 27 de enero, fecha del aniversario de la liberación del campo de Auschwitz, en el día de la conmemoración de las víctimas del nacionalsocialismo.

La caída del Muro volvía caducos los últimos mitos que la RFA había conseguido preservar sobre el pasado nazi. Como el de la propia Wehrmacht, que logró salir indemne de todas las tormentas memoriales. La leyenda había surgido en el proceso de Núremberg, cuando el tribunal decidió no incluir a la Wehrmacht en la lista de las «organizaciones criminales». Esta decisión fue vista como una absolución por muchos alemanes, reforzados en su impresión por la amnistía de numerosos miembros de la Wehrmacht durante la década de 1950. Después, la proliferación de autobiografías, testimonios, películas y libros que contribuían a adornar a la Wehrmacht terminó de fijar en la opinión pública la imagen del «soldado correcto» y de un ejército libre de la ideología nazi y de las masacres de civiles y de judíos.

En 1995, una exposición organizada por el Instituto de Investigación Social de Hamburgo titulada *Guerra de exterminio. Crímenes de la Wehrmacht, 1941-1944* dio el golpe de gracia a esta leyenda. Gracias a la ayuda de los historiadores, la exposición demostraba que, si bien la Wehrmacht había desaprobado las acciones de las SS al principio, había acabado por doblegarse a ellas y colaborar activamente. Incluso había dado por propia

voluntad, independientemente de las SS, innumerables órdenes criminales contra judíos, civiles y prisioneros de guerra, porque también estaba corroída interiormente por el antisemitismo y el racismo hacia los *Untermensch* eslavos. La exposición generó una polémica tal que estallaron debates agitados en algunas ciudades y algunos municipios se negaron a acogerla. Incluso hubo manifestaciones. El Bundestag le dedicó un debate muy destacable. Estas divisiones no impidieron que la exposición tuviera un éxito estrepitoso ante un público de todas las edades, clases sociales y profesiones, cerca de un millón de personas en total, dispuestas a esperar pacientemente en largas colas.

Otro cómplice importante de los crímenes nazis que había conseguido hacerse olvidar salió también a la superficie. Además de los beneficios obtenidos por la arianización y los negocios realizados con el régimen nazi, muchas empresas alemanas, públicas o privadas, se habían beneficiado ampliamente de más de diez millones de trabajadores forzados del Reich. Después de la guerra, se aprovecharon del hecho de que la mayoría de sus antiguas víctimas vivían al otro lado del Telón de Acero para no indemnizarlas. La caída del Muro abrió la vía a acuerdos de reparación del Estado alemán con algunos antiguos países del Este y de Rusia, siguiendo el modelo de los concluidos con los países occidentales después de la guerra, pero las negociaciones para indemnizar específicamente a los antiguos trabajadores forzados se alargaron. Sin embargo, había urgencia. Las víctimas que no habían muerto eran muy ancianas y tenían una necesidad urgente de dinero, debido a la pobreza reinante en el este. Finalmente, en 2000, surgió la Fundación Recuerdo, Responsabilidad y Futuro, destinada a indemnizar a los antiguos trabajadores forzados, dotada con más de diez mil millones de marcos, entregados a partes iguales por el gobierno federal y más de seis mil empresas privadas.

Por otra parte, presionados por la opinión pública, que empezaba a interesarse por esta parte desconocida de la historia nazi, y con la amenaza de denuncias ante los tribunales, las grandes empresas y los bancos abrieron sus archivos a los historiadores o a comisiones independientes encargadas de sacar a la luz sus actividades bajo el Tercer Reich, entre ellas su empleo masivo del trabajo forzado. Algunas fueron más reticentes que otras, como Quandt, Flick y Oetker, que decidieron colaborar únicamente debido a la presión mediática. Otros continúan hasta ahora haciéndose los remolones, como Siemens y Bayer, e incluso no haciendo nada, como Henkel, Roechling o Wella. Sin embargo, estos ejemplos son excepciones y, de manera general, la mayoría de las grandes empresas alemanas han acabado por apostar por la carta de la transparencia, aunque muy tardíamente.

Este era el contexto memorial cuando, en 2000, me instalé en Berlín para trabajar como corresponsal en una agencia de prensa francesa. Inmediatamente, me sentí cómoda en esta ciudad desfigurada por las guerras y las dictaduras, pero animada por una sed de vida y de libertad contagiosa. En Berlín, la memoria del siglo XX es ineludible, cohabita con el presente y se inscribe tanto en las paredes como en la acción ciudadana. Alemania está hecha a su imagen y semejanza, imposible de descifrar si no se colocan sus acciones políticas y las sensibilidades de su sociedad en una perspectiva histórica.

Mi llegada coincidía con el inicio de una nueva evolución de la relación de Alemania con su historia, iniciada por el gobierno de coalición verdes/socialdemócratas, en el poder desde 1998. Quizá porque estos partidos son tradicionalmente poco sospechosos de objetivos revisionistas, tuvieron éxito donde Helmut Kohl había fracasado: imponer cierta normalización de la situación de su país en el escenario internacional.

En 1999, Alemania participó por primera vez desde 1945 en una intervención militar, enmarcada por la OTAN, en Kosovo. El gobierno

había realizado aquella demostración de fuerza a pesar del pacifismo muy profundo de la sociedad alemana, agitando la amenaza de un genocidio en la antigua Yugoslavia. «Nunca más la guerra» fue barrido por «Nunca más Auschwitz». Se había superado una etapa en el retorno de Alemania al escenario mundial, que se confirmaría cuando el canciller Gerhard Schröder se negó en redondo a seguir a su aliado de siempre, Estados Unidos, durante la invasión militar a Irak, en 2003, y realizó una campaña para intentar obtener en su país una sede permanente del Consejo de Seguridad de la ONU.

Uno de los símbolos más importantes de esta «normalización» fue la primera participación del canciller alemán en las festividades anuales del Desembarco. En junio de 2004, me enviaron a cubrir las festividades del sesenta aniversario, en las que Gerhard Schröder había aceptado participar, rematando el gesto iniciado veinte años antes por Richard von Weizsäcker.

Calvados, donde se esperaba a veintidós jefes de Estado o de gobierno, se transformó en una fortaleza segura para prevenir cualquier atentado que pudiera dejar huérfanos de sus dirigentes a más de veinte países. En este tumulto, me encontré con un grupo de alemanes procedentes de Núremberg para visitar las tumbas de familiares fallecidos en el combate durante la batalla de Normandía. Tres hermanas formaban parte del grupo, habían perdido a su hermano, Hans, del que me mostraron una foto: el rostro apenas salido de la adolescencia, grandes ojos marrones cándidos y una sonrisa un poco tímida, en contraste con el uniforme oscuro con botones de metal pulido y que lucía en el cuello la insignia de las Waffen-SS, dos S en forma de rayos. Su autobús estaba a punto de partir rumbo al gran cementerio alemán de La Cambe y les propuse acompañarlas.

Descubrí un magnífico cementerio, parecido a un amplio campo de golf, tapizado por una hierba impecable, reluciente, casi fosforescente, cortada al rape, donde miles de losas funerarias

colocadas planas en el suelo se alineaban hasta perderse de vista. Aquí y allá, emergían pequeñas cruces de granito por series de cinco, pegadas unas a otras como si se cogieran de la mano, un último homenaje a la camaradería frente a la soledad de la muerte. Mil doscientos arcos aireaban el santuario con sus largas ramas, un símbolo de paz financiado por donantes internacionales.

Recorrí las avenidas y vi a mi grupo delante de una serie de losas con más flores que las otras, la tumba del temible SS Michael Wittmann, el jefe de blindados más condecorado de Alemania, un héroe de la propaganda nazi que había destruido al menos 138 carros de combate antes de morir en su Tigre 007 a causa de una explosión en Normandía. En un jarrón de flores colocado cerca de su losa funeraria, flotaba una pequeña bandera negra, donde destacaba el dibujo de una llave blanca, la insignia de la *Leibstandarte-SS-Adolf Hitler*, la división blindada de los guardaespaldas SS del Führer. Cuando me disponía a preguntar a los señores alemanes por qué habían elegido justamente aquella tumba, entonaron a coro una canción de guerra alemana. Debo decir que me sentí aliviada de que no extendieran el brazo para hacer el saludo nazi. Una vez terminado el canto, decidí lanzarme y pregunté a las tres hermanas, que se secaban los ojos húmedos con un pañuelo, si sabían que estaban ante la tumba de un SS. «Nuestro hermano también estuvo en las Waffen-SS, ¿qué cambia eso?, ellos también eran soldados valientes», me respondieron. A los ojos de las hermanas, y de muchos otros alemanes de su generación, el final de la guerra no era un día de liberación.

Al día siguiente, me encontré en medio de otros periodistas en el cementerio anglocanadiense de Ranville, donde Gerhard Schröder tenía que depositar dos ramos, uno por las muertes aliadas y el otro en un pequeño cuadrado reservado a los soldados alemanes. Todo el mundo contenía la respiración delante de aquella delicada coreografía de un canciller alemán que caminaba solo en medio de un océano de cruces, sabiendo que cada uno de sus movimientos,

cada una de sus expresiones sería escrutada, comparada e interpretada. Pero Schröder realizó el ejercicio a la perfección, ni demasiado grave ni demasiado ligero. Transmitía la imagen de una Alemania a la que ya no se podía pedir que se sintiera culpable, que había convertido su trabajo de memoria en una base ineludible de su identidad.

En este clima de calma, empezó a ser posible romper nuevos tabúes en Alemania. Había seguido para la agencia de prensa el apasionante debate que había rodeado la publicación, en 2002, de una novela de Günter Grass, en la que el autor pisa un terreno muy poco habitual en él, el sufrimiento de los alemanes durante la guerra. Mezclando realidad y ficción, pasado y presente, *A paso de cangrejo* relata el drama del *Wilhelm Gustloff*, un navío alemán enviado en enero de 1945 al puerto de Gotenhafen, en el mar Báltico, para sacar de las garras del Ejército Rojo las columnas de refugiados alemanes de Prusia Oriental. Grass describe su combate para conseguir una plaza en el *Gustloff*, única oportunidad de supervivencia, porque quedarse en tierra significaba caer en manos del Ejército Rojo. El rumor decía que aquellos soldados mataban a los hombres, violaban a las mujeres y degollaban a los niños delante de sus madres, en parte para responder a la política de tierra quemada de la Wehrmacht durante su retirada de Rusia. Pero el destino de los que embarcaron no fue mucho mejor: torpedeado por un submarino soviético que sabía que a bordo había una mayoría de civiles, el *Gustloff* naufragó en las aguas heladas del Báltico con 10.500 refugiados a bordo, de los que muy pocos sobrevivieron. En los torpedos, estaba escrito: «Por Leningrado», «Por el pueblo soviético» y «Por Stalin». Era el mismo barco que mi abuela había tomado en 1938 para visitar los fiordos de Noruega, con la euforia general que caracterizaba la Alemania nazi de aquellos años.

En el momento de la publicación de *A paso de cangrejo*, sin

duda influido por esta novela, *Der Spiegel* publicó una gran serie titulada «El exilio» sobre la expulsión de los alemanes de Europa Oriental, con un análisis titulado «Los alemanes como víctimas». Estos debates alimentaron un nuevo interés por los crímenes del Ejército Rojo. En 2003, la reedición del libro autobiográfico de Marta Hillers, *Una mujer en Berlín*, que relata la vida cotidiana de una mujer relegada al estatuto de presa sexual bajo la ocupación soviética de Berlín, sacó del olvido la infamia de la violación masiva de más de 1,4 millones de alemanas por los soldados rusos.

Fui a Berlín para entrevistar a dos víctimas de aquellas violaciones, Elizabeth y Martha, originarias de Silesia, una provincia alemana actualmente polaca, que habían huido durante el invierno de 1945 ante el avance del Ejército Rojo. Me recibieron en su pequeño piso, donde vivían juntas desde que sus esposos habían muerto. «Hemos vivido tantas cosas las dos», me dijo Martha con una sonrisa incierta. Su mirada muy dulce de una hacia la otra, la amabilidad de su acogida, la mesa puesta con un cuidado exquisito para servirme el té y las galletitas me llenaron los ojos de lágrimas, incluso antes de empezar la entrevista.

Tenían quince y dieciséis años. Después de haber perdido el rastro de su familia en el caos de la huida, saltaron a un carro en medio de una interminable columna de refugiados, ya cargado a tope con todo lo que la gente se había podido llevar a toda prisa de su magro patrimonio. Los animales, caballos de tiro, eran demasiado débiles para recorrer, en el frío del invierno, los seiscientos kilómetros que los separaban de Berlín y las rutas eran malas porque había que pasar por caminos pequeños para no tropezar con los rusos, cuya sola mención petrificaba de miedo a las jóvenes. Se sobresaltaban cada vez que percibían siluetas humanas, hasta el día en que surgieron de verdad los rusos. Las tiraron al suelo, las empujaron hacia el bosque, les desgarraron el pantalón y, en el suelo helado, violaron aquellos cuerpos ya magullados por el hambre, el miedo y el frío, cuántas veces, ellas ya

no lo saben. «Recuerdo que tenía una idea fija en la cabeza: que tenía la regla y que tendría la ropa llena de sangre», cuenta Elizabeth, que estalla en sollozos. Martha también se echa a llorar pero consigue añadir: «En esos momentos, el instinto de supervivencia te pide que pienses en alguna otra cosa para apartarte del horror que estás sufriendo».

Una vez satisfechos, los soldados se interesaron por la carga del carro y, mientras hurgaban por todas partes, bebían y aterrorizaban a la familia de campesinos, las dos muchachas abandonadas en el suelo aprovecharon para huir. Sus penalidades no habían acabado. En el camino, se cruzaron con un transporte de alemanes que huían y las acogieron. El Ejército Rojo las detuvo de nuevo, una vez más fueron violadas y sometidas a brutales tratos. En Alemania, Martha y Elizabeth se reunieron con su familia en la zona estadounidense y rehicieron su vida, pero, durante largo tiempo, mintieron sobre sus orígenes a los colegas, amigos y vecinos. «Todo el mundo sabía que venir del este significaba, para una mujer, haber sido violada por los rusos. Sentíamos vergüenza.»

Durante aquellos años en Berlín, como muchos otros periodistas, entrevisté a numerosos testigos. Sabíamos que eran los últimos supervivientes. ¿Quién tomaría el relevo de la memoria?

Para luchar contra el olvido, se construyeron monumentos. El Memorial a los judíos asesinados de Europa se inauguró en 2005 cerca de la puerta de Brandeburgo, 2711 estelas de hormigón de color antracita que se extienden hasta perderse de vista y forman un laberinto de losas cuyas variaciones de altura dan vértigo. Son las sepulturas a las que los muertos de la Shoá no tuvieron derecho. Varios intelectuales, poco sospechosos de revisionismo, denunciaron esta construcción en pleno corazón de Berlín. El escritor Martin Walser se sublevó contra una «instrumentalización del Holocausto» y reclamó el derecho «de mirar a otra parte».

Siguieron otros monumentos, en homenaje a las víctimas del nacionalsocialismo que habían permanecido en la sombra. En medio de un claro del gran parque central de Berlín, el Tiergarten, un estanque negro de forma circular lleno de agua simboliza las lágrimas vertidas por los gitanos y los sintis. No lejos de allí, bajo los árboles, un bloque de hormigón con una ventana desde la que se puede ver una película proyectada en el interior rinde homenaje a los homosexuales perseguidos. En el borde del parque, un largo cristal azul transparente colocado sobre las ruinas de la casa donde se elaboró el programa Aktion T4 recuerda a los mártires de la eutanasia. Los trabajadores forzosos, por su parte, tienen su memorial en Leipzig.

Los archivos también son una muralla contra el olvido. A partir de 2005, uno después de otro, ministerios e instituciones públicas pidieron a comisiones de historiadores independientes que trabajaran sobre su papel bajo el nacionalsocialismo, pero también sobre las primeras décadas de la posguerra, marcadas por la continuidad personal e ideológica entre el Tercer Reich y la RFA. Incluso el servicio secreto de Alemania Occidental, el BND, donde trabajaron muchos nazis después de la guerra, bajo la presidencia del exgeneral de la Wehrmacht Reinhard Gehlen, abrió sus archivos durante un periodo que se extendió hasta los años setenta. Una medida totalmente inédita en Europa.

Ahora que los testigos han muerto, tanto víctimas como verdugos, queda el recuerdo de sus palabras y de sus rostros, los monumentos y los libros de historia para recordar a los vivos lo que Alemania no quiere volver a ser. También queda la memoria familiar. He querido tejer los hilos de la gran historia con los de la pequeña, colocar estos trazos por pinceladas en mi tela imaginaria, cruzarlos y superponerlos, hasta hacer surgir un cuadro vivo, un mundo de antaño, con su decorado, su espíritu, sus vidas de entonces, sus

partes de oscuridad y de luz. Mi padre y mi tía conocieron estas existencias del pasado. La emoción filtra su memoria, la cólera de una infancia perturbada, el recuerdo de un sentimiento de injusticia, la herida de una decepción, la tristeza de no poder hablar con los que se marcharon para siempre y el amor, la lealtad a pesar de todo.



Mis abuelos son fantasmas para mí. El Opa murió antes de que yo naciera y la Oma, seis años más tarde. Puedo reflexionar con la cabeza fría, dar prioridad a la búsqueda de la verdad frente a la emoción. Pero los hechos por sí solos no abren la puerta de lo real, hay que buscar en la fuerza de la representación, de la intuición y de la psicología. Y dejar vivir mi empatía por esas vidas aplastadas por la megalomanía de un puñado de hombres, por Lydia y Karl, que tuvieron la desgracia de nacer en los albores de un siglo maldito.

Un día, la Oma empezó a sentirse devorada por crisis de angustia, convencida de que iba a faltarle dinero y caería en la pobreza, que, a su edad, tendría que humillarse mendigando dinero a los demás. Después de la muerte de su esposo, había continuado viviendo sola en el hogar familiar. Sus hijos y sus amigos le aseguraron que, con los ingresos del alquiler de los apartamentos del inmueble heredado de sus padres, no tenía nada que temer, pero fue en vano. «Me decía: “Sin dinero, la vida no vale la pena”», recuerda la tía Ingrid, que se quedó muy cerca de ella hasta el final. Quién puede comprender los traumas de una mujer alemana nacida en 1901, que solo ha conocido guerras y posguerras, y para la que el mañana solo puede ser peor que el presente.

Después de haber recorrido medio siglo como se camina sobre brasas, todavía había dado toda la energía que le quedaba para velar por su hija hasta que se casó y para luchar para que su hijo estudiara, contra la opinión de Karl. Luego, esperó con impaciencia a que su hijo le diera nietos, para mimarlos y adorarlos.

Cuando la Oma creyó finalmente que podría descansar, de repente se dio cuenta de que no lo conseguía. Las espinas del pasado que había arrastrado a lo largo de toda su existencia, como una maleta que nunca se tiene tiempo de soltar y de abrir, de pronto surgieron a una velocidad fulgurante y destilaron sin descanso su veneno de recuerdo. Las crisis no hicieron más que empeorar y la angustia irracional de acabar en la pobreza sumió a mi abuela en una espiral infernal de la que ni los medicamentos ni nadie conseguían salvarla. Suspiraba profundamente y repetía una y otra vez esta plegaria a Dios: «Si viniera a buscarme».

Una noche, a pesar de su profunda fe protestante que le prohibía decidir sobre el día de la muerte, optó por no esperar más a Dios. Una amiga que vivía cerca había ido a ver la televisión con ella. Hacia las once de la noche, se marchó diciendo: «Esta noche, me das miedo, Lydia, ve a acostarte». La Oma la tranquilizó y cerró la puerta, después salió de nuevo al rellano y subió hasta la última

ventana del hueco de la escalera. Tenía que ser bastante tarde para no correr el riesgo de llamar la atención de los vecinos. Cuando abrió la ventana de doble batiente, la Oma abrazó con la mirada los puntos de luz y de vida que perforaban la penumbra a lo lejos y saludó a la silueta del gran roble del patio que la había visto crecer. Después, saltó al vacío.

Memorias de una francoalemana

Hasta la edad adulta, creo que pasé todas las navidades de mi infancia en Mannheim, en el inmueble heredado de mis abuelos. Este ritual inmutable se inscribía en una doble educación francoalemana por la que mis padres velaban rigurosamente. Puesto que vivíamos en Francia, se daba por sentado, para conseguir cierto equilibrio, que todas las vacaciones escolares estarían dedicadas a una inmersión en la sociedad alemana, excepto tres semanas en verano, en las que realizábamos un gran viaje por Europa para descubrir otras culturas.

A los veinte años, cuando pasaba por primera vez las navidades en Francia, me desconcertó la transformación de este acontecimiento grave y solemne, el nacimiento de Jesús, en una fiesta que rozaba la orgía pagana. Al menos ocho o diez platos, ostras, fuagrás, capón relleno, salmón ahumado, vieiras, pato a la naranja y tronco de Navidad desfilaban por la mesa, acompañados de litros de champán, vinos y licores, en medio de un torbellino de luces multicolores y parpadeantes alrededor de un abeto perdido bajo una avalancha de elementos decorativos. Al día siguiente, las

conversaciones del 25 de diciembre giraban en torno a la calidad de las comidas de la víspera que, después de haber sido ya ampliamente comentadas la noche anterior, se sometían a un nuevo examen, justificado por la perspectiva que había aportado la noche.

En Mannheim, celebrábamos la Nochebuena en una iglesia protestante iluminada solo con velas, un edificio fiel a la tradición luterana, sobrio y grave, pero que la vibración de las llamas y la música límpida de Bach y de Händel volvían sublime por una noche. Este oficio religioso era un ingrediente indispensable para la magia de la Navidad, y mi hermana y yo nunca habríamos renunciado a esta entronización ardiente del misterio del cristianismo, que renovábamos cada año en la misma fecha y a la misma hora. Excepto el sermón y algunos extractos de la Biblia leídos por miembros de la comunidad, la ceremonia no era más que música que fluía, poderosa, de los tubos del órgano y se elevaba de las profundidades de la creación para unirse, purificada de las contingencias terrenales, al canto exorcizante de los miembros del coro.

En esta ceremonia de la Navidad tan diferente de la celebración francesa, percibo una búsqueda de pureza y de esencia que me gusta asociar al alma alemana. A riesgo de ser acusada de ceder a los clichés, puedo decir que vivo este culto en el exterior como francesa y que lo siento en el interior como alemana: la aversión por la ligereza, la inclinación por lo absoluto, tanto en lo infame como en lo bello. También en el amor, en que Goethe y los románticos alemanes dejaron una herencia indeleble, la visión de un amor místico y predestinado, único, torturado e irracional, un valor absoluto que prescinde de reciprocidad para existir, aunque conduzca a la desesperación y a la muerte. Es el del joven héroe de la novela epistolar de Goethe, *Las penas del joven Werther* (1774), cuyo éxito —la fiebre wertheriana— fue tal que lo acusaron de ser responsable de un aumento repentino de los suicidios entre los hombres jóvenes.

¡Qué contraste con la «manera de amar» que se describe en la escritura libertina francesa del siglo XVIII! En la novela epistolar de Pierre Choderlos de Laclos, *Las amistades peligrosas*, la seducción se eleva a arte psicológico y estrategia destinada a satisfacer el orgullo, la sensualidad y el placer del juego. En el siglo XIX, el amor, tal como lo definen Stendhal, Flaubert y Balzac, se vuelve menos cínico, pero no deja de ser un «amor de cabeza», en que se piensa antes de sentir. En *Del amor*, Stendhal propone el concepto de «cristalización amorosa», el amor como una ilusión: «En pocas palabras, basta con pensar en una perfección para verla en lo que se ama».

Leí tardíamente *Alemania*, que Madame de Staël publicó en 1813 a la vuelta de un largo viaje por Alemania. Me quedé estupefacta al leer estas líneas que coincidían tan precisamente con mis propios pensamientos: en Francia, «el hombre que tiene éxito con las mujeres, como tantos ejemplos nos ha aportado el último siglo, las elige como víctimas de su vanidad, y esta vanidad no solamente consiste en seducirlas, sino en abandonarlas. Es necesario que pueda indicar con palabras suaves e irrefutables en sí mismas que una mujer lo ha amado y que ya no se preocupa por ella. [...] El espíritu de caballería todavía reina entre los alemanes, por así decir, pasivamente; son incapaces de engañar, y su lealtad se encuentra en todas las relaciones íntimas».

Después de la ceremonia religiosa de Navidad, regresábamos a la vivienda familiar, donde mi padre, que se las arreglaba siempre para abandonar la iglesia prematuramente, había transformado el salón en un decorado mágico repleto de regalos, transformación que mi hermana y yo, aunque ya conocíamos el misterio de la Navidad, fingíamos atribuir a la visita de *Christkind*, que cada año aprovechaba nuestra ausencia para dejarnos presentes y golosinas, encender las velas y poner discos de cantos solemnes. Recuerdo que, puesto que no nos estaba permitido entrar en el salón antes de que llegaran mi tía Ingrid y mi tío, esperábamos impacientes delante

de la puerta vidriera de mosaico de cristal que fragmentaba la luz de las velas en una galaxia de estrellas, sumándose a la deliciosa hipnosis del instante.

Cuando sonaba la campana que señalaba el inicio de las festividades, nos precipitábamos al interior y nos quedábamos maravilladas ante una cueva de Alí Babá deslumbrante de rojo, verde y dorado, donde reinaba un gran abeto aureolado de velas y figuritas rojas, que mezclaba su perfume de resina con el de las galletas de canela, almendras y corteza de cítricos que mis padres elaboraban en pequeños moldes en forma de luna, estrella y corazón cada sábado de otoño anterior a Adviento. Aquella magia de resplandor y aromas se acompañaba del sonido electrizante de un oratorio de Navidad que la tradición nos pedía que acompañáramos. Solo la voz nítida de mi madre, que tiene una predisposición para el canto, no era un insulto cacofónico para la sublime música, y guardo un recuerdo emotivo de esta unión íntima con lo sagrado, rara para nosotros, que éramos tan poco practicantes.

No por ello, nuestra celebración era menos consumista y, mientras mi tío, un auténtico melómano, ya había encontrado su lugar favorito, sentado en segundo plano para sumergirse en la música, con los ojos medio cerrados, los labios canturreantes y los dedos ondulando furtivamente sobre los brazos de la butaca, mi hermana Nathalie y yo abríamos los regalos. El mayor placer de mi padre era observarnos mientras descubríamos las sorpresas que había elegido con una cariñosa atención. Cuando tuvimos edad de leer, procuraba incluir novelas que, más allá de su calidad literaria, permitieran profundizar nuestra conciencia del trauma nazi.

Le costaba elegir, porque eran numerosos los autores germanófonos que habían tratado hasta la obsesión esta página negra de la historia alemana. Al terminar la guerra, surgió un movimiento literario llamado *Trümmerliteratur* («literatura de escombros»), caracterizado por una ruptura completa con el

vocabulario, los valores y el sentimentalismo de la «vieja Alemania», en provecho de una literatura realista y no psicológica, que aspiraba a captar la realidad tal como es. Estos relatos hablan de la lucha por la supervivencia en la Alemania de la posguerra, la miseria y el caos en las ciudades destruidas, la errancia desesperada de millones de alemanes sin vivienda y el retorno traumático de los soldados a una patria irreconocible, aniquilada física y moralmente.

Una de las figuras del movimiento es Heinrich Böll, que, después de haber servido a su pesar en la Wehrmacht, regresó a su ciudad natal de Colonia, donde lo esperaba un espectáculo apocalíptico que lo atormentaría durante toda su vida. Al leer a los doce años su relato *Caminante, si vienes a Spa...*, la cruel absurdidad de la guerra se me apareció por primera vez, en el rostro de un adolescente de la edad de mi hermana Nathalie, tres años mayor que yo, que, en este mismo territorio europeo donde yo vivía mi infancia inocente, había tomado las armas, había matado y visto morir a sus compañeros y una parte de sí mismo. Me conmovió el monólogo interior de este jovencísimo soldado gravemente herido en el seno del *Volkssturm*, unidades reclutadas en el último minuto por el Reich entre los adolescentes y los viejos para obligarlos a defender las ciudades alemanas sin las armas adecuadas, en combates totalmente vanos contra los Aliados. Postrado en la cama, el narrador se da cuenta poco a poco de que se encuentra en su propio instituto, del que se había marchado tres meses antes, utilizado después como hospital improvisado, y libra un combate interior para negar aquella dolorosa ironía. El día de su operación, transportado a una antigua aula transformada en quirófano, reconoce su propia escritura en la pizarra. Forzado a enfrentarse a la realidad, comprende en ese mismo momento que ya no tiene brazos y le queda una sola pierna. ¿Qué había escrito en la pizarra justo antes de ser enviado al frente? «*Wanderer, kommst du nach Spa...*» (Caminante, si vienes a Spa...), el principio de un epitafio de la antigua Grecia en recuerdo de los espartanos que, en 480 a.C., sacrificaron hasta el último

hombre para defender el paso estratégico de las Termópilas frente a los persas. Esta historia antigua que se enseñaba en clase bajo el Tercer Reich debía servir de modelo a los alemanes para que, en su infancia, le tomaran el gusto al sacrificio total exigido por Hitler.

Tras las huellas de la *Trümmerliteratur*, que se apagó a principios de los años cincuenta, cada vez fueron más los escritores germanófonos que profundizaron en esta crítica de los valores del heroísmo y el sacrificio patriótico, y reflexionaron sobre el peligro del conformismo. En 1947, algunos de ellos lanzaron el Grupo 47, una plataforma de discusiones y de lecturas informales que se convertiría en una institución literaria de la segunda mitad del siglo XX.

Günter Grass era el autor principal del grupo. *El tambor de hojalata*, una novela publicada en 1959, de la que se vendieron millones de ejemplares en todo el mundo y que Volker Schlöndorff adaptó al cine, cuenta con exuberancia y fantasía la vida de Oskar Matzerath, nacido en la ciudad libre de Dantzig en 1924, que decide dejar de crecer para no tener que entrar en el mundo hipócrita y mediocre de los adultos. Oskar asiste a la transformación hacia el nazismo de los habitantes de su ciudad, menos por ceguera que por conformismo, y, empujado por el egoísmo y el oportunismo, acaba por caer a su vez en la banalidad nazi. Como yo, millones de alemanes de todas las generaciones han leído esta novela, cuyo cuadro de costumbres ordinarias acusa a la pequeña burguesía alemana de haber cedido, sin intentar comprender las consecuencias dramáticas del encadenamiento de las pequeñas renunciaciones. Quién no se ha visto asaltado por la pregunta: ¿qué habría hecho yo en su lugar?, cuando Oskar, a pesar de su lucidez sobre la inmoralidad del régimen, acaba por «adaptarse».

En 2006, Grass reveló que, a los diecisiete años, en octubre de 1944, se había alistado en las Waffen-SS. Que justamente el guardián de la moral alemana tardara tanto en hacer esta confesión suscitó la indignación. Pero también aportaba una nueva

profundidad al trabajo edificante de este intelectual que, como ningún otro, interrogó y cruzó las memorias, colectiva y personal, y describió la maraña de culpabilidad, negación y confesión que caracteriza a Alemania después de la Segunda Guerra Mundial.

Hasta los diez años, fui a la escuela primaria francesa en el pueblo donde vivíamos, en la región parisina. Nunca me integré realmente y, aunque no puedo recordar las causas exactas de este malestar, que pueden ser de naturaleza múltiple a esa edad, estoy segura de que una de ellas era la diferencia a la que me exponía mi doble cultura.

En la década de 1980, Alemania no estaba de moda en Francia. Las ideas preconcebidas negativas sobre ella abundaban, desde la mediocridad culinaria hasta la poca gracia en el vestir —las famosas sandalias con calcetines blancos—, pasando por la falta de encanto de sus centros urbanos, reconstruidos a toda prisa después de la guerra, unos tópicos que no siempre estaban desprovistos de cierta verdad. Los transmisores de estos tópicos ignoraban la galaxia incomparable de filósofos, compositores y otros genios que había producido la civilización alemana. Pero aquellas burlas eran muy inofensivas comparadas con la sospecha bastante extendida en Francia de que, detrás de cada alemán, se ocultaba un nazi potencial o, al menos, una especie de robot que obedecía mecánicamente las órdenes, exento de sentimientos e incapaz de revelarse contra la jerarquía, una idea que tenía la ventaja de explicar un éxito económico que se envidiaba secretamente.

No recuerdo que mi familia hubiera sido objeto personalmente de una germanofobia exacerbada, pero, el día que mi maestro de la escuela primaria proyectó en clase una película sobre la Primera Guerra Mundial y exclamó «¡Viva! ¡Vencimos a los *boches!*», mientras hacía el signo V de victoria, me quedé paralizada, sola en medio de mis compañeros, que gritaban «viva» a coro. Otro

momento difícil de superar fue el partido entre Francia y Alemania durante la Copa del Mundo de Fútbol, en 1982, que mi hermana y yo vimos juntas con mis otras dos primas francesas. La velada se torció cuando el portero alemán, Toni Schumacher, chocó contra el francés Patrick Battiston con tanta violencia que este último perdió tres dientes y fue evacuado de urgencia, inconsciente. La actitud chocante del jugador alemán, al que la suerte de Battiston visiblemente había dejado impasible, fue una publicidad muy negativa para Alemania, y los medios de comunicación franceses se regocijaron vertiendo todo su odio hacia los alemanes: fuiste y sigues siendo un monstruo.

No creo que Toni Schumacher tuviera algo que ver, pero, poco después, dejé de hablar alemán con mi padre. Tenía nueve años y le impuse el francés. Paradójicamente, fue mi madre, francesa, cuyo enfoque de la autoridad divergía del de mi padre, la que me obligó a estudiar alemán, con la ayuda de cuadernos de gramática, verbos conjugados y vocabulario, a pesar de que sus tardes ya estaban muy llenas. Un pulso encarnizado nos oponía cada tarde, a mi madre, acostumbrada como profesora de inglés a meter en vereda todos los días a una treintena de chavales insoportables, y a mí, terca y poco intimidada por la autoridad gracias a la educación de mi padre, ante el que no cedía hasta que sus amenazas se llevaban a la práctica. Esta actitud, que estratégicamente no presentaba ningún interés, debió de costarme unos cuantos bofetones y mucho tiempo. Pero, gracias a la perseverancia y a la generosidad de mi madre ante la niña colérica y testaruda que yo era, aprobé el examen de entrada en clase de sexto en el Instituto Internacional de Saint-Germain-en-Laye.

A pesar del inconveniente del largo trayecto en autobús, me sentí inmediatamente en armonía con la mentalidad liberal de aquel centro que admitía a niños de parejas binacionales o expatriadas,

originarias de países del bloque occidental. Italianos, portugueses, españoles, escandinavos, alemanes, británicos, neerlandeses y estadounidenses se mezclaban alegremente en unas clases que seguían el programa francés y estudiaban además la literatura y la historia de su respectivo país. Así iba a completar mi educación antinazi.

El programa en alemán era calcado al de las escuelas del otro lado del Rin y mis profesores, alemanes de treinta y cinco a cincuenta años, impregnados del deber de memoria, otorgaban mucha importancia a las reflexiones sobre el pasado nazi, tanto en historia como en literatura. Estaba *Andorra*, de Max Frisch, que describe etapa por etapa el mecanismo de creación de un chivo expiatorio, o *La visita de la vieja dama*, de Friedrich Dürrenmatt, la historia de una anciana que se hace millonaria y que regresa a su ciudad natal, donde la comunidad tiene dificultades financieras y espera que les dé dinero. Se lo promete, con la condición de que maten a uno de los suyos, su amor de juventud, que la abandonó después de dejarla embarazada. Sorprendidos por la propuesta, los ciudadanos invierten poco a poco su discurso y se lanzan a una espantosa caza del hombre.

La naturaleza de estas obras, que eran objeto de debates muy abiertos en clase, invitaba a una exploración de nuestra propia integridad y estimulaba la independencia de espíritu y el valor de nuestras opiniones. En clase de alemán fue donde oí por primera vez a un profesor explicar que la desobediencia a la autoridad podía ser legítima, siempre que respondiera a la convicción íntima de hacer frente a una injusticia.

En clase de francés, que seguía el programa de las escuelas francesas, no recuerdo que se trataran nunca estos temas. Después de la guerra, los novelistas franceses abordaron poco el papel ambiguo de su país y de su sociedad bajo la Ocupación, excepto, sobre todo, Marcel Aymé en *El camino de los escolares* o Jean Dutourd en *A la buena mantequilla*. En las décadas siguientes a la

Liberación, la Segunda Guerra Mundial no fue objeto de una literatura tan abundante como la Primera entre los años veinte y treinta. No hubo realmente el equivalente de Louis-Ferdinand Céline, Henri Barbusse, Blaise Cendrars, Roland Dorgelès, Jean Giono y Pierre Drieu la Rochelle, que contaron el terror de las trincheras: los gusanos y las ratas que roían los cadáveres de los compañeros en descomposición, la muerte que aparecía en cualquier momento, los atroces sufrimientos de los heridos, amputados sin morfina, desfigurados, sordos, ciegos, condenados a revivir cada noche el fuego apocalíptico de la guerra. En total, alrededor de 1,4 millones de soldados murieron con el uniforme francés durante la Gran Guerra y 3,5 millones resultaron heridos. El 36 por ciento de los hombres entre diecinueve y veintidós años, en 1914, perdieron la vida. Se erigieron unos 36.000 monumentos a los muertos, repartidos por casi todos los municipios de Francia. Desde este punto de vista, contrariamente a Alemania, en Francia, el trauma de la Primera Guerra Mundial fue durante mucho tiempo más profundo que el de la Segunda, que resultó menos costosa en vidas.

Un año después de la caída del Muro, en 1990, mi clase fue de viaje a Berlín para descubrir una ciudad de una indolencia increíble, que contrastaba con las heridas omnipresentes de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría. De allí, nos fuimos a Weimar, que, antes de ser la sede de un corto paréntesis democrático en la década de 1920, había sido el centro del clasicismo alemán y de la poesía de Johann von Goethe y Friedrich von Schiller.

Después de este ascenso a la cumbre de la civilización alemana, la caída fue muy dura al llegar al campo de Buchenwald, donde nos esperaban las crudas imágenes de una película rodada por los Aliados durante la liberación del campo. Los versos del poema *Fuga de la muerte*, de Paul Celan, que habíamos estudiado en clase, adquirirían todo su sentido. Celan, poeta de fuego maldito, cuya familia judía había perecido en los campos y que no paró de acusar

a la lengua y la cultura alemanas de haber abonado el terreno de esta abominación: «La muerte es un maestro de Alemania su ojo es azul / te alcanza con una bala de plomo te alcanza certero / un hombre habita la casa de tus cabellos dorados Margarete / azuza a sus perros contra nosotros nos ofrece una fosa en el aire / juega con las serpientes y sueña la muerte es un maestro de Alemania / tus cabellos dorados Margarete / tus cabellos de cenizas Sulamith».

En abril de 1970, Paul Celan fue encontrado muerto en el Sena.

Después del examen de bachillerato, decidí profundizar en mis raíces paternas pasando un año en Mannheim, que solo conocía a través del filtro de las vacaciones. Mi padre me ayudó a mudarme al piso familiar de la Chamissostrasse y me acompañó para la inscripción en su antigua universidad, visiblemente contento de aquella germanofilia inesperada por parte de una hija que había repudiado bruscamente su lengua durante su crisis prepuberal. Eso —ahora me doy cuenta— debió de entristecerlo, además de resentirse por vivir en una lengua y una cultura diferentes de las suyas, aunque era bien aceptado por la familia de su esposa, que lo encontraba simpático y «original». Volker nunca se asimiló realmente y siempre mantuvo un vínculo muy estrecho con Alemania, a través de su fidelidad a la prensa y la literatura alemanas, y una lealtad indefectible hacia sus amigos de juventud. Consiguió dar a la familia una huella decididamente alemana que habría podido perderse muy fácilmente, puesto que vivíamos en Francia.

Pasé un año agradable en Mannheim, a pesar de su centro reconstruido deprisa y corriendo, según un plano en cuadrícula. Me gustaban las orillas frondosas del Rin y el Neckar, y la región cercana, que tiene un encanto que la ciudad no permite presagiar. La universidad, acondicionada en un gran castillo barroco y flanqueada de dependencias modernas, espaciosas y bien equipadas, ofrecía clases en que los estudiantes podían intervenir ampliamente, aunque tuvieran divergencias con los profesores, que

nos trataban como adultos con todas las de la ley. Trabé amistad con Tina, una chica mayor que yo, impresionante con su melena de cabellos rubios rizados y su labia en clase de ciencias políticas. Me acogió bajo su tutela y me inició en el funcionamiento democrático de la universidad, en el que participaba como miembro del parlamento elegido por los estudiantes. Este órgano legislativo, que elegían los miembros del «gobierno» de los estudiantes, el Asta, tenía sobre todo la misión de defender a los alumnos contra eventuales abusos de poder, por ejemplo, cuando un conflicto de opinión se traducía en una nota mediocre.

Por lo tanto, impregnada de educación alemana, decidí, en 1993, continuar mis estudios de Historia en la Sorbona, mi primera experiencia con el sistema escolar francés desde primaria. Había decidido seguir un curso sobre el Siglo de Oro español (siglo XVI). Durante las clases prácticas, asistí, estupefacta, a las efusiones del profesor sobre el tratamiento de los indios por parte de los conquistadores españoles, que consideraba que era un «mal necesario intrínseco a las conquistas». Incluso se permitió una pequeña digresión sobre la tortura, a veces necesaria, decía, porque era de los que defendían su uso por parte del ejército francés durante la Guerra de Argelia. En un examen escrito, a la vez que describía el esplendor de España en aquella época, señalé sus sombras, el «oscurantismo religioso» de la Inquisición sanguinaria contra la «herejía», y, sobre todo, la «masacre de los indígenas de América». Conseguí un mediocre 9/20, con el comentario siguiente: «Visión marxista de la Historia». Nunca había leído a Karl Marx, y atribuir a mi análisis de principiante torpe una opinión inspirada en la inmensa filosofía era insultarlo gravemente.

Desconcertada pero animada por el recuerdo del compromiso de mi amiga Tina en Mannheim para defender a los estudiantes, me puse a buscar una autoridad capaz de recoger las quejas de los

alumnos contra las discriminaciones y las desviaciones ideológicas en curso. No encontré ninguna en aquella cuna de la educación francesa, símbolo de la Ilustración y de los derechos humanos. Como último recurso, fui a ver al superior del encargado de las clases prácticas, el profesor titular, un especialista en historia militar de la época moderna, para transmitirle mis quejas e informarle de mi intención de presentar una demanda. Me recibió sin ni siquiera levantar los ojos desde su tarima y, cuando terminé mi relato y le comuniqué mi intención de presentar una demanda, me respondió: «¿Por quién se toma? Podemos aplastarla en cualquier momento».

Más allá de la formulación discutible, aquel tono infantilizador y aquel abuso de autoridad fue un rasgo que me encontraría en varias etapas de mis estudios y de mi carrera profesional en Francia. Mientras tanto, me esperaba otro descubrimiento desagradable en la Sorbona.

Me había inscrito en el curso de geopolítica, una asignatura apasionante pero fácil de instrumentalizar con fines ideológicos y cuyo atractivo era visiblemente limitado, puesto que éramos unos sesenta estudiantes en una sala de tamaño medio, escuchando a un hombre de estatura baja y pelo casi blanco. En realidad, solo fui una vez, porque tengo que reconocer que aquel profesor tenía el mérito de haber marcado inmediatamente el tono de su clase, lo cual me permitió anular mi inscripción el mismo día, sin perder tiempo. Planteó la pregunta retórica de por qué el África negra era «el único continente que no había tenido una gran civilización», cuando, excepto el Sáhara, la naturaleza y los suelos son ricos, mientras que otros pueblos, desde los del Himalaya hasta los incas, lo habían conseguido «a pesar de unas condiciones climáticas y geográficas muy difíciles». «Solo planteo la pregunta», había precisado con malignidad, orgulloso de lo que probablemente consideraba audacia: su referencia indirecta a los argumentos de las teorías raciales del siglo XIX, elaboradas para justificar el colonialismo. Ningún estudiante, ni siquiera yo misma, dijo ni pío ni abandonó la

clase como forma de protesta.

Apenas recordaba el nombre de aquel profesor cuando tuve la sorpresa de encontrármelo en uno de esos anfiteatros grandiosos de la Sorbona, impregnado de historia y de dignidad. Desde la tribuna de honor, daba una clase sobre la Francia de Vichy. Exponía una tesis opuesta a la de Robert Paxton, rehabilitando una idea antigua, aunque ampliamente contradicha por los archivos después, según la cual el mariscal Pétain y su entorno habrían actuado a escondidas contra el ocupante alemán. También alababa la política económica de Vichy, que había preparado, según él, el advenimiento de los Treinta Gloriosos. Era edificante. A medida que transcurría el semestre, el anfiteatro se fue vaciando de estudiantes, indignados de que les vendieran aquella historia en un establecimiento con una reputación tan respetable. Esto no impidió que las autoridades universitarias repitieran el curso, sin ninguna consideración por la desaprobación de la mayoría de la comunidad de historiadores franceses que habían criticado, por su inexactitud y su falta de rigor intelectual, una *Historia de Vichy* publicada por este mismo profesor emérito en 1990. Por otra parte, el profesor en cuestión era miembro del Club de l'Horloge, un círculo de pensamiento político francés cercano a la extrema derecha.

Sin embargo, aquel periodo coincidía con importantes cambios en Francia en lo referente al trabajo de memoria. Fue justo después del final del mandato del presidente François Mitterrand, que, como todos sus predecesores, había impedido una explotación honesta del pasado, rechazando cualquier responsabilidad de Francia en los crímenes de Vichy. «Vichy no es Francia», decía, a la vez que mandaba poner flores en la tumba de Pétain en la isla de Yeu cada 11 de noviembre, hasta 1992.

En 1995, dos meses después de su investidura, el nuevo presidente, Jacques Chirac, decidió romper con esta política de amnesia. Durante la ceremonia conmemorativa de la redada del *Vél d'hiv*, el 16 de julio, fue el primer jefe de Estado francés que

reconoció que Vichy y sus crímenes formaban parte de la historia de Francia: «Estas horas negras ensucian para siempre nuestra historia y son una injuria a nuestro pasado y nuestras tradiciones. Sí, la locura criminal del ocupante estuvo secundada por franceses, por el Estado francés [...]. Francia, patria de la Ilustración, patria de los derechos humanos, Francia, aquel día, realizaba lo irreparable. Faltando a su palabra, entregaba a sus protegidos a sus verdugos». Jacques Chirac respondía a una petición apremiante en el seno de la comunidad francesa que, desde los años ochenta, reclamaba más transparencia y la cabeza de los verdugos.

La primera en caer fue la de Maurice Papon, secretario general de la Gironda durante el régimen de Vichy. En mayo de 1981, el semanario satírico *Le Canard enchaîné* publicó documentos firmados de su puño y letra que contribuían a demostrar su responsabilidad en la deportación de 1690 judíos de Burdeos al campo de Drancy, entre ellos 130 niños menores de trece años. Estas revelaciones sentaron muy mal: en 1981, Papon era ministro de Presupuestos bajo la presidencia de Valéry Giscard d'Estaing. Dos años más tarde, fue inculcado por crímenes contra la humanidad, algo nuevo para Francia. Él debió de ser el primer sorprendido, porque nunca había tenido que ocultar su pasado y había hecho una buena carrera en la función pública después de la guerra. Tras un periplo judicial muy largo, fue condenado, en 1998, a diez años de reclusión mayor por «complicidad en crímenes contra la humanidad». Fiel a la tradición, el acusado mantuvo hasta el final que nunca supo nada sobre la «solución final», que, según él, condenaba. ¿Qué pensaban pues Maurice Papon y todos sus acólitos del servicio público francés cuando los alemanes les pidieron que les entregaran a los judíos para meterlos en trenes hacia el este? ¿Qué interés podía tener el ocupante en una Francia *judenrein*, sino el de servir a una pura locura genocida?

En su alegato de acusación, el abogado Arno Klarsfeld, hijo de Serge y Beate, de los que hablaré más adelante, explicó así el

mecanismo que convirtió progresivamente a este republicano convencido en un criminal: «Creyendo que ceder en las pequeñas cosas no tiene consecuencias, todo acaba por acumularse, una ramita tras otra, un compromiso tras otro. Es fácil encontrarse en el cruce de caminos entre el bien y el mal. Se acepta, se acepta. Se cede a uno mismo. Se olvida el hombre que se ha sido, el hombre que se debería ser. Uno se considera espectador cuando ya es un protagonista. Y, de manera natural, se acepta lo irreparable».

En 1989, le tocó el turno de ser detenido a Paul Touvier, el exjefe de la milicia de Lyon. La milicia francesa, una organización paramilitar creada por el régimen de Vichy para ayudar a la Gestapo en su caza de resistentes y judíos, había sembrado el terror y había recurrido a la tortura y las ejecuciones sumarias en gran número. Después de la guerra, Touvier, condenado dos veces a muerte en rebeldía, inició una fuga que duraría cuarenta años, pasando de escondite en escondite gracias a la generosidad de ciertos medios eclesiásticos católicos que se habían emocionado ante la fe de aquel hombre con las manos manchadas de sangre. Durante su trepidante recorrido, se había beneficiado de un sorprendente indulto presidencial, concedido por el presidente Georges Pompidou en noviembre de 1971, un gesto que desencadenó una tormenta tal que Touvier se vio obligado a volver a la clandestinidad. En 1994, fue condenado por crímenes contra la humanidad.

El mismo año, se publicaba *Una juventud francesa*, de Pierre Péan, que revelaba las relaciones que François Mitterrand había mantenido con la extrema derecha y Vichy antes de entrar en la Resistencia en 1943, así como su amistad con René Bousquet, secretario general de la policía del régimen de Vichy a partir de abril de 1942. Con la Liberación, como por milagro, Bousquet pasó a través de las mallas de la red de depuración. Empezó una carrera en la banca y como hombre influyente ante la flor y nata de la

política francesa, a la que su pasado no parecía molestar. Atrapado por la historia, fue acusado de crímenes contra la humanidad en 1989, pero la instrucción se alargó considerablemente y Mitterrand fue acusado de intervenir para frenar el procedimiento. En 1993, René Bousquet fue asesinado por un desequilibrado.

Después, le tocó el turno de ser juzgado a un alemán, Klaus Barbie, antiguo dirigente de la Gestapo de Lyon, que se ocultaba bajo el nombre de Klaus Altman en Bolivia, donde las autoridades lo habían protegido durante largo tiempo. Gracias a los esfuerzos de varios actores, entre los que se contaba la pareja francoalemana Beate y Serge Klarsfeld, pudo ser extraditado en 1983. El proceso, en el que numerosas víctimas acudieron a dar testimonio detallado de las torturas infligidas por Barbie y sus hombres —aplastamiento de los genitales, arrancamiento de las uñas, administración de descargas eléctricas, golpes con barras de hierro—, permitió a los franceses conocer de cerca el infierno que los alemanes y sus aliados franceses habían obligado a atravesar a los judíos y a los resistentes durante la Ocupación. El 4 de julio de 1987, Barbie, que no había manifestado ningún remordimiento, fue reconocido culpable de diecisiete crímenes contra la humanidad y condenado a cadena perpetua.

Al reconocimiento político y jurídico de las responsabilidades históricas de Francia, se añadiría un apartado financiero con la creación de la Comisión Mattéoli (1997), encargada de evaluar los daños relacionados con el expolio de los bienes judíos.

Confirmando este interés por un pasado que los franceses tenían la sensación de no conocer, se multiplicaron los trabajos de los historiadores, que abordaron aspectos hasta el momento pasados por alto, como los golpes de Estado, el ejército, las empresas, la Universidad en Vichy... Los archivos de la Segunda Guerra Mundial se volvieron más accesibles, el Estado hizo cambios en el programa

escolar, mandó construir monumentos en París, como el Memorial y el Museo de la Shoá, y el del Velódromo de Invierno, una escultura que representa a los civiles desamparados y recuerda la vergüenza de Francia.

Esta voluntad por esclarecer y conmemorar el pasado respondía también al aumento de una nueva amenaza: el avance electoral de un político y de su partido que cultivaban una relación ambigua con Vichy. Recuerdo las apariciones de Jean-Marie Le Pen en la televisión en los años ochenta y noventa, cuando se mostraba exultante después de cada una de sus victorias electorales, con los puños al aire a la manera de los campeones de boxeo, con un brillo de acero en la mirada y una sonrisa carnicera. Todavía lo veo, un personaje carismático y astuto que manejaba la réplica como nadie, no le tenía miedo a nada y mucho menos a la provocación y el cliché, que mantenía con devoción, porque también a ellos les debía su éxito.

En 1972, creó el Frente Nacional, una agrupación de ovejas perdidas de la extrema derecha que se habían dispersado después del final de la guerra. Cierta número de funcionarios del Frente Nacional habían colaborado activamente con el régimen de Vichy. Una parte había encontrado una causa con la Guerra de Argelia y había defendido hasta el final el dominio colonial francés de esta tierra ocupada desde 1830. Jean-Marie Le Pen trabajó allí como oficial de información y fue acusado más tarde de haber recurrido a la tortura, lo cual desmintió, a la vez que legitimaba esta práctica. Uno de los cofundadores del Frente Nacional llegó más lejos: había sido miembro de la Organización del Ejército Secreto (OAS), un grupo terrorista procolonialista que cometió atentados mortíferos en Argelia y en Francia —incluido un atentado fallido contra el general De Gaulle— a partir de 1961, cuando la independencia ya casi se había conseguido.

Después de unos inicios difíciles, Jean-Marie Le Pen multiplicó los éxitos electorales a partir de los años ochenta, aprovechando la emergencia de nuevas inquietudes: el desempleo en aumento constante, la inseguridad y la inmigración en las grandes concentraciones urbanas. A lo largo de los noventa, su partido ocupó un lugar cada vez más importante en la vida política francesa, con avances entre el electorado popular, en el que muchos se encontraban huérfanos a causa del declive del partido comunista tras el hundimiento de la Unión Soviética.

Jean-Marie Le Pen nunca ocultó su filiación histórica. Defendía al mariscal Pétain, porque lo percibía como un gran jefe de Estado que había defendido a los franceses, y hacía desfilar su retrato en las manifestaciones del partido. También parecía cultivar cierto placer en mantener la ambigüedad sobre su posición en cuanto al nacionalsocialismo y la Shoá. En septiembre de 1987, interrogado por unos periodistas a propósito de la contestación de los negacionistas sobre la existencia de cámaras de gas en los campos, Jean-Marie Le Pen respondió: «No he estudiado especialmente el tema, pero creo que es un punto sin importancia en la historia de la Segunda Guerra Mundial». Esta declaración generó un enorme malestar incluso en el propio seno del partido, lo cual no impidió que la repitiera en varias ocasiones.

En Francia, había una clientela para este tipo de provocaciones, en la extrema derecha y en la extrema izquierda, donde una tesis marchaba viento en popa, aquella según la cual las cámaras de gas habían sido una pura invención. El objetivo era difamar a los testigos, desacreditar los trabajos históricos serios, revisar considerablemente a la baja el número de víctimas del genocidio e, *in fine*, poner en duda la Shoá. Por desgracia, hasta los años noventa, esta tesis totalmente infundada encontró un eco desmesurado entre algunos políticos y medios de comunicación franceses, que les hicieron publicidad.

En este contexto, en mayo de 1990, se profanaron 34 tumbas

judías en el cementerio de Carpentras, en el sudeste de Francia, lo cual suscitó una conmoción considerable. Dos meses más tarde, se votó la ley llamada Gayssot, destinada a reprimir la negación de los crímenes contra la humanidad.

Fue el principio de una serie de leyes sobre la memoria: en 2001, una ley reconoció el genocidio contra los armenios y la esclavitud como un crimen contra la humanidad. Después, en 2005, una nueva ley de memoria desató el revuelo, a causa de un artículo que conminaba a los programas escolares a insistir sobre el «papel positivo de la presencia francesa en ultramar». Historiadores, juristas, escritores y profesores acusaron al Estado de instrumentalizar la historia con fines políticos, firmaron peticiones y consiguieron doblegar al presidente Jacques Chirac, que anunció en persona la eliminación del controvertido párrafo.

La intervención en el control de la memoria nacional y la multiplicación de los testimonios sobre Vichy inquietaron a los historiadores franceses, que pusieron en guardia contra una confusión entre historia, justicia y memoria. Temían la devaluación de su valor de expertos en provecho de políticas de memoria y de testigos que, a veces, se entregaban a una «competencia memorial» e incluso a una «competencia victimaria». Por otra parte, denunciaron el interés «obsesivo» por la Francia de Vichy, un «exceso» de memoria y una «hipermnesia del recuerdo» que «ha invadido el espacio público y científico», en palabras del experto en el periodo Henry Rousso. El historiador Pierre Nora incluso habla de una «tiranía de la memoria». El filósofo Pierre Ricoeur, fallecido en 2005, imprescindible en la materia, estima que «poner en imperativo la memoria es el principio de un abuso». Además, dice: «Soy prudente respecto al deber de memoria [...]. Prefiero hablar de trabajo de memoria».

En mi opinión, esta reflexión de Ricoeur proporciona la clave

central para comprender una diferencia importante entre la manera en que Francia y Alemania se enfrentan a su pasado. En Francia, la terminología para describir este proceso es limitada y se utiliza sobre todo *devoir de mémoire* (deber de memoria). En Alemania, la variedad semántica indica el interés que tiene esta misión: gestión del pasado (*Vergangenheitsbewältigung*), trabajo sobre la historia (*Geschichtsaufarbeitung*), cultura de memoria (*Erinnerungskultur*), política histórica (*Geschichtspolitik*), política del pasado (*Vergangenheitspolitik*)...

En Alemania, en el trabajo de memoria, han intervenido una multitud de actores. En Francia, lo han dirigido durante mucho tiempo esencialmente el Estado, los historiadores y los grupos de víctimas. «Como sociólogas, dudamos de la fuerza de la influencia de las autoridades políticas sobre el comportamiento de los individuos», escriben Sarah Gensburger y Sandrine Lefranc en su obra publicada en 2017, *À quoi servent les politiques de mémoire?* (¿Para qué sirven las políticas de memoria?). «Para fundar valores perennes y ampliamente extendidos», las políticas de memoria «necesitan apoyarse en actores numerosos y fuertes», continúan, y apelan a estimular el espíritu crítico del individuo en lugar de imponer una memoria desde arriba.

Si el trabajo de memoria alemán es un éxito, no es solamente porque lo hayan dirigido numerosos actores, sino porque se ha puesto el acento en el proceso que transforma a un ciudadano normal en perseguidor (*Täter*) o, al menos, en *Mitläufer*. «En Francia, nos hemos planteado esta cuestión mucho menos, o incluso nada, más bien nos hemos interesado por saber cómo nos convertimos en héroes y hemos enmascarado la responsabilidad de cada uno», estima Alain Chouraqui, presidente fundador de la Fundación del Campo de Les Mises, de donde miles de judíos, entre ellos numerosos niños, fueron enviados a los campos de la muerte.

Es cierto que Francia no sufrió el fenómeno de una comunidad del pueblo fanática en comunión con su Führer y contó con muchos más resistentes y ciudadanos que los ayudaron y ocultaron a judíos que en Alemania, también porque, a diferencia de Alemania, era un país ocupado. Pero la mayoría apoyó a Pétain, al menos hasta la invasión de la zona libre por los alemanes en noviembre de 1942, y dejó que se instalara un régimen liberticida, represivo y antisemita. Los denunciantes y los aprovechados fueron numerosos y la impresión dominante sigue siendo cierta apatía de la población respecto a las víctimas y a la evolución política del país. La actitud de los que no eran ni resistentes ni colaboracionistas, es decir, de la gran mayoría, no ha sido objeto de investigaciones tan profundas como en Alemania.

«Los hechos históricos no bastan, hay que concentrarse en el comportamiento individual y mostrar que cada uno tiene una parte de elección y de responsabilidad ineludible [y puede] resistir o, al menos, no mantenerse pasivo», afirma Alain Chouraqui. El Museo Memorial del Campo de Les Mises es el primero de Francia que ha añadido la pregunta «¿qué?» a la pregunta «¿cómo?», poniendo el acento en el estudio de los mecanismos psicológicos y sociales que, en un contexto de crisis, conducen a un individuo y a una sociedad a sucumbir a los engranajes identitarios y a hacerse cómplices de crímenes por miedo, oportunismo, ceguera o indiferencia.

No cabe duda de que la diferencia en el trabajo de memoria a un lado y a otro del Rin se explica mucho por el hecho de que el trauma no era el mismo para Francia que para Alemania, pues sus crímenes no eran comparables a las atrocidades cometidas por el Reich. Pero quizá esto ha tenido como consecuencia que Francia no haya explotado plenamente la ocasión que representaba este trabajo para reforzar la democracia en sus instituciones y su sociedad.

En la época en que estaba en la escuela de periodismo en París, un profesor nos llevó de viaje de estudios a Bonn, justo antes del traslado del gobierno a Berlín. Recuerdo que me quedé impresionada ante la facilidad con la que entramos en la cancillería, un edificio de cristal y acero funcional y sencillo, donde un alto funcionario nos recibió sin ceremonias, en una oficina simple. Qué contraste con la decoración del Elíseo, de Matignon y de los ministerios franceses, unos palacios con interiores dorados, llenos de espejos y candelabros, que rodean al Estado de un aura de inaccesibilidad monárquica y donde los altos funcionarios se encuentran en habitaciones fastuosas, en las que el visitante se siente muy pequeño bajo techos interminables.

Esta oposición arquitectónica refleja claramente las diferencias institucionales entre los dos países. En Francia, el sistema presidencial personaliza el poder, encarnado por el presidente de la República, que, a veces, tiene tendencia a reinar como soberano. En Alemania, el poder está mucho más repartido, con un lugar central ocupado por el Bundestag, que controla la acción del Ejecutivo y sirve de arena a debates de fondo, retransmitidos por la televisión. La centralización a la francesa no deja mucho lugar a las regiones, mientras que el sistema federal alemán concede muchas prerrogativas a los *Länder*, lo cual acerca el poder a los ciudadanos. Además, la forma de escrutinio mayoritaria en Francia elimina a los pequeños partidos y, por lo tanto, las temáticas que defienden, mientras que el modo de escrutinio proporcional en Alemania les da una posibilidad de existir en el Bundestag. La conjugación de estos diversos elementos obliga a los representantes políticos alemanes al diálogo, a la argumentación, a la búsqueda de un compromiso y les impide imponer una visión, contrariamente a lo que puede hacer un presidente en Francia. De manera general, existen más canales institucionales para expresar la insatisfacción en Alemania, mientras que, en Francia, los conflictos estallan en la calle.

Otro contrapoder eficaz es la prensa alemana, de una variedad y

de una calidad excepcionales en Europa. La relación entre los periodistas y el poder no es la misma en Francia y en Alemania. Cuando trabajaba de periodista para una agencia de prensa francesa, de 2000 a 2009, me enfrenté en varias ocasiones a intentos de intimidación o de corrupción disfrazada. Iban desde almuerzos orgiásticos pagados por un político a cambio de la exigencia de cierta complacencia o de la promesa del agregado de prensa de un ministro ofreciéndome más información que a otros periodistas si escribía un artículo positivo, hasta la llamada telefónica directa de un agente del Estado que me ordenaba escribir un despacho sobre alguna proeza ministerial, pasando por una embajada que se negaba a darme el precio de construcción exorbitante de su nuevo edificio pagado con dinero de los contribuyentes porque «esto no compete a la prensa».

La transparencia ha ganado fuerza en estas relaciones, los periodistas franceses ya no se dejan intimidar y el personal de la función pública francesa parece haber cambiado, es más abierto, más accesible y menos arrogante. Pero todavía persisten símbolos, como estar de plantón con buen o mal tiempo en el patio del Elíseo en espera de que los ministros salgan de su Consejo semanal para perseguirlos a fin de que se dignen responder. En Berlín, los ministros están sentados y provistos de un micrófono, en un gran edificio destinado a la prensa, donde tres veces por semana los portavoces responden a todas las preguntas de los periodistas. Además de estas conferencias regulares, los periodistas pueden optar por invitar a los políticos a que vayan a hablar con ellos en ocasiones especiales; ellos son los que se desplazan y se someten a las reglas de los periodistas y no al contrario, como en la mayoría de los países. Un símbolo potente de libertad de prensa.

En Alemania, la democracia se ejerce también en la vida de las empresas. La patronal incluye en la toma de decisiones al sindicato,

que tiene su sede en el consejo de vigilancia y sigue de cerca los asuntos. Lo cual le permite ser más realista y constructivo que en Francia, donde la relación entre patronal y sindicato es conflictiva. Un amigo *coach*, que ayudaba a ejecutivos anglosajones y extranjeros trasladados a París a comprender la *french touch* en empresa, me contó su sorpresa ante el marcado sentido de la jerarquía, que hace interminable la cadena de decisión. A igualdad de puesto, estos extranjeros tenían más poder que sus interlocutores franceses, que tenían que preguntar a su jefe, que tenía que preguntar al suyo, que tenía que... Esta diferencia la experimento a menudo, en un restaurante, en una tienda o al teléfono con un servicio de posventa: en Alemania, el margen de maniobra de los empleados es más importante y, por ello, su espíritu de iniciativa y su flexibilidad respecto al cliente, y de ahí que mi madre diga que «los alemanes tienen el sentido de los negocios».

Este contraste también es el resultado de una diferencia importante en la relación con la autoridad y el prestigio social, desde la escuela. Gracias al Instituto Internacional, escapé largo tiempo a esta educación antes de probarla en la Sorbona y en mi escuela parisina de periodismo. Muchos de mis amigos franceses fueron empujados por sus padres a prepararse para los exámenes de ingreso de las grandes escuelas y domados por profesores que ponían a prueba su voluntad humillándolos públicamente cuando sus notas eran mediocres. Los títulos, las condecoraciones y los premios, literarios entre otros, son objeto de un verdadero culto en Francia, a veces en el límite de la sumisión. Es corriente que un interlocutor te haga saber rápidamente si ha estudiado en una gran escuela y en cuál, incluso décadas después de que haya terminado. Aunque el sistema de las grandes escuelas en Francia perpetúa una especie de aristocracia basada en una estructura de clanes y de mente a veces formateada, las mentalidades cambian. El culto del secreto que ha acompañado durante largo tiempo el ejercicio del poder ya no se tolera, las grandes escuelas se cuestionan y algunas

reforman sus exámenes de ingreso para poder identificar personalidades más creativas.

Desde la adolescencia, siempre he vivido la relación sana de los alemanes con la autoridad, con la jerarquía, como una gran libertad, una fuente de inspiración para tener confianza en uno mismo. La confrontación honesta de varias generaciones de alemanes con su pasado ha permitido forjar cierto sentido de las responsabilidades individuales morales y un espíritu crítico saludable para una democracia: la prudencia ante los hombres providenciales que prometen solucionar todos los problemas, el rechazo de discursos que incitan al odio contra un grupo, la desconfianza respecto a los extremismos tanto de derechas como de izquierdas y la conciencia de la necesidad de una sociedad civil fuerte. Toda una educación sacada de una observación escrupulosa de uno de los ejemplos más logrados de manipulación y de ceguera colectiva de las multitudes, el Tercer Reich.

Adolf Hitler nunca hizo un misterio de su estrategia de manipulación de las masas. En *Mi lucha*, se lee: «La capacidad de absorción de las masas es muy limitada y la comprensión, reducida; pero, en contrapartida, su capacidad para olvidar es grande. Sobre la base de estos hechos, una propaganda eficaz debe limitarse a muy pocos puntos, que hay que repetir a porfía a la manera de un eslogan», hasta que todos estén convencidos de haber querido siempre esto y no otra cosa. Su ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, recomendaba «impregnar al ciudadano de las ideas de la propaganda sin que se diera cuenta de que se estaba impregnando».

Uno de los grandes inspiradores de estos métodos es el sociólogo y psicólogo francés Gustave Le Bon, cuya obra *Psicología de las masas* fue aclamada por el dictador italiano Benito Mussolini e inspiró a Joseph Goebbels y, sin duda, a Hitler. El libro, publicado

a finales del siglo XIX, no ha perdido nada de su actualidad. Analiza la metamorfosis del individuo cuando se funde en una multitud, lo cual reduce considerablemente sus facultades de reflexión y de voluntad propias: «Desvanecimiento de la personalidad consciente, predominio de la personalidad inconsciente, orientación mediante sugestión y contagio de los sentimientos y las ideas en un mismo sentido y tendencia a transformar inmediatamente en actos las ideas sugeridas, estas son las principales características del individuo en una multitud. Ya no es él mismo, se ha convertido en un autómatas al que su voluntad ya no guía».

Ante estos mecanismos, un cabecilla puede manipular fácilmente a una multitud. Tiene que utilizar términos que hacen emerger imágenes fuertes, señala Gustave Le Bon, tiene que impresionar, favorecer las pasiones y los deseos de los que lo escuchan, satisfacer el gusto de las multitudes por la leyenda, confundir las fronteras entre lo inverosímil y lo real y, sobre todo, renunciar a cualquier razonamiento. Entonces conseguirá de ellos abnegación, sacrificio de sí mismos, sentido del deber e incluso que renuncien a valores humanos profundamente anclados, hasta el punto de considerar el asesinato de niños, mujeres y ancianos como un acto heroico.

El Tercer Reich destacaba en este ejercicio de inversión de la moral. En octubre de 1943, en Posen, Polonia, el líder absoluto de las SS, Heinrich Himmler, declaró en un discurso delante de los SS-Führer: «La mayoría de vosotros sabe lo que significa cuando cien cadáveres se amontonan, incluso quinientos o mil. Haber resistido, sin dejar de ser correctos, excepto en momentos excepcionales de debilidades humanas, nos ha endurecido. Es un título de gloria al que nunca se ha puesto nombre y al que nunca se le pondrá».

La historia de mi relación con Alemania es la de una relación febril y ambigua, en la que la exaltación lucha con la irritación, la confianza

con la aprensión, el respeto con el aburrimiento. En Berlín, añoraba, por ejemplo, el arte de la conversación de los franceses, esta «especie de electricidad que hace saltar chispas», como la definía Madame de Staël, que observa, por otra parte: «La lealtad de los alemanes no les permite nada parecido [...] porque no oyen una palabra sin extraer una consecuencia y no conciben que se pueda tratar la palabra como arte liberal, que solo tiene como objetivo y resultado el placer que se obtiene».

Siento nostalgia también por una particularidad de la identidad francesa, la llamada «cultura general», un conocimiento general de las humanidades clásicas y de las artes, muy valorada en Francia. Se percibe como un pedestal común que sirve para forjar un «espíritu francés», que puede permitirse ser ligeramente superficial, siempre y cuando brille y despliegue un humor picante y entretenido, a veces al precio de cierta maldad. En Francia, ser culto es un atributo difícilmente eludible para quien quiere formar parte de la élite. Sin embargo, en Alemania, mi admiración por lo general prevalece sobre mi irritación ante lo particular, y saboreo la tranquilidad de vivir en un país donde el discernimiento, el sentido de lo colectivo y la honestidad intelectual me parecen más profundos que en muchos países. Aunque a veces me pregunto si no hay un reverso de la medalla en el trabajo de memoria de Alemania, por ejemplo su influencia abusiva sobre la creación artística.

Un amigo pintor italiano que vive entre Italia y Berlín, Flavio de Marco, fue quien me puso la mosca detrás de la oreja cuando me dijo: «Tengo la sensación de que, en Alemania, existe una tendencia mayor que en Italia, Francia o Gran Bretaña a convertir el arte en una especie de eslogan. Como si el artista tuviera la obligación moral de demostrar su compromiso político y de hacerlo bien visible mediante su arte, en lugar de elevarse por encima de esta realidad para desarrollar una visión nueva e inventar un nuevo mundo a través del arte».

Interrogué sobre este tema al redactor jefe de la sección de arte del periódico *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, Niklas Maak. Considera que el arte contemporáneo alemán se ha visto fuertemente influenciado por artistas como Anselm Kiefer y Georg Baselitz, que han utilizado el Tercer Reich como una estrategia de marketing para establecerse internacionalmente. Como si «fuera suficiente la invocación del nazismo para dar profundidad a un cuadro». Según él, este arte incluso ha perjudicado más el trabajo de memoria de lo que lo ha servido, «porque despolitiza lo que pretende revelar». También habría dañado la calidad del discurso artístico en Alemania, aplastado por el imperativo de un mensaje político-social.

Cuando le dije a mi hermana que estaba escribiendo este libro, no se sorprendió. Ella fue a la misma escuela que yo, leyó los mismos libros y tuvo la misma educación. «Es la influencia de papá», me dijo. Resulta extraño, porque siempre he creído que me sentía más francesa que alemana. Cuando éramos pequeñas, nuestro padre con frecuencia estaba ausente, en viaje de negocios, y, si estaba con nosotras, no era para aburrirnos sin descanso con el Tercer Reich. La transmisión se realizó por otras vías. Quizá porque nunca nos sermoneaba, ni nos juzgaba. Muy temprano, nos dejó libres en nuestras elecciones y nos estimuló a cultivar una libertad de espíritu basada no en la inconsciencia, sino en la memoria de una dictadura.

El Muro ha muerto, viva el Muro

El día que cayó el Muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989, yo era demasiado joven para pedirle a mi padre que me llevara a Berlín y vivir en directo aquella revolución que tenía el encanto de no estar manchada de sangre. Lamento no haber sido testigo de aquel triunfo de la libertad, de las multitudes que se abrazaban sin conocerse, lloraban y reían, y excavaban agujeros con un pico en el muro que los había separado durante décadas. En las imágenes filmadas, no veo amargura en el rostro de los alemanes del este, encerrados desde hacía medio siglo en un país que no habían elegido, tampoco veo hostilidad en el de los alemanes del oeste ante aquellos nuevos compatriotas con los que, sin embargo, tendrían que compartirlo todo.

Qué emoción tuvo que sentir Helmut Kohl un mes más tarde, durante un discurso en Dresde, cuando decenas de miles de alemanes del este acudieron a aclamarlo gritando: «¡Helmut, Helmut!», «¡Unidad, unidad!», mientras agitaban banderas de la RFA. El canciller diría que, en aquel momento, comprendió que no podía, que no debía haber otra opción que la Reunificación. La

primera ministra británica Margaret Thatcher y el presidente francés François Mitterrand no eran de la misma opinión. Temían el retorno de una gran Alemania en el corazón de Europa.

En la RFA, algunos intelectuales también eran reticentes. «A causa de Auschwitz, no habrá Reunificación», era su consigna. En diciembre de 1989, en el congreso berlinés del SPD, Günter Grass declaró: «Un Estado cuyos verdugos han impuesto, a los demás y a nosotros mismos, durante cuarenta y cinco años, sufrimiento, ruinas, derrotas, millones de refugiados, millones de muertos y ha inscrito en la historia el peso de crímenes imposibles de expiar no debe renovarse». El pasado nazi, ya responsable de la división de Alemania después de la guerra, ¿iba a comprometer el sueño de la unión? Kohl decidió que no y se fío de su intuición.

El 3 de octubre de 1990, dos países que habían experimentado evoluciones diametralmente diferentes desde el Tercer Reich se reunificaron. Por un lado, una democracia construida a partir del éxito económico y la confrontación crítica con el pasado nazi. Por el otro, una dictadura edificada a partir del mito según el cual todos los ciudadanos habían sido antinazis, cuando, en realidad, se habían adherido ampliamente al régimen, como en todas partes. Toda su vida, la RDA negó la menor responsabilidad histórica en los crímenes del Tercer Reich, por lo tanto, cualquier trabajo de reflexión sobre las faltas del pasado.

Medio siglo después del final de la guerra, Alemania se encontraba de nuevo ante el importante reto de inculcar la democracia en una sociedad que solo había conocido la dictadura. Gracias a la experiencia de la RFA, los alemanes apostaron por el desarrollo económico y el trabajo de memoria.

El día de la Reunificación, después de un discurso enardecido del director del Instituto Internacional, que se refirió a nosotros, alumnos de todas las naciones, como la «nueva esperanza de la paz en Europa», comprendí que aquel acontecimiento sería uno de los más importantes de mi vida. Transportada por un ardor nuevo

por las grandes odiseas de la historia, a principios de invierno acompañé a mi madre a Berlín Oriental para visitar a mi padre.

Llevaba trabajando allí ocho meses en la Treuhandanstalt, un organismo dependiente del Ministerio de Finanzas alemán, que heredó el patrimonio de la RDA tras la Reunificación. Allí, casi todo había pertenecido al Estado: empresas, comercios, terrenos, parques inmobiliarios... Había que transformar una economía planificada y centralizada en una economía social de mercado, basada en la competencia, la propiedad y la iniciativa privada. La Treuhandanstalt tenía la misión de privatizar los bienes de la RDA, en particular, las cerca de 8500 empresas que daban empleo a más de cuatro millones de personas. El Estado de Alemania Occidental había pedido a las grandes empresas del país que le «prestaran» expertos capaces de dirigir aquella gran conversión.

Vivíamos en la región parisina, donde mi padre trabajaba para la sede francesa de un constructor de automóviles alemán, cuando el directorio le propuso aquella misión. Aceptó inmediatamente participar en la Reunificación de su país, él que solo lo había conocido dividido. «Tenía un interés profesional mezclado con un sentimiento patriótico. Además, para mí estaba claro que, bajo la dominación soviética, los alemanes del este habían pagado un precio mucho mayor que los alemanes del oeste después de la Segunda Guerra Mundial. Me parecía justo ayudarles a superar ese nuevo desafío.»

Entre la caída del Muro y la reunificación, la RDA había sobrevivido durante casi un año. Al principio, la dictadura comunista se mantuvo adherida al poder, pero perdía el control. Un viento de anarquía se despertaba en la RDA. En los centros urbanos, la juventud ocupaba los apartamentos vacíos, numerosos en la RDA, para fundar comunidades. En los espacios en desuso proliferaban los bares, los conciertos, las fiestas, los montajes artísticos; por doquier y sin permiso. Había una embriaguez de fiesta y música.

El Estado en la RDA era ya incapaz de hacer respetar la ley. A la

libertad se añadió la violencia, omnipresente y ante la que la policía estaba como paralizada. No había aprendido nunca a conciliar libertad y autoridad. Tendencias prohibidas bajo la RDA aprovechaban la oportunidad: izquierdistas, punks, *skinheads* y sobre todo neonazis, que comenzaron a imponer su ley en numerosas ciudades del este. Ante la mirada pasiva de la policía estalló una violencia inaudita entre bandos opuestos. Algunas semanas después de la caída del Muro, el todopoderoso Partido Comunista había perdido a dos tercios de sus miembros. Los alemanes del este salieron a la calle para reclamar democracia y el final del régimen. Presionado, en diciembre de 1989, el poder aceptó negociar con las formaciones civiles, unos grupos disidentes que hasta entonces habían sido perseguidos. Junto con representantes de Alemania del este, se reencontraron regularmente para debatir reformas democráticas y económicas, la disolución de la policía política, la Stasi, y la organización de elecciones libres. Pronto se formaron dos campos. Unos deseaban una reunificación rápida. Otros preferían reformar primero su país, con la idea de negociar enseguida la reunificación con Occidente de igual a igual.

La cuestión iba a dirimirse en las primeras elecciones parlamentarias libres en la RDA, el 18 de marzo de 1990. Por primera vez en su historia, los alemanes del este iban a poder elegir entre el Partido Comunista, diversas formaciones cívicas y los partidos tradicionales de la Alemania Occidental. La CDU hizo campaña alrededor de la promesa de una reunificación rápida, y con ella, del marco alemán. Helmut Kohl fue acogido como un héroe. Durante cuarenta años, los alemanes orientales habían sufrido privaciones y habían estado soñando con los productos occidentales mirando en secreto la televisión de Alemania Occidental. La caída del Muro provocó un éxodo masivo hacia Occidente y hacia el marco alemán. Una hemorragia amenazaba a la RDA. Las formaciones cívicas que reclamaban una reunificación lenta iban

retrasadas con respecto a la población. En las elecciones, ninguna superó la barrera del 5 por ciento necesaria para entrar en el Parlamento de Alemania del este. Quienes habían traído la revolución fueron apartados del destino de su país. Con el 40 por ciento de los votos, triunfó la CDU de Helmut Kohl. Los alemanes del este habían optado por una reunificación rápida y, con ella, por la desaparición de la RDA.

En el otoño de 1990, mi padre fue uno de los primeros alemanes occidentales en dirigirse a Berlín Este, hacia la Treuhandanstalt. Se le confió la venta de grandes empresas del sector industrial. «Cuando llegué, casi todos eran alemanes del este. Las grandes empresas occidentales eran reticentes a enviar a sus expertos. Las llamábamos para decirles: si no enviáis a nadie, no os venderemos nada. Acabaron por cooperar, pero con retraso.»

A estas dificultades, se añadía el hecho de que Bonn no había previsto un presupuesto para el material de oficina y el equipamiento era bastante catastrófico. «Faltaban máquinas de escribir y no había más de seis líneas telefónicas, una cifra ridícula dada la enormidad de la tarea.»

Mi padre contaba con cierto número de altos funcionarios en su equipo, dos de ellos exministros. A veces, por la noche, los invitaba a tomar una copa de vino para escucharlos hablar de su vida cotidiana en la RDA y de su miedo al futuro. El final de la RDA significaba el declive de su estatus. A contrapelo de los principios de un «Estado de obreros y de campesinos», había existido de hecho una clase privilegiada en la RDA, formada por los jefes del Partido que abusaban de su poder para obtener una plaza en la universidad para un hijo, una carrera para la esposa o cualquier bien escaso: una dacha, un automóvil, una línea telefónica. Mi padre subraya, sin embargo, que «a pesar de todo, había cierta coherencia entre su tren de vida y el ideal socialista. Tenían un nivel de vida relativamente modesto para personalidades de su rango. ¡Se decía que un maestro carnicero del oeste tenía una casa más

bonita que el jefe de Estado de la RDA, Erich Honecker! Su privilegio era tener poder, más que dinero, y la diferencia entre el nivel de vida de un ministro y su secretaria era mucho menor que en el oeste».

Sus colegas del este tenían una imagen negativa de la protección social en el oeste. «Les dije: “Tenéis una falsa imagen de nosotros, así que id a ver nuestras empresas”. Regresaron sorprendidos ante la manera en que se trataba a los trabajadores. Uno de ellos, desmoralizado después de haber visitado una fábrica de Alemania Occidental, confesó a mi padre: «Sabía que estabais más avanzados que nosotros, pero no pensaba que fuera hasta este punto».

Los colaboradores fueron de una gran ayuda para mi padre, porque conocían perfectamente el funcionamiento y las estructuras internas de las empresas de la RDA. En cambio, no tenían ni idea de marketing, de productividad y de competitividad, y poca idea del valor financiero de las cosas según los estándares occidentales. «Algunos estaban dispuestos a vender un terreno en una isla del Báltico a un marco alemán el metro cuadrado.»

Tanto en el este como en el oeste se contaba con las privatizaciones para obtener importantes ganancias capaces de financiar nuevas infraestructuras en la antigua RDA. Esta perspectiva se desvaneció para mi padre cuando descubrió el estado desastroso de la mayor parte de las empresas de la RDA: las naves industriales, la maquinaria, los procesos de producción, poco eficientes y muy contaminantes. Se dio cuenta de que para muchas de ellas iba a ser difícil encontrar inversores. «Tanto más cuanto que ya casi no tenían pedidos, porque una parte de sus clientes de la Europa del Este ya no tenían dinero a causa del hundimiento del bloque soviético; por otra parte, los alemanes orientales ya no querían adquirir productos de la RDA; querían un Volkswagen, no un Trabant.»

Era el final para muchos productos de la RDA. Las primeras

empresas fueron liquidadas, otras sufrieron reestructuraciones radicales. Cuatro millones de empleos se vieron amenazados.

«La gente estaba sin duda decepcionada, pensaba que uniéndose a la rica Alemania Occidental, sus empleos quedarían garantizados. No tenían la menor idea de cómo funciona la economía de mercado, que prevé la liquidación de las empresas que no son competitivas», explica mi padre.

Estaban acostumbrados a una garantía de la RDA, en la que se prefería mantener los empleos no productivos antes que renunciar a una de las promesas del comunismo: el pleno empleo. El descubrimiento del paro sumió a los alemanes del este en la desesperación. El Estado trataba de compensar la situación abonando importantes subsidios de desempleo y proponiendo cursos de formación para reorientar profesionalmente. Pero la tensión crecía. Muchas veces, a lo largo de semanas, el personal de las empresas amenazadas se acercaba a las puertas de la Treuhand para manifestar su cólera.

«Cuando teníamos dos o tres candidatos, el criterio decisivo para nosotros no era elegir el que ofrecía más, sino el que salvaba más empleos», asegura mi padre.

Se reprocha a la Treuhand malvender las joyas de la industria de la Alemania del este, al servicio de la economía de la Alemania Occidental, un reproche que sigue de actualidad hoy en día. «No es lo que algunos se imaginan, una mina de oro», se defiende mi padre. «Durante mucho tiempo, la mayor parte de los compradores tuvieron que contentarse con una rentabilidad de sus inversiones en el este muy mediocre. Muchos tuvieron graves dificultades financieras. Si se hubiera prohibido la supresión de empleos no se hubiera presentado ningún inversor.»

Asimismo, se reprochó a la institución tratar muy deprisa los dossiers; se la acusó de negligencia, de permitir fraudes. Por una parte, los equipos no tenían más opción que apresurarse a vender para impedir la quiebra de las empresas. Por otra, la Treuhand

habría evitado errores si la política y la industria de la Alemania Occidental hubieran movilizado desde el principio los esfuerzos necesarios para sostener la institución. Al principio de su actividad, ésta contaba apenas con unos pocos centenares de empleados y carecía de todo. «Kohl estaba lleno de buena voluntad, pero los ministros implicados se movían por inercia», estima mi padre. «Se subestimó esta misión, también el mundo de la industria.»

La Treuhand se convirtió en el chivo expiatorio del sufrimiento de Alemania Oriental. Su presidente, Detlev Rohwedder, fue asesinado el 1 de abril de 1991 por un pistolero de la Fracción del Ejército Rojo apostado ante su casa de Düsseldorf. Fue el último atentado con muerte de la RAF antes de su disolución en 1998. Para algunos, Rohwedder simbolizaba el capitalismo desenfrenado. En realidad, se había movilizado para reducir el impacto de la conversión económica.

En 1994, la misión de la Treuhand llegó a su fin. De cuatro millones de empleos se salvaron menos de un tercio. Un tercio de las empresas fueron liquidadas; dos tercios resultaron privatizadas. El 85 por ciento fueron vendidas a alemanes del oeste. En lugar de aportar, las privatizaciones costaron 250.000 millones de marcos en planes de relanzamiento, en planes sociales y para el saneamiento ecológico. A esto se sumaron otros gastos colosales, como los dedicados a infraestructuras. Sin embargo, algunas empresas de la Alemania del oeste aprovecharon la apertura de este nuevo mercado. En el oeste, el coste de la reunificación redujo la empatía hacia los compatriotas orientales. En el este, el sentimiento de haber sido anexionados por el oeste domina hasta el momento presente.

Por desgracia, también se produjeron numerosos errores de gestión, problemas de corrupción y de estafa. El organismo fue acusado de negligencia y de vender demasiado rápidamente las sociedades. «Es cierto que teníamos que tomar decisiones con bastante

rapidez», reconoce mi padre. «No teníamos tiempo de revisar de manera detenida los expedientes de las empresas y no podíamos descartar la hipótesis de que los interesados intentarían estafarnos o nos mentirían.» Algunos solo se interesaban por el terreno, no les importaba nada la empresa, que se apresuraban a liquidar, abandonando a los empleados en la calle.

Uno de los recuerdos más precisos de la visita a mi padre en Berlín Oriental es el hotel donde nos alojamos, que albergaba a numerosos colaboradores de la Treuhandanstalt. El Palasthotel, un lugar legendario de la RDA, el paroxismo del lujo a la comunista exclusivamente reservado a los visitantes extranjeros, estaba situado al sur de la Alexanderplatz, a orillas del río Spree. La planta baja era un inmenso espacio vacío, a lo largo del cual había un gran restaurante de ambiente marrón, es el primer calificativo que se me ocurre, porque este color parecía haberlo teñido todo, el suelo, las paredes, los cristales, los uniformes del personal, las cartas de los menús e incluso el contenido de los platos, hasta el punto de que era fácil perder las referencias en aquel mar monocromático que absorbía los relieves, una metáfora del régimen comunista que había diluido las diferencias en la dictadura de la uniformidad.

Para llegar a las más de seiscientas habitaciones de aquel edificio, había que pasar por un piso intermedio y un vestíbulo intimidatorio que conducía a laberintos de pasillos, donde el cliente que llegaba tarde por la noche después de una cena de negocios bien acompañada de aguardiente —el único producto que abundaba en la RDA— tenía que pasar por un momento penoso de claustrofobia antes de conseguir encontrar la puerta de su habitación. Decenas de cámaras ocultas lo observaban desde la entrada del hotel y hasta en la cama, si formaba parte de los huéspedes de marca a los cuales la bonita recepcionista había atribuido una de las habitaciones especiales, cuyas paredes tapizadas con moqueta estaban plagadas de micrófonos y cámaras instaladas por la Stasi. La ironía de la historia es que el cliente lo

sabía, de la misma manera que sabía que la encantadora mujer que le sonreía en el bar o le pedía que la acompañara a su habitación estaba al servicio de la Stasi. Excepto el personal, el Palasthotel estaba prohibido a los ciudadanos de la RDA, por miedo a que sucumbieran al encanto decadente de Occidente: no solamente se ofrecía whisky escocés, cigarrillos americanos y vinos franceses, sobre todo se corría el riesgo de entrar en contacto con el enemigo...

Mi habitación parecía directamente sacada de una película de James Bond. El mobiliario era de los años setenta, había una radio empotrada en la mesita de noche, un viejo televisor en un cubo de plástico blanco y un inmenso ventanal redondeado de cristal cobrizo que daba la impresión de poder tocar la cúpula nevada del Dom, una iglesia de estilo neorrenacentista situada justo enfrente, al otro lado del Spree.

Mientras mi padre trabajaba, mi madre y yo visitamos los alrededores del hotel. El paisaje urbano se repartía entre bonitos espacios bordeados de inmuebles y de edificios históricos elegantes pero destartalados y amplias arterias tan desmesuradas como los bloques de hormigón que las bordeaban. El conjunto provocaba una sensación de vacío abrumadora, con coches ridículamente pequeños y escasos con respecto al tamaño de las calles y comercios tan dispersos que no nos atrevíamos a aventurarnos demasiado lejos en aquella ciudad fantasma sepultada bajo la nieve. Había algunos restaurantes y bares, pero olían a tabaco rancio o a col hervida.

Más tarde, este decorado pobre en blanco y negro me parecería encantador, pero, en aquella época, si me cruzaba con jóvenes de Alemania Oriental en la Alexanderplatz, los consideraba como supervivientes de lo peor, y la idea de que también pudieran acceder a todos los colores del oeste, los del dinero y el consumo, de la oferta delirante de diversiones, artilugios y alimentos, estremecía mi corazón de hija del capitalismo. No comprendía que, en aquel

mundo demonizado por Occidente, también había habido felicidad y emociones, las de la juventud, del primer amor y del primer hijo; placeres sencillos, que habían desaparecido entre nosotros, donde la abundancia te hacía indiferente, como flirtear con lo prohibido, leer periódicos occidentales, escuchar a escondidas discos estadounidenses con los amigos, desafiar a la policía circulando en monopatín, prohibido porque era *made in USA*... Me di cuenta más tarde, al leer esta frase de Roland Jahn, un antiguo disidente hoy comisario federal encargado de los archivos de la Stasi: «Bajo la dictadura, también brilla el sol, pero no en cada momento, ni para todos».

Los alemanes del este se vieron obligados a aprenderlo todo. Jana Hensel, que era adolescente, describió este trastorno en su libro *Zonenkinder*: «En los primeros años, aprovechábamos cada minuto libre para observar al oeste, ver y comprender. Queríamos imitarlo hasta el punto de confundirnos con él. Estaba harta de llamar la atención en el supermercado a causa de mi mal gusto o en el restaurante porque siempre había un plato que no conocía. Quería saberlo todo. En mi cabeza había una máquina que escaneaba todo lo que tenía alrededor y registraba los gestos, las fórmulas de los saludos, las maneras de hablar, las expresiones, los peinados y la ropa de mis conciudadanos de Alemania Occidental».

Las normas de Alemania Occidental hacían volar en pedazos todas las costumbres del este: las leyes, el sistema de jubilación, de impuestos, de seguridad social, los contratos de trabajo, los alquileres... Había que adaptarse muy deprisa. Las referencias desaparecían: el lenguaje, el humor, el código de comportamiento, la moda en el vestir, los estilos de decoración interiores, la programación de televisión, los desfiles, las celebraciones, los productos alimentarios... Aparecieron los primeros carteles publicitarios de Ikea y abrieron los primeros McDonald's.

Hubo que acostumbrarse a los nuevos precios, a la publicidad, al rendimiento, a la competencia. En lugar de hacer cola para conseguir un producto escaso, hubo que aprender a elegir entre la abundante oferta. «En Alemania Oriental, la gente tenía la costumbre de funcionar colectivamente, lo cual evitaba tener que elegir», explica mi padre. «Pienso en un detalle que me sorprendió: ¡en muchos inmuebles, era imposible regular la calefacción individualmente, ni siquiera apagarla! Si hacía demasiado calor, abrían las ventanas. Todo era más o menos así, en la vida social y profesional, había muy poco margen de maniobra para la responsabilidad individual, el Estado lo organizaba casi todo. De repente, se produjo un gran desbarajuste, la gente tenía que actuar, elegir, dar su opinión.» Las personas mayores eran las que tenían más dificultades. La situación los superaba por completo. Se produjo una oleada de suicidios. «Alemania Occidental habría podido acompañar a la gente al principio, asistirle, darle explicaciones, para que la transición fuera menos dolorosa», estima mi padre.

Muchos alemanes del este vivieron la Reunificación como una humillación, incluso como una colonización del este por el oeste. Esta sensación se reforzó debido a que Alemania Occidental compró más del 85 por ciento de las empresas de Alemania Oriental, frente a solamente el 6 por ciento que compraron sus compatriotas del este. Estos últimos no tenían medios para adquirir grandes empresas ni la experiencia para dirigir las. Sin embargo, habrían podido, con el apoyo de un crédito de Alemania Occidental, tener acceso a los 25.000 pequeños comercios de la RDA. «Intentamos vendérselos, pero no era fácil», dice mi padre. «Aquellas personas habían pasado cuarenta años sirviendo a un sistema extremadamente jerarquizado, sin tener que tomar la iniciativa. No se les podía pedir que tuvieran un espíritu de empresa de un día para otro.»

El reto de la Reunificación no consistía solamente en pasar de una economía planificada a una economía de mercado, sino también en depurar el aparato de Estado. Contrariamente al periodo posterior al Tercer Reich, esta depuración se inició rápidamente, una condición *sine qua non* para la democratización. Los más amenazados, los jefes del partido SED y del Ministerio para la Seguridad del Estado, la Stasi, se apresuraron a destruir archivos en secreto. Cuando los militantes de los derechos cívicos tuvieron conocimiento de ello, ocuparon filiales de la Stasi en toda la antigua RDA. A su llegada, encontraron el suelo cubierto de papeles rotos y quemados, expedientes fragmentados en mil pedazos llenaban decenas de miles de bolsas; afortunadamente, kilómetros de archivos seguían intactos.

Antes de la caída del Muro, la Stasi contaba con 91.000 agentes oficiales, a los que se añadían 180.000 no oficiales, llamados IM. En total, en el conjunto de sus cuarenta años de existencia, además de su personal, la Stasi se había beneficiado de la colaboración sucesiva de más de 620.000 IM, alemanes reclutados en el seno de la sociedad civil. El régimen era tan paranoico que los informadores de la Stasi estaban por todas partes: era tu amante, tu suegra, tu colega, el tendero de la esquina, el repartidor de periódicos, la chica bonita que te guiñaba un ojo en la cafetería, tu pareja. Reinaba la desconfianza en el trabajo, entre amigos, en los lugares de ocio e incluso en el seno de las familias.

Por la noche, después del trabajo, mi padre invitaba a veces a sus colaboradores de Alemania Oriental a tomar una copa de vino. «Les costaba abrirse. Estaban muy acostumbrados a prestar atención a lo que decían. Con el vino, en ocasiones se desataban las lenguas. Los empleados hablaban aún menos del régimen, sin duda porque el miedo a la delación era más profundo en ellos.»

La Stasi condenaba a sus víctimas a la esquizofrenia permanente y al aislamiento interior, aunque una gran parte de ellas no eran enemigas de la RDA y simplemente aspiraban a gozar de

más libertad. Quien caía en las garras de la Stasi corría el riesgo de ser torturado psicológicamente y encerrado en una celda individual sin calefacción. Pegaban y torturaban a los detenidos para hacerlos hablar y los obligaban a traicionar a sus amigos, a convertirse en informadores o a firmar falsas declaraciones. También los explotaban como trabajadores forzosos, obligándolos, por ejemplo, a manipular productos peligrosos en establecimientos contaminados, como el complejo químico de Bitterfeld.

Como ocurre a menudo después de la caída de una dictadura, la gente se dividía entre los que exigían que se esclareciera por completo el pasado y los que reclamaban que se hiciera borrón y cuenta nueva. Los primeros querían que los archivos de la Stasi se abrieran, los otros que permanecieran cerrados, ya fuera para salvar su piel o porque temían que los ajustes de cuentas y los actos de venganza dividieran y desestabilizaran a la sociedad. El gobierno de Kohl empezó por oponerse a su apertura, pero, después de una huelga de hambre de militantes por los derechos civiles, acabó por ceder. En noviembre de 1991, el Bundestag votó por una aplastante mayoría una ley en este sentido y se creó una nueva autoridad federal encargada de los archivos de la Stasi, una instancia que hasta el momento no tiene igual en el mundo.

Su actual presidente, Roland Jahn, un antiguo disidente al que la RDA expulsó hacia el oeste en 1983, donde se convirtió en periodista, estaba presente el primer día de apertura de los archivos. «Era una victoria poder decir: “Ya no tienen derecho a hacer lo que quieran contigo, ahora tienes tu expediente en las manos”. Al mismo tiempo, era deprimente, porque todo lo que habías sospechado — que se habían infiltrado en tu intimidad, que querían destruirte— de repente lo veías plasmado en el papel. Era espantoso», cuenta. En su reportaje para la televisión alemana, Roland Jahn se encuentra con varias víctimas de la Stasi que llegan para consultar su

expediente por primera vez. Una disidente encuentra informes redactados por su marido, que la espiaba con el nombre en código Donald. Un poeta descubre que una de las figuras emblemáticas del ámbito literario alternativo a la que frecuentaba, Sascha Anderson, espiaba a todo su entorno. Una mujer todavía está conmocionada al descubrir que había sido traicionada por los que pensaba que eran sus mejores amigos. «Realmente hace daño, la confianza traicionada es lo peor», dice. Para evitar los dramas familiares, la policía política animaba a sus espías a incorporar en sus filas a los miembros de su propia familia, sobre todo a los niños.

Algunos colaboradores officiosos no pudieron elegir. Cayeron en una trampa tendida por la Stasi para forzarlos a espiar a personas concretas, en el trabajo o entre sus amigos. Fueron injustamente reprobados después de la Reunificación. Pero también había participantes voluntarios, movidos por sus convicciones ideológicas. Como Monika Haeger, de la que Roland Jahn recogió un testimonio sobrecogedor. Consiguió infiltrarse en los círculos más íntimos de la disidencia, participaba en sus discusiones, sus reuniones y sus manifestaciones, para después informar a un agente de la Stasi entrada la noche, en un piso anónimo. Estaba orgullosa, convencida de combatir «al enemigo», de contribuir al sueño «del socialismo, de la humanidad, del ser humano». «Oculté una realidad sin embargo muy clara: el régimen lo era todo menos humano; de hecho, era profundamente inhumano», confía llorando.

El adoctrinamiento empezaba desde la más tierna edad, en la escuela, donde los profesores tenían la misión de enseñar la historia, la geografía, la cultura y la economía a través del prisma de la ideología comunista. Los alumnos tenían que citar a Erich Honecker en sus deberes y una de las valoraciones más importantes del boletín de notas era la que evaluaba su compromiso ideológico. La Freie Deutsche Jugend (Juventud Libre Alemana) hacía el resto: era una organización de masas de la que formaban parte casi todos los jóvenes a partir de los catorce años, si no

querían arriesgarse a ser discriminados en la universidad y en el trabajo.

Muchos actos cometidos bajo este régimen dictatorial eran muy difíciles de perseguir en el marco del derecho penal vigente en la RFA. No se podía procesar a todos los que habían colaborado. Ya era difícil identificar a los culpables entre la antigua clase dirigente. «Nunca los comparé con los dignatarios nazis», dice mi padre, que trabajaba con exministros y miembros del Politburó. «No era en absoluto lo mismo. No habían cometido masacres, ni desencadenado guerras ofensivas. En 1989, finalmente cedieron ante las reivindicaciones de los ciudadanos sin verter una gota de sangre ni enviar al ejército.»

Desde que vivo en Berlín, me encuentro regularmente con alemanes que han crecido en la RDA. Su percepción del régimen diverge mucho según si fueron víctimas o no de la Stasi, pero la mayoría afirman que creían en el sueño de una sociedad mejor, más igualitaria, más solidaria. A algunos incluso les cuesta hablar de dictadura, que asocian al Tercer Reich, a una ideología y a unos crímenes mucho más bárbaros que los de la RDA.

Después de la Reunificación, los alemanes del oeste no querían dar la impresión de practicar una *Siegerjustiz* (justicia del vencedor). Se necesitaban cargos de acusación concretos. El asesinato de fugitivos en la frontera era uno. En 1991, la justicia de Alemania Occidental abrió el primero de una larga serie de procesos que se extenderían hasta 2004, contra guardias fronterizos acusados de la muerte de varios centenares de alemanes del este en la frontera. Estos procesos daban lugar al mismo dilema que con los funcionarios del Tercer Reich: ¿cómo condenar a alguien por un acto que era legal en el momento de su ejecución, sabiendo que se habría arriesgado a ser sancionado por desobediencia?

La justicia decidió: la ejecución deliberada de fugitivos equivalía

al asesinato y violaba el derecho natural, una norma jurídica universal que no puede ser derogada por la legislación de un Estado. El recuerdo de la impunidad de los criminales nazis después de la Segunda Guerra Mundial sin duda pesó sobre las conciencias. Por ello, Alemania no dudó en condenar a la mayoría de los guardias fronterizos por «complicidad en asesinato», aunque hubieran obedecido órdenes. En realidad, estas condenas tenían sobre todo un alcance simbólico, porque iban acompañadas de penas muy leves. Casi ningún acusado fue condenado a una pena de prisión firme.

La prioridad de los procesos no eran los guardias fronterizos, sino los personajes importantes del régimen, los que habían dado la orden de disparar y habían puesto en marcha el dispositivo implacable de seguridad en la frontera: minas terrestres, alambradas de espino y detectores de calor humano que ponían en marcha ametralladoras automáticas ante la menor señal. Entre 1960 y 1989, se dictaron varias disposiciones que obligaban a disparar. El 3 de mayo de 1974, Erich Honecker, el número uno de la RDA de 1971 a 1989, afirmó en una reunión: «Como hasta el presente, debe hacerse un uso despiadado de las armas de fuego en caso de que alguien intente cruzar la frontera clandestinamente y es conveniente recompensar a los camaradas que hayan utilizado las armas con éxito». La *Republikflucht* (huida de la República) ocupaba el centro de las preocupaciones del régimen, porque revelaba los fallos de un sistema que no tenía ninguna base democrática.

En total, se pronunciaron unas cuarenta penas de prisión firme, incluidas las de los ministros y los miembros del Politburó. Egon Krenz, que había sucedido a Erich Honecker justo antes de la caída del Muro, fue condenado a seis años y medio de prisión. Erich Honecker, entregado en julio de 1992 a la policía alemana por Rusia, donde se había refugiado, consiguió que se interrumpiera su proceso a causa de sus problemas de salud y se le permitió exiliarse a Chile, donde murió poco después. En cuanto a Erich Mielke, que

había desarrollado y dirigido durante más de treinta años uno de los sistemas de vigilancia generalizada más temibles del mundo, la Stasi, faltaban pruebas para condenarlo según las reglas del Estado de derecho. La justicia eludió el problema con una condena a seis años de prisión por un hecho que se remontaba a 1931: cuando era miembro de un grupo paramilitar comunista, había participado en el asesinato de dos policías. Finalmente, las condenas a prisión incondicional fueron limitadas en número, pero bastante severas.

Además del trabajo de la justicia y de la Oficina de Archivos de la Stasi para esclarecer el pasado, el Bundestag puso en marcha una comisión de investigación sobre «La historia y las consecuencias de la dictadura del régimen SED». Esta comisión, constituida por diputados y expertos, tenía que contribuir a la reconciliación de la sociedad e iniciar un diálogo con la opinión pública para reforzar la conciencia democrática y alimentar una cultura política común.

La batalla de la memoria tenía lugar también en el terreno de la arquitectura y los símbolos. En el este, el paisaje urbano se transformó. Las calles y las fachadas se renovaron, se restregaron y se lavaron, se invirtieron miles y miles de millones en la infraestructura. Como ocurre a menudo después de la caída de una dictadura, se arrancaron emblemas y estatuas, se cambiaron nombres de calles y se demolieron edificios. Hubo que retirar las estatuas de Lenin que invadían el país y cuyo ejemplar más impresionante era un coloso de diecinueve metros de altura erigido en Berlín, en el centro de una plaza Lenin. Algunos berlineses se opusieron y tapizaron la estatua de pancartas: «Vosotros, ocupantes de RFA, ¿os da miedo incluso un Lenin de piedra?», se leía. Un día de noviembre de 1991, los habitantes del barrio vieron surgir en el cielo berlinés la cabeza gigantesca del icono de la revolución bolchevique alzada por una grúa.

Los nombres de Stalin y Lenin, dos dictadores sanguinarios,

difícilmente podían continuar siendo honrados en una democracia, pero la gran limpieza de la historia a veces iba demasiado lejos. Algunos intentaron borrar cualquier huella de la RDA con una energía que rozaba la histeria, como si todo estuviera maldito en este país. Los nombres de Karl Marx y Friedrich Engels estuvieron a punto de ser desterrados. No lejos de la torre de televisión de Berlín, unas altas esculturas que representan a los autores del *Manifiesto del Partido Comunista* estuvieron amenazadas y finalmente se mantuvieron, gracias a unos defensores determinados.

La guerra de los símbolos alcanzó su paroxismo con el Palacio de la República, un bloque de cristal con efecto de espejo construido en el centro de Berlín Oriental en los años setenta para divertir al pueblo y ofrecerle un remanso de lujo: tiendas, restaurantes, salas de espectáculos, boleras, discotecas, bares... Un pequeño templo del consumo a la occidental, una pequeña traición del dogma comunista. El Palacio de la República albergaba también la *Volkskammer*, el Parlamento, que bajo la dictadura no tenía estrictamente ningún poder. En 1990, el edificio se cerró para someterlo a una larga operación para eliminar el amianto y se planteó la cuestión de su destino, lo cual desencadenó un largo debate entre los defensores de la demolición y los de la renovación. En la RDA, toda una generación asociaba una parte de su juventud a aquel lugar de distracción. Después de un largo pulso, el Bundestag votó la destrucción del edificio en 2003 y la reconstrucción de la residencia del emperador bombardeada durante la guerra, el castillo barroco de los Hohenzollern, que la RDA había arrasado en 1950. Se prefirió erigir una semicopia de un castillo de dudosa elegancia, anacrónico y con el que nadie se identificaba, en lugar de restaurar el palacio, como si se negara el derecho a los alemanes del este de haber vivido momentos felices a pesar de la dictadura.

Como reacción, unos años después de la Reunificación, se produjo una oleada de nostalgia de la RDA bautizada como *Ostalgie*. Aparecieron antiguos productos del este en los estantes de los supermercados, muebles, lámparas y todo tipo de objetos de la vida cotidiana fueron objeto de un culto inesperado y se organizaron *Ostalgie-Partys* en lugares llenos de retratos, banderas y banderolas de la RDA... La tendencia era más profunda de lo que parecía y este distanciamiento abierto de la Alemania reunificada se demostró en las elecciones federales de 1994, cuando el nuevo partido comunista obtuvo 30 escaños en el Parlamento. Algunos alemanes del este reaccionaron a lo que muchos percibían como una demolición de la RDA por parte del oeste. «A pesar de todo, la gente había conseguido construirse una existencia bajo la RDA», explica Roland Jahn, «hasta el día en que todo se hundió. Una vez más, fue necesario reponerse. Y los consumía el miedo de perder lo que habían reconstruido. Las primeras víctimas de este miedo fueron los extranjeros.»

Después de la caída del Muro, en Alemania Oriental, las incursiones de *cabezas rapadas* y neonazis para linchar a extranjeros en plena calle y vociferar insultos delante de los hogares de refugiados se convirtieron en una rutina. Se produjeron los primeros muertos. El odio culminó un día de agosto de 1992, en Rostock, a orillas del mar Báltico, cuando un millar de personas tomaron por asalto un centro de refugiados vietnamitas gritando: «¡Vamos a por vosotros!», «¡Os freiremos a todos!». Los asaltantes intentaron forzar las puertas del centro, rompieron las ventanas y lanzaron cócteles Molotov ante los aplausos de alrededor de tres mil espectadores. El centro empezó a arder. En el interior, donde se encontraba también un equipo de la cadena de televisión, la desesperación se apoderó de los refugiados, atrapados por las llamas y el humo. Los niños gritaban, las mujeres lloraban, otros corrían en busca de una salida, que acabaron por encontrar forzando la puerta que conducía a la azotea.

Los responsables de la policía, alertados mucho antes, demostraron una incompetencia desastrosa. Estacionados en las cercanías, no intervinieron hasta una hora después del inicio del incendio, para liberar el camino a los bomberos y permitir que apagaran el fuego y evacuaran a los heridos. Estas imágenes llenaron de espanto a los alemanes. Lo más chocante eran los miles de personas que llegaron para aclamar o incluso ayudar a los asaltantes: ciudadanos normales, de diversas edades. El centro en llamas albergaba a vietnamitas que habían sido invitados por la RDA para hacer trabajos que los alemanes del este no querían hacer. En Rostock había 240.000 habitantes, 1640 de ellos extranjeros.

También en el oeste la violencia xenófoba se multiplicó a partir de 1990, con la afluencia de refugiados originarios de los países del este, en especial de Yugoslavia, donde había estallado una guerra civil. En 1992, el número de solicitantes de asilo alcanzó la cifra de más de 440.000 solicitudes. El porcentaje de obtención del derecho de asilo era muy bajo, lo cual no impidió que la CDU, la CSU y los partidos de extrema derecha lanzaran una virulenta campaña contra los refugiados.

En este contexto, en noviembre de 1992, en Mölln, en Schleswig-Holstein (norte), dos neonazis prendieron fuego a una casa donde vivían familias turcas: dos niñas turcas y su abuela fallecieron en las llamas. Unos meses más tarde, también en el oeste, en Solingen, Renania del Norte-Westfalia, cuatro neonazis incendiaron una casa donde vivían asimismo familias turcas: una mujer y su hijo pequeño murieron al saltar por la ventana, un hombre joven y dos niños sufrieron quemaduras de gravedad. El canciller Helmut Kohl no asistió a ninguno de los funerales, prefirió enviar al ministro de Asuntos Exteriores. Su portavoz se justificó diciendo que el gobierno quería evitar el «turismo de condolencias».

Esta indiferencia no era compartida por los ciudadanos. En el oeste, más de un millón de personas salieron a las calles del país

para decir: «¡Nunca más!». En Mannheim, donde yo estudiaba en aquella época, participé en una larga cadena luminosa y silenciosa para cerrar filas contra el odio racial. De pie durante dos horas entre una anciana que llevaba una vela entre las manos temblorosas y un joven punk, los dos determinados a proteger aquella cadena que simbolizaba mucho más que el duelo de dos familias turcas, sentí la fuerza de la memoria frente al odio.

En cambio, en el este, los testimonios de solidaridad con las víctimas de xenofobia eran escasos. Las escenas de Rostock no habían suscitado una indignación tan virulenta como en el oeste, donde se habían comparado con los pogromos antisemitas del nazismo. En el este, los ataques se desarrollaban a menudo abiertamente y los autores no se ocultaban al ver las cámaras, como si partieran del principio de que contaban con la adhesión de la mayor parte de la población. En efecto, no era raro que una multitud aprobadora acudiera a animarlos.

Los alemanes del oeste tuvieron que rendirse a la evidencia: el trabajo de memoria del nacionalsocialismo, tan central en la construcción de su identidad, había sido ignorado en la RDA, dejando a la Alemania reunificada una herencia explosiva.

Durante cuarenta años, el régimen comunista había mantenido a su pueblo en la negación, cultivando el mito de que solo representaba a los alemanes comunistas, los que habían combatido al nazismo. Esto era cierto para los dirigentes que habían construido la RDA después de haber pagado cara su oposición al Tercer Reich. Pero esta élite antifascista proyectaba su experiencia sobre el conjunto de la sociedad alemana del este, cuando la mayor parte de la población había sido nazi. Hubo que inculcar el antifascismo de manera artificial por medio de conmemoraciones, monumentos, desfiles, discursos, rituales y una educación dirigida. El resistente, el comunista y el soldado del Ejército Rojo eran los que ocupaban el

centro de la memoria colectiva, mientras que para los judíos y otras víctimas del nazismo quedaba muy poco espacio. «En secundaria, los alumnos tenían que ir a visitar el campo de concentración de Buchenwald, transformado en un gigantesco memorial», explica Roland Jahn. «Se trataba de héroes comunistas, pero nunca nos pedían que reflexionáramos sobre las razones por las que el fascismo había tenido éxito y por qué tanta gente se había convertido en *Mitläufer*.»

El tema tampoco se debatía en las familias. En el este, no se produjo ninguna sublevación estudiantil en los años sesenta, los jóvenes no pidieron cuentas a sus padres por su papel bajo el Tercer Reich. El padre de Roland Jahn había sido alcalde del NSDAP de un pueblecito. «Mi familia nunca criticó a mi padre por su pasado», dice. «Más bien lo defendió. Yo tampoco hice preguntas.» Jana Hensel relata en su libro *Zonenkinder* este mismo tipo de arreglillos con el pasado: «En las clases de Historia, todos éramos antifascistas. Nuestros abuelos, nuestros padres, los vecinos, todos habían sido antifascistas».

La RDA había decidido oficialmente que la RFA era la única responsable de los crímenes nazis, por consiguiente, le correspondía pedir perdón e indemnizar a los judíos. Incluso se arrogó el derecho de denunciar la continuidad —real— entre los dirigentes políticos del Tercer Reich y los de Alemania Occidental, y convirtió esta temática en el centro de su propaganda antioccidental.

La ausencia de responsabilización moral individual con respecto a los crímenes racistas y antisemitas de los nazis, asociada a la falta de contacto con otras culturas y otras etnias, favoreció una visión del extranjero cargada de clichés, prejuicios y miedos. Los alemanes del este vivían en una burbuja dominada por el pensamiento único. No penetraba nada del exterior. Si salían de su país, era para ir a países comunistas de funcionamiento similar, en el mar Negro, en Bulgaria o a orillas del lago Balatón, en Hungría.

A la inversa, era difícil para un occidental viajar a la RDA, incluso

con un visado. El número de extranjeros no superaba los doscientos mil y se mantenían apartados: los soldados soviéticos, detestados porque se percibían como ocupantes, vivían en cuarteles, mientras que los trabajadores de países comunistas de África o Asia, contratados por un salario muy inferior al de los alemanes del este, vivían en albergues.

La dictadura controlaba cualquier tipo de contacto con los extranjeros. En contradicción con la retórica comunista internacionalista, el partido SED explotaba el patetismo patriótico para inculcar un nacionalismo exclusivamente germano-oriental.

En 1988, Roland Jahn realizó un reportaje para la televisión de Alemania Occidental sobre el aumento de la fuerza de los grupos neonazis y cabezas rapadas en la RDA, considerados como un fenómeno occidental. Mostró imágenes de cabezas rapadas gritando «Extranjeros fuera» en un estadio, filmó tumbas judías profanadas e interrogó a varios jóvenes, uno de los cuales explicaba: «Muchos de nosotros no tenemos modelos políticos aquí [...] que puedan ayudarnos a construir nuestra vida». Las autoridades de Alemania Oriental siempre minimizaron una evolución que contradecía el mito fundador del país, con lo cual fracasaron en su enfrentamiento del problema a tiempo.

En la actualidad, treinta años después de la caída del Muro, el este ya no tiene nada que ver con lo que mi padre conoció. Cuando recibo a amigos extranjeros en Berlín, los animo a visitar estas bonitas regiones, que el maestro de la pintura romántica alemana Caspar David Friedrich ha inmortalizado. En el norte, hay que atravesar una gran meseta de lagos de aguas límpidas, refugio de una variedad infinita de aves, ciudades históricas y una multitud de castillos, antes de llegar a las costas del mar Báltico, donde la arquitectura de las ciudades costeras de finales de siglo ofrece un viaje en el tiempo. En el sur, la mejor manera de admirar los

paisajes es subir al tren que une Berlín y Praga, y ver desfilan los bosques plagados de lagos, el Elba que serpentea entre las frondosas colinas, de donde surge, poco antes de la frontera checa, una vertiginosa combinación de cumbres rocosas que parece sacada de un cuento de hadas. En algunas zonas, sobre todo en Sajonia y en Turingia, la economía está en pleno crecimiento, la industria florece y el desempleo disminuye cada vez más. En el norte, el turismo está bien desarrollado. Es cierto que quedan zonas descuidadas, pero, globalmente, la diferencia económica y social con la antigua RFA se ha reducido considerablemente en los últimos años, hasta el punto de que algunas regiones de la antigua RDA superan a las del oeste.

Sin embargo, si se visita Dresde o Leipzig un día de concentración del movimiento ciudadano Pegida (Europeos Patriotas contra la Islamización de Occidente) o del partido de extrema derecha Alternative für Deutschland (Alternativa para Alemania, AfD), es inevitable constatar que una parte nada despreciable de los alemanes del este está enojada: contra el gobierno, contra los partidos políticos tradicionales, contra los periodistas, contra el oeste, contra los intelectuales, contra la Unión Europea y, sobre todo, contra los refugiados. Con la llegada de refugiados que huían principalmente de la guerra de Siria a partir de 2014, la xenofobia del este adquirió una nueva dimensión. Algunos ciudadanos empezaron a reunirse regularmente en Dresde bajo la bandera de Pegida, para corear eslóganes agresivos contra «la invasión» del islam en Europa y blandiendo banderas alemanas y cruces cristianas. Después, el movimiento creció y se extendió a otras ciudades.

Las agresiones contra los refugiados se multiplicaron. En 2014, se produjeron cuatro veces más en el este que en el oeste con respecto al número de habitantes. La decisión de la canciller democristiana Angela Merkel de abrir las fronteras a los refugiados en septiembre de 2015 exacerbó aún más esta violencia. Una

escena filmada por un testigo anónimo se ha quedado grabada en mi mente: en el pueblecito de Clausnitz, en el sur de Sajonia, una fría noche de febrero de 2016, un autobús de refugiados es detenido, está oscuro. Una jauría le bloquea el acceso al centro de refugiados y grita palabras racistas, el ambiente es opresivo. La policía intenta hacer descender a los pasajeros. Un niño se resiste, tiene diez u once años, llora, tiene miedo, se refugia al lado del conductor, un policía sube y lo obliga a bajar con brutalidad, bajo las aclamaciones de la horda, excitada por esta violencia. En la primera fila de asientos, dos mujeres sentadas se abrazan, aterrorizadas.

En septiembre de 2017, poco antes de las elecciones federales, realicé un reportaje sobre la campaña electoral de AfD para una revista francesa. Nos encontramos en Jena, una bonita ciudad universitaria de Turingia. Se habían reunido un centenar de personas delante de una tribuna en la plaza del mercado, rodeada por barreras protegidas por la policía. En el podio, Stephan Brandner, cabeza de lista de AfD en Turingia, se apodera del micrófono y empieza a insultar a los partidos del Bundestag: los Verdes, asociados a «fanáticos del clima, esnifadores de cocaína y violadores de niños»; el FDP, «una especie de mezcla entre un maniquí para ropa interior y una publicidad de perfume barato»; el SPD, «un montón de basura». Detrás de las barreras, una contramanifestación desencadena un alboroto destinado a interrumpir el mitin. La sociedad civil de Jena, con numerosos estudiantes y simpatizantes del partido de la izquierda radical, Die Linke, se moviliza y esgrime banderolas que llaman a «Resistir al odio».

Brandner termina con un ataque *ad hominem* contra Angela Merkel, «esa tirana que debemos eliminar». Un helicóptero de las fuerzas de seguridad hace su aparición en el cielo y su zumbido cubre la voz del orador, que lo señala con el dedo y pregunta:

«¿Podemos abatirlo?». Le toca el turno a Alice Weidel, candidata del partido a escala federal, que ataca a los refugiados. «Después de doce años de Merkel, solo tenemos que acudir a Google e introducir las palabras clave “hombre” y “cuchillo” y buscar en “Noticias” para descubrir los dramas de la semana anterior, hay páginas enteras», afirma mientras cita ejemplos confusos. La violencia y la vulgaridad de estos responsables no sorprenden al público, una mayoría de hombres que no tienen nada del aspecto estudiado de los neonazis. Tenían veinte o treinta años cuando cayó el Muro.

Dos semanas más tarde, durante las elecciones federales legislativas, el porcentaje de AfD llegó casi al 22 por ciento de los votos en la antigua RDA, frente al 10,7 por ciento en el oeste, y el partido Die Linke obtuvo el 17,8 por ciento de los votos en el este frente al 7,4 por ciento en el oeste, una radicalización de mal augurio para la democracia. Actualmente, el movimiento Pegida ha declinado, pero AfD está en todos los parlamentos regionales.

En Jena, me encuentro por casualidad con Roland Jahn, que ha sido invitado a un coloquio titulado «Stasi: ¿el olvido nos amenaza?». La sala está llena en sus dos terceras partes por jubilados. Un espectador se levanta y dice que la gente de su alrededor se siente oprimida por lo «políticamente correcto», un poco como «bajo la dictadura de la RDA». «Salvo que hoy en día no acabamos en prisión cuando damos nuestra opinión», responde Roland Jahn. «No debemos confundir el odio con la libertad de opinión.»

Entre el público, una mujer toma la palabra: «Éramos cobardes. La mayoría de nosotros participamos en la dictadura comunista, de una manera o de otra». Roland Jahn, autor de un libro titulado *Wir angepassten. Überleben in der DDR* (Nosotros, los conformistas. Sobrevivir en la RDA), asiente. «Después de la Reunificación», me

explica más tarde, «el debate estuvo marcado por una confrontación entre víctimas y verdugos, cuando la mayoría de la gente no se identificaba ni con los primeros ni con los segundos. Toda la atención se concentró en la Stasi en lugar de intentar comprender cómo había podido funcionar aquella sociedad, cómo había podido reforzarse la dictadura gracias a los numerosos *Mitläufer*.»

Después de la conferencia, me muestra Jena, la ciudad donde creció. Conoce cada muro, cada calle, la historia de sus cicatrices ocultas que un diluvio de renovaciones ha borrado. Aquí está la universidad de la que fue expulsado después de haber criticado en un seminario la expulsión del cantautor Wolf Biermann. Excepto uno solo, todos sus compañeros de clase votaron la expulsión de Roland, amigos que habían tenido miedo. Se sintió profundamente herido. En su libro, escribe: «Hay muchas maneras de adaptarse, desde el silencio hasta el servilismo. Pero adaptarse también tiene un precio. Ha aportado legitimidad a los que, en nombre de la razón de Estado, cometieron injusticias». Por supuesto, no se puede exigir de todos que sean héroes, reconoce, pero «todos los que se adaptan casi siempre disponen también de un margen de maniobra». Roland Jahn está convencido de que una de las razones del éxito de AfD en la antigua RDA es que existe una grave laguna de memoria y no solamente respecto al pasado nazi: «Hasta ahora, muy pocas personas se han preguntado sobre la responsabilidad individual de los ciudadanos en la consolidación de la dictadura en la RDA».

Otra amnesia que todavía tiene consecuencias se refiere al periodo que siguió a la caída del Muro, unos años traumáticos para numerosos alemanes del este. La falta de empatía del oeste por los destinos individuales del este y el mito, persistente en el este, de una avalancha de alemanes del oeste hacia los supuestos tesoros de la RDA siguen dividiendo Alemania.

Por pasajes oscuros y atajos secretos, Roland Jahn cruza Jena con la fluidez de un chiquillo que tenía que correr a menudo para

escapar de la policía. «Siempre que regreso, me vuelven las viejas imágenes y me digo: ¡qué camino hemos recorrido, qué libertad hemos ganado!»

Quizá justamente esta memoria es la que hay que devolver a los alemanes del este, el orgullo de pertenecer a un pueblo que finalmente ha tenido el valor de decir no a la dictadura y de conquistar su libertad y su dignidad con el sudor de su frente.

Austria-Italia: arreglillos con el pasado

En la autopista hacia Viena, mientras desfilan ante mis ojos los amplios valles nevados bordeados de montañas coronadas, escucho Radio Österreich 1. En Hagenberg, Alta Austria, un hombre habla de su padre, Otto von Wächter. Era un SS-Führer, sucesivamente gobernador de Cracovia y del distrito de Galitzia, en el seno del Gobierno General de Polonia, donde los nazis asesinaron a tres millones de judíos polacos. Escucho atentamente. «Mi padre no tiene nada que ver con la deportación de los judíos, porque no podía hacer otra cosa, por así decir», afirma Horst von Wächter a los periodistas de Ö1, a los que ha abierto las puertas de su castillo destartalado. Se oyen voces y risas detrás de él. Su hija, Magdalena, toma la palabra: «He desarrollado un sentimiento de culpabilidad, que antes era aún más fuerte [...] era horrible para mí saber que mi abuelo participó en esto. Me deprimía». Su propia hija, Gwendolyn, de catorce años, dice a su vez: «He oído decir que no solo era un nazi malo». «Nadie puede ser un nazi bueno», responde Magdalena, «porque el nacionalsocialismo es condenable en sí mismo. El nacionalsocialismo es la raíz de todos los males.»

Durante una hora, la historia de Otto von Wächter y del legado envenenado que dejó a su familia me acompañan, cuando me hundo en esta naturaleza inmensa, en el corazón de Europa Central, que ha visto pasar tantos pueblos, ejércitos e imperios.

Estamos en marzo de 2018. Hace ochenta años, las tropas alemanas invadieron Austria sin encontrarse con ninguna resistencia armada. Cuando llegaron, la policía vienesa ya se había puesto el brazalete nazi y había empezado a arrestar a los «indeseables». Tres días más tarde, ante los aplausos ensordecedores de un público de 250.000 personas reunidas en la Heldenplatz de Viena, Adolf Hitler, nacido en Austria, había lanzado: «Como Führer y canciller de la nación alemana y del Reich, anuncio la incorporación de mi patria al Reich alemán». Austria se convirtió en una provincia del Reich con el nombre de *Ostmark* (Marca del Este). La población no se opuso. Después de la disolución del Imperio de los Habsburgo en 1918, Austria se había convertido en un pequeño país, y la voluntad de acercarse a Alemania era corriente entre los austriacos, que tenían la sensación de compartir una fuerte identidad germánica con su vecino. Además, el nacionalsocialismo se había implantado bien en el país durante el periodo de entreguerras.

En los años veinte, se había creado un NSDAP austriaco que tenía un éxito creciente. Tras los diversos atentados cometidos por los militantes contra las autoridades austriacas, su partido fue prohibido en junio de 1933, pero continuaban sus actividades de manera clandestina, gracias al apoyo logístico y financiero procedente de Alemania. Su violencia culminó el verano de 1934 con un golpe de Estado fallido. El canciller austriaco Engelbert Dolfuss, cercano a la Italia fascista y a la Iglesia católica, fue asesinado y sustituido por Kurt Schuschnigg. Después del fracaso del golpe de Estado, los nazis cambiaron de método. El gobierno alemán infiltró en el poder austriaco a simpatizantes que

oficialmente no eran miembros del NSDAP con el fin de preparar el terreno para el Anschluss.

Otto von Wächter, un miembro del partido desde 1923, había participado en el golpe de Estado. Buscado por alta traición, huyó a Alemania, donde entró en las SS, antes de regresar a su país después de la anexión. Existe una foto de Otto von Wächter con el uniforme nazi, sentado en su escritorio en el palacio de Hofburg de Viena. Está fechada el 9 de noviembre de 1938, día del inicio de los pogromos contra los judíos en Alemania y en *Ostmark*. Wächter era comisario de Estado del nuevo jefe de gobierno austriaco, Arthur Seyss-Inquart, que hizo reinar el terror contra los oponentes políticos y los judíos.

El antisemitismo austriaco no tenía nada que envidiar al alemán. En *Mi lucha*, Adolf Hitler, que vivió en Viena entre 1908 y 1913, celebra los discursos estrepitosos del alcalde de la capital, Karl Lueger, contra los judíos, que brillaba por su éxito en muchos sectores en Austria. Después de la derrota de la Primera Guerra Mundial, las teorías del complot judío cobraron fuerza, transmitidas por la Iglesia católica y el Partido Social Cristiano de Karl Lueger. En los años treinta, bajo la influencia del nacionalsocialismo, se intensificaron los acosos contra los judíos, que empezaron a emigrar. El odio crecía, pero estaba contenido por la ley y un residuo de urbanidad moral. La llegada de las tropas alemanas hizo estallar este frágil impedimento y desencadenó en los austriacos una violencia raramente vista en Alemania.

Fue la metamorfosis de Viena, ese astro de la *Mitteleuropa*, antaño impregnada de cultura, convertida en el teatro de su propio declive. Una bestia inmundada, la multitud codiciosa y envidiosa, saqueaba, robaba, golpeaba, humillaba y martirizaba a los que tanto habían contribuido al esplendor de su ciudad. En su autobiografía publicada en 1966, el escritor alemán Carl Zuckmayer, testigo de

aquellos días, los describe como el infierno en la tierra: «El aire estaba continuamente lleno de gritos estridentes, espantosos, histéricos, que emanaban de gargantas de hombres y mujeres, y atravesaban el día y la noche. Todos los seres humanos perdían su rostro, sustituido por gargantas deformadas: unos por el miedo, otros por la mentira, otros por un triunfo salvaje lleno de odio. [...] Viví los primeros días de la dominación nazi de Berlín. Allí no había ocurrido nada comparable a lo que se desarrollaba aquellos días en Viena».

En *El mundo de ayer* (1944), el escritor austriaco judío Stefan Zweig describe el «placer infame de la tortura pública, del suplicio psíquico, de las humillaciones refinadas. [...] Cada uno tenía el campo libre para ejercer su deseo particular de venganza. Obligaron a unos profesores universitarios a frotar el suelo de las calles con las manos desnudas, hombres vociferantes arrancaron a judíos piadosos de barba blanca de sus templos y los obligaron a prosternarse y gritar a coro “Heil Hitler”». Una oleada de suicidios se llevó a los que no querían saber hasta dónde llegaría aquella infamia, como el filósofo Egon Friedell, que saltó por la ventana de su piso cuando dos SA se presentaron en su puerta. Stefan Zweig, en el exilio en Brasil, lo siguió cuatro años más tarde, en febrero de 1942, al negarse a asistir a la agonía de la civilización europea con la que había identificado su obra y su vida.

De los 185.000 judíos que vivían en Austria en la primavera de 1938, alrededor de 120.000 consiguieron partir, pero 65.000 perecieron asesinados en los campos o en otros lugares, así como casi toda la comunidad gitana, una decena de miles de personas.

Después del Anschluss, los funcionarios civiles y las fuerzas militares y policiales austriacas se integraron en el aparato de Estado y el ejército de la Alemania nazi. Los que se negaban a participar raramente se arriesgaban a mucho más que a perder su empleo o a una jubilación anticipada. Sin embargo, la gran mayoría de los austriacos colaboraron. Muchos hicieron carrera en el

extranjero, sobre todo en los Países Bajos y del Este, y participaron en los crímenes nazis. Debido a la proximidad histórica de Austria y Europa del Este que se remontaba al Imperio austrohúngaro, el Reich pensaba que era juicioso enviar a sus efectivos austriacos a esta región, donde se cometieron las peores atrocidades nazis. Los historiadores siguen debatiendo para intentar comprender por qué tantos austriacos figuran entre el personal directamente implicado en el Holocausto.

Otto von Wächter era uno de ellos. Como gobernador de Cracovia, mandó ejecutar a más de cincuenta rehenes polacos, ordenó que todos los judíos mayores de doce años llevaran una señal distintiva y encerró a los judíos en un gueto rodeado por muros y alambradas de espino. Cuando gobernaba Galitzia desde la sede de Leópolis (Lwów, actualmente en Ucrania), entre enero de 1942 y agosto de 1944, más de cien mil judíos de la ciudad fueron masacrados o deportados a campos para ser gaseados. Los archivos han demostrado que protegió a trabajadores judíos y que, a principios de 1942, cuando ya estaba en marcha la «solución final», criticó la *Germanisierung* de la zona de Leópolis. Un superior puso en duda su «lealtad a las SS». Su papel exacto en las atrocidades, como alto funcionario civil, sin responsabilidad policial, es desconocido. Pero su responsabilidad en la Shoá es innegable.

Su hijo, Horst von Wächter, intenta justificar a su padre: obediencia a las órdenes, ceguera, impotencia. «Estoy convencido de que no tiene la muerte de seres humanos sobre su conciencia y de que se negó a matar gente, por sus valores. Actuar así no iba con él», insiste. Su hija Magdalena añade: «Yo también quiero creer esto, me gustaría mucho creerlo, lo creo en parte, creo a mi padre». En agosto de 1942, cuando las deportaciones de los judíos de Leópolis hacia el campo de exterminio de Belzec estaban en su apogeo, Heinrich Himmler propuso a Otto von Wächter regresar a

Viena. Este desaprovechó la ocasión de poner fin a una misión y limitar su implicación directa en la Shoá.

La reacción de Horst me intriga. Nació en 1939, cuatro años antes que mi padre. Su padre, un SS que ocupaba un puesto en el alto mando, estaba implicado hasta el cuello en la maquinaria criminal nazi; el padre de Volker, que se unió al NSDAP y se aprovechó de las medidas de arianización, nunca ocupó ningún cargo en el Estado nazi. El primero apenas conoció a su padre, Otto, fallecido con un nombre falso en el exilio de Roma en 1949; el segundo vivió bajo el mismo techo que su padre, Karl, durante más de veinte años.

¿Cómo es posible que Horst defienda a su padre y que Volker lo condene? Magdalena von Wächter y yo somos de la misma generación. Nos hemos visto influidas por la visión que nuestros padres tienen de su propio padre, una narración que se transmite en las familias y a veces enturbia las pistas de la gran historia. Magdalena quiere creer a su padre para salvar el honor de su ascendencia; yo soy menos sensible que ella a la lealtad familiar, prefiero forjarme mi propia opinión fundada. Ella no quiere transmitir esta historia a sus hijos para que no tengan que «cargar» con este legado. Mi padre y yo hemos escarbado en esta memoria para forjar valores que nos sirvan para la vida cotidiana.

¿A qué se deben estas diferencias? ¿A la diferencia de grado de culpabilidad entre Karl y Otto, ya que lo más duro es demasiado difícil de reconocer para sus descendientes? ¿A nuestros caracteres, a la gente que hemos conocido, a nuestras lecturas, al azar de la vida? ¿Y si también pesara otro factor?: ellos crecieron en Austria, mientras que nosotros tuvimos una educación alemana.

Austria no escapó a la amnesia general que azotó Europa después de la guerra. Al contrario, la amnesia austriaca no duró veinte o treinta años, como en Alemania o en Francia, sino que se instaló

durante cerca de medio siglo. Cuando se proclamó su independencia del Reich, en abril de 1945, el país se apresuró a dejar bien sentado el mito fundador de la Segunda República: el Anschluss «fue el resultado de una amenaza militar exterior, el terrorismo y la alta traición de una minoría fascista nazi, fue impuesto a unos dirigentes sin defensa y al pueblo de Austria, a los que la ocupación militar de tiempo de guerra volvía impotentes».

Después de la guerra, los Aliados ocuparon el país y lo dividieron en cuatro zonas de ocupación, después instauraron el *NS-Verbotsgesetz*, una ley que prohibía el NSDAP, sus organizaciones afiliadas y la propagación de ideas nazis. En una población de 6,6 millones de habitantes, identificaron a más de medio millón de miembros del partido nazi. Empezaron la desnazificación y empujaron al gobierno provisional austriaco a instaurar tribunales populares, que entablaron numerosos procesos y dictaron condenas más o menos severas.

La desnazificación tropezaba con la negación de los austriacos, que se percibían como víctimas y no como nazis. El periódico *Neues Österreich*, portavoz del partido conservador ÖVP, el partido socialdemócrata SPÖ y el partido comunista KPÖ, escribió en septiembre de 1945: «En realidad, durante toda la época nazi, Viena fue una olla a presión de revolución y de indignación [...]. Sin embargo, tenemos que continuar sufriendo los reproches, según los cuales obedecimos a Hitler, lo cual contradicen todos los hechos históricos». El alcalde de la capital y futuro presidente de Austria, el socialdemócrata Theodor Körner, llegó incluso a pretender, en 1947: «El vienés es un ciudadano del mundo, no es antisemita. Las tendencias antisemitas le son totalmente extrañas». Unos cinco mil judíos habían sobrevivido en Viena y 2300 más regresaron vivos de los campos. La mayoría abandonaron la ciudad que los había traicionado y cuyos habitantes mostraban una falta desoladora de empatía después de la guerra. Se necesitó la presión de Estados Unidos para que Austria iniciara reparaciones e indemnizara a los

judíos, en mucha menor cantidad de lo que les habían robado. «Una parte de la élite política defendía la idea de que había que “prolongar” el tratamiento de las demandas de las víctimas judías», explica el historiador austriaco Winfried Garscha, especialista en este periodo.

En 1955, los Aliados abandonaron Austria, puesto que tenían otras cosas más importantes que hacer en plena Guerra Fría que intentar reeducar a los austriacos. Apenas el país había recuperado su soberanía, un nuevo partido vio la luz, el FPÖ (Partido de la Libertad de Austria, por sus siglas alemanas), presidido por un ex *SS-Brigadeführer*, Anton Reinthaller, que había estado tres años en la cárcel por alta traición a causa de sus funciones políticas en el Tercer Reich. La justicia austriaca se apresuró a instaurar una amnistía *de facto*, clasificando las investigaciones sobre los crímenes nazis. La mayoría de los nazis fueron liberados de prisión.

Cuando me acerco a Viena, la emisora Österreich 1 difunde una entrevista de Christian Frosch, director austriaco de *Caso Murer: El carnicero de Vilnius*, una película sobre el proceso de Franz Murer, un *SS-Führer* responsable de la masacre de casi todos los ochenta mil judíos de Vilnius, en Lituania, entre 1941 y 1943. Después de la guerra, Murer llevó una vida tranquila de político local en Austria, hasta el día en que Simon Wiesenthal, un judío austriaco superviviente del Holocausto, que dedicó su vida a luchar contra la impunidad de los nazis, alertó a la opinión internacional sobre su pasado. Se abrió un proceso en junio de 1963 en Graz. La prensa «describió el ambiente en la sala como, en general, increíblemente hostil a los testigos judíos, con protestas entre el público [...] incluso hubo un hombre que se levantó para hacer el saludo hitleriano», dice Christian Frosch, sobrecogido por este fenómeno de «inversión de los papeles entre verdugo y víctima». Al final de un proceso escandaloso marcado por la injerencia masiva de la política, tanto

de derechas como de izquierdas, el acusado fue absuelto y agasajado como un héroe por una gran parte de la población.

Durante décadas, los dos grandes partidos políticos austriacos, el SPÖ y el ÖVP, prefirieron acordar una especie de absolución general en lugar de perder electores y apoyos potenciales entre los antiguos nazis, muy numerosos. Alimentaron el mito de una Austria víctima del Reich y negaron la colaboración de centenares de miles de austriacos. Era la «amnesia fría», como la bautizó Simon Wiesenthal.

La mayoría de los crímenes se habían perpetrado fuera del territorio austriaco, por lo tanto, lejos de la mirada de la población. Pero no todos. El Führer había dado orden de erigir, a veinte kilómetros de Linz, en Mauthausen, un gigantesco campo que disponía de más de cuarenta dependencias distribuidas a través del país, donde se deportaron 190.000 detenidos de diversas nacionalidades: opositores políticos, civiles y prisioneros de guerra. La mitad de ellos perecieron. Mauthausen era el único campo en el territorio del Reich clasificado con la categoría III, es decir, cuya finalidad era la «destrucción por el trabajo». Una de las medidas más eficaces era obligar a los detenidos a llevar varias veces al día bloques de granito desde el fondo de una cantera hasta lo alto de una escalera de treinta y dos metros. Para llegar a la cantera, las víctimas pasaban por el borde de un precipicio de cincuenta metros, donde los SS, entre ellos numerosos austriacos, a veces se divertían empujando a los detenidos para ver cómo se estrellaban. Mauthausen disponía también de un burdel, donde se violaba a las mujeres durante todo el día. También había un laboratorio de experimentación médica, donde los detenidos servían de cobayas a médicos como Aribert Heim para experimentos dolorosos, a menudo mortales.

Los médicos austriacos estaban especialmente implicados en los crímenes del Tercer Reich. En el marco de la Aktion T4, destinada a eliminar a las personas consideradas anormales, fallecieron

dieciocho mil personas en una cámara de gas instalada en el sótano del castillo de Hartheim, cerca de Linz. En septiembre de 1941, cuando Hitler se vio obligado a poner fin a la Aktion T4 a causa de las protestas en Alemania, en Austria se continuó matando. Desde septiembre de 1941 hasta el final de la guerra, fueron asesinadas doce mil personas más en Hartheim: detenidos, enfermos o indeseables, en especial sacerdotes de los que los campos de concentración querían deshacerse.

En Viena, en el centro médico para jóvenes Am Spiegelgrund, 800 niños considerados discapacitados murieron en el marco de experimentos médicos del sistema nervioso. Uno de los principales responsables, Heinrich Gross, hizo carrera después de la guerra gracias a sus trabajos sobre el cerebro infantil, utilizando para ello cerebros de las víctimas del Spiegelgrund, que había conservado celosamente... Se convirtió en uno de los psiquiatras legales de más renombre de Austria. A pesar de las pruebas evidentes, nunca fue condenado. El ministerio fiscal austriaco dificultó el procedimiento hasta su muerte en 2005.

«Cuando se habla del “rechazo” de los austriacos, la imagen me parece casi demasiado simpática», dice Christian Frosch. «Porque el rechazo significa: los acontecimientos son tan terribles que no se consigue abordarlos.» En realidad, se mintió deliberadamente y se ocultó la verdad. Los colaboradores eran tan numerosos que se decía: «Si todos son culpables, entonces nadie es culpable». Antes del estreno de la película, en marzo de 2018, casi nadie sabía quién era Franz Murer en Austria.

El proceso de Murer no tuvo el efecto esperado por Simon Wiesenthal. No consiguió romper el muro de silencio, contrariamente a los procesos de Auschwitz, que se iniciaron el mismo año en Alemania. Como los austriacos, la mayoría de los alemanes era poco favorable a este tipo de procesos, pero, en Alemania, hubo hombres como Fritz Bauer, el canciller Willy Brandt, los intelectuales de la Escuela de Frankfurt y los estudiantes

indignados para salvar a su país de la amnesia. En Austria, no hubo un movimiento estudiantil lo suficientemente fuerte para sacudir las mentalidades y purgar las estructuras gangrenadas por los viejos nazis. «La época nazi no se enseñó realmente en la escuela hasta finales de los años setenta», observa Winfried Garscha. La situación no era mucho mejor en la enseñanza superior, donde algunos profesores no se avergonzaban de mostrar su adhesión al nacionalsocialismo.

Muy pocos opositores al nazismo exiliados habían regresado a Austria después de la guerra. Uno de los pocos fue el socialdemócrata Bruno Kreisky, un hijo de la burguesía judía vienesa. En 1970, fue elegido canciller y ocupó el cargo hasta 1983. Aunque había sido víctima del nazismo, Kreisky no quiso sacar a la luz el pasado y prefirió optar por el *Schlussstrich*. Nombró a cuatro antiguos miembros del NSDAP como ministros, lo que le valió las críticas acerbas de Simon Wiesenthal. En 1975, las tensiones entre los dos hombres estallaron. Por si el SPÖ perdía su mayoría absoluta durante las elecciones legislativas, Kreisky había previsto aliarse al FPÖ, dirigido por Friedrich Peter. Wiesenthal comunicó al canciller que había descubierto que Friedrich Peter había servido en una unidad SS que participó en las masacres de judíos en Europa Oriental. Cuatro días después de las elecciones, que permitieron al SPÖ mantener su mayoría absoluta, Wiesenthal hizo público su descubrimiento.

Kreisky defendió a Friedrich Peter y formuló la tesis de que Wiesenthal quizá había sido un informador de la Gestapo durante la guerra. Wiesenthal presentó una denuncia y el canciller tuvo que retractarse de su declaración, pero muy pocas personalidades públicas e intelectuales acudieron en ayuda del superviviente del Holocausto, que fue objeto de un estallido de insultos antisemitas. Por su parte, Wiesenthal no está exento de zonas oscuras. A pesar

del impresionante trabajo de documentación sobre los crímenes nazis, numerosos historiadores están de acuerdo en decir que no dudaba en exagerar los hechos e incluso en propagar intencionadamente informaciones falsas.

En 1985, cuando en otros lugares la dimensión monstruosa de los crímenes nazis ya formaba parte de la conciencia colectiva, en Austria, el ministro de Defensa, Friedhelm Frischenschlager (FPÖ), recibió en el aeropuerto como héroe nacional al antiguo SS Walter Reder, de regreso de Italia, donde había cumplido una pena de treinta y tres años de cárcel. Entre otros crímenes, Reder tenía una responsabilidad crucial en la masacre de Marzabotto, en los Apeninos, donde fueron asesinados más de 770 civiles italianos, entre ellos numerosos niños y mujeres. El FPÖ se había movilizado con fuerza por la liberación de Reder, al que presentaba como un «prisionero de guerra». El recibimiento que se le ofreció desencadenó protestas públicas, una primicia para Austria.

Pero hubo que esperar a que se produjera un escándalo internacional para que la fortaleza de la negación que los austriacos habían construido se fisurara. En 1986, Kurt Waldheim, diplomático de carrera, que había sido secretario general de Naciones Unidas entre 1972 y 1981, se presentó a las elecciones presidenciales austriacas con los colores del partido conservador ÖVP. Había publicado su autobiografía, en la que insistía tanto en sus convicciones antinazis que despertó las sospechas de los periodistas, los cuales pronto descubrieron que había servido como oficial de la Wehrmacht en los Balcanes, en el seno de una unidad responsable de numerosos crímenes de guerra. Estas revelaciones no impidieron que los austriacos lo eligieran.

Su voto sorprendió a la comunidad internacional. Kurt Waldheim fue declarado *persona non grata* en Estados Unidos, e Israel retiró a su embajador de Viena. El «caso Waldheim» desencadenó una

avalancha de ataques verbales antisemitas en Austria, pero también la cólera de una parte creciente de la sociedad civil, que reclamaba el final de los mitos y las mentiras. Se multiplicaron los debates, que culminaron con la presentación de *Heldenplatz*, de Thomas Bernhard, en el Burgtheater de Viena, con motivo del cincuentenario del Anschluss en 1988. En la obra, un profesor judío se suicida en la Heldenplatz, la plaza donde Hitler había sido aclamado por los austriacos cincuenta años antes. Bernhard denunciaba la supervivencia de las ideas nacionalsocialistas y del antisemitismo en su país. La obra causó un gran escándalo y, el día del estreno, unos campesinos vertieron estiércol delante del teatro. La representación fue abucheada por unos y aplaudida por otros, pero *Heldenplatz* fue uno de los mayores éxitos del Burgtheater.

El 8 de julio de 1991, por primera vez, un alto representante del Estado, el canciller socialdemócrata Franz Vranitzky, revisó la tesis de una Austria víctima del Reich en un discurso en el Parlamento: «Existe una corresponsabilidad, no como Estado austriaco [que desapareció *de facto* con el Anschluss, *N. de la R.*], sino como ciudadanos de un país que infligió sufrimientos a otros seres humanos y pueblos [...]. Los políticos austriacos siempre se han negado a confesarlo. Hoy me gustaría hacerlo claramente, también en nombre del gobierno austriaco, y establecer una norma en la relación que tenemos que instaurar con nuestra historia».

En noviembre de 1994, el presidente austriaco, Thomas Klestil, realizó una visita de Estado a Israel. Delante de la Knéset, reconoció «que algunos de los elementos más despreciables de la dictadura nazi eran austriacos. Ninguna palabra de excusa podrá jamás borrar de la memoria el sufrimiento del Holocausto».

Finalmente, había llegado el momento de responsabilizarse políticamente en materia de trabajo de memoria. Se creó el Fondo Nacional de la República de Austria para las Víctimas del Nacionalsocialismo, al que siguieron varias leyes de restitución, así como un fondo para indemnizar los trabajos forzados bajo el

nazismo. En 2000, por iniciativa de Simon Wiesenthal, la ciudad inauguró, en Judenplatz, un monumento en memoria de los 65.000 judíos austriacos asesinados en la Shoá. Tres años más tarde, se abrió un centro para investigar el modo en que la justicia austriaca había tratado los crímenes nazis. La dictadura nazi y el Holocausto ahora forman parte del programa escolar.

Estas medidas eran bienvenidas, pero ¿no llegaban demasiado tarde para las víctimas, fallecidas mucho tiempo atrás, y para los austriacos, encerrados desde hacía cuarenta y cinco años en un desierto de reflexión sobre el pasado, privados del trabajo de memoria que enseña el peligro de los partidos extremistas y populistas?

Nieva sobre Viena y un cielo de algodón da a su grandeza barroca la fragilidad de un sueño con colores pasados. La ciudad se abandona a los copos y se ralentiza bajo este abrazo silencioso. Vieneses de tez resplandeciente y mejillas sonrosadas por el frío circulan con pasos quedos por las calles pavimentadas bordeadas de palacios, rejas de bronce, fachadas *art nouveau* tapizadas de vegetales estilizados, dorados y coloridos. Gracia y encanto se entrelazan en este decorado tan dulce como una vieja foto descolorida de contornos imprecisos. Sucumbo a la pastoral romántica, al viaje en el tiempo y a la nostalgia a los que invita esta ciudad intemporal.

Viena está en las antípodas de Berlín, su hermana de cultura y de lengua, con la que, sin embargo, comparte una historia común, negra de sangre. En Berlín, no queda casi nada del esplendor arquitectónico de antaño. Sus palacios y monumentos, sus iglesias y sus grandes almacenes se derrumbaron bajo las bombas. Sus legendarios cafés, bares y cabarés de la Potsdamer Platz, del Kurfürstendamm y de la Friedrichstrasse, lugares importantes de diversión de los años locos, han desaparecido. En el elegante

bulevar Unter den Linden, los edificios neoclásicos de Karl Friedrich Schinkel son, en parte, copias. La ciudad que Hitler había destinado a convertirse en Alemania, la capital del universo, ya no era más que un agujero abierto al final de la guerra, un vacío que nos apresuramos a llenar después de 1945, y después de 1989, con torres de hormigón, palacios de cristal y acero, e imitaciones del fasto de antaño. Pero Berlín no ha borrado las cicatrices de sus dictaduras siniestras, no ha intentado ocultar sus heridas, que marcan la ciudad, ha incrustado en la piedra la memoria de su infamia y de sus innumerables víctimas.

En Viena, busco las señales de la guerra. Las bombas, más raras, dejaron huellas mucho menos visibles que en Berlín y se hicieron desaparecer rápidamente los rastros del crimen.

Hubo que esperar a 1988 para que se erigiera un monumento contra la guerra y el fascismo en la Albertinaplatz, dos estatuas colocadas sobre bloques de granito, la piedra que los detenidos tenían que arrastrar en masa desde la cantera de Mauthausen. En el suelo, una escultura muestra a un judío limpiando el suelo, en memoria de la ignominia que los vieneses hicieron padecer a los judíos. Visito también el memorial del Holocausto, construido sobre los cimientos de una antigua sinagoga medieval. Una especie de cubo rectangular de hormigón armado representa unos estantes de biblioteca llenos de libros, cuyo lomo está vuelto hacia el interior, lo cual impide leer los títulos, un símbolo de estas vidas brutalmente interrumpidas. Unos vecinos preocupados por la «belleza» de la plaza protestaron contra el proyecto.

Me dirijo al Museo Judío, que repasa la historia de los judíos de Viena. El recorrido empieza por el periodo que va de 1945 a nuestros días, la difícil reconstitución de una comunidad que cuenta con ocho mil personas en la actualidad en Austria. La exposición relata la acogida vergonzosa de los judíos después de 1945 y se pregunta sobre su futuro: «¿Pueden considerar que la Viena que contribuyeron a moldear, y no solamente alrededor de 1900, es su

ciudad, con el antisemitismo recurrente y las expulsiones repetidas?».

En la primera planta, se encuentra una elegante escenografía que ilustra la evolución de la comunidad desde la Edad Media hasta la Segunda Guerra Mundial. Solamente una parte muy pequeña está dedicada a la Shoá. Qué contraste con el Museo Judío de Berlín, donde es imposible escapar a esta inmensa tragedia humana, no solamente gracias a la exposición permanente, que cruza una multitud de destinos individuales, sino también por la arquitectura de Daniel Libeskind. El edificio cubierto de cinc tiene la forma de un rayo que recuerda una estrella de David rota; las ventanas estrechas y asimétricas parecen magulladuras. En el interior, el visitante se pierde en pasillos de hormigón con líneas quebradas y ángulos agudos, una sensación de pesadez lo invade cuando camina por el suelo inclinado, a lo largo de paredes no verticales, bajo vigas de hormigón que perforan el espacio de manera aleatoria.

En Viena, busco si existen otros museos y memoriales que recuerden el papel de los austriacos bajo el nazismo. Bajo la influencia de los socialdemócratas, se inauguró una Casa de la Historia a finales de 2018, que pone el acento en el periodo de 1918 hasta nuestros días, en el marco de una «educación democrática», lo cual no gusta a todo el mundo en el país. Aparte de esto, no hay nada destacable, solo la Exposición Permanente del Centro de Archivos de la Resistencia (DÖW). «La única exposición de Austria que aborda la temática con esta magnitud», dice su página web. El museo, muy discreto, es sorprendentemente modesto para tamaña ambición. En un ambiente austero, se alinean textos, fotos, documentos y objetos. Es evidente que Viena y el Estado austriaco no le conceden la suficiente importancia para equiparlo con herramientas escenográficas y multimedia más actuales. Pero el DÖW es, sobre todo, un centro de archivos, publicaciones e investigaciones, una referencia imprescindible para la historia del

pasado nazi de Austria y un puesto de vigilancia de la evolución de la extrema derecha desde la posguerra.

Tengo aquí una cita con Bernhard Weidinger, experto en la extrema derecha contemporánea, que me recibe de manera muy sencilla. Está especialmente solicitado desde que el FPÖ forma parte de la coalición minoritaria del ÖVP en el gobierno del canciller Sebastian Kurz. «Si este partido está en el poder, es porque, desde la posguerra, el ÖVP y el SPÖ siempre han visto en él una opción táctica. Este flirteo con el FPÖ ha contribuido a darle mucho poder y a hacerlo “recomendable”», explica Weidinger.

El FPÖ siempre ha tenido una relación ambigua con el nacionalsocialismo. En el extranjero, se dio a conocer cuando Jörg Haider tomó las riendas del partido y lo condujo al poder en 2000, como socio minoritario del ÖVP. Haider, hijo de unos padres con claras convicciones nazis, debía su popularidad a su homenaje sin complejos a la generación de la guerra, soldados y SS incluidos, y a sus declaraciones provocadoras, chistes antisemitas y alabanzas al Tercer Reich por su «política del empleo». En 2008, bajo los efectos del alcohol, murió en un accidente de coche.

En el momento de su muerte, Haider ya había abandonado el partido desde hacía tres años, a causa de disensiones internas. Heinz-Christian Strache había accedido a la presidencia del FPÖ, determinado a invertir la curva descendente del partido. En su juventud, Strache frecuentó a neonazis como Gottfried Küssel, un negacionista condenado dos veces a penas de prisión. También frecuentó la Wiking-Jugend, una organización creada en 1952 a partir del modelo de las Juventudes Hitlerianas y prohibida en 1994. En los años noventa, inició un ascenso fulgurante en el seno del FPÖ que lo obligó a ser más prudente en sus relaciones. No negó sus antiguas compañías, pero las atribuyó a excesos de juventud. En 2007, salieron a la luz unas fotos, que lo mostraban haciendo el

Kühnengruß, tres dedos levantados, una variante del saludo hitleriano prohibida en Alemania. En 2012, subió a su página de Facebook una caricatura de la crisis financiera: un banquero de nariz prominente que lleva estrellas de David a modo de botones de manguitos. Desde 2017, Heinz-Christian Strache es vicecanciller de Austria.

«Actualmente, el FPÖ es mucho más extremista que antes a causa de la influencia de las *Burschenschaft* [asociaciones de estudiantes próximas a la extrema derecha]», explica Bernhard Weidinger. «Jörg Haider se había distanciado de ellas, Strache las metió en el partido.» Muchas *Burschenschaften* austriacas colocan al nacionalismo *völkisch* en el centro de su visión del mundo, es decir, la idea de que solo los individuos procedentes de un mismo origen pueden constituir un pueblo. El *völkisch* era un elemento esencial en la ideología nazi. Por otra parte, muchas de estas asociaciones cultivan un *Deutschnationalismus*, es decir, la idea de que Austria debería formar parte de una gran Alemania.

Ya he tratado con las *Burschenschaften*. En 2012, hice un reportaje sobre la asamblea anual de las *Deutschen Burschenschaft* (DB), que reúne asociaciones austriacas y alemanas. Como cada año, estaban en Eisenach, cerca del castillo de Wartburg, la antigua sede del Tribunal de Cuentas de Turingia, un régimen feudal famoso por sus éxitos guerreros y su cultura del *Minnesang*, un estilo de poesía. En 1817, el castillo fue el escenario de una manifestación de unos quinientos estudiantes procedentes de 13 universidades alemanas que acababan de fundar las *Burschenschaften* para promover la unificación de Alemania, en aquel momento dividida en varios reinos y principados. Estas asociaciones desempeñaron un papel importante en la creación de un Estado nacional alemán en 1871. Su credo —libertad, democracia y unidad contra la opresión de los señores locales— estaba simbolizado por los colores negro-

rojo-dorado de la bandera alemana.

Un abismo separa la federación actual del espíritu de entonces. La DB está ahora bajo el control de los partidarios de una línea cercana a la extrema derecha, aunque, en 1996, una buena parte de sus miembros formaron una nueva federación, más liberal, la Neue Deutsche Burschenschaft. La mayoría de las asociaciones austriacas se han mantenido en la formación más extremista.

Tuve que mostrarme convincente por teléfono para conseguir el derecho a filmar con un cámara este acto habitualmente cerrado a los periodistas. Una ligera tensión flotaba en el aire. Centenares de jóvenes llevaban una gorra adornada con una visera de cuero negro rodeada de un galón de color y, en el torso, una banda de seda con los colores de su asociación. Algunos tenían una cicatriz en la cara, prueba de su virilidad. El punto culminante era una marcha con antorchas que salía del memorial construido en 1902, en homenaje a las *Burschenschaften*. Se nos prohibió filmar y pronto comprendí por qué. Alrededor del monumento magnificado por el brillo de las antorchas, en la noche negra y tibia del verano, se elevó un canto de la masa de siluetas confusas: la primera estrofa del *Deutschlandlied*, el *Deutschland über alles*, proscrito en Alemania desde que el Tercer Reich le dio un sentido nacionalsocialista. Después de esta lamentable deriva, la ciudad de Eisenach se negó a continuar acogiendo a la federación en su castillo.

Desde las elecciones de 2017, de los 51 diputados FPÖ del Parlamento austriaco, una buena veintena son miembros de *Burschenschaften* o su equivalente para las mujeres, las *Mädelschaften*, frente a 8 de 52 diputados en 2000. Su presencia actual es también muy importante en los parlamentos regionales y los ayuntamientos, y representan más de la mitad de la presidencia federal del partido.

Algunos pertenecen a asociaciones extremistas, sobre todo

Olympia, que se opone a la ley que prohíbe la propagación de ideas o símbolos nazis. Su discurso está en simbiosis con los conferenciantes a los que invita, teóricos de las razas y negacionistas. Otros políticos del FPÖ son miembros de Teutonia, cuyos locales descubrí en un reportaje televisado reciente: en la pared hay un texto de Mathilde Ludendorff, líder del movimiento *völkisch* en los años treinta, antisemita y gran admiradora de Adolf Hitler; no muy lejos, un mosaico de fotos de antiguos miembros de Teutonia tapiza la pared, entre las que se encuentran las de hombres con uniforme SS.

En enero de 2018, se descubrió que circulaba un libreto de canciones nazis por la *Burschenschaft* Germania zu Wiener Neustadt, cuyo vicepresidente, Udo Landbauer, había sido cabeza de lista del FPÖ en las elecciones. Este es un extracto: «Después llegó a su seno el judío Ben Furion. Meted los gases, viejos germanos, vamos a llegar al séptimo millón». Landbauer afirmó que no sabía nada, pero renunció a su mandato de diputado al Parlamento regional. No fue expulsado del partido. Poco tiempo después, la *Burschenschaft* Bruna Sudetia fue acusada de hacer circular un libreto de canciones nazis.

Los representantes del FPÖ no dudan en mostrarse en compañía de neonazis y revisionistas, ni en colaborar con publicaciones y sitios web de contenido extremadamente dudoso. Las reacciones antisemitas, racistas y neonazis en el seno del FPÖ son tan frecuentes que ya no se puede hablar de deslices, sino de una postura sólidamente anclada en el partido.

Antes de dirigirme a Viena, había intentado llamar al servicio de prensa del FPÖ para obtener una cita con un responsable del partido. Tuve que buscar mucho antes de conseguir una. «Todavía no tenemos agenda, ha habido un problema, vamos retrasados», me respondió una mujer joven, «la semana que viene saldrá.» No

fue así. Volví a llamar y me respondió otro interlocutor, que me prometió una respuesta rápida. Nadie me devolvió la llamada, una falta de transparencia bastante sorprendente para un partido en el gobierno.

Hace mucho tiempo que el FPÖ ha declarado la guerra a los periodistas, pero, desde que está en el poder, puede llevar a la práctica sus amenazas. En un correo electrónico clasificado como secreto, el Ministerio del Interior «animaba» a la policía a limitar el acceso de los «medios de comunicación críticos» a la información. El ministro, Herbert Kickl, antiguo secretario general del FPÖ, se distanció del contenido del mensaje, pero no despidió al responsable, su portavoz. Este episodio muestra una vez más las amenazas de las desviaciones autoritarias que pesan sobre los países que ponen a los populistas en el poder.

Para consolarme, concerté una cita con un antiguo responsable local del FPÖ, que se había pasado al ÖVP hacía varios años, porque consideraba que Hans-Christian Strache era un sin sustancia «embarazoso» a causa de sus polémicas. Actualmente, se contenta con decir: «No estaba de acuerdo con su nacionalismo económico; para mí, la integración europea es el futuro». Le pregunté si el éxito creciente del FPÖ le preocupa. Puso cara de desaprobación. «Existe un amplio consenso sobre la condena del pasado nazi en Austria», dijo, «la democracia es sólida.» En cambio, le preocupa la falta de «libertad de opinión en la ORF», la radiotelevisión pública austriaca, uno de los blancos preferidos del FPÖ. Le pregunto sobre la vigilancia que debe ponerse en marcha cuando se sabe que un partido influido por *Burschenschaften* violentos está en el gobierno. «El miedo es el medio de la izquierda unificada», me contesta, «yo estoy contra el miedo, soy un optimista.» Me pregunto lo que significa la expresión «izquierda unificada» en un país en el que ya no hay fuerza política digna de

este nombre a la izquierda de los socialdemócratas y me abstengo de decirle que ningún partido instrumentaliza tanto el miedo como el FPÖ. «¿Su visión del FPÖ no es un poco ingenua?», le pregunto. «Imagino que usted es de izquierdas», dice, eludiendo mi pregunta.

Poco después, me encuentro con otro interlocutor en el café Landtmann, lugar frecuentado por los fantasmas de Sigmund Freud y Gustav Mahler. Cruzo una sala muy alargada con paneles esculpidos de madera en las paredes y amplias ventanas revestidas de antiguas tapicerías. En una banqueta señorial, me espera un miembro del ÖVP que conoce los entresijos de la política. «El FPÖ es un partido populista de derechas que busca su electorado en las capas sociales inferiores, frustradas y dispuestas a admitir respuestas simples», dice abiertamente. «Haider, que era inteligente y talentoso, tenía un buen equipo a su alrededor. Strache es hábil, pero es más tosco, tiene dificultades para captar a personas competentes y se encuentra con radicales, poco competentes. Esto es un problema para dirigir un Estado.» Le pregunto si la alianza con el FPÖ lo normaliza. «Existen dos posibilidades para hacer frente a este partido: o bien lo aislamos, o bien lo integramos. En 2000, cuando el ÖVP formó una primera coalición con el FPÖ, este último perdió popularidad. Quizá el fenómeno se repetirá, quizá no.»

La noche cae sobre Viena cuando me dirijo a mi última cita, mientras admiro los edificios de la Universitätsring. Hasta 2012, este bulevar se llamaba todavía Dr. Karl-Lueger-Ring, el nombre del exalcalde de la ciudad y presidente del partido Social Cristiano cuya fiebre antisemita admiraba Adolf Hitler. Pienso en Stefan Zweig que, en *El mundo de ayer*, transmite tan admirablemente su pasión por Viena, describiendo el gran esplendor de la ciudad en 1900 y después la desesperación que le inspiró.

En el restaurante Zum Schwarzen Kameel, una multitud alegre se aglutina delante de la barra de madera *art nouveau*, los vasos danzan entre las manos, hay que abrirse paso para llegar a una sala más tranquila, decorada con un friso de motivos marítimos. Me

espera un allegado del canciller Kurz que trabaja en un puesto importante en su gobierno. Es culto, políglota y encantador: «Kurz está decidido a mantener el control de la situación y a no dejarse desbordar por el FPÖ», me explica. «El FPÖ es menos inquietante de lo que se piensa.» «Un partido populista que se aprovecha del miedo, la designación de chivos expiatorios y la difamación, ¿no es peligroso para la democracia?», le pregunto. «Son incidentes que tienen poca cosa que ver con el partido. No cabe duda de que el partido defiende la democracia. ¡Considere más bien a los Verdes, ellos demostraron en el pasado lo que pensaban de la democracia!»

¿A qué se refiere? ¿A las ocupaciones ilegales y violentas de los Verdes en los años setenta contra proyectos de construcción de centrales nucleares? ¿Intenta tranquilizarme relativizando el problema que plantea un socio de coalición que sueña con sacar a Austria de la Unión Europea para acercarla a Rusia?, ¿es hostil a cierto número de pilares de la democracia como la libertad de prensa y considera a Viktor Orbán como un modelo? ¿O bien intenta tranquilizarse a sí mismo? Le pregunto si no se le pone la carne de gallina ante la idea de que, dando las llaves del poder al FPÖ —que tiene influencia en la policía, los servicios de información, el ejército, la diplomacia y el ámbito social—, Kurz quizá también ha abierto la caja de Pandora. «Sabe lo que hace e intentará cambiar al FPÖ y utilizar el gobierno para minimizar su impacto», dice. Después añade: «Eso espero».

En 2010, conocí a un germano-italiano que promocionaba vinos italianos en Alemania. Apenas nos conocíamos cuando me invitó a reunirme con él para pasar unos días en la Toscana, en su casa situada en una colina rodeada de viñas que producían uno de los mejores vinos tintos de Italia, el Brunello di Montalcino. Había renovado un antiguo edificio de piedra, atravesado de un lado a otro por una inmensa habitación con suelo de piedra, en la que

pequeñas puertas vidrieras dispuestas en cada extremo dejaban pasar una agradable brisa y una luz discreta. El mobiliario era escaso, pero las piezas eran únicas, encontradas aquí y allá según sus deseos, reunidas con esa habilidad que tienen los hombres italianos para liberar su feminidad sin perder su virilidad.

En una pared, por encima de una banqueta naranja, había observado un cuadro de estilo surrealista. «Es un cuadro de mi padre, italiano, que era pintor», me explica mi amigo. «Admiraba a Alemania, sus tradiciones caballerescas y guerreras. Estudió bellas artes en Baviera y allí fue donde conoció a mi madre, una alemana.» Era el retrato de un hombre que llevaba charreteras y un casco de soldado, sobre el que aparecían unas gafas de protección contra el sol o el polvo. Tenía dos ojos con estrabismo divergente y la parte inferior de la cara estaba oculta por un bozal de cuero. Detrás de él, se desplegaba un paisaje desértico dibujado a la manera del Quattrocento con la silueta de una fortaleza de estilo árabe al fondo. En la penumbra, no había prestado atención a dos palabras que se fundían en el negro del cielo. Poniéndome de puntillas, conseguí leer: Erwin Rommel.

Mi anfitrión tenía la sorprendente costumbre de levantarse a las cinco de la mañana para ir a buscar setas, equipado con grandes botas y con una hoz para abrirse camino a través del monte bajo de la Maremma, una tierra ruda y poblada de insectos, donde buscaba durante horas, al acecho de ese olor sofisticado de avellana que da a los boletus su incomparable aroma. Una mañana, me desperté antes de que regresara y bajé para prepararme un café en la cocina tapizada de antiguas baldosas azules. Perdida en mis pensamientos, con los ojos fijos al azar en un tazón de madera que servía de bandeja, mi mirada tropezó con un objeto metálico. Era un llavero de hierro que representaba una fajina formada por elementos alargados unidos por correas de la que asomaba una pequeña

hacha. Lo cogí y, al hacerlo rodar en la palma de la mano, observé una escritura minúscula bajo el hacha: «*Fascismo e libertà*».

Cuando el dueño de la casa regresó de su batida, le pregunté por qué tenía un llavero con el símbolo fascista. Me respondió, sin parecer ni molesto ni sorprendido: «Porque soy fascista».

Un día que su cosecha había sido especialmente fructuosa, le apeteció ir a exhibir sus trofeos al pueblo. Estos últimos tuvieron tanto éxito que decidió cocinarlos aquella misma noche en la *trattoria* local, donde conocí a varios de sus amigos. Mientras él estaba en la cocina, les pregunté qué pensaban de Silvio Berlusconi, que entonces gobernaba Italia, con la esperanza de llevarlos a otro terreno que me interesaba desde hacía unos días, las tendencias fascistas de mi anfitrión. No tuve que esperar mucho tiempo. Uno de ellos, un rentista de unos cuarenta años, me dijo: «No es un Berlusconi lo que necesitamos, es un corrupto, es vulgar, como un hombre de negocios. Necesitamos a un estadista, uno de verdad, un hombre como Mussolini». Ante mi aspecto descompuesto, su vecino explicó: «Hace más de sesenta años que Italia es una democracia, ¿y cuál es el resultado? Un fracaso total. La democracia quizá funciona en Alemania, pero no aquí. Los italianos necesitan un poder fuerte, a un hombre fuerte». Los demás asintieron y, en un plis plas, la democracia fue condenada a muerte y el fascismo festejado como una edad de oro.

Mi amigo italiano y yo éramos de la misma generación, con doble nacionalidad y un progenitor alemán, habíamos realizado un recorrido social similar, teníamos una experiencia internacional, ¿cómo era posible aquella diferencia? Nunca me había preguntado sobre el trabajo de memoria en Italia, pues me parecía evidente en el país que vio nacer el fascismo y se alió desde el primer momento con la Alemania nazi. Me había equivocado. Un día, un director de teatro italiano nacido a finales de los años sesenta me dijo una frase esclarecedora: «Para nosotros, los fascistas eran los alemanes, no los italianos. A los que invadían las playas del Adriático, los

llamábamos nazis. Había una reacción epidérmica contra los alemanes en aquella época». Como los austriacos, los italianos se apegaron a la monstruosidad de los crímenes nazis para hacer olvidar los suyos. De esta manera, los que se habían aliado más estrechamente con el Reich negaron su responsabilidad, que, sin embargo, era abrumadora.

La política exterior agresiva realizada por la Italia fascista en la década de 1930 y durante la guerra se ha mantenido en la oscuridad hasta ahora: los baños de sangre en Libia y en Etiopía, la anexión forzosa de Albania, la ocupación parcial de Francia y de Egipto, las masacres en Grecia y en Yugoslavia.

En los Balcanes, las tropas italianas dejaron un recuerdo espantoso a las poblaciones locales. El racismo antieslavo del Duce lo acercaba a Adolf Hitler. El 22 de febrero de 1922, declaró: «Frente a una raza como la de los eslavos —inferiores y bárbaros—, no debemos continuar con la política de la zanahoria, sino con la del palo [...]. No debemos tener miedo de causar nuevas víctimas. [...] Diría que podemos sacrificar fácilmente a 500.000 eslavos bárbaros por 50.000 italianos». En la provincia yugoslava de Montenegro, el gobernador Alessandro Pirzio Biroli sembró el terror al exigir que se ejecutara a cincuenta civiles montenegrinos por cada italiano muerto por los partisanos. A veces, todos los hombres de un pueblo eran masacrados como represalia y se abandonaba a las viudas y los niños a su suerte.

En Eslovenia y en Croacia, el comandante Mario Roatta distribuyó a sus oficiales unas instrucciones de represión de la resistencia que ordenaban recurrir a la tierra quemada, a la limpieza étnica destinada a «italianizar la región», a la ejecución de rehenes y al internamiento masivo de prisioneros en campos de concentración italianos: «Si es necesario, no hay que dudar en ser cruel. Debemos realizar una limpieza completa. Tenemos que

internar a todos los habitantes y poner familias italianas en su lugar». Los italianos quemaron casas y pueblos, masacraron a los rehenes y enviaron a decenas de miles de civiles a los campos. La provincia de Liubliana se vio especialmente afectada: de una población de unas 360.000 personas, 70.000 fueron enviadas a los campos, donde más de quince mil fueron asesinadas, según el historiador Giacomo Scotti.

En los Balcanes, los italianos construyeron unos 200 campos de concentración destinados a los supuestos resistentes, pero también a los judíos y otras declaradas *persona non grata*. El peor era el campo de Rab, en la costa croata, donde las condiciones de vida eran tales que la mortalidad se elevaba hasta el 19 por ciento, frente a alrededor del 21 por ciento en Buchenwald o Dachau. El campo estaba previsto para seis mil detenidos, pero a menudo contenía el doble. Muchas mujeres y niños estaban expuestos al frío y a la canícula, alojados en tiendas precarias, y morían lentamente de hambre al ritmo de una sopa transparente y de 80 gramos de pan al día. Los prisioneros tenían que luchar para acceder a los escasos puntos de agua, los piojos campaban a sus anchas y la disentería causaba estragos. He visto fotos que muestran a los detenidos, no son más que piel y huesos. El número estimado de muertos se sitúa entre 3000 y 4500.

También en Italia existían campos de concentración donde los fascistas enviaban a decenas de miles de eslavos, una verdad que el país prefiere olvidar. ¿Quién se acuerda de los campos de Gonars cerca de Trieste, de Renicci en la Toscana, de Monigo en Treviso, de Chiesanuova en Padua y de muchos otros más?

No he encontrado ni rastro de un memorial o un museo en recuerdo de las víctimas, excepto un monumento de un escultor montenegrino erigido a petición de Yugoslavia, en un cementerio cerca del campo de Gonars, donde están enterrados los restos de

453 víctimas eslovenas y croatas. Ningún alto representante del Estado italiano ha visitado nunca Rab, ningún embajador o cónsul italiano ha ido nunca a depositar un ramo de flores allí. Ni allí ni en ningún otro campo. Solo el expresidente Carlo Ciampi se dignó enviar una corona de flores una vez a Gonars. Italia tampoco ha indemnizado nunca a estas víctimas. En materia de reparaciones, solo los ciudadanos italianos que sufrieron persecuciones políticas o raciales recibieron magras indemnizaciones.

En cambio, el país conmemora cada año la muerte de miles de italianos en el nordeste de Yugoslavia que fueron arrojados por los partisanos comunistas a simas de la zona llamadas *foibe*. Italia no recuerda que aquellas masacres eran la consecuencia de la invasión sangrienta de la región por Mussolini, que, por lo tanto, es el primer responsable.

Grecia tampoco se libró de la brutalidad de los italianos cuando Mussolini ocupó el país junto con los alemanes y los búlgaros. En la terraza de una cafetería de París, me encontré por casualidad con Giovanni Donfrancesco, que ha dirigido varias películas documentales sobre la Italia fascista, entre ellas *La guerra sporca di Mussolini* (La guerra sucia de Mussolini), sobre la masacre del pueblo griego de Domenikon. En 1943, los italianos incendiaron y mataron a todos los hombres, así como a algunos de los pueblos de alrededor, es decir, a más de ciento cincuenta personas en total. El documental, difundido en 2008, abrió la vía a las primeras disculpas oficiales de Italia en Atenas. «Los italianos no conocen los crímenes del ejército de Mussolini en Grecia y en Yugoslavia», me confirmó Giovanni Donfrancesco. «Tienen una imagen falsa de esta ocupación, que alimentan las películas como *Mediterráneo*, una comedia de Gabriele Salvatores que tuvo un gran éxito.» Es la historia de las peripecias de unos soldados italianos en una isla de Grecia, donde crearon vínculos con la población local; se muestran como poco belicosos, inofensivos y dotados de un gran corazón. Esta película, estrenada en 1991, recibió muchos premios en Italia.

Sin embargo, fue en África donde la Italia fascista batió todos los récords de violencia. En las décadas de 1920 y 1930, en Libia, bajo la autoridad del gobernador Pietro Badoglio, el general Rodolfo Graziani aplastó una fuerte rebelión anticolonial, en el marco de la segunda guerra italo-libia. Ordenó ejecuciones en masa y, para privar a la rebelión de su apoyo popular, forzó a cien mil nómadas de la provincia rebelde de la Cirenaica, es decir, la mitad de la población, a recorrer a pie a veces más de mil kilómetros para llegar a los campos de concentración contruidos por los italianos. El 10 por ciento de los deportados no sobrevivieron a la marcha y al menos otros cuarenta mil murieron en los campos. El número total de víctimas en Libia se estima en cien mil personas, una masacre que una parte de los historiadores considera un genocidio.

Poco después, en 1935, Italia se lanzó a la conquista de Etiopía, uno de los últimos Estados no colonizados de África. Bajo el mando del mariscal Badoglio, que después se lo pasó a Graziani, practicó una guerra de una gran violencia. Mussolini dio la orden de ejecutar a todos los rebeldes y a todos los prisioneros, de castigar a pueblos enteros y de emplear bombas llenas de gas mostaza, armas prohibidas por la Convención de Ginebra a causa de las quemaduras químicas atroces que producen. Después de un atentado fallido contra Graziani en 1937 en Adís Abeba, este último, nombrado virrey de Etiopía, desencadenó un baño de sangre en el país. En total, entre 350.000 y 760.000 etíopes sucumbieron a la guerra de agresión italiana.

En 2008, Italia pidió oficialmente disculpas a Libia y se comprometió a entregar indemnizaciones por valor de 5000 millones de dólares a lo largo de veinticinco años. Como contrapartida, obtuvo de Trípoli el compromiso de reforzar el control de sus costas para frenar la emigración clandestina y la garantía de un acceso privilegiado al petróleo y el gas de Libia. Italia no extendió su gesto a Etiopía, donde no tiene intereses económicos. «Muchos italianos siguen pensando que los colonos italianos eran unos valientes

campesinos que fueron a trabajar unas tierras inexplotadas, que construyeron carreteras y escuelas, que aportaron la civilización, en cierta manera», estima Giovanni Donfrancesco. «Basta con ver cuántas personas se indignaron cuando, en 2005, Italia restituyó a Etiopía el obelisco de Aksum que Mussolini había robado para instalarlo en Roma...»

En materia de política antijudía, la actitud de la Italia fascista fue ambigua. En 1938, Benito Mussolini tomó la iniciativa de copiar una parte de las leyes de Núremberg, emitiendo decretos que preveían la exclusión de los judíos del ejército, de la función pública y las universidades, la proscripción de los matrimonios mixtos, la prohibición de publicar un periódico o de poseer un puesto de radio, así como la confiscación de propiedades. Los judíos, que estaban muy bien integrados en Italia, donde habían sido ministros, generales y diputados, vivieron esta legislación como una profunda humillación. Sin embargo, las autoridades pusieron poco celo en la aplicación de estos decretos, porque el odio a los judíos no ocupaba el centro del fascismo italiano, aunque el propio Duce no estaba desprovisto de antisemitismo.

Después de su entrada en la guerra en junio de 1940, Italia mandó internar a los judíos extranjeros en campos y después, en 1942 y 1943, expulsó a algunos del país, donde les esperaba lo peor. No obstante, al contrario que Francia, hizo oídos sordos a las peticiones del Reich de deportarlos hacia los campos alemanes. Incluso en el exterior de su territorio, en su pequeña zona ocupada del sudeste de Francia, Italia protegió a los judíos y anuló las medidas antisemitas que Vichy había instaurado allí, lo cual provocó la afluencia de unos treinta mil judíos, que estaban mejor protegidos por los fascistas italianos que por el gobierno francés. En la zona italiana, la policía de Vichy realizó redadas, pero las autoridades italianas protestaron ante el Reich y se comprometieron a entregarle

directamente a los judíos, sin cumplir su promesa.

Los alemanes se quejaron regularmente del obstruccionismo italiano ante Mussolini, que, haciendo como que los comprendía, no tenía en cuenta sus peticiones, lo cual enfurecía al ministro alemán de Asuntos Exteriores, Joachim von Ribbentrop, un pésimo político pero antisemita notorio, que escribió que faltaba «en los círculos militares italianos [...] una auténtica comprensión de la cuestión judía».

En septiembre de 1943, después del armisticio italiano con los Aliados y el cambio de bando de Mussolini, los alemanes ocuparon el norte de Italia, donde vivía la mayoría de los judíos. Alrededor de ocho mil miembros de una comunidad de unas 46.000 personas fueron deportados con la ayuda de una parte de la policía italiana que se mantenía fiel al Duce. Mussolini, que estaba al frente de un gobierno títere de los alemanes en Italia pero que había conservado cierta influencia sobre sus hombres, tiene una responsabilidad esencial en las deportaciones y los otros crímenes cometidos por los fascistas y los nazis contra la población italiana, judía y no judía.

Después de la guerra, los partidos antifascistas italianos, incluidos los comunistas que habían tomado las armas contra Mussolini, prefirieron no insistir sobre estos crímenes cometidos por Italia en el extranjero. Querían evitar dar una imagen negativa del país durante las negociaciones de paz y ablandar a los Aliados para limitar el importe de las reparaciones y la pérdida de territorios. ¡Incluso esperaban recuperar colonias! Su argumento principal era que, después de la destitución de Mussolini por el rey Víctor Manuel III en julio de 1943 y la declaración de guerra a Alemania tres meses más tarde, una parte del país había apoyado el esfuerzo de guerra aliado.

Italia no tuvo el equivalente de los procesos de Núremberg y los Aliados no ejercieron presión para que se juzgara a los principales

responsables y criminales fascistas, no tanto porque creyeran en su inocencia, sino porque temían dividir a una sociedad donde el partido comunista ya estaba bien afianzado. Para encauzar esta amenaza, los británicos, que ocuparon Italia después de la guerra, apoyaron el retorno de antiguos fascistas. Esta política de amnistía tenía el aval del papado, enemigo natural de los comunistas ateos. Por otra parte, al Vaticano le interesaba dejar el pasado en la oscuridad y hacer olvidar la actitud del papa Pío XII, que nunca había condenado explícitamente el régimen de Adolf Hitler ni la persecución de los judíos en Europa. En 1946, entró en vigor una amnistía general.

Como en Francia, la República fundada después de la guerra en Italia reivindicaba que procedía de la lucha de la resistencia. Es cierto que, después de la invasión alemana de Roma y del norte de Italia y la constitución de la República de Saló, un Estado títere fascista establecido por Benito Mussolini en las zonas controladas por la Wehrmacht, se puso en marcha un movimiento de resistencia armada que contaba con unos 340.000 partisanos. A ellos, se habían añadido más de 370.000 militares que formaban un cuerpo del ejército que luchaba al lado de las fuerzas aliadas.

Sin embargo, más de 550.000 miembros de las fuerzas de seguridad se habían mantenido fieles a Mussolini. Muchos italianos habían cambiado de chaqueta por oportunismo. ¿Cómo es posible que se volvieran antifascistas de un día para otro después de haber apoyado el fascismo y las guerras de Mussolini? Los verdaderos antifascistas eran demasiado poco numerosos para reconstruir el país, sobre todo cuando el Partido Comunista Italiano (PCI), que había desempeñado un papel importante en el nacimiento de la *Repubblica*, fue excluido del gobierno en 1947, después de su adhesión al Kominform, la organización internacional del movimiento comunista dominada por Moscú. Los otros partidos italianos, pero también Estados Unidos y los británicos, temían que el PCI, el partido comunista más poderoso de Europa Occidental, llegara al

poder.

En una obra publicada en 2017, *Gli uomini di Mussolini*, el historiador italiano Davide Conti analiza la impunidad de la que gozaban en Italia los fascistas responsables de crímenes de guerra. Su anticomunismo visceral favoreció su nombramiento para importantes funciones ministeriales, policiales y militares, justamente para luchar contra el PCI.

Una amplia ley de amnistía en 1946 «creó un clima que permitió a los gobernantes sucesivos de la posguerra integrar a antiguos verdugos para reconstruir el nuevo Estado sin que causara revuelo», explica el historiador en una entrevista. «El pasado fascista de cada uno de ellos se silenció. El objetivo era una especie de transición suave del fascismo a la democracia.» Otras dos leyes de amnistía sucedieron a la primera, en 1953 y en 1966. Respecto a los que habían cambiado oportunamente de campo en 1943, cuando se hizo sentir el declive del régimen, se evitó claramente investigar sobre sus acciones anteriores. Como el mariscal Badoglio, que sirvió dócilmente al Duce antes de ser nombrado primer ministro en julio de 1943. Nunca fue importunado por su implicación en los peores crímenes del régimen, especialmente en África. En total, muy pocos fascistas fueron juzgados y condenados, y ninguno de los criminales de guerra italianos reclamados por el extranjero fue extraditado jamás.

Como complemento del mito de la resistencia, surgió una leyenda muy cómoda, analizada por Angelo Del Boca en su libro *Italiani, brava gente?* (2005), que presentaba al conjunto de los italianos, incluidos los que habían apoyado al fascismo, como buenas personas, incapaces de matar una mosca, un pelín ingenuos y que habían sido manipulados por Benito Mussolini y los nazis. El corolario de esta construcción es una demonización del alemán y la instrumentalización del nazismo, presentado como el mal absoluto, para minimizar los crímenes del fascismo.

El cine contribuyó, quizá a pesar suyo, a la consolidación de esta ilusión. Al final de la guerra, como reacción a las mentiras de la propaganda fascista, surgió un nuevo movimiento cinematográfico, el neorrealismo, que aspiraba a describir la realidad tal como es. No obstante, se eludió una realidad, la del papel del pueblo italiano en el ascenso del fascismo. Las películas de Luchino Visconti, Vittorio De Sica o Roberto Rossellini, la mayoría de ellas obras maestras absolutas, condenan el nazismo y el fascismo, pero no a la población, que se presenta como una víctima de la dictadura. Como en *Roma, ciudad abierta*, de Rossellini, donde no se muestra empatía por el pueblo italiano cuando Pina, magistralmente interpretada por Anna Magnani, corre hasta perder el aliento detrás de la furgoneta alemana que se lleva al hombre con el que tenía que casarse ese mismo día, un resistente, y después cae abatida por los disparos de un soldado alemán.

A diferencia de Alemania, muchos artistas e intelectuales italianos no se habían enemistado con el régimen fascista; algunos incluso se habían adherido a él, al menos durante un tiempo. Roberto Rossellini y Vittorio De Sica trabajaron con Vittorio Mussolini, el hijo del Duce, que llevaba la voz cantante en el cine italiano, sin que esto se les reprochara nunca después de la guerra. El poeta Giuseppe Ungaretti, el escritor y premio Nobel de Literatura Luigi Pirandello y el escritor y periodista Curzio Malaparte, unos treinta intelectuales en total, firmaron un *Manifiesto* profascista en 1925. Más tarde, algunos se distanciaron del fascismo, como Curzio Malaparte, que fue condenado al exilio en la isla de Lípári.

Como reacción al *Manifiesto*, el filósofo Benedetto Croce, que calificaba el fascismo de «enfermedad moral», redactó un manifiesto de los intelectuales antifascistas. Durante la instauración de las medidas antijudías en 1938, fue uno de los pocos intelectuales italianos no judíos que se negó a cumplimentar un formulario destinado a recoger información sobre «los orígenes raciales» de la *intelligentsia* italiana.

A pesar de esta ambigüedad, la literatura italiana empezó muy pronto su crítica del fascismo y de la guerra, con autores como Corrado Alvaro, Alberto Savinio, Elio Vittorini, Cesare Pavese o el poeta Eugenio Montale. Pero muy pocos abordaron el problema del *Mitläufertum* de la población, excepto la novela de Alberto Moravia *El conformista*, publicada en 1951: es el retrato de un italiano banal que, por comodidad mezclada con ambición, se implica cada vez más en el fascismo, hasta el día en que traiciona a su antiguo profesor de universidad, que muere ejecutado.

En Italia, no hubo el equivalente de los procesos de Auschwitz realizados en la década de 1960 en Frankfurt, un punto de ruptura que habría impedido que se instalara la amnesia. El levantamiento estudiantil comportaba claramente una dimensión de protesta contra las redes fascistas que perduraban bajo la República italiana, pero este aspecto no alcanzó la misma magnitud que en la RFA. En Italia, la cólera estudiantil se fusionó con la de los trabajadores y los campesinos, que ya se quejaban desde principios de los años sesenta. La lucha social era su preocupación principal, mucho más que el combate por la memoria.

Como en Alemania y en Japón, una parte del movimiento se radicalizó y grupos de extrema izquierda apostaron por la lucha armada. Su determinación se reforzó con la irrupción de una serie de atentados neofascistas. El 12 de diciembre de 1969, explotó una bomba en la entrada del Banco Agrícola de Milán que causó 16 muertos y 80 heridos. La policía acusó a los anarquistas y detuvo a su supuesto líder, Giuseppe Pinelli. Cuando estaba retenido, Pinelli murió después de caer por una ventana de un cuarto piso en unas circunstancias no esclarecidas. En realidad, el atentado de Milán había sido obra de neofascistas que estaban en contacto con los servicios de información italianos y con un servicio secreto militar americano. Le seguirían otros atentados neofascistas durante unos

quince años, que costarían la vida a 149 personas.

En este clima de alta tensión, surgió una organización terrorista que atrajo rápidamente a miles de militantes y simpatizantes, las Brigadas Rojas. Se consideraban la continuación de la Resistencia italiana y llamaban a hacer la revolución que, según ellas, el Partido Comunista Italiano había traicionado al preferir el consenso con las fuerzas conservadoras. La multiplicación de atentados cruzados de los terroristas de extrema izquierda y los terroristas neofascistas dio a Italia un aroma de guerra civil que recordaba los años 1943-1945. Las Brigadas Rojas recurrieron a los atentados y las acciones violentas contra los «servidores» del Estado. Su violencia, en especial durante el secuestro y el asesinato del presidente del partido de la Democracia Cristiana Aldo Moro, en 1978, les valió el rechazo de todos los partidos políticos, incluidos los de izquierdas, y de los sindicatos. Sus discursos antifascistas se vieron desacreditados.

En este contexto de crisis, el cine italiano empezó a interesarse por un aspecto que no había tratado: el fascismo como fenómeno popular. *Una jornada particular*, de Ettore Scola, con Sophia Loren y Marcello Mastroianni, causó sensación al mostrar la inmensa popularidad del fascismo en la sociedad italiana. Es la historia del encuentro entre una madre de familia agobiada por las tareas domésticas y un intelectual homosexual perseguido por el régimen, mientras todos los vecinos han abandonado el inmueble para ir a aclamar al Duce cuando recibe a Hitler en Roma en mayo de 1938. Bernardo Bertolucci llevó *El conformista* a la pantalla, y Federico Fellini plasmó su infancia en Rímini bajo el fascismo triunfante con *Amarcord*. «El fascismo sigue dormitando en nosotros», escribió Fellini. «Siempre existe el peligro de la educación, de una educación católica que solo conoce un objetivo: conducir al ser humano a una dependencia moral, reducir su integridad, quitarle todo el

sentimiento de responsabilidad para mantenerlo en una inmadurez que nunca se acaba.»

Uno de los artistas que llevó más lejos la reflexión fue Pier Paolo Pasolini, cineasta, ensayista y poeta, que trazó un paralelismo entre el fascismo y la sociedad de consumo. «Si se observa bien la realidad», escribe en *Escritos corsarios*, «y, sobre todo, si se sabe leer en los objetos, el paisaje, el urbanismo y, sobre todo, en los seres humanos, se ve que los resultados de esta despreocupada sociedad de consumo son a su vez el resultado de una dictadura, de un fascismo puro y simple.» En 1975, recurrió a la parábola sexual para denunciar las desviaciones totalitarias en su película *Saló o los 120 días de Sodoma*.

Durante mucho tiempo, el tema de la deportación de los judíos apareció muy poco en el cine italiano, con la excepción de la película *El jardín de los Finzi-Contini*, de Vittorio De Sica (1970), una adaptación de la novela epónima de Giorgio Bassani, publicada en 1962, que relata la historia de una familia de la alta burguesía de Ferrara frente al ascenso del antisemitismo. En literatura, *Si esto es un hombre*, de Primo Levi, que al final de la guerra escribió un testimonio conmovedor sobre su detención en Auschwitz, fue largamente silenciado, hasta que por fin obtuvo un gran éxito cuando se dio a conocer en los años sesenta. El tema de la persecución de los judíos en Italia también fue abordado por Natalia Ginzburg, cuyo esposo fue asesinado por la Gestapo. En *Léxico familiar*, publicado en 1963, explora las relaciones de su familia judía durante el fascismo.

A principios de los años noventa, una gran investigación judicial llamada *Mani pulite* desveló una amplia red de corrupción y de financiamiento ilícito de los partidos políticos históricos, que habían obtenido su legitimidad de la resistencia al fascismo. El escándalo marcó el final de la alianza antifascista, que había constituido la base de la República italiana. Algunos partidos, en especial la Democracia Cristiana, que monopolizaba el poder desde el final de

la guerra, desaparecieron del paisaje político. La primera república se hundió y la referencia al antifascismo, hasta el momento ineludible, se tambaleó seriamente. Este terremoto favoreció la emergencia de nuevos partidos, que se distanciaron de este modelo e incluso se pusieron a trabajar para conseguir la rehabilitación parcial del fascismo.

En marzo de 1994, el movimiento político de centro derecha Forza Italia, de Silvio Berlusconi, ganó las elecciones e hizo entrar en el gobierno al partido de extrema derecha Alianza Nacional, fundado por Gianfranco Fini. Este último había presidido anteriormente el partido neofascista Movimiento Social Italiano (MSI), surgido en 1946 como continuidad del Partido Fascista Italiano y apoyado por Alessandra Mussolini, la nieta del Duce. Gianfranco Fini consideraba que Mussolini era «el estadista más grande de este siglo» y que «el fascismo está idealmente vivo». Estas declaraciones no impidieron que su formación se convirtiera en la tercera fuerza política del país, con un 13,4 por ciento de los votos en 1994. Fini sorprendió a todo el mundo cuando, unos años más tarde, en medio de una carrera deslumbrante, realizó un giro radical y entonó su *mea culpa*, calificando al fascismo de «mal absoluto» y denunciando la actitud de «numerosos italianos» que, «en 1938, no hicieron nada para oponerse a las infames leyes raciales promovidas por el fascismo».

Por el contrario, Silvio Berlusconi, menos por convicción que por deseo de provocación y por cálculo político, no vaciló en relativizar los crímenes de Mussolini y de la Italia fascista. El 27 de enero de 2013, cuando ya no era jefe de gobierno, con motivo de la Jornada de Conmemoración de la Shoá, afirmó, desde el andén 21 de la estación de Milán, de donde partieron los convoyes en dirección a Auschwitz: «Es difícil ponerse en el lugar de los que decidieron entonces. Sin duda, el gobierno tuvo miedo de que el poder alemán se transformara en una victoria general y prefirió aliarse con la Alemania de Hitler en lugar de oponerse a ella. En el marco de esta

alianza, se impuso el exterminio de los judíos». En realidad, Italia se alió de manera voluntaria a la Alemania nazi y empezó a perseguir a los judíos por propia iniciativa, mucho antes del inicio de la guerra. «Las leyes raciales son la peor falta de un líder, Mussolini, que, en tantos otros aspectos, actuó bien», resumió Berlusconi.

Esta declaración refleja un pensamiento que ha ganado terreno en Italia después de los años de Berlusconi: la idea de que las leyes raciales son intolerables, pero que, sin ellas, el fascismo sería aceptable. Ya no es raro oír decir que «el fascismo se ha demonizado» o que «había cosas positivas durante el fascismo», como me ocurrió en la Toscana y en otros lugares de Italia. «Cuando estaba en el instituto, en los años ochenta», recuerda el director de cine Giovanni Donfrancesco, «a veces, había grupos que intentaban distribuir octavillas neofascistas, pero eran tan mal recibidos que tenían que ocultarse. En la actualidad, declarar abiertamente las inclinaciones fascistas ya no es tabú.» Un amigo cineasta me hizo observar el retorno al mercado de libros de carácter nostálgico, como la novela *La distruzione*, de Dante Virgili, publicado en 1970 y reeditado en 2016: es la historia de un exintérprete italiano de las SS que añoraba el Tercer Reich y su «fuego purificador», un sentimiento que despierta mucha comprensión en el autor.

Las páginas de Facebook e internet que reivindican el fascismo proliferan con total impunidad en Italia. Calendarios, encendedores, botellas de vino, llaveros y camisetas en memoria de Mussolini y del fascismo se venden al aire libre, en especial en Predappio, donde se encuentra la tumba familiar de Mussolini, que es objeto de un peregrinaje que atrae a una media de 200.000 visitantes al año, curiosos, pero también nostálgicos. Los compradores de estos productos ya no se ocultan, como pude constatar durante una estancia en Apulia, en casa de unos amigos.

Un día que fuimos a buscar pescado fresco a un pequeño puerto

de Otranto, el pescadero nos invitó a contemplar en la trastienda un espléndido pez espada disecado que él mismo había capturado. Mientras nos relataba sus peripecias para atrapar a aquel animal de velocidad impresionante, observé en la pared una correa de cuero sujeta por un pequeño clavo de la que colgaba una porra con una inscripción a lo largo del mango, oculta por el respaldo de una silla. Incliné la cabeza para ver mejor y leí en letras mayúsculas: DUCE MUSSOLINI.

Contrariamente a Alemania, Italia dejó en su lugar numerosas construcciones y monumentos fascistas, como el obelisco blanco situado en la entrada del estadio olímpico de Roma, donde está escrito: «Mussolini Dux» (jefe). No muy lejos, unos mosaicos que cubren el suelo también rinden homenaje al dictador. La arquitectura fascista tiene un valor artístico incontestable, pero, cuando un monumento hace apología de Mussolini, ¿no sería prudente recordar los crímenes de este en una placa?

En este contexto, no es sorprendente que algunos municipios italianos hayan tomado la iniciativa de honrar a personalidades fascistas. En 2008, el aeropuerto de la ciudad de Comiso, en Sicilia, cambió repentinamente de nombre: Pio La Torre, un diputado comunista asesinado por la mafia a la que combatía, fue eliminado en favor de Vincenzo Magliocco, general caído en Etiopía durante la conquista fascista. Ante las protestas, se recuperó el antiguo nombre. Este desliz es modesto comparado con la construcción de un mausoleo en la ciudad de Affile, financiado con fondos regionales, en homenaje al general Rodolfo Graziani, héroe de las guerras coloniales de crueldad legendaria. El mausoleo suscitó la indignación de los municipios de los alrededores, que lo denunciaron y pusieron en evidencia la existencia de otra Italia, que vela por la memoria. La región retiró su financiamiento y, tras un largo periplo judicial, el alcalde de la ciudad y dos concejales fueron condenados a penas de hasta ocho meses de cárcel.

Esta sentencia refleja la evolución reciente en Italia: la toma de

conciencia de que la laxitud sorprendente en la aplicación de una ley que data de 1952 y prohíbe la apología del fascismo, reforzada en 1993, socavó los cimientos del neofascismo. El Parlamento reaccionó por primera vez en septiembre de 2016 con una ley que prohibía la negación del Holocausto y después, en septiembre de 2017, votando en primera instancia una nueva ley, llamada «Fiano». Esta ley debía castigar la difusión de imágenes y de contenidos de propaganda fascistas o nazis, así como todos los eslóganes, símbolos y objetos que hacían referencia a estas ideologías. Uno de los elementos desencadenantes de esta decisión fue un artículo difundido por la prensa internacional, el de un periodista de *La Repubblica* que, en julio de 2017 en Chioggia, cerca de Venecia, había descubierto una playa privada que glorificaba a Mussolini y anunciaba una «zona antidemocrática y bajo régimen» fascista. La ley Fiano no tuvo tiempo de ser validada por el Senado, que se disolvió en diciembre de 2017 debido a las elecciones de marzo de 2018.

Tres meses después de las elecciones, me encontraba en Italia en el momento de la formación de una coalición entre el Movimiento 5 Estrellas, convertido en menos de diez años en la primera formación del país, con un 32,6 por ciento de los votos, y el partido de extrema derecha Liga del Norte, que había conseguido el mejor porcentaje nacional de su historia, con un 17,3 por ciento de los votos. En un quiosco, me quedé desconcertada ante la portada de un periódico con un titular en alemán: «*Böses Deutschland?*» («¿Mala Alemania?»). En el interior, un artículo analizaba las acusaciones contra Alemania de haber contribuido con su excedente comercial y su política de austeridad a la crisis económica de Italia, que se hunde bajo las deudas.

La germanofobia es perceptible en una parte del mundo político-financiero y en los medios de comunicación, que prefieren olvidar

que su país también ha generado su crisis. Algunos no vacilaban en calificar a la Alemania de Angela Merkel de «Cuarto Reich» e incluso en acusarla de continuar con «la política económica de los nazis».

Estas comparaciones cuando menos ofensivas me sorprenden en un país donde el neofascismo campa a sus anchas y la extrema derecha es una de las más poderosas de Europa, junto con Austria y Hungría. A pesar de unos resultados electorales ampliamente inferiores a los de su socio de coalición, Matteo Salvini, líder de la Liga del Norte y ministro del Interior, se ha impuesto rápidamente como el hombre fuerte del gobierno, con una popularidad al alza constante. Debe su éxito inesperado a una campaña centrada en la crisis de los refugiados, especialmente fuerte en Italia, que es uno de los principales puntos de entrada en Europa, donde desembarcaron unos 630.000 emigrantes entre 2014 y 2017.

Desde que está en el poder, Salvini alimenta la xenofobia creciente en la población: impide la entrada en los puertos italianos de los barcos de las ONG que han socorrido a los refugiados en alta mar, incita al odio contra los gitanos en las redes sociales y propone censarlos para excluir a los que no tienen la nacionalidad italiana, una medida que algunos medios de comunicación han comparado a las leyes raciales de Mussolini. Salvini forma parte de los que tienen una visión cuando menos ambigua del Duce. «Es evidente que el fascismo hizo muchas cosas», declaró en enero de 2018. Seis meses más tarde, el día del aniversario del dictador, rendía un homenaje apenas velado a Mussolini citando uno de sus eslóganes: «Tantos enemigos como honores».

El estilo Salvini funciona: a finales de 2018, su partido obtenía el 30 por ciento de los votos en los sondeos, a pesar de no haber cumplido muchas de sus promesas electorales. Entre las pocas que respetaron, está la caza a los inmigrantes ilegales, realizada, por ejemplo, ordenando la evacuación de inmigrantes de Riace, donde el alcalde había conseguido repoblar y renovar un pueblo moribundo

gracias a un programa de acogida celebrado como un modelo de integración. O la discriminación de los extranjeros, cuyas tiendas se ven sometidas al toque de queda.

A pesar de sus mentiras, sus contradicciones y sus escándalos, Salvini, que se hace llamar «Il capitano», goza de una confianza en el límite de la ceguera para una parte de los italianos, a los que seduce la idea de un «hombre fuerte» a la cabeza del Estado, mientras que, en Alemania, la figura del «hombre providencial» se ha visto ampliamente desacreditada por el trabajo de memoria. Salvini se aprovecha de la ausencia de oposición de izquierdas y maneja muy bien la propaganda, gracias a un equipo de expertos de las redes sociales que difunden fotos suyas desde todos los ángulos y promueven la imagen del hombre fuerte y paternalista que resuelve todos los problemas de los ciudadanos.

Otros partidos de extrema derecha ganan fuerza en Italia. Por ejemplo, los Hermanos de Italia, cuyo logotipo es el del antiguo partido neofascista MSI, que duplicaron de largo su porcentaje en las elecciones legislativas de 2018 con respecto a 2013, con un 4,4 por ciento de los votos. Su fundador, Ignazio La Russa, exmiembro del MSI, hizo el saludo fascista en el Parlamento en septiembre de 2017 para expresar su rechazo a la ley Fiano.

Otra formación que ha reforzado claramente su visibilidad en la opinión pública estos últimos años es CasaPound, así nombrada en memoria de un admirador de Mussolini, el poeta antisemita y racista Ezra Pound. Creado en 2003, el movimiento ha sabido explotar la crisis de la vivienda en Italia, denunciando los alquileres demasiado elevados y ayudando a las personas con problemas para alojarse. Sus militantes se presentan como los «fascistas del tercer milenio», invierten en los terrenos sociales abandonados por el Estado, donde aportan consejo y apoyo caritativo, son muy activos en las redes sociales, producen su propio programa de radio y retransmiten escritos de carácter revisionista y neofascista. Su éxito electoral es muy limitado a nivel nacional (0,94 por ciento en 2018), pero esto no

refleja su influencia sobre el terreno, real, que convierte a CasaPound en un modelo para numerosos neofascistas en Europa.

La extrema derecha no es la única amenaza para la democracia en Italia. El Movimiento 5 Estrellas, dirigido por Luigi di Maio, «ni de derechas ni de izquierdas», antiélite, antisistema y anti-Bruselas, ha banalizado el uso de una retórica ultrasimplificadora, oportunista y falsa en política, ampliamente difundida por las redes sociales. Juntos, Luigi di Maio y Matteo Salvini han arrastrado a Italia a un populismo primario que utiliza la eurofobia, la xenofobia, el racismo y las promesas económico-sociales irrealizables. Amenazan con desestabilizar la Unión Europea y llevar a su país a la ruina financiera. Desde que están en el poder, los ataques racistas se han multiplicado en Italia, en un clima de intolerancia y de racismo creciente.

¿Cómo ha podido Italia llegar a esto? Los observadores indican que el elevado desempleo entre los jóvenes y la diferencia persistente de riqueza entre el norte y el sur han contribuido a aumentar las frustraciones. Existe, sobre todo, una gran lasitud de la población con respecto al mundo político, a la que ha contribuido intensamente la era Berlusconi. Paolo Sorrentino ha descrito en su película *Loro* la decadencia de la política bajo el régimen del *Cavaliere*: un vacío sorprendente de valores y pensamientos, sustituidos por un gran espectáculo grotesco dominado por el dinero, el sexo y la droga. Este modelo de vulgaridad ha impregnado la sociedad a través de numerosas cadenas de televisión controladas por Berlusconi. Ha contribuido a adormecer los cerebros y a preparar el terreno al populismo.

Sin embargo, la relación problemática de los ciudadanos italianos con la política no data de Berlusconi. La hegemonía de la Democracia Cristiana, que mantuvo el monopolio del poder durante cerca de medio siglo, facilitó la instauración de una «dictadura

estatal», poco favorable al afianzamiento de la democracia en el país: el partido diseminaba a sus hombres por todas partes y practicaba el nepotismo y el conformismo ideológico. La educación democrática de la sociedad italiana se frenó debido, sobre todo, a que la Democracia Cristiana impidió una confrontación honesta con el pasado.

Hubo que esperar a los años noventa para que las condiciones de búsqueda y de acceso a los archivos permitieran a los historiadores italianos analizar las consecuencias desastrosas del fascismo. Este retraso explica en parte por qué la mitad de los italianos considera que el fascismo no es peligroso, según un sondeo. Parecen olvidar que los crímenes fascistas también golpearon a los propios italianos. Mussolini era un dictador megalómano que se atribuyó todos los poderes y ordenó que toda la oposición fuera violentamente reprimida. No tuvo ningún respeto por la vida humana, como él mismo afirmó en 1932: «Aparte del Estado, nada de lo que es humano o espiritual tiene ningún valor».

En nombre del fascismo, se sacrificaron aproximadamente 240.000 soldados en el frente, 60.000 civiles italianos murieron, el país se desgarró en una especie de guerra civil, se destruyeron ciudades bajo los bombardeos aliados y la población sufrió la vergüenza y la violencia de la ocupación alemana. Las SS, pero también la Wehrmacht, mataron en masa, a veces a centenares de habitantes de un mismo pueblo. Los fascistas que trabajaban por cuenta de la República de Saló, a menudo de acuerdo con los alemanes, no fueron mucho más magnánimos. Los investigadores de una comisión histórica germano-italiana sobre los crímenes de guerra nacionalsocialistas y fascistas en Italia han registrado recientemente al menos seis mil crímenes nazis y fascistas durante este periodo; más de 24.000 italianos murieron y otros, innumerables, fueron víctimas de violaciones, torturas y secuestros.

Alemania también tiene su parte de responsabilidad en esta amnesia. Después de la guerra, en Italia y fuera de ella, utilizó su

poder económico para impedir que salieran a la luz las numerosas masacres de la Alemania nazi en estos países.

Si Italia hubiera hecho su trabajo de memoria, ¿serían tan numerosos los ciudadanos que excusan y relativizan el fascismo? Si los responsables, pero también la población que había apoyado al régimen criminal, hubieran asumido su responsabilidad, ¿los italianos serían tan sensibles a los discursos demagógicos? Si el poder político de Berlusconi ayer y de Matteo Salvini hoy prefiere no informar a la población sobre el pasado, ¿no es por temor a forjar un espíritu crítico y democrático en los ciudadanos que no interesaría a los populistas? Recuerdo el comentario de Sabrina Gasparrini, secretaria general de la Federación Italiana de los Derechos Humanos, publicado en *The Guardian* después de las elecciones de 2018: «La posguerra nos ofrece una oportunidad democrática. La nueva República se suponía que permitiría y animaría a la población a participar en la vida política. La libertad de opinión y la libertad de reunión habrían tenido que preparar el camino para un debate ciudadano abierto. Pero la historia no siempre funciona así».

Los nazis nunca mueren

Habitualmente, no veo la televisión, pero el 5 de septiembre de 2015 había una excitación inusual en el aire, el presagio de que la Historia se estaba escribiendo, transmitida a la velocidad del rayo por la radio y las redes sociales, y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, encendí mi aparato en Berlín y me pegué, con el corazón acelerado, a unas imágenes que, curiosamente, recordaban las de la caída del Muro. La canciller Angela Merkel había derribado un nuevo muro, el erigido entre pueblos de destinos desiguales, los europeos y aquellos a los que les gustaría serlo. Europa, antaño tierra de guerras feroces, de genocidio y de divisiones fratricidas, se había convertido en un edén a los ojos de millones de personas impregnadas de la triste suerte de haber nacido en un mal lugar, en un mal momento, a merced de tiranos que disponen de la vida de los pueblos como si jugaran al ajedrez.

Ya hacía años que los europeos seguían el drama de estos éxodos con riesgos insensatos, ochocientas personas a bordo de un barco previsto para cien, abandonadas a su suerte por barqueros desalmados, implorando a los cielos para que no se levantara viento en el Mediterráneo y no transformara la embarcación vetusta en un ataúd gigante que se sumaría en el fondo de las frías aguas al

amplio cementerio de los refugiados anónimos. En 2015, el fenómeno había adquirido aún más amplitud con la llegada masiva de sirios que huían de una guerra civil y de un dictador ebrio de poder. Estaban cansados de jugarse la vida a la ruleta rusa, de ser los rehenes del azar de las bombas, extenuados por haber excavado tantas veces bajo los escombros de un hospital, una escuela o una casa, con las sienes ardientes, con la esperanza de encontrar a una hija, un hermano o una madre, para finalmente palpar con los dedos temblorosos un cadáver rígido como una momia bajo el polvo blanco.

Desde el inicio del conflicto en 2011, más de 4 millones de ellos habían huido hacia los países fronterizos de Siria y, en 2015, centenares de miles se habían lanzado a la carretera de los Balcanes, atravesando incansablemente miles de kilómetros a través de Grecia, Macedonia y Serbia, con destino a Hungría, con la esperanza de poder continuar a partir de allí hacia el oeste. Pero Hungría no estaba preparada y pronto se vio desbordada. Le entró miedo y cerró sus fronteras con alambradas de espino para impedir que los inmigrantes entraran en su territorio. Al menos 150.000 ya habían entrado, acogidos en unas condiciones indignas que las cámaras empezaban a mostrar al mundo. Estas imágenes quizá fueron el desencadenante de la decisión sorprendente de la Oficina Alemana de Migraciones de publicar, el 25 de agosto de 2015, un tuit cuyo alcance visiblemente no había valorado: *#En la práctica, ya no respetamos actualmente el proceso de Dublín para la mayoría de los sirios*. El mensaje ambiguo sonó como una invitación inesperada para los refugiados arrinconados en la carretera de los Balcanes, que comprendieron que Alemania renunciaba a mandar de vuelta a los sirios al primer país de la Unión Europea donde habían tocado tierra, como preveían los acuerdos de Dublín. El tuit corrió como un reguero de pólvora.

El 4 de septiembre de 2015, una columna de mil refugiados con pancartas que declaraban su amor por Angela Merkel salió de la

estación de Budapest y enfiló a pie la autopista en dirección a Austria, desde donde esperaban poder llegar a Alemania. La policía húngara intentó detenerlos sin violencia, pero una voluntad inaudita movía a aquella multitud compacta y nada parecía poder dispersarla. En la estación de Budapest, reinaba el caos, los refugiados rompían las barreras de la policía y se precipitaban a los andenes para intentar subir a los trenes que se dirigían al oeste. Hora tras hora, la tensión subía en Hungría, se convocó un gabinete de crisis y empezó a tomar forma una idea atrevida, incluso provocadora. La misma noche, el primer ministro húngaro, Viktor Orbán, dio a conocer su decisión a Berlín y a Viena: en una hora, desplegaría un centenar de autobuses para transportar a cuatro mil de los seis mil inmigrantes hasta la frontera austrohúngara; Austria decidiría a quién dejaba entrar. Tomado por sorpresa y, sin duda, también asustado, el canciller austriaco Werner Faymann llamó a Angela Merkel para preguntarle si estaría dispuesta a abrir sus fronteras, puesto que era a Alemania donde la gran mayoría de los refugiados quería dirigirse. La canciller tenía unos instantes para decidir.

Al ver las imágenes de aquella larga columna de mujeres, hombres y niños caminando por la autopista, extenuados pero determinados, tuvo que recordar un escenario, puesto que había crecido en la RDA y sabía que las fronteras pueden ser cárceles, las de decenas de miles de alemanes orientales que, en el verano de 1989, habían cruzado en tromba la misma frontera austrohúngara, ebrios de libertad gracias a Hungría, que había tenido la audacia de desgarrar el Telón de Acero. Tuvieron que surgir también otras imágenes, las de columnas infinitas de millones de refugiados alemanes expulsados de sus tierras orientales después de la guerra, echados a las carreteras, a pie o en carros cargados hasta los topes.

Cada vez, los alemanes habían tenido que hacer sitio y sacrificios por estos hermanos y se habían esforzado en ello. Sin

duda, la canciller también imaginó el pánico a la llegada de los autobuses si la frontera permanecía cerrada, la escalada de violencia, la intervención armada de la policía húngara, los atropellos, la sangre, los muertos. Tres días antes, el mar había devuelto el cadáver de un niño de tres años, encontrado en una playa de Turquía, y la foto del cuerpo sin vida, con el rostro hundido en la arena, todavía resonaba como la firma feroz de una Europa indiferente.

Angela Merkel consultó a algunos ministros y consejeros, se aseguró con Viktor Orbán de que se trataba de una medida excepcional, sabiendo ya que no lo era, pero que, en el fondo, no tenía otra opción que decir que sí. Al día siguiente, el sábado 5 de septiembre, los primeros convoyes entraron en la estación de Múnich. En un fin de semana, llegaron 17.500 refugiados, muchos más de los previstos, seguidos de 6000, 8000 y hasta 13.000 personas al día la semana siguiente. Viktor Orbán continuaba dejando que el flujo se derramara sobre Alemania. Mientras Horst Seehofer, entonces ministro presidente de Baviera, *Land* limítrofe de Austria, gritaba encolerizado y exigía el cierre inmediato de las fronteras, la canciller llamaba a sus homólogos europeos para pedirles que se ocuparan de una parte de los refugiados. Los italianos, los griegos y los suecos ya cumplían más que nadie con su deber de acogida, los demás no dieron ninguna muestra de solidaridad, excepto el presidente francés François Hollande, que hizo un pequeño gesto y anunció que acogería a mil refugiados en Francia. Merkel se mantuvo firme, los dados de la Historia estaban echados. A finales de 2015, un millón de refugiados había llegado a suelo alemán.

Cuando encendí la televisión el primer día de la llegada de los refugiados a Múnich, la primera imagen que vi fue un tren de la Deutsche Bahn en el andén donde desembarcaba una multitud de

viajeros, algunas mujeres con velo, niños, pero, sobre todo, hombres solos, bastante jóvenes. Durante una fracción de segundo, temí que la acogida transcurriera mal y, al ver su aspecto, ellos debían de pensar lo mismo. Al instante siguiente, la cámara mostró estas palabras escritas por todas partes en el suelo, pancartas, banderolas, «*Willkommen! Welcome! ¡Bienvenidos!*» y se oían aplausos y aclamaciones de alegría. Centenares de ciudadanos alemanes habían acudido a esperarlos con pelotas, ositos de peluche, agua, ropa, algunos incluso habían confeccionado pequeñas bolsas que contenían naranjas, sándwiches y galletas. Los rostros de los extranjeros se iluminaron, primero con una pequeña sonrisa tímida, un momento de sorpresa y después la alegría franca del alivio, manos que saludaban, que hacían el signo de la victoria, otras que estrechaban la bandera alemana contra su corazón.

En mi mente, todo iba muy deprisa, aquellas imágenes se superponían a las de los trenes de la Reichsbahn abarrotados que soltaban su carga humana en la rampa de los campos, donde los guardianes recibían a los condenados a puntapiés, gritándoles para que se apresuraran a ir a morir. Volvía a ver las columnas de judíos en la estación de Mannheim, con una maleta en la mano y un chiquillo en la otra, las multitudes de alemanes adoctrinados que hacían el saludo hitleriano al unísono, la foto del joven alemán oriental Peter Fechter en un charco de sangre al pie del Muro, condenado por los guardias fronterizos a morir solo después de haber agonizado durante una hora porque había querido ser libre. Me di cuenta de que el acontecimiento histórico era aquello: después de un largo recogimiento para purgar la herencia envenenada de sus antepasados, los monstruos nazis, los criminales comunistas y la multitud de *Mitläufer* que los había acompañado, el pueblo alemán por fin tenía una actitud buena, la mejor incluso que había imaginado nunca que tendría un día, la de caballero de la humanidad, profeta de la fe en el ser humano.

No debía de ser la única que había sufrido un choque emocional al ver estas imágenes aquel día, porque, las semanas siguientes, decenas de miles de voluntarios ofrecieron su apoyo donde podían, hasta el punto de que las autoridades no solamente estaban desbordadas por los inmigrantes, sino también por los que querían ayudarlos. La avalancha de voluntarios era tal que las autoridades tuvieron que mandarlos a casa tras explicarles que eran más numerosos que los refugiados. Unos amigos organizaron recorridos en coche para recoger en casa de unos y otros todo lo que podía ser útil para los exiliados, unos antiguos colegas jubilados de mi padre ofrecieron su experiencia para guiarlos en el laberinto administrativo alemán, los propietarios de un club deportivo instalaron camas de campamento en sus locales, unos profesores se presentaron voluntarios para dar clases de alemán, unos chefs de cocina para cocinar, unos psicólogos para asistir a los niños. Los medios de comunicación rápidamente tomaron partido por esta nueva religión bautizada como *Willkommenskultur* («cultura de acogida») y lanzaron mensajes eufóricos que llamaban a los alemanes a liberar lo mejor de sí mismos tras las huellas de la canciller, una hija de pastor protestante que había sabido imponer como nadie antes la moral en política.

En todo el mundo, las voces alababan aquella generosidad, que se creía desaparecida en la humanidad, y las tribunas de los periódicos daban testimonio del orgullo de ser alemanes. Alemania ya había dado sus primeros pasos en patriotismo durante la Copa del Mundo de Fútbol de 2006, cuando todo un pueblo había tomado conciencia en un mismo impulso de que tenía derecho a amar a su país y a decirlo, sin que aquello implicara odio o arrogancia hacia los demás. Por primera vez, las banderas negro-rojo-dorado habían ondeado en el cielo, desde los balcones, los coches, la ropa y el cabello de la gente, y todavía oigo el clamor que se elevaba en el silencio de las calles desiertas de Berlín, el de miles de berlineses que por nada del mundo habrían dejado de ir a aclamar a la

Mannschaft (selección alemana de fútbol) en filas apretadas delante de las pantallas dispersas por la ciudad. Pero aquello no era nada al lado del terremoto de 2015, el otoño de la redención de los alemanes, casi exactamente un siglo después del inicio de una larga maldición, inaugurada con el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial.

En esta efusión contagiosa, confieso que incluso pensé en adoptar a un niño sirio, pero finalmente me contenté con dar mi número de teléfono para poner mi piso a disposición de los refugiados que llegaran tarde por la noche a Berlín y necesitaran alojamiento en espera de encontrar un lugar en un campamento. Algunas organizaciones intentaban promover el alojamiento en casas particulares, para facilitar el contacto de los refugiados con los autóctonos y su integración. Nunca me llamaron, quizá porque había excluido a los hombres, que constituían la mayoría de los candidatos, o bien porque la logística era demasiado complicada debido a las llegadas en masa, ya que también había que gestionar las cohabitaciones que no evolucionaban bien, que no eran raras.

Poco a poco, el entusiasmo del principio se fue moderando, cuando los municipios de las fronteras se despertaron una buena mañana con más refugiados que habitantes en las calles, cuando unos voluntarios superados tocaron la sirena de alarma y cuando los proveedores de equipamiento declararon que se habían quedado sin existencias. La inquietud aumentaba. Dio paso al enloquecimiento el 31 de diciembre de 2015, cuando, durante la Nochevieja en Colonia, más de 600 mujeres fueron acosadas y sufrieron tocamientos delante de la estación donde miles de hombres jóvenes del norte de África y de Oriente Medio se habían reunido. La política de inmigración, que Angela Merkel realizaba en solitario desde el principio, perdió popularidad. Una mayoría de alemanes continuaba apoyándola, pero las protestas aumentaban cada vez más. La violencia contra los refugiados y los centros de acogida, que habían empezado a principios de 2015, era cada vez

más frecuente. La hostilidad llegó al centro de la sociedad, alimentada por los ataques islamistas en suelo alemán: agresiones con cuchillo contra transeúntes y policías, y, sobre todo, el atentado de un islamista que arremetió al volante de un camión contra un mercado de Navidad en Berlín, causando doce muertos y más de cincuenta heridos, antes de huir ante las narices de la policía berlinesa.

Una sospecha sorda y generalizada respecto a los musulmanes, los refugiados, los árabes, los extranjeros, se extendía perniciosamente. ¿Este grupo que circula por la plaza son violadores? ¿Estas mujeres con velo y una multitud de hijos se aprovechan de la asistencia social alemana? ¿Este joven que acaba de subir al autobús con una bolsa extraña es un terrorista? Había un cambio en la atmósfera, en la mirada de la gente, cuando una mujer totalmente tapada pasaba por delante de una terraza de café, en la tensión que electrizaba a los usuarios del metro cuando un grupo de jóvenes gritaba en árabe atropellándose en el andén o en mi decisión de no llevar una falda demasiado corta en algunos barrios.

Un malestar se apoderó de los medios de comunicación, acusados de haber realizado una cobertura entusiasta de la crisis de los refugiados, desprovista de mirada crítica, incluso de discernimiento. La mayoría de ellos entonaron su *mea culpa* y corrigieron el rumbo. Muchos iniciaron una reflexión de fondo para mejorar el equilibrio y la transparencia de su cobertura informativa.

El optimismo de los alemanes descendió un poco más cuando sus vecinos del grupo Visegrad — Hungría, Polonia, la República Checa y Eslovaquia— se negaron a aceptar su cuota de inmigrantes a fin de aliviar a los países como Italia y Grecia. Aunque los países del antiguo bloque soviético contaban con muy pocos refugiados, las poblaciones tenían la sensación de estar ya «invadidos», incluso los jóvenes, un grupo de edad habitualmente más tolerante. Esta falta

de solidaridad con los socios de la Unión ponía de manifiesto una amnesia singular. ¿Acaso estos países no habían recibido cientos de miles de millones de euros de los fondos de cohesión de la Unión Europea desde la ampliación? Y durante la era soviética, sus millones de ciudadanos que huían de las dictaduras comunistas, ¿no habían sido acogidos con los brazos abiertos por Occidente?

El miedo al extranjero en las sociedades de Europa del Este también tiene razones históricas. Después de las dos guerras mundiales, las fronteras de estas regiones se reorganizaron varias veces para evitar la formación de fuertes minorías en los Estados y prevenir los conflictos internos. Estos cambios generaron una gran homogeneidad etnorreligiosa, que se reforzó con el exterminio de la mayoría de las comunidades judías, que contribuían a la diversidad cultural de Europa del Este.

Después, a partir de 1945, las dictaduras comunistas llevaron al extremo esta compartimentación, prohibiendo mirar el mundo de una manera que no fuera a través del tragaluz del pensamiento único y cerrando las sociedades a cualquier influencia exterior. La Unión Soviética impuso a estos pueblos una memoria que no era la suya, los obligó a conmemorar el heroísmo del Ejército Rojo, al que odiaban. Países que se habían aliado con la Alemania nazi, como Hungría, Eslovaquia, Rumanía, Bulgaria y Croacia, o que habían esperado su victoria contra Rusia, como los países bálticos y Ucrania, fueron forzados a identificarse con el campo soviético contra el que, en realidad, habían combatido. La política de la Unión Soviética, al imponer un tabú abrumador sobre el pasado de estos países, no dejaba ningún lugar al trabajo de memoria.

Ahora bien, el fascismo había sido muy popular en la región, en el periodo de entreguerras, con la emergencia de partidos como la Guardia de Hierro en Rumanía, el tercer partido fascista más poderoso de Europa, o el Partido de la Cruz Flechada en Hungría. Muchos de estos países hicieron una política antisemita y colaboraron con los alemanes en el exterminio de los judíos de

Europa.

En Rumanía, bajo el régimen del general Ion Antonescu, el ejército ayudó a los alemanes a masacrar y deportar entre 280.000 y 380.000 judíos y alrededor de 25.000 sintis y romaníes, principalmente de territorios anexionados y de la región de Odesa. En Hungría, el almirante Miklós Horthy cedió, en marzo de 1944, a la presión del Reich, que mandó deportar a más de 430.000 judíos a Auschwitz en menos de dos meses gracias al celo de la administración y de la policía húngara. Bajo la presión internacional, Horthy detuvo las deportaciones, pero el Partido de la Cruz Flechada se hizo con el poder y tomó el relevo. En total, más de 560.000 de los 825.000 judíos que vivían en Hungría y en los territorios bajo su control fueron exterminados, así como miles de sintis y romaníes.

El dirigente eslovaco, el sacerdote católico Jozef Tiso, aliado de la Alemania nazi, consintió sin gran resistencia en deportar a más de 57.000 de los 89.000 judíos de su país, hasta que le puso freno cuando comprendió que los deportados no eran «reubicados», sino exterminados. Más tarde, los alemanes deportaron por la fuerza a 12.600 judíos eslovacos más. En Croacia, los fascistas pro-Eje, la Ustacha, instauraron una dictadura sanguinaria, marcada por una política de purificación étnica, en la que sucumbieron entre 300.000 y 400.000 serbios, unos 30.000 judíos y 25.000 sintis y romaníes.

Bulgaria representa una excepción. Entregó a los alemanes a 11.000 judíos de territorios recientemente anexionados, pero, cuando Alemania exigió los 50.000 judíos de Bulgaria, los ciudadanos se opusieron con tanta virulencia que la idea fue rápidamente abandonada, una actitud rara en Europa que merece señalarse.

Los países bálticos no eran aliados del Reich pero, en junio de 1941, acogieron a los soldados alemanes como a libertadores, después de haber pasado un año bajo el yugo de los soviéticos. Por esta razón, pero también por antisemitismo, colaboraron, a veces

con una violencia inaudita, en especial en Letonia y Lituania, donde más del 95 por ciento de los judíos que se habían quedado en el país, respectivamente 75.000 judíos y 210.000 judíos, fueron exterminados, el porcentaje más elevado de Europa.

Al caer el Telón de Acero, finalmente liberados del dictado memorial soviético, muchos de estos países se pusieron a buscar héroes en su historia nacional y los primeros que encontraron fueron los que habían apoyado a los nazis contra el Ejército Rojo durante la guerra. En Ucrania y en los países bálticos, también para provocar a Rusia, se honró a los veteranos nacionales de las Waffen-SS. En Rumanía, Ion Antonescu fue rehabilitado y presentado como el que había salvado a Rumanía de lo peor durante la guerra...

Después, bajo la influencia creciente de la Unión Europea, algunos países empezaron a enfrentarse a sus responsabilidades pasadas. Lituania se excusó hace mucho tiempo ante la comunidad judía y adoptó una serie de leyes sobre la restitución de los bienes judíos, y varios lugares de memoria, películas y novelas han permitido despertar el interés de la población. Rumanía retiró las estatuas de Ion Antonescu a partir de 2002, cambió el nombre de las calles que llevaban su nombre y después reconoció su colaboración en la Shoá e incorporó este episodio al programa escolar.

En otros países del Este donde apenas se ha realizado trabajo de memoria, el revisionismo y la nostalgia fascista han ganado fuerza desde hace unos años. En Croacia, existe una aspiración política a rehabilitar a la Ustacha; en Eslovaquia, una formación que recupera abiertamente el contacto con el pasado fascista del país, Nuestra Eslovaquia, ocupa escaños en el Parlamento desde 2016, con un 8 por ciento de votos. El ministerio fiscal ha reclamado la prohibición del partido.

El país más marcado por esta tendencia es Hungría, donde hubo

que esperar a 2015 para que el Estado reconociera la responsabilidad del país en la Shoá. El dirigente Viktor Orbán inició una política de rehabilitación del dirigente antisemita y pronazi Miklós Horthy, al que califica de «estadista excepcional». Numerosas plazas y calles llevan ahora el nombre de Horthy en Hungría y se han erigido estatuas con su efigie. El mismo honor beneficia a los escritores fascistas Albert Wass y József Nyirö, perseguidos por crímenes de guerra después de 1945. El primero escribió un poema titulado: «La invasión de las ratas. Una enseñanza para jóvenes húngaros», una alegoría de los judíos en la que no cabe duda sobre la suerte que al poeta le gustaría reservarles. El segundo, ideólogo del Partido de la Cruz Flechada y gran admirador de Joseph Goebbels, fue objeto de una querrela diplomática en 2012, cuando los representantes del Estado húngaro quisieron organizar una ceremonia de «reenterramiento» de su urna en su pueblo natal de Rumanía. Este país protestó firmemente, puesto que este fascista era *persona non grata* en sus tierras. Actualmente, Albert Wass y József Nyirö están en el programa escolar húngaro. Me pregunto si los estudiantes leen también al premio Nobel Imre Kertész, húngaro deportado a la edad de catorce años a Auschwitz, galardonado por una obra atormentada por el disparate del Holocausto.

De manera general, la retórica inspirada en el léxico nazi no es un tabú en Hungría y algunos políticos y periodistas la utilizan alegremente. Zsolt Bayer, una personalidad influyente, buen amigo de Orbán y cofundador del partido en el poder, el Fidesz, considera que «si alguien atropella a un niño gitano, actúa correctamente». En 2013, escribió en el periódico conservador *Magyar Hírlap*: «Una gran parte de los gitanos no son aptos para vivir entre los humanos. [...] Son animales. Estos animales no deberían tener derecho a existir. En ningún caso. Esto debe resolverse de inmediato y de la manera que sea». En 2016, el gobierno de Viktor Orbán elevó a Zsolt Bayer al rango de caballero de la Orden del Mérito.

Los más extremistas son los representantes del Jobbik, un partido neofascista y orgulloso de serlo que obtuvo un 20 por ciento de los votos en las últimas elecciones. Muestran su admiración por el almirante Horthy y están afiliados a las milicias paramilitares que aterrorizan a los sintis y los romaníes, como la Nueva Guardia Húngara, que enarbola una bandera blanca con estrías rojas inspirada en la del Partido de la Cruz Flechada, uno de los principales actores del Holocausto en Hungría. La obsesión por Israel entre los miembros del Jobbik roza lo patológico y los insultos hacia los judíos son de tal vulgaridad que prefiero abstenerme de reproducirlos. La mayoría de los partidos europeos de extrema derecha consideran al Jobbik intratable.

Sin ser tan extremista, Viktor Orbán se ha convertido en el líder de las teorías del complot y del discurso nacionalista e inmatista en Europa desde que desafió a la Unión Europea en la crisis de los refugiados. En las elecciones legislativas de 2018, su partido, el Fidez, en alianza con el Partido Popular Democristiano (KDNP), obtuvo el 49,2 por ciento de los votos, tras una campaña electoral centrada en el tema de «ataques» realizados por oscuras fuerzas enemigas que pretenden el «gran reemplazo» de la población europea blanca por inmigrantes árabes, una teoría muy de moda en los círculos populistas de derechas.

Las fuerzas oscuras, según Orbán, son los burócratas de Bruselas, los medios de comunicación, los intelectuales liberales, los medios de negocios globalizados... y, sobre todo, el millonario estadounidense judío de origen húngaro George Soros, nacido en 1930 en Budapest, chivo expiatorio número uno cuyo rostro apareció en carteles pegados en las calles de todo el país, flanqueado por advertencias a la población durante la campaña electoral. Soros apoya activamente la consolidación de la democracia y de la sociedad civil en Hungría y en los antiguos países del Este, desde el hundimiento del comunismo. Es una piedra en el zapato de Viktor Orbán y su modelo de «democracia

iliberal», que no es otra cosa que un desmantelamiento de las instituciones democráticas: toma de control de los medios de comunicación, amordazamiento de la sociedad civil, bloqueo de las investigaciones por corrupción centradas en los miembros del Fidesz y acoso a las ONG, como la Open Society de George Soros, que acaba de anunciar su traslado a Berlín. A pesar de este control autoritario, una parte de la sociedad húngara expresa regularmente su oposición a Orbán.

Podemos preguntarnos si un régimen que desprecia abiertamente la democracia y calumnia a la Unión Europea, a la vez que se beneficia de las ventajas que esta le confiere, tiene un lugar en la comunidad. Tanto más cuanto que su estilo de gobierno podría influir en la región, como ya ha ocurrido en Polonia, donde el partido ultraconservador PiS también ataca los fundamentos de la democracia y las libertades individuales: control de la televisión, purga en el ejército, reforma de la justicia para privarla de su independencia y ofensiva contra el derecho al aborto, ya muy restringido en este país católico practicante. El PiS tropieza con una oposición política todavía vigorosa, con la resistencia valerosa de una parte de la prensa y de la sociedad civil. Pero la xenofobia y el antisemitismo proliferan peligrosamente.

En Varsovia, tiene lugar cada año el mayor acontecimiento nacionalista de Europa, una «marcha de la independencia» que reunió a 250.000 personas en noviembre de 2018, entre ellas representantes del gobierno y del PiS, coreando «Orgullo, orgullo, orgullo nacional». En un ambiente de antorchas humeantes y explosiones de petardos, desfilaron jóvenes esgrimiendo símbolos fascistas, imágenes de Cristo y banderolas que resumían su visión de un mundo ideal: «Queremos a Dios», «Muerte a los enemigos de nuestro país», «Polonia pura, Polonia blanca».

La crisis de los refugiados y el terrorismo islámico han alimentado

estas derivas. En casi toda Europa, han servido de motor a la extrema derecha y al populismo, que experimenta un éxito sin precedentes desde 1945. En el momento en que escribo estas líneas, en Austria, el FPÖ gobierna en calidad de socio de coalición minoritaria; en Italia, la Liga del Norte y el Movimiento 5 Estrellas se reparten el poder; en los Países Bajos, el Partido por la Libertad de Geert Wilders es la segunda fuerza del Parlamento (13 por ciento de los votos en 2017); finalmente, Polonia y Hungría siguen un camino cada vez más autoritario.

En Francia, el Frente Nacional, recientemente llamado Agrupación Nacional, solo obtuvo el 13,2 por ciento de los votos en las elecciones legislativas de 2017 y atraviesa una crisis interna. Pero esto no debería hacer olvidar que el partido terminó en primera posición en las elecciones europeas de 2014, así como en las elecciones regionales de 2015. En las últimas elecciones presidenciales de 2017, su presidenta, Marine Le Pen, conquistó el segundo lugar detrás de Emmanuel Macron, cuando Francia solo acogió a un puñado de refugiados.

Quince años antes, en 2002, el padre de Marine, Jean-Marie Le Pen, ya había conseguido acceder a la segunda vuelta de las elecciones presidenciales ante el conservador Jacques Chirac, una primicia para el Frente Nacional. Recuerdo la oleada de indignación que sublevó a los franceses y el impulso que los sacó de su letargo entre las dos vueltas. ¿Cuántos de ellos salieron a las calles en toda Francia para decir «¡Nunca más!»? Casi todos los partidos políticos dieron la consigna a sus electores de votar por Jacques Chirac en la segunda vuelta para frenar al Frente Nacional. Fueron escuchados y Chirac se llevó más del 82 por ciento de los votos.

En 2017, yo también estaba en Francia, pero no hubo grandes manifestaciones, no se produjo una gran oleada de solidaridad de los franceses para poner fin a un escenario inquietante. Algunos líderes, como el de la extrema izquierda Jean-Luc Mélenchon, animaron a sus electores a votar en blanco, haciendo el juego a

Marine Le Pen. Emmanuel Macron ganó las elecciones y se gritó victoria, aunque el Frente Nacional había obtenido el mejor porcentaje de su historia: 33,9 por ciento. Es lo que recibe el nombre de «normalización» de una extrema derecha que ya no inquieta, que ya no indigna. ¿Y si se tratara de un lento deterioro de la vigilancia, de una progresión contagiosa de la indiferencia, ese enemigo de la democracia?

También en la izquierda reina cierta confusión en Francia, donde algunos se adhieren ciegamente a movimientos en cuanto pretenden proteger «al pueblo». Una visión romántica de la revuelta popular en Francia estimula una lógica de doble vara de medir en materia de moral y tolerancia: se excusa el egoísmo y la violencia de algunos movimientos sociales poco preocupados por el bien colectivo y se cae fácilmente en la seducción de los demagogos que constantemente quitan la responsabilidad a los ciudadanos y la transfieren a «los de arriba». Algunos intelectuales y medios de comunicación tienen una gran responsabilidad en alimentar los discursos populistas burlando a la «revolución» con una falta de discernimiento y de honestidad intelectual lamentables. Esta ingenuidad se explica, a mi modo de ver, por el hecho de que Francia no ha pasado por la experiencia del terrorismo de extrema izquierda ni de la dictadura comunista, contrariamente a Alemania, que ha tenido la Fracción del Ejército Rojo y la RDA. La sociedad civil de Francia debe responsabilizar a los ciudadanos de sus deberes en una democracia y organizarse mejor para hacer oír su voz ante un Estado muy centralizado.

Justo después de los atentados de noviembre de 2015 en París, cuando Marine Le Pen encabezaba los sondeos, yo había publicado en una revista francesa un relato personal en forma de oda a la resistencia de Alemania a la extrema derecha. En él, invitaba a los franceses a exiliarse a Berlín en caso de victoria del Frente

Nacional, una especie de revancha de la historia. ¿Qué les diría hoy a estos lectores? Alemania, una fortaleza democrática construida sobre la memoria de dos dictaduras, profunda como en ningún otro país del mundo, un país donde ningún partido de extrema derecha ha ocupado un escaño en el Bundestag desde su creación en 1949, ha cedido a su vez al populismo. La AfD, que tenía problemas para abrirse paso desde su creación en 2013, se ha metido a través de la brecha abierta por la crisis de los refugiados. Ni el claro endurecimiento de la política alemana respecto a los inmigrantes, ni la caída considerable del número de nuevas llegadas han frenado su ascenso. Actualmente, la AfD tiene 92 diputados en el Bundestag y está presente en todos los parlamentos regionales.

El presagio de una tormenta inevitable flota en el aire, como si el mundo que me había visto nacer y crecer se escabullera, como si los sueños por los que mis padres habían trabajado murieran lentamente ante mis ojos. Como si la amnesia estuviera contaminando Europa. Sin embargo, los partidos políticos causantes de mi malestar emiten ciertos mensajes que deberían gustarme: afirman que quieren encarnar una democracia más justa representando *realmente* al pueblo, preservar Europa del islamismo oscurantista, defender la libertad de opinión contra la censura de lo políticamente correcto y proteger a los ciudadanos contra los excesos de la globalización. Libertad, Europa, democracia, respeto por la tierra, todas ellas son causas que valoro. ¿Estaré cayendo en el alarmismo o incluso en la paranoia? Hay que mirar detrás de los eslóganes para saberlo.

El 3 de marzo de 2018, a la entrada del pueblo austriaco de Aistersheim, una torre de agua enmarcada por cuatro torrecillas, colocada como un espejismo sobre un agua helada, parece esperar a unos invitados destacados. Un cartel anuncia: «*Kongress der Verteidiger Europas*» (Congreso de los Defensores de Europa).

Cruzo el puente de madera por encima de los fosos y entro en la guarida con una fachada neorrenacentista apenas pintada de ocre. Me estremezco ligeramente cuando una azafata me pregunta mi nombre y lo comprueba en una lista. Tengo mi tarjeta de invitación, por la que he pagado 48 euros, pero temo que los organizadores, que han especificado en el sitio web que solo la prensa «amiga» estaba invitada, hayan buscado mi nombre en internet. No estoy aquí para cubrir el acto para un medio de comunicación, pero dudo que mi perfil guste en este lugar, donde prevalece la fórmula: «Quien no está con nosotros está contra nosotros».

Me dejan entrar en el gran patio del imponente edificio y subo por una escalera exterior que conduce a una galería de arcadas que rodea el primer piso. Entro en una amplia sala aureolada con bóvedas ojivales góticas, cuyas paredes están cubiertas de pinturas del siglo XVII, y ocupo un lugar en medio de unas 300 personas, sentadas frente a un podio donde un estrado dotado de un micrófono espera a los que van a intervenir.

El teniente de alcalde del FPÖ de la ciudad de Graz, Mario Eustacchio, abre el baile. Está preocupado, dice, por la «población autóctona», cuya «tasa de reproducción» sería inferior a la de los inmigrantes. «Si esta situación continúa, seremos extranjeros en nuestro propio país», se alarma, antes de designar al responsable de esta situación catastrófica de Europa: «la veneración de los derechos humanos», que ha sustituido a los «antiguos valores paternales». Estas palabras concuerdan con los carteles colgados en las paredes de la torre, que reclaman: «¡Acabemos con la *Gutmensch* (gente de bien) que siembra el terror!». Están ilustrados con el dibujo de una víctima de este supuesto terror: un hombre con los ojos vendados, los brazos y el busto ensangrentados, atrapado en alambres de espino, la boca deformada por el dolor..., ¡tantos sufrimientos a causa del respeto de los derechos humanos! Es difícil de comprender.

Le toca el turno de tomar la palabra a André Poggenburg,

representante del ala derecha de la AfD. Bajo las aclamaciones, hace un llamamiento a la «salida de Alemania» de la Unión Europea, «el Dexit», y espera que «muchos Estados europeos le seguirán los pasos y que podremos enterrar definitivamente la UE». Este «Moloc y su tendencia a una globalización neocomunista son la enfermedad nefasta del siglo XXI», y han «decretado la abnegación del patriotismo», dice. Poggenburg desea alejar la «fortaleza Europa» de Estados Unidos y acercarla a Rusia, y se subleva contra las sanciones impuestas por la UE después de la anexión de Crimea en 2014, cuya ilegalidad discute.

El presidente ruso, Vladímir Putin, es admirado en estos círculos por su autoritarismo y su desprecio de los derechos humanos, la libertad de opinión y los contrapoderes democráticos. Por su parte, Putin apoya abiertamente a los partidos populistas y los partidos de extrema derecha de Europa, a veces incluso financieramente, como ocurre con el Frente Nacional, que ha obtenido un crédito ruso.

En homenaje a la amistad con Rusia, alegran la jornada intermedios musicales con acentos rusos y germánicos. La organizadora es una gran mujer de mundo austrorrusa, que se ha especializado en la programación cultural de los círculos de extrema derecha. En Viena, organiza regularmente un «baile ruso», apreciado por los caciques del FPÖ. La aparición de Olga, una soprano rubia con vestido de satén ajustado, produce el efecto de un electrochoque en este congreso ampliamente dominado por hombres de aspecto contrariado y con discursos hostiles. Olga avanza como una reina sobre el podio, hace ondular las caderas y eleva la garganta inmaculada, de donde surge un aria irresistible, *Heia in den Bergen*, de Emmerich Kálmán, la declaración de amor de un compositor judío a su *Heimat*, Austria, que lo acogió tan fríamente a su regreso del exilio en 1949 que prefirió instalarse en París. La cantante continúa con un popurrí de canciones rusas, rozando lascivamente

el piano con su cuerpo arqueado, donde la acompaña Guiorgui, un pianista georgiano. El ritmo se acelera, los dedos ágiles de Guiorgui recorren las teclas, el chal se desliza por los hombros de Olga y deja al descubierto un escote de vértigo, la sala entra en éxtasis, es un triunfo. La gran mujer de mundo austrorrusa saborea el placer y proclama: «Ella canta por todas partes en las óperas, estaba conmigo en Crimea hace un año [...]. Se puede contar con Olga y Guiorgui, desde un punto de vista artístico y humano». Sea cual sea el significado de estas palabras, aprecio este respiro, bienvenido en una jornada que será penosa para mí.

Entra en escena un hombre de unos cuarenta años, de hombros cuadrados y barba negra cortada al milímetro. Se llama Andreas Lichert, es diputado de la AfD en el Parlamento de Hesse y presidente de una asociación del Institut für Staatspolitik (IfS), el más importante del ala derecha de la AfD y de la Nueva Derecha en Alemania. Con mirada directa y tono jovial, Andreas Lichert analiza el ascenso reciente de su partido con la ayuda de una presentación en Power Point. «Un éxito sin igual en la historia de la RFA», se felicita, en medio de una avalancha de aplausos. En la pantalla de proyección, un gráfico muestra los orígenes políticos de los electores del partido: «Nuestros nuevos electores procedentes de los partidos llamados *burgueses* son apenas más numerosos que los del bloque de izquierdas», observa Lichert.

Un segundo gráfico muestra los orígenes geográficos de los electores. Atrae la atención sobre la diferencia entre oeste y este, ya que el índice de las legislativas de 2017 era dos veces menos elevado en el oeste que en *Ostdeutschland* (Alemania Oriental). «*Mitteldeutschland!*» (Alemania Central), corrige alguien en la primera fila. «Un error embarazoso», reconoce el orador con una sonrisa divertida, «porque normalmente utilizo el término *Mitteldeutschland*, me da vergüenza, sobre todo en un círculo como

este, les ruego que me perdonen.» Estallan algunas carcajadas en la sala. Utilizar aquí el término *Mitteldeutschland* para hablar de Alemania Oriental representa considerar que todavía existen territorios alemanes detrás de la frontera del Óder-Neisse. Después, Andreas Lichert dice esta frase, pronunciada con un rictus irónico en la comisura de los labios: «Queridos amigos, la inmigración no siempre es algo malo cuando se trata de atraer electores». El público se burla.

Es difícil imaginar una confesión más cínica. La instrumentalización del miedo de los ciudadanos, con pérdida de referencias en un mundo cada vez más globalizado, ha contribuido mucho al éxito de la AfD. Las instrucciones de uso son conocidas: estimular los miedos difusos de los ciudadanos; canalizarlos hacia chivos expiatorios; transmitir una visión maniquea del mundo; producir en el electorado una sensación de pertenencia a una comunidad exclusiva. La AfD se ha vuelto experta en el arte de deformar la información, experta en el montaje de hechos cuidadosamente elegidos, sacados de su contexto y asociados en un orden preciso. Incluso los más resistentes de nosotros están condicionados por estas deformaciones repetidas a porfía por los políticos, los de la AfD y otros partidos, que dividen a la sociedad entre verdugos (la supuesta élite) y víctimas (el pueblo) y asocian a los musulmanes y a los refugiados con los criminales.

«Hemos recibido muchos más votos de la parte de los no votantes», continúa Andreas Lichert. «¿Qué es lo que caracteriza al no votante? Su pérdida de confianza en la política: cree que no vale la pena ir a votar.» Ahora bien, señala Lichert, las regiones donde la AfD «tiene más éxito», sobre todo entre los no votantes, «son aquellas en las que los representantes de la AfD son objeto de escándalos». Hace una corta pausa antes de continuar: «En Baviera, por ejemplo, el presidente regional, Petr Bystron, fue

controlado por el servicio de información interna porque había hecho un comentario positivo sobre el movimiento identitario. Por lo tanto, es un escándalo potencial». El movimiento identitario, que también vigilan los servicios de información, exige una discriminación religiosa y racista en provecho del «hombre blanco».

«En Baden-Wurtemberg», continúa Lichert, «tenemos el caso del diputado Gedeon. Lo sacan siempre a colación cuando se trata de decir “¡Mirad! ¡Alguien ha escrito un libro antisemita, es la prueba de que toda la AfD es antisemita!”.» Wolfgang Gedeon es un médico, miembro del Parlamento regional, que escribió que el Holocausto es una «religión civil de Occidente» y que «el judaísmo en su forma secular-sionista» aspira a «someter a la humanidad». Fue excluido del grupo parlamentario por la AfD, pero se le permitió conservar su puesto de representante local.

«En Turingia, tenemos a nuestro amigo Björn Höcke, que, a ojos de muchos, representa un gran potencial de escándalo», señala Andreas Lichert. «En Sajonia, tenemos a un pequeño Björn Höcke, el diputado Maier, que, en unos tuits, ha conseguido aumentar la visibilidad ante la opinión pública.» El presidente del grupo parlamentario de Turingia, Björn Höcke, es un especialista en predicciones apocalípticas y le gusta comparar a los extranjeros con animales y microbios: «Los centros de acogida para refugiados son biotopos húmedos donde los gérmenes del fundamentalismo y la criminalidad se multiplican de forma ideal». Jens Maier, diputado de la AfD de Sajonia en el Bundestag, utiliza el mismo léxico nacionalsocialista que su colega. Alaba los méritos del partido neonazi NPD, pone en guardia contra la «producción de pueblos mixtos» y profiere insultos raciales a Noah Becker, el hijo mestizo del campeón de tenis Boris Becker. Andreas Lichert recomienda inspirarse en estos maestros del escándalo, puesto que «son las personalidades que tienen más éxito» ante el electorado.

Tengo la sensación de asistir a la presentación de los candidatos de un concurso de márketing publicitario. Pero ¿cuál es el producto

que una publicidad antisemita, racista y revisionista vende a un elector? El derecho a liberar sus instintos más bajos y a transmitir la manifestación abierta y violenta de su frustración, de sus complejos, de su placer por dañar, para un acto de resistencia contra lo políticamente correcto. «Ahora, ser indecente es tener valor», escribe Melanie Amann en su ensayo *Angst für Deutschland* (Angustia por Alemania). «Cada uno redefine la propia intolerancia intentando legitimarla como si sirviera para revelar la intolerancia de los demás», escribe. «Estos círculos hacen pasar los insultos por prevención.» «Cultivan una relación paradójica con la libertad, porque, en realidad, son liberticidas, intolerantes y autoritarios.»

Andrea Lichert y los hombres cuyo «potencial de escándalo» alaba solo representan el ala derecha de la AfD. Esta ha ganado representatividad en los últimos años, al aumentar su poder frente a la tendencia más moderada. Uno de los ganadores de esta evolución es Götz Kubitschek, padre espiritual del movimiento identitario en Alemania, activista político y editor de la Nueva Derecha. También es el fundador del Institut der Staatspolitik que Andreas Lichert ha venido a presentar al congreso. Su candidatura fue rechazada por la AfD en 2015, pero su influencia ha crecido en el seno del partido y de algunos representantes del Bundestag. Kubitschek era un invitado del Congreso de los defensores de Europa en 2016.

Algunos participantes no germanófonos hacen su aparición en el podio de Aistersheim. Un hombre serbio de rostro demacrado, director del Instituto de Estudios Europeos de Belgrado, que tiene relaciones con la AfD, saluda con un «¡Dios sea con nosotros!». Se entrega a una larga exposición sobre los peligros para la «dignidad humana» del desarrollo creciente de las ciencias y la tecnología médica, promovida por un «grupo de nuevos comunistas y liberales de izquierdas». Ataca a la «píldora del día después», que «hace

caso omiso del derecho de opinión del padre sobre la decisión de abortar» en nombre de «supuestos derechos inalienables de las mujeres». Se alarma ante la decadencia de las sociedades modernas, pero termina con una nota de esperanza: «La cristiandad ya ha salvado Europa varias veces».

Después, llega al podio un joven político del Tirol del sur italiano, que, con una chaqueta austriaca y la mano en el corazón, hace un llamamiento de manera apenas velada a la anexión de su región por Austria, país al que pertenecía hasta la disolución del Imperio austrohúngaro hace un siglo. El estatuto de autonomía de la región, obtenido en los años setenta, sobre todo gracias a los repetidos sabotajes de «combatientes de la libertad tirolese», puede considerarse «una solución temporal en el camino de la libertad», dice. Da las gracias al FPÖ por apoyar esta vía, por ejemplo, inscribiendo en el programa del gobierno austriaco la posibilidad de otorgar la nacionalidad austriaca a los tirolese del sur. «¡Viva nuestra patria, Austria! ¡Viva el Tirol!», exclama, en medio de una avalancha de aplausos, antes de abandonar el estrado.

La intervención más embarazosa será la de una joven youtuber estadounidense pro-Trump, muy engalanada, que presenta un monólogo narcisista e ingenuo apenas soportable, que termina así: «Recordad que existe solo un aliado, solo uno, en el que siempre podemos apoyarnos. Es nuestro padre que está en los cielos, Dios».

A pesar de la voluntad de dar un toque internacional al congreso, los amigos del FPÖ y de la AfD en el Parlamento Europeo —el Frente Nacional, la Liga del Norte y el Partido de la Libertad de Wilders— están ausentes. Tal vez, contrariamente a sus colegas germanófonos, se niegan a mostrarse en un congreso que acoge a unos invitados tan dudosos.

Llega la hora del almuerzo. El moderador, que tiene una cicatriz en la mejilla, signo de su pertenencia a una *Burschenschaft*, anuncia que nos esperan unas delicias culinarias en la planta baja. Me pongo en una larga cola en el patio, a la entrada de un comedor

provisional. Es la ocasión de observar discretamente a un público que no me atrevía a escrutar durante los discursos: una gran mayoría de hombres, más cerca de la cincuentena que de la treintena, y un número sorprendente de jóvenes que llevan los colores de su asociación de estudiantes, así como algunas mujeres jóvenes sorprendentemente coquetas, algunas con tacones y minifalda. De repente, un grupo cruza el patio a toda prisa en dirección a la salida. «¡Los antifascistas! ¡Vamos!» Unos militantes antifascistas han conseguido acercarse a la torre a pesar de la barrera policial desplegada en los alrededores. La excitación aumenta, algunos abandonan la cola con aspecto alegre ante la perspectiva de la pelea que se prepara. El entusiasmo decae rápidamente, la policía ha interceptado a los intrusos.

Me sirvo asado de buey y *Knödel*, y voy a sentarme a una larga mesa de madera en medio de *Burschenschaftler* muy amables conmigo. Uno de ellos, claramente bávaro, les dice a sus compañeros: «Deberíamos atraer a más diputados de la CSU. Petr se ocupa de ello [podría tratarse de Petr Bytron, presidente de la Afd en Baviera]. No es fácil, muchos dicen que les gustaría pasarse a nuestro campo, pero están demasiado apegados a su comodidad para cambiar». Su vecino asiente: «Tienen miedo de la exclusión, les gusta demasiado su estatus, su dinero».

La tarde empieza con una mesa redonda que reúne a cuatro representantes de «medios de comunicación alternativos», que se preguntan sobre la mejor manera de difundir las ideas de los «patriotas». «Nuestra oportunidad son las redes sociales, donde somos especialmente activos con respecto a los demás partidos políticos», estima un joven bloguero alemán. «El tiempo juega a nuestro favor, porque la desconfianza hacia los medios de comunicación clásicos aumenta.» Una parte de la discusión se dedica a burlarse de los periodistas establecidos, tratados de

«chupatintas» y presentados como los lacayos de una «cultura dominante», impuesta por un complot izquierdista que reuniría todas las tendencias situadas a la izquierda de la AfD y del FPÖ. ¿Qué tienen que ofrecer estos periodistas «alternativos»? Se trata de «aprender a colocar nuestros contenidos», «hacer presión», «canalizar el potencial», «adueñarse de ciertos temas de moda», «llenar el vacío» con «contenido que atraiga la atención». De lo que se está hablando es claramente de propaganda. El objetivo del joven bloguero es «decir lo que se quiere y no ser políticamente correcto, sin marginalizarse». Un poco más sagaz, un colega le recuerda que, en el periodismo, «no se puede decir simplemente lo que se quiere». Todos están de acuerdo en hacer un llamamiento a los «patriotas» para que exploten las redes sociales, compartan la información y produzcan interacción. «Es muy fácil abrir una cuenta de Facebook», explica el bloguero, «y por qué no escribir una avalancha de comentarios negativos en la página de Facebook de Angela Merkel [...] para desencadenar pequeños *shitbombs*.»

En su ensayo *Propaganda 4.0. Wie rechte Populisten Politik machen* (Propaganda 4.0. Cómo hacen política los populistas de derechas), el politólogo alemán Johannes Hillje explica por qué los partidos populistas de derechas son los grandes ganadores de las redes sociales: «Proporcionan a millones de personas su versión de la verdad, sin barreras periodísticas, y consiguen crear una identidad colectiva entre sus apoyos» cultivando la «autoafirmación». La AfD es con mucho el partido político alemán más activo en internet. Dispone de una cadena de televisión, una radio y una página de Facebook con más de 400.000 seguidores. «Cuantas más reacciones hay a las entradas que circulan diariamente en las páginas de los usuarios, en mejor posición los clasifican los algoritmos de Facebook, que los redistribuyen a otros. [...] Una entrada de Facebook de la AfD que tiene éxito puede llegar a 4 millones de personas, es decir, más que las noticias televisadas de la noche.» Ahora bien, los mensajes que suscitan interacción son

los que juegan con las emociones y dividen, raramente los que invitan a la reflexión. Una mala noticia para la democracia.

Entrada la tarde, un editor austriaco de unos cincuenta años hace su aparición en el estrado. Su bigote y su perilla, su chaqueta bávaro-austriaca, su chaleco con botones cerrados y su tripa le dan un aspecto anticuado, un aire tranquilizador de burgués provinciano del siglo pasado, arraigado a su terruño. Se lanza a una diatriba contra la censura de la «libertad de opinión», antes de poner ejemplos de lo que entiende por esto: el derecho a utilizar los términos *Neger* (negros) y *Zigeuner* (gitanos), prohibidos porque se consideran racistas. Acaba denunciando la «cultura hegemónica» de la izquierda «celebrada en los medios de comunicación que en treinta años suscitará tanta incompreensión como la mentalidad del nacionalsocialismo suscita hoy».

Para tomar el aire, me paseo bajo las arcadas de la torre. Entro en salones comunicados, donde editores y organizadores presentan sus trabajos en stands. El movimiento identitario ha dispuesto pegatinas y folletos en una larga mesa, donde hombres jóvenes con la cabeza rapada por los lados y pelo más abundante en la parte superior del cráneo acogen a los visitantes. Cojo un folleto titulado *Informe anual 2017*, cuya cubierta muestra una foto de activistas del movimiento a bordo de un barco en pleno Mediterráneo, enarbolando una banderola que anuncia en letras mayúsculas: «*No way. You will not make Europe home. No way*». Su objetivo: «Dificultar las misiones de organizaciones no gubernamentales que salvan a los refugiados en el mar». Me imagino la escena, una embarcación llena de refugiados que se hunde, gritos de niños que no saben nadar, mujeres que sujetan a su bebé a pulso para salvarlo de las olas, hombres que se afanan desesperadamente, inútilmente, para evacuar el agua del fondo. De repente, se acerca un barco, surge la esperanza y después la inquietud, cuando este se

inmoviliza sin intención de intervenir. A bordo, gente joven, blancos, limpios, los miran de lejos con prismáticos y cuentan con cierta excitación: un muerto, diez muertos, cien muertos. Cuando ya no es perceptible ningún soplo de vida en la superficie del mar, se hacen un signo de complicidad: misión cumplida. Cuando dejo el folleto, una mujer me tiende una pegatina, que rechazo fríamente. A su lado, un niño pequeño de cabello rubio me sonrío.

Cerca, un editor vende manuales de utilización de armas de fuego. Me dice: «¡Ser violada puede destruir una vida! Todo está bien explicado, mire, incluso hay detalles ilustrados sobre el arte de matar con una bala en la nuca». En efecto, el dibujo del contorno de una cabeza humana de perfil explica dónde hay que disparar para acertar en el punto neurálgico. Otros stands ofrecen revistas que anuncian «Complot contra Rusia: una campaña mediática de izquierdas», «*Defend Europe*», «Detened a Soros & Co». Varias cubiertas elogian una entrevista a Alexander Gauland, que copreside la AfD.

Hojeo unos catálogos de editoriales presentes, en los que encuentro títulos como: *Antropología de Europa: raza, evolución, comportamiento*; *Los niños necesitan a sus madres: los riesgos de ceder el cuidado de los niños*. Y muchas obras de historia: *Bolchevismo judío*; *Los austriacos bajo el fuego: tragedia de la valentía 1939-1945*; *El joven Hitler: correcciones de una biografía, 1889-1914*; *Los desplazados alemanes: no actores, sino víctimas*. Algunos editores ofrecen accesorios: medallas, tazas, relojes, camisetas con mensajes e ilustraciones que rinden homenaje a la marina de guerra, a los regimientos de paracaidistas, a los grupos de blindados alemanes o a Erwin Rommel. Incluso hay botellas de alcohol con nombres sugestivos: «Gotas de la Wehrmacht» o «Poción de los combatientes del frente». Dudo si comprar una taza donde se ve la silueta de un soldado alemán armado delante de la torre Eiffel y este mensaje: «Saludos desde París». Finalmente, compro un libro titulado *Lavado de carácter: la reeducación de los*

alemanes y sus consecuencias. En cierta manera, es lo contrario a mi libro, un alegato contra la desnazificación, relacionado con la nostalgia de los alemanes que tenían tanto carácter, ¡antes de 1945!

Un olor a revisionismo recorre este congreso. El mismo que flota cuando Marine Le Pen afirma que Vichy «no es Francia», cuando los diputados del FPÖ se niegan a aplaudir en el discurso de conmemoración de la Noche de los Cristales Rotos o cuando Matteo Salvini cita a Mussolini el día del aniversario del Duce; cuando la Hungría de Viktor Orbán rinde homenaje al almirante Horthy y a los escritores fascistas; cuando la Polonia del PiS vota una ley que prohíbe atribuir una responsabilidad «a la nación o al Estado polaco» en los crímenes nazis, entre ellos, la participación activa de algunos ciudadanos polacos en la caza nazi de los judíos y en los pogromos sangrientos. El olor es el mismo cuando el presidente de la AfD, Alexander Gauland, reclama «el derecho a estar orgulloso de la eficacia de los soldados alemanes en la Segunda Guerra Mundial» o declara que «Hitler y los nazis no son más que un excremento de pájaro en más de mil años de historia alemana gloriosa». Y qué decir cuando los dirigentes del partido califican el trabajo de memoria alemán de «propaganda y reeducación orientada contra nosotros» y reclaman «un giro de ciento ochenta grados» para poner fin a la «cultura de la vergüenza».

Estos hombres difaman la identidad alemana a la que ha contribuido inmensamente el trabajo de memoria. Aniquilan el trabajo difícil, valeroso y, a menudo, doloroso realizado por millones de actores de la sociedad alemana, que han luchado para liberarse de las raíces del mal. Quieren deshacer lo que constituye la fuerza de Alemania y que el mundo entero le envidia: haber sacado de la reflexión sobre el pasado unos valores perennes que han forjado en los ciudadanos

un espíritu crítico y un discernimiento moral indisociables de la fuerza de la democracia alemana. Si se «borra de un plumazo el pasado», como algunos exigen, esta herencia es la que se pondrá en peligro, esta vigilancia frente a las repeticiones de engranajes mortíferos, frente a la apatía y al *Mitläufertum*. Este despertar democrático es lo que se pone en peligro para las próximas generaciones.

¿A quién beneficiaría este debilitamiento? ¿A los que, de un extremo al otro de Europa, se atribuyen el título de «defensor de los valores occidentales»? Pero ¿qué Europa defienden? ¿La de un continente modelado por civilizaciones y culturas multiétnicas y multirreligiosas que legaron una riqueza intelectual y artística sin igual? ¿O bien la de un continente al que el egoísmo nacional y la intolerancia transformaron en una bestia inmunda, destructora de cultura y de civilización? El camino de una Europa a la otra es el de una inversión de la moral. Cuando el bien se convierte en mal y el mal se convierte en bien. Cuando la empatía es una debilidad y el odio es valor. Cuando triunfan los amnésicos.

Posfacio

Cuánto me gusta esta ciudad. A veces, por la noche, al regresar de una cena, paseo en bici por el centro histórico de Berlín, desierto a esta hora tardía, para visitar lugares de historia atormentada cuyas heridas conozco como si fueran las mías.

Antaño, a treinta metros de mi casa de Kreuzberg, el Muro de Berlín cortaba mi calle en dos. Detrás, había una zona militar y después otro muro, y al otro lado estaba la RDA. Por la noche, desde mis ventanas, se debían de percibir siluetas en los pisos iluminados de los alemanes del este, quizá incluso su interior. ¿Qué veían ellos al mirar hacia el oeste capitalista? Sin duda, la libertad, pero también la sumisión suicida del ser humano al consumo.

Cuando cayó el Muro, la franja fronteriza que rodeaba Berlín Occidental, ese símbolo de opresión, se convirtió en un terreno de juego inagotable para los berlineses, que tomaron posesión de este espacio donde todo era posible. Pude apreciarlo a principios de la década de 2000 y siento nostalgia de aquella época dorada de una anarquía inofensiva, ni comunista ni capitalista, donde solo importaba el placer del instante presente. Se improvisaron bares en casetas en medio de ninguna parte, surgieron discotecas en bancos y hangares abandonados, se utilizaban terrenos amplios como salas de conciertos, abrían restaurantes con menú único en el salón de una vivienda particular y a nadie le preocupaba saber si era

rentable, si era legal. Los inversores inmobiliarios todavía no dictaban la ley y la ciudad apoyaba la sed de libertad de sus ciudadanos.

Hoy, en la plaza de la zona fronteriza, cerca de mi casa, hay una bonita vereda verde que las lilas perfuman en primavera. Delante de varios inmuebles, hay *Stolpersteine*, pequeños cubos incrustados en la acera que recuerdan la tragedia de los antiguos habitantes de mi calle deportados porque eran judíos.

Nosotros los europeos venimos de lejos. Nuestras memorias y nuestros sueños están divididos, a veces, son contradictorios. Pero, en esta diversidad, existe un denominador común: la experiencia del totalitarismo, que aplasta la identidad de las personas, niega su individualidad, las aterroriza, las tortura, las ciega, las manipula, para fabricar un ejército de clones al servicio de la locura mortífera de una idea. Tanto en el este como en el oeste, hemos conocido el sufrimiento, pero también la apatía ante el crimen, el *Mitläufertum*, el peligro del conformismo, de la ceguera y del oportunismo.

La historia no se repite, pero los mecanismos sociopsicológicos siguen siendo los mismos, que en un contexto de crisis nos empujan a convertirnos en cómplices irracionales de doctrinas criminales.

Esta memoria, la de nuestra propia falibilidad como individuos, es lo que tenemos que transmitir a los ciudadanos europeos. Para armarnos de discernimiento frente a nuestra propia ceguera, frente a la manipulación de populistas, tanto de derechas como de izquierdas. Sus métodos se parecen hasta el punto de confundirse con los desplegados hace un siglo y explotan la fragilidad de nuestras referencias identitarias para imponernos una nueva identidad, designar falsos culpables e invertir nuestro sistema de valores.

Pero nuestra propia europeidad no puede basarse en una memoria únicamente negativa. Conmemorar a las víctimas del

fascismo y del comunismo como hace la Unión Europea el 27 de enero es importante, pero no suficiente. Necesitamos una memoria positiva. No abandonemos este terreno a los populistas. Hay que devolver a los europeos, a los jóvenes, el orgullo de pertenecer a un continente cuyos pueblos supieron vencer dos veces al totalitarismo, en 1945 y en 1989, construyeron la democracia con el sudor de su frente y devolvieron la dignidad a los ciudadanos. Debemos estimular sus deseos de defender esta herencia luminosa contra el retorno de un pasado victimario y binario. Los europeos no son víctimas de la historia. Cada uno de nosotros será indispensable.

Julius Löbmann ya no está en este mundo. En 1961, fue a reunirse con el pequeño Fritz y su mujer Mathilde en alguna parte del universo. Con su segunda mujer, no tuvo hijos. Irma Löbmann, la esposa de Siegmund y madre de Lore y Hans, vivió un tiempo en Estrasburgo y después acabó por reunirse con sus hijos en Estados Unidos. Ya están muertos.

Lotte Kramer, que se casó con un judío alemán exiliado como ella a Gran Bretaña, tiene un hijo y nietos. Nunca se ha curado de sus heridas. Ha conservado este telegrama, que le mandaron sus padres a Inglaterra en marzo de 1942, desde el campo de Gurs: «Tenemos que cambiar de domicilio. Adiós». Fue la última señal de vida que tuvo de ellos.

Después de la guerra, Lotte quiso volver a ver Maguncia. «Las bombas habían destruido tantas cosas, era muy triste, pero nuestra casa seguía en pie. Fui a ver a los amigos de mis padres, Greta y Bertold. Su hija tenía algo para mí. Antes de ser deportada, mi madre había llenado un gran baúl con montones de cosas, sábanas, manteles. Era una dote para mi boda. Sabía que no iba a regresar.»

En la década de 1970, Lotte Kramer empezó a escribir poemas.

SILENCE

Today the river slinks like oil,
Hardly a current in its mud
As autumn leaves crawl on its face.
I left them in their blinding talk
To meet adopted path and sky,
And bend the grass for light and space.
Here I can hold the air with birds,
Still, solitary in their flight
Without men's calculated race.
Now only sun and water rule
Unchallenged over silent pain:
And the burst cry of a grey swan.

LOTTE KRAMER

A handwritten signature in cursive script, reading "Lotte Kramer". The ink is dark and the handwriting is fluid and somewhat slanted to the right.

SILENCIO

Hoy el río es de aceite,
apenas una corriente en el limo,
en la superficie resbalan hojas de otoño.
Las dejé en su charla ciega,
partí en busca de otros caminos y cielos,
a hendir la hierba, captar la luz y el espacio.
Aquí puedo abrazar el aire y los pájaros
silenciosos, solitarios vuelos
lejos de la carrera premeditada de los hombres.
Ahora solo reinan el sol y el agua
incondicional sobre una pena silente:
y de repente surge el grito de un cisne gris.

LOTTE KRAMER

A handwritten signature in black ink, reading "Lotte Kramer". The script is cursive and fluid, with the first name "Lotte" written in a larger, more prominent hand than the last name "Kramer".

Epílogo

El peso de un pasado sucio

José Álvarez Junco

Desde 1945, Alemania se convirtió en el ejemplo europeo y mundial de país con un «pasado sucio». Las dos grandes guerras del siglo XX, el nazismo y, sobre todo, el genocidio judío o Shoá, habían dejado muy profundas heridas en su cultura, su memoria y su vida política, por no hablar de las pérdidas humanas. Hubo que plantearse la tarea no solo de desnazificar aquella sociedad, sino la de depurar culpas y delimitar responsabilidades por lo ocurrido. Los principales dirigentes nazis fueron condenados en Núremberg y otros juicios. Para ello, hubo que elaborar tipos penales nuevos, como el genocidio o los crímenes contra la humanidad, que se consideraron vigentes pese a ser posteriores a los hechos juzgados. Superado este importante escollo jurídico, tipificar las conductas individuales presentó pocas dificultades. Porque no hacía falta devanarse los sesos para declarar culpables a quienes habían decidido la Solución Final, como no hacían falta sutilezas para distinguir entre víctimas y verdugos en Auschwitz.

Calificar la conducta del conjunto de la población, en cambio, resultó más complicado. Como suele suceder en esas ocasiones, la opinión se dividió entre los que pedían un completo esclarecimiento

de lo ocurrido y los partidarios del borrón y cuenta nueva. Estos últimos se escudaban en los trillados argumentos de que los alemanes, como pueblo, habían sido contrarios o ajenos a aquellos crímenes: o bien habían actuado forzados o bien los desconocían, al menos en sus dimensiones reales. En lugar de victimarios, los alemanes habían sido triplemente víctimas: de los nazis, de los bombardeos aliados y de los soviéticos. Este es un tema que ha dado lugar a infinidad de trabajos históricos y a muy sustanciales reflexiones ético-políticas, como las de Adorno, Arendt o Jaspers, sobre la presencia y el papel del mal en las comunidades humanas o la modificación de la conducta personal en contextos de violencia o de exaltación emocional de masas. Sobre todo ello vuelve *Los amnésicos*, de la periodista e investigadora Géraldine Schwarz. Aunque su enfoque, como veremos, es original y lo desborda ampliamente.

La primera toma de posición que la autora deja establecida es que todos los alemanes, salvo quienes se opusieron activamente al nazismo —pagándolo muy caro—, fueron responsables de las brutalidades del Tercer Reich. Nadie había sido forzado a ejecutar a judíos, como nadie podía decir que no se había enterado de lo que ocurría, porque era imposible no enterarse; aunque, por supuesto, esa responsabilidad admite grados, pues no es lo mismo la pasividad que la aquiescencia, el apoyo, la delación, el aprovechamiento de la situación para lucrarse o la colaboración voluntaria. Al narrar su pasado familiar, la autora anota que en Mannheim, en octubre de 1940, cuando las SS se llevaron masivamente a los judíos, no hubo protestas ni muestras de reprobación por parte de la población; era la primera redada de Alemania y, de haberse percibido el malestar ciudadano, quizá éstas no hubieran continuado en otros lugares. Puede que el ejemplo no sea el mejor, porque enfrentarse a unas fuerzas armadas, en plena guerra, es mucho pedir. Pero el argumento sería sin duda válido para las medidas antisemitas que se habían sucedido en escalada

entre 1933 y 1938, a las que tampoco se opuso nadie. La población alemana, en su conjunto, volvió la vista hacia otro lado, no quiso saber lo que pasaba. Y hubo muchos, por cierto, que se aprovecharon de la situación, ocupando o comprando a bajo precio las casas o las empresas que los judíos se veían obligados a abandonar. Es lo que hizo su abuelo paterno, nos revela Schwarz. La desposesión de los judíos significó la apropiación por otros, operación paralela que ayuda a entender la benévola recepción de aquellas medidas por la población beneficiada.

La autora establece también con nitidez que la responsabilidad no fue exclusiva de los alemanes. Porque nos recuerda la conferencia de julio de 1938 en Évian-les-Bains, sobre la posible recepción de judíos amenazados por Hitler, en la que las democracias occidentales escatimaron al máximo sus ofertas de hospitalidad (el lema de la administración canadiense fue «*none is too many*»). Y describe con detalle, a medida que el libro avanza, no solo la indiferencia ante las redadas de judíos sino incluso la complacencia y colaboración, por parte de franceses, italianos, austriacos, húngaros, polacos, eslovacos, ucranianos o tantos otros (con notables excepciones, como Dinamarca o Bulgaria, donde las autoridades se negaron a entregar o facilitaron la fuga a sus nacionales judíos). Todos ellos, en 1945, una vez pasada la tormenta, coincidían en percibirse a sí mismos como meras víctimas de los nazis. El lugar común, lo que repetían como un mantra, era que los únicos responsables eran los invasores o una pequeña minoría de traidores locales; del resto de la población, nadie había colaborado, nadie se había beneficiado, todos habían sufrido aquella situación y se habían opuesto a ella. Durante el periodo nazi, llegó a escribir el *Neues Österreich* en septiembre de 1945, «Viena fue una olla hirviendo de revolución e indignación». La realidad era que todos aquellos países habían estado divididos, casi desgarrados, internamente, y que en todos habían abundado los colaboracionistas (algo establecido por Henri Rousso sobre Vichy o

por Claudio Pavone sobre Italia).

Sentado este principio, Schwarz reconoce de inmediato la dificultad de atribuir responsabilidades a grupos concretos y, sobre todo, de considerar a las generaciones siguientes herederas de tales responsabilidades. Es decir, que, al revés de lo que a veces oímos al reivindicar la «memoria histórica», en relación con traumas colectivos es difícil dividir a las comunidades que los viven con trazos gruesos de verdugos y víctimas, agresores y agredidos. Las responsabilidades grupales, al revés que las individuales en hechos concretos, son borrosas. Y, a medida que pasa el tiempo, y sobre todo en enfrentamientos más ideológicos que étnicos, los bandos tienden a diluirse, porque los descendientes de los protagonistas originarios no siempre perpetúan las posiciones políticas de sus padres o abuelos; e incluso se mezclan y tienen hijos comunes. Es el caso de Géraldine Schwarz.

La autora de este libro es, en efecto, hija de alemán y francesa y ha nacido casi treinta años después de 1945. Es decir, ha heredado una identidad mixta, lo que le permite analizar críticamente a alemanes, ante todo, pero sin ahorrarse comentarios sobre la germanofobia francesa, que ella misma ha sufrido. Y su edad la distancia de los hechos, lo que también ayuda a explicar su posición equilibrada. No es lo mismo sufrir en persona una dictadura, una guerra civil o un genocidio que oírse lo contar a nuestros padres; y no digamos vivirlo como tercera generación, a través de nuestros abuelos. Si la memoria individual es traidora, la transmitida puede acercarse a la pura distorsión. Lo cual no quiere decir que no deba ser tenida en absoluto en cuenta.

Pero la identidad mixta y la distancia de la autora no son suficientes para explicar la riqueza de matices del libro. Lo esencial es su modélica actitud como historiadora. Porque no escribe para reivindicar a sus antepasados como víctimas, ni para denunciarlos como verdugos. Schwarz no quiere identificar culpables, sino entender cómo funcionaba aquella sociedad, cómo fue posible aquel

horror. Su actitud no es condenatoria ni reivindicativa, sino «comprensiva» (en el sentido de intentar comprender, no de minimizar culpas de nadie).

Un primer indicio de la complejidad de su planteamiento se encuentra en su insistencia sobre el lado seductor del nazismo, clave de algo que muchos niegan: el apoyo popular al Tercer Reich. La autora describe el atractivo que, pese a su paganismo, tenía el discurso hitleriano para las iglesias, luterana sobre todo pero también católica (especialmente, tras el ansiado concordato de 1933), por su tono antirracional, antidemocrático y antiizquierdista. No todo es represión en una dictadura; o, al menos, en una moderna, que maneja la propaganda, que no se alimenta solo del terror ante un déspota. Estas dictaduras basan su legitimidad en una retórica glorificadora de un grupo humano, que es justamente al que pertenece el ciudadano sometido, lo cual ejerce sobre él indiscutible atractivo. Se le dice que forma parte del pueblo elegido, que volverán los días de gloria que su comunidad merece y de los que en tiempos disfrutó; se halaga su ego, se fomentan sus sueños de omnipotencia. Ésa fue la clave de los fascismos: que no tendieron tanto a enfrentarse con, y someter a, una población rebelde y hostil como a seducirla, entusiasmarla y hasta movilizarla, animándola a ocupar la calle, no como forma de dilucidar problemas y debates internos sino para fomentar los sentimientos de pertenencia a una comunidad homogénea y gloriosa.

«Hay muchas maneras de adaptarse, desde el silencio hasta el servilismo», escribe Schwarz. Y detalla cómo la colaboración es en algunos casos más o menos obligada pero en otros puede ser voluntaria, e incluso entusiasta, hasta llegar a la conversión de un ciudadano normal en un perseguidor (los «verdugos voluntarios», de los que hablaba Goldhagen). Afirma tajantemente que ningún alemán, ni siquiera enrolado en el ejército, fue nunca forzado a ejecutar a judíos (algo sobre lo que hay datos contradictorios, pero que también sostuvo Christopher Browning en *Aquellos hombres*

grises). Y relaciona la colaboración con el nazismo con la lograda más tarde por la Stasi en la Alemania comunista. Lo que no quiere decir que equipare la RDA al nazismo, porque la autora evita cualquier exceso, en este caso comparativo (ambas fueron dictaduras, pero la RDA, observa, ni realizó masacres ni desencadenó guerras).

Igual que evita exagerar el aspecto seductor de aquellos regímenes. Porque, a la vez que atraen, los fascismos reprimen y aterrorizan. Al ciudadano al que se halaga se le hace ver también de mil maneras que, en caso de no someterse, sufrirá las consecuencias. Y recuerda al respecto las 16.000 penas de muerte contra ciudadanos alemanes dictadas entre 1940 y la rendición de 1945 (a los que habría que añadir las decenas de miles de enviados a campos de concentración desde 1933).

Schwarz analiza con detalle a lo largo de sus páginas la evolución de la actitud alemana frente al pasado sucio a partir de 1945. Durante los años de Adenauer, la posición oficial consistió en negar la colaboración de la población con el nazismo, a la vez que se integraba sin pudor a los cuadros del NSDAP entre las élites de la nueva República Federal; no era muy distinto a lo que por entonces hacía De Gaulle en relación con el pasado francés, asumiendo que todos habían sido resistentes. En los sesenta, con la Escuela de Frankfurt, la rebelión universitaria y la libertad sexual, se avanzó en el distanciamiento y la denuncia del pasado nazi. Y en los ochenta se produjo la disputa de los historiadores (*Historikerstreit*). Para los más conservadores, como Ernst Nolte, el nazismo habría sido un extravío ocasional, obra de un grupo de criminales; incluso podía explicarse como una mera reacción contra los crímenes de Stalin en la Unión Soviética, auténtica inventora del totalitarismo, un derivado de la «barbarie asiática». En cambio, para quienes se enfrentaron a estas justificaciones, como el filósofo Jürgen Habermas o los historiadores «sociales» Fritz Fischer o Hans Rosenberg, la contienda de 1914-1918, y el subsiguiente nazismo,

fueron la culminación del *Sonderweg*, o «camino excepcional», alemán, y especialmente de la cultura nacionalista, militarista y beligerante del Segundo Reich.

Aquella polémica permitió abrir finalmente el baúl de los recuerdos y las denuncias, que acabaron por ser en la Alemania occidental más completas que en cualquier otro país europeo. Alemania se convirtió así, desde el punto de vista de la forma de procesar el pasado, en la excepción, más que la norma. Indicio de ello es que, en el segundo decenio del siglo XXI, ante la crisis de los refugiados sirios, nadie ha reaccionado con la generosidad de la Alemania de Angela Merkel. Schwarz describe con emoción la acogida de los trenes de refugiados en 2015, con pancartas de «¡Bienvenidos!» en varios idiomas y cientos de ciudadanos con bolsas de comida, agua, ropa, pelotas u ositos de peluche. Esos trenes redimieron a Alemania, si tal cosa es posible, de los de 1942-1944.

Con lo que llegamos a la tesis central del libro, que no es sino la relación directa que establece entre un honesto «trabajo de memoria» y el desarrollo de actitudes democráticas y tolerantes en las sociedades actuales. Cuando uno comprende que sus padres, sus abuelos, el conjunto de su país, fueron responsables directos o indirectos de algunas atrocidades, cuando uno acepta la complejidad de los problemas pretéritos y la dificultad de atribuir con nitidez culpas colectivas, cuando uno se da cuenta de lo fácil que es convertirse en perseguidor, o en consentidor de la persecución, cuando uno entiende, en definitiva, las muchas caras de la historia y las múltiples y confusas identidades que ha heredado, es probable que se sienta más dispuesto a convivir hoy con otras culturas, otras lenguas, otras creencias, otras posiciones políticas. En cambio, los educados en un mundo mental aislado, en el que solo se celebran los heroísmos del propio pueblo y se recitan cada día las injusticias sufridas en el pasado, los que solo se ven a sí mismos como descendientes de víctimas inocentes, y nunca como herederos de

vilezas, tienden con facilidad a adoptar hoy posiciones de intolerancia, de simpleza ideológica, de repudio hacia el extranjero, de nostalgia fascista.

Dicho de otra manera: la multiculturalidad, la aceptación del diferente, el reconocimiento de sus derechos, a la vez que la fuerza en la convicción de los nuestros, se derivan de la comprensión de la complejidad de los problemas pasados o presentes; lo cual es un síntoma de fuerte personalidad y no, en absoluto, de débil, como tiende a creer la opinión común. La amnesia, en cambio, la ignorancia, la simplificación y sacralización del pasado, llevan al dogmatismo y al odio hacia los diferentes; algo que, de nuevo, el sentido común yerra al interpretar como indicio de personalidad fuerte. Repito, porque es la clave de todo: conocer y enfrentarse honestamente con el pasado, aceptar las muchas maneras de evaluar las responsabilidades ante los crímenes y tragedias ocurridos, ser consciente de la fragilidad de las identidades heredadas, crea ciudadanos dotados de mayor sentido crítico, más libres, más responsables, más independientes y más capaces de enfrentarse con autoridades abusivas, de defender los derechos y libertades propios y de reconocer los de otros.

Esta importante idea, que vertebra el libro, se ve ratificada repetidamente por los datos que la autora aporta sobre las actitudes que caracterizan a la cultura alemana actual, en comparación con las de otros países. Como observa Schwarz, los alemanes de hoy tienden a desconfiar de los extremismos, a rechazar hombres providenciales y discursos incitadores del odio contra otras comunidades, a construir una sociedad civil fuerte, a tener mayor independencia y mayor sentido de la responsabilidad individual, a adoptar una relación más sana con la autoridad y con las jerarquías sociales. Valores todos ellos cruciales para una cultura democrática.

En Italia, en cambio, donde no se hizo adecuadamente el «trabajo de memoria», se vuelve a creer en el hombre providencial y a poner el país en manos del *Cavaliere* Berlusconi o del *Capitano*

Salvini; y se tiende a relativizar y excusar a Mussolini. También en Francia, instalada durante mucho tiempo en una amnesia parcial que borraba de sus recuerdos el colaboracionismo con los nazis (y su propio terror en las colonias) a la vez que exaltaba la magnitud y las gestas de la Resistencia, tiene muchos partidarios la extrema derecha enemiga de los inmigrantes. Como entre los propios alemanes procedentes de la antigua RDA, educados en la glorificación de los «héroes comunistas» opuestos al nazismo y donde nunca se reconoció que nadie, en especial el proletariado, hubiera podido sentirse atraído por Hitler. Por no mencionar Israel, donde acogerse al capital político de los sufrimientos de los antepasados justifica en la actualidad abusos y crímenes propios.

No menos importantes son sus observaciones sobre las distintas maneras en que las democracias se enfrentan con los terrorismos. En Francia o en Italia, al revés que en Alemania, hubo intelectuales como Foucault, Sartre o Toni Negri que disculparon a los terroristas de la Baader-Meinhof o de las Brigate Rosse, aceptando sus argumentos de que el capitalismo era intrínsecamente autoritario y propenso al fascismo.

Alemania, en definitiva, ha construido una democracia más sólida de lo que se esperaba, gracias, en parte al menos, a su trabajo de memoria. A partir de la reflexión sobre el pasado, los alemanes han interiorizado unos valores y un espíritu crítico que son hoy los pilares de su democracia.

En el conjunto de la Europa actual, la tesis de Schwarz es que los gobiernos menos europeístas y más proclives al fascismo son también los que se apoyan en una visión simplista y autocomplaciente del pasado. Dicen defender «los valores occidentales», lo que no se refiere para ellos a un continente modelado por múltiples civilizaciones y religiones sino a la Europa de los egoísmos identitarios y las rivalidades nacionales, la que llevó, justamente, a la catástrofe en 1914-1945. En esa visión del pasado se basa también la paranoia de la extrema derecha

européa, temerosa siempre de unas «fuerzas oscuras» cuyo siniestro designio es reemplazar a la población europea blanca por inmigrantes musulmanes. En ello se basan los neofascismos emergentes en Francia, Italia, Hungría o Polonia.

Así lo resume la propia autora en sus conclusiones:

nosotros, los europeos, venimos de lejos. Nuestras memorias y nuestros sueños son distintos, a veces contradictorios. Pero, dentro de la diversidad, hay un denominador común: la experiencia del totalitarismo, que aplasta a las personas, niega su individualidad, las aterroriza, las tortura, las ciega, las manipula, para fabricar un ejército de clones al servicio de la locura mortífera de una idea. Tanto en el este como en el oeste hemos conocido el sufrimiento, pero también la apatía ante el crimen, el *Mitläufertum*, el peligro del conformismo, la ceguera y el oportunismo. [...] Esta memoria, la de nuestra propia falibilidad como individuos, es la que tenemos que transmitir a los ciudadanos europeos.

Pero el catálogo de asuntos que aborda este libro sobrepasa las responsabilidades alemanas ante fenómenos como la Shoá y alcanza la complejidad de la historia humana, la manera de afrontar un pasado sucio, la necesidad de evitar retroproyecciones simplificadoras y reivindicativas. Y sobre cómo ayuda todo ello a construir una cultura democrática.

¿Qué podría añadirse, en relación con estos problemas, sobre el caso español? España no entró en las guerras mundiales, pero tuvo, como tantos países europeos, o incluso más que muchos, un siglo XX sucio, con una guerra civil a la que siguió una larga y muy cruel dictadura. Eso, por no remontarse a épocas anteriores, como la de la Contrarreforma y las guerras de religión, cuando los esfuerzos de la monarquía hispana por mantener o expandir sus dominios por Europa y América la hicieron protagonizar tantos episodios sangrientos. La «furia española», en su origen, no fue una expresión

futbolística. Y hasta finales del siglo XIX siguió habiendo posesiones españolas en el Caribe donde sobrevivían la esclavitud y su tráfico de seres humanos, unos fenómenos que otros imperios europeos habían eliminado muchas décadas antes. Se podría reflexionar sobre la actitud de los españoles actuales en relación con aquel pasado y pensar en si quienes hoy se enorgullecen por las glorias imperiales y justifican, o niegan, o se declaran ajenos a, matanzas en Flandes o en América, no son precisamente los menos europeístas y los menos proclives a cualquier tipo de autocrítica, de tolerancia y de apertura hacia culturas ajenas.

Viniendo a un pasado más reciente, el de la Guerra Civil y el franquismo, se trató, desde luego, de un conflicto más ideológico que étnico, y por tanto en el que menos perviven las responsabilidades y en el que más difícil es reivindicar únicamente nuestra herencia como víctimas, y a la vez señalar con el dedo a los nietos de los verdugos. Porque no se puede determinar con precisión en qué lado estuvieron «los míos», en muchos casos un abuelo en cada bando. Aunque muchos cultivadores de la llamada memoria histórica tiendan a recordar solo a los abuelos que les convienen —los agredidos, las víctimas— y a olvidar a los otros —los victimarios en la tragedia.

Y si de la Guerra Civil —en la que siempre se pueden precisar conductas concretas— pasamos al franquismo, es insostenible defender que todo el mundo se oponía a la dictadura, que nadie colaboró con el régimen y que si Franco permaneció en el poder cuarenta años fue solo gracias al terror de su policía. Historiadores como Antonio Cazorla testimonian, y quienes vivimos aquel mundo podemos ratificarlo, que existía una amplia opinión favorable al régimen, por razones interesadas en algunos casos, en otros por mero conformismo o hartazgo tras las convulsiones de los años treinta y en otros, por fin, por asunción de la ideología nacionalcatólica. Quienes hicimos entonces la mili, recordamos bien hasta qué punto estábamos amedrentados, o éramos víctimas, pero

tampoco olvidamos el entusiasmo de otros, que dormían en los petates de al lado, seducidos sobre todo por la retórica patrioterista.

Llegó luego la Transición, en buena parte producto de la conciencia general de que en las tragedias anteriores todos habían tenido alguna culpa y que lo esencial era evitar su repetición. Y se pactó dismantlar la estructura institucional de la dictadura, eliminando, sin celo jacobino, sus más visibles símbolos, a la vez que se renunció a depuraciones. Aquel proceso convivió con nuevas tragedias, causadas sobre todo por ETA, que los intelectuales casi sin excepción condenaron, lo cual fue buen síntoma. Pero hoy, con la democracia consolidada, la extrema derecha española ha salido del armario. Lo hace, por supuesto, sin el menor trabajo honesto de memoria, apoyada en una visión histórica simplificadora, que enaltece la Reconquista y el Imperio, lo que es preludio de su inmediata recuperación del franquismo. De hecho, ya se opone con fuerza a que se eliminen los símbolos residuales de la dictadura o se retiren los restos del caudillo del Valle de los Caídos. A la vez, en Cataluña ha estallado el problema más grave con que se enfrenta el país, alrededor de una reivindicación de la independencia alimentada por otra visión simplificadora y victimista del pasado, e impulsando políticas lingüísticas de fomento del catalán que recuerdan a las franquistas en pro del castellano.

Permítanme una última reflexión. Si aceptamos la idea, tan común, de que una memoria histórica simplificadora y exaltadora de un pasado glorioso es útil, y hasta necesaria, para consolidar la unidad de nuestra comunidad política, podríamos sentirnos tentados por la propuesta de olvidar el pasado imperial y las banderas victoriosas de 1939 para mitificar, en cambio, la Transición; ensalzar, en suma, a un pueblo que supo repudiar una dictadura y construir el edificio de su libertad en relativa paz y por medio del consenso político. Sería un proyecto de educación política basado en un nuevo relato histórico que haría del nacimiento de la democracia actual su piedra angular.

Pero me temo que eso sería contradecir todo lo explicado anteriormente. Porque, si Géraldine Schwarz enseña algo, es la conveniencia de reconocer las luces y sombras del pasado, en este caso la mezcla de negociación y violencia, de *memoria* y *olvido* (así se titulaba el primer y gran libro de Paloma Aguilar), que hubo en la Transición, los poco nítidos papeles desempeñados por algunos de sus protagonistas, las responsabilidades que no se asumieron ni se exigieron a otros y la carga y los límites que todo ello impone sobre la democracia actual.

La complejidad en la mirada sobre el pasado, el honesto reconocimiento de todo lo ocurrido, y no solo de lo que conviene a nuestra tesis o a nuestra propuesta política, y la ecuanimidad, que nada tiene que ver con simetría o equidistancia, son, en definitiva, las claves de bóveda de este libro. Y los principios fundamentales del código ético de un historiador.

José Álvarez Junco, junio de 2019

Los amnésicos
Historia de una familia europea
Géraldine Schwarz

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Les Amnésiques*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la portada: © Archivo de la autora

© Flammarion, París, 2017

De la traducción: © Núria Viver Barri, 2019

Todos los derechos reservados para Tusquets Editores, S.A.
Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-9066-735-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com